IRENE BLÁZQUEZ

DIVINAS AL RESCATE

¿QUÉ DIVINA ERES TÚ?

Ilustración: Maria Molines

IRENE BLÁZQUEZ

DIVINAS AL RESCATE

¿QUÉ DIVINA ERES TÚ?

Ilustración: Maria Molines

Irene Blázquez

DIVINAS AL RESCATE

Copyright © 2020 Irene Blázquez
Todos los derechos reservados.

Para la gente que sueña

Para las personas que se caen y
se vuelven a levantar

Para ti, que le sonríes a la vida

1.TOC TOC

Llevaba unos meses trabajando en el hotel donde había hecho las prácticas. Al final de ese periodo, la directora de eventos me comunicó que estaba embarazada y que sería yo quien le sustituyese. Para mí fue una gran alegría porque eso significaba que me valoraban. Antes de dejarme al mando, estuvimos cinco meses trabajando juntas para que yo aprendiera a desenvolverme en lo que requería organizar todos los eventos del hotel. Durante las prácticas yo le ayudé con lo que ella me pedía, pero ejercer de directora era mucho más complejo. Se me daba bien y me gustaba, así que ella cogió la baja con tranquilidad porque confiaba en que yo lo hiciera a la perfección. No obstante, el primer mes de su baja tuve que llamarla en más ocasiones de las que me hubiera gustado.

Yo admiraba a Rebeca. Era talentosa, joven, guapa, tenía un buen estilo de vida, estaba felizmente casada y era mamá de una preciosa niña de dos años y de un recién nacido la mar de adorable. Éramos casi amigas. Digo casi porque nunca podía olvidar que, al final, era la directora y de ella dependía que yo tuviera trabajo. Mi trabajo me encantaba y, aunque sabía que ser coordinadora era transitorio, después de su baja de maternidad yo volvería a ser su ayudante. O sea, que si todo iba bien, ese sería mi trabajo durante mucho tiempo.

Sentimentalmente estaba feliz. Tenía un novio al que quería y que me quería. Llevaba unos meses con él, en los cuales nuestra ilusión iba aumentando con los días. Conocí a Luis en enero de 2019, en la barbacoa que hicimos para celebrar el 27 cumpleaños de Megan y el 33 cumpleaños de Miguel. Cumplían los años con cinco días de diferencia y ya era tradición esa celebración conjunta, con los mejores amigos de cada parte. Uno de los amigos de Miguel se llevó a un amigo. Este amigo era Luis. Cuando le vi me pareció guapete: pelo castaño, ojos color miel, sonrisa bonita, más alto que yo (eso no es complicado, lo sé), voz masculina, espalda ancha, algo de barriguilla… no era míster universo, pero era mono y me fue gustando más según le iba tratando.

Recuerdo que en la barbacoa cada uno se sentaba donde quería y que íbamos cambiando de sitio con frecuencia: para decirle algo a alguien, para hacer una foto, para rellenar la copa… Cuando volví del aseo, encontré a Luna en mi silla, por lo que yo me senté en la suya, al lado de Luis.

—Tu nombre era Lucía, ¿no? Me han presentado a tanta gente hoy, que es imposible recordar todos los nombres. —dijo Luis con cierta timidez.

—Sí, me llamo Lucía. Y no te preocupes, nos pasaría a todos. Eres amigo de Darío, ¿verdad?

—Sí, aunque con Miguel y Megan ya he coincidido en varias ocasiones. Hace dos semanas Darío y yo dijimos que hoy nos iríamos de cañas y esta mañana me ha llamado para cambiarme el plan, por eso he venido. —sentí que Luis justificaba su asistencia al cumpleaños.

—Has hecho muy bien…

Continuamos hablando hasta el momento de irnos. Me contó que tenía treinta años y que trabajaba en una clínica como protésico dental, pero que gran parte de su jornada la dedicaba a ayudar al odontólogo. Al principio noté la conversación un tanto forzada, pero cuando nos soltamos un poco, empezó a fluir como el agua. Salí de la barbacoa con su número de teléfono grabado en mi agenda y con buenas sensaciones. Cada uno grabó su número en el teléfono del otro. El juego consistía en poner una palabra secreta, una palabra que nos definiera. El día siguiente deberíamos mirar el listín telefónico y buscar el número del otro, no antes. El primero que mandara un mensaje, sería invitado a una copa. Yo hice trampas y nada más llegar a casa lo miré y encontré la palabra "casualidad". Qué bonito. Me gustó que eligiera esa palabra. Me hacía ver que era alguien profundo. Yo le puse "sonrisa", porque sonreír era lo que habíamos hecho durante casi toda la conversación.

Yo no quería ser la primera en escribir aunque tuviera que pagar una copa. Además, esa sensación me hizo acordarme de él y me enfadé. Me enfadé con Santi, me enfadé con Carola y me enfadé conmigo misma. Me enfadé porque de vez en cuando seguía acordándome de él. Ya no guardaba su número, le busqué infinidad de veces por las redes sociales, pero no hubo manera de encontrarle. Aunque no le hubiera dicho nada, solo quería cotillear, solo quería saber de él. Necesitaba saber si ya era policía, si seguía con Carola o estaba con otra chica, si estaba soltero, si estaba bien, si seguía viviendo en Alicante… con lo pequeña que es esta ciudad y parecíamos estar en *New York*. Ni rastro de Santi.

Cuando desperté tenía un mensaje de "casualidad": "Buenos días, sonrisa preciosa. He sido el primero en encontrarte, eso quiere decir que usted debe invitarme a una copa."

Yo: <Buenos días, casualidad. Será un honor invitarle a una copa.>

Casualidad: < ¿Cómo tiene usted la tarde?>

Yo: <La tarde bien, pero la barriga regulín. ¿Le importaría que le invitara mejor a una manzanilla? Tengo la chistorra y la ginebra de ayer aún en la garganta.>

Casualidad: <Me parece bien, pero me sigue usted debiendo una copa.>

Ese día comí un poco de arroz blanco e intenté ordenar unos papeles del trabajo, pero no podía concentrarme. Entre la fiesta que tenía mi estómago y los nervios por la cita con Luis, yo no daba pie con bola y fíjate que la tarea de ordenar es bien sencilla. Decidí darme una buena ducha, de esas que te dejan nuevita, de esas lentas en las que te recreas y vuelves a nacer. Estábamos en enero y con ese frío, el agua *palentita* me devolvía la vida.

Me puse *una vestío* azul marino de lana, unos leotardos térmicos en color gris claro y mis botines altos gris oscuro. Me alisé el pelo y me llevé un coletero, sabiendo que el pelo suelto me iba a durar más bien poco. Me maquillé ligeramente, marqué mis ojos verdes y pinté mis labios con el *Superstay Matte* granate. Bajé de mi casa y esperé durante diez minutos a que llegara el señorito. Pero valió la pena. Iba él con su *Audi A1* negro e impoluto. Cuando entré al coche me dio la sensación de estar dentro de un chicle de melón por ese olor que él decía que era ambientador de mango. Estaba guapísimo. Mil veces más guapo que en la barbacoa. Iba con una camisa azul marino con puntos grises y unos pantalones vaqueros de color gris. ¿Por qué íbamos vestidos igual? Él se dio cuenta cuando salimos del coche.

—¿Ves cómo eres una casualidad toda tú? —dijo Luis mirándome con los ojos como platos.

—Es increíble, he flipado cuando te he visto, pero no he querido decirte nada. —contesté sonriendo.

—Por cierto, estás guapísima y no solo porque vayas como yo.

—Muchas gracias, lo mismo digo. Pero que sepas que tú vas como yo y no al contrario. Por cierto, ¿dónde vamos? —pregunté al ver que

caminábamos sin saber adónde.

—Pues son las siete de la tarde, creo que es tarde para un té. ¿Te apetece una caña?

—Tengo la barriga peleona, si quieres tú te tomas una caña y yo una infusión.

—Podemos ir a la tetería de ahí, ponen la calefacción a tope. —propuso Luis señalando hacia la derecha y aprovechó para luego dejar su brazo reposado en mis hombros.

Allí fuimos. Todo decorado de forma muy moruna, aroma a mezcla de infusiones, temperatura perfecta, buena compañía… ¿qué más podía pedir? Nos sentamos en unos sillones bajos y pedimos un "mil flores" para mí y un "Kalahari" para él. Aquello quemaba *una montoná* y él se rio de mí cuando intenté beber y me abrasé los labios. Eso me pasó por ser tan impaciente. Le sentí cercano, se notaba que estábamos a gusto. Estuvimos hablando de lo que hacíamos en nuestros trabajos, de cómo nos había tratado la vida en el amor, de nuestras familias… Me miraba los labios al hablar y yo me crecía. De vez en cuando, se acercaba más de la cuenta con algún pretexto o me ponía la mano en el brazo o en la pierna para crear contacto físico y yo me dejaba. Me estaba gustando ese chico.

—En Altea hay una tetería increíble. Si quieres un día vamos.

No, Luis. Ese no era el camino. Me cambió la cara y dejé de estar receptiva. ¿Cómo era posible que dijera precisamente Altea? Anda que no había teterías en este mundo…pues el chico tuvo que hacer referencia a Altea. A mi sitio sagrado, a mis recuerdos con Santi.

Mi dolor de barriga fue una buena excusa para rechazar su invitación de cenar, así que le pedí que me llevara a casa porque me estaba encontrando peor. Mentí. Claro que mentí.

2.UN SITIO DONDE GRITAR

El fin de semana siguiente volvimos a quedar para tomar esa copa. Luis estaba muy interesado en mí y me lo hacía ver escribiéndome a diario y proponiéndome planes. Como yo lo sábados solía tener eventos en el hotel, mi fin de semana empezaba el domingo por la tarde o por la noche, según los eventos que hubiera. Enero no era un mes con muchas celebraciones, así que ese día pude comer en casa y prepararme tranquilamente para mi cita con Luis. Me duché, me puse crema en todo el cuerpo, me exfolié la cara, me puse una mascarilla hidratante en el pelo, me maquillé despacio, me hice una coleta repeinada tapando la goma con un mechón de pelo, me puse unos pantalones estrechos en color negro y un jersey azul clarito con dibujos negros y a las 19h Luis vino a por mí. Me encantó que fuera él quien esperara esa vez. Al verme, bajó del coche para saludarme y nos reímos al observar que otra vez íbamos iguales. Él también llevaba un pantalón negro y una camisa azul claro con las coderas negras. ¿Cómo era posible que fuéramos igual vestidos por segunda vez consecutiva?

—¿Acaso tienes una cámara en mi habitación? —pregunté sorprendida.

—Es increíble. Está claro que esto quiere decir algo. Es la manera que tiene el destino de decirnos que estamos hechos el uno para el otro.

—¡Qué barbaridad! —me eché las manos a la cabeza.

—¡Qué casualidad! —dijo juguetón.

Nos dimos dos besos entre risas y nos montamos en el coche. De camino, hablamos de ir a *Tiaré Lounge Bar*, un bar de copas elegante y acogedor, decorado con grandes lámparas de luz cálida, marcos de fotos sin fotos, sofás grandes y plantas artificiales. Los camareros iban vestidos de traje y la carta tenía elevados precios. Luis había elegido un buen sitio para que le invitara a la copa. Muy bien, Luis. Doce euros por una copa es genial, claro que sí.

—¿Habías venido aquí alguna vez? —me preguntó Luis clavándome su mirada.

—No, es la primera vez. El sitio es precioso, pero vaya precios tiene.

—Claro, es que ya que me invitas a una copa, que sea buena. No pensabas invitarme en uno de esos sitios que te ponen el alcohol malo en una botella de marca. —bromeó.

—No, por favor. El señor casualidad necesita ser invitado a primeras marcas. Lo que no sé es por qué no has pedido que nos reserven el bar para nosotros solos. ¡Qué poco glamur!

—Ya. No te creas que no se me ha ocurrido, pero me has dado lástima. Eso te iba a costar más de doce euros.

—Qué considerado.

—Hola, ¿qué desean tomar? —interrumpió nuestra conversación un camarero trajeado.

—Yo agua del grifo —dije riéndome, pero el camarero no hizo ni el amago de sonreír —bueno no, ginebra rosa con limón.

—Yo ginebra normal con tónica.

—Perfecto. Muchas gracias.

Cuando se fue el camarero, pillé a Luis observándome fijamente.

—¿Qué miras? —pregunté con el ceño fruncido.

—A ti. Tu manera de estar sentada, tu cara, tus labios, tus ojos, tus orejas pequeñas…te miro a ti. ¿Te molesta?

—Para nada. Me halaga. Si miras con buenas intenciones, te lo permito.

—No necesito tu permiso, reina. Por cierto, ¿agua del grifo? ¿Cómo le dices eso al camarero? Estás loquita, eh. —dijo tapándose la cara con la mano mientras se reía.

—Tú no sabes con quién te estás tomando una copa… —solté yo haciéndome la interesante.

Me estaba gustando. Luis era directo y un tanto sinvergüenza. Me gustaba que me dijera lo que pensaba en cada momento. Yo esperaba que Luis fuera quien pudiera arrancarme ese vacío que tenía dentro. Me merecía volver a enamorarme después de cinco años. Necesitaba quitarme ese algo indescriptible, necesitaba volver a ser capaz de entregarme por completo, sin pesos, sin vacíos, sin dudas, sin recuerdos…

Otro camarero nos sirvió las copas, era alguien a quien conocí en el pasado. Él también me reconoció, lo supe por su forma de mirarme, pero no nos dijimos nada.

Ese fue el mejor combinado de mi vida, no sabía qué le habían puesto, pero estaba increíblemente delicioso. Cuando fue el momento de irnos, me levanté para pedir la cuenta, pero la chica de la barra me dijo que ya estaba

pagado. Me giré para mirar a Luis y le encontré sonriéndome desde la puerta del bar.

—¿En qué momento has pagado? Tenía que invitarte yo.

—Qué tonta eres, Lucía. Era una excusa para volver a verte, pero quería invitarte yo a ti. —afirmó arrimándose a mí, me puso la mano en la espalda y se acercó lentamente a mi cara. Pensaba que me iba a dar un beso en los labios, pero me lo dio en la mejilla y después me susurró—, te voy a llevar a un sitio donde puedes gritar. ¿Te gusta gritar? —preguntó con chulería.

Me quedé extrañada y pensativa. Puso el dedo índice sobre mis labios, queriéndome decir que no dijera nada más. Yo no sabía qué sitio era ese donde yo podría gritar, pero esperaba que no fuera la cama de un hotel.

Aparecimos en la Feria de Navidad y sonreí de alivio al descubrirme allí. Mi mente había barajado varias posibilidades, pero ese sitio no se me había ocurrido. De pronto, nos vi entrando a la feria, emocionados como críos, decidiendo qué atracción sería la primera, rodeados de gente, embriagados con ese olor tan característico del algodón de azúcar… Hicimos cola para subirnos a "el canguro loco" y cuando estábamos a punto de montarnos me confesó que le daba un poco de miedo porque le creaba inseguridad, ya que montaban y desmontaban las atracciones con mucha frecuencia. No le contesté, solo sonreí y tiré de su mano hacia un vagón libre. Tuvo que ayudarme a subir; todo me queda siempre muy alto, es lo que tiene ser pequeñita. Cuando la atracción se puso en marcha, gritamos como enanos, Luis me cogió de la cintura para aportarme seguridad y me miraba contento. Me sentí protegida en su regazo, yo grité con todas mis fuerzas, deseando expulsar todo lo que no me dejaba ser realmente feliz y creía que Luis podría ayudarme. Estaba segura.

Bajamos de la atracción medio mareados, pero alegres, habiendo descargado adrenalina y sintiéndonos más cerca el uno del otro. Me moría por contarles todo a mis divinas. Estaba deseando tener una tarde de chicas, la cual cada vez se realizaba con menos frecuencia por culpa del trabajo y la rutina del día a día. No obstante, el grupo de WhatsApp "Tacones Divinos" siempre estaba activo.

Nos montamos en dos atracciones más y después dimos un paseo acompañados por un algodón de azúcar para los dos. Sentí que me miraba de una forma muy bonita y sincera. Sentí que con él podría darme a mí misma una nueva oportunidad.

—Me ha encantado la tarde de hoy. Me lo he pasado genial. —confesó Luis ya en el coche de camino a mi casa.

—Yo también, ha sido una tarde muy divertida. Muchas gracias, Luis.

—Ya no hay más excusas para volver a vernos, Lucía. ¿Te gustaría que volviéramos a vernos sin motivo?

—¡Qué mono eres! Claro que sí, me encantaría. Realmente yo no necesitaba excusas para quedar contigo, si he venido ha sido porque he querido.

—Me gusta que sea así. Y me gustas tú. —dijo él sin dejar de mirar a la carretera.

Yo no supe qué contestar. Me parecía pronto para hacernos declaraciones, pero yo también notaba que él me gustaba. Cuando llegamos a mi puerta, aparcó y apagó el motor. Yo sabía que él quería alargar un poquito más la cita, pero también está bien quedarse con ganas de más.

—Muchas gracias por esta tarde, hacía tiempo que no gritaba así de fuerte.

—Y que lo digas… vaya pito tienes. —se rio y yo le di un empujoncito en su brazo. Él aprovechó para cogérmelo y acercarme a él—, eres una preciosa casualidad. —susurró antes de juntar sus labios con los míos. Fue un beso tímido, un beso adolescente, sin lengua, sin prisas, sin nada más que ganas…muchas ganas. Lo supe porque se le escapó un suspiro en medio del beso.

Yo no quería dar pie a que aquella situación se calentara, por lo que me despegué de él y le miré, toqué sus labios con mi dedo y le acaricié la cara. Me despedí con una sonrisa y un <te veo prontito>. Caminé hacia mi portal y nos dijimos adiós con la mano. Su sonrisa le delataba. Se fue contento a casa, se fue con ganas de más. Y yo también.

3.INTRUSOS

Por fin una tarde de chicas. Hacía varias semanas que no nos veíamos, concretamente tres, desde el cumpleaños de Miguel y Megan. Pero en la barbacoa yo pasé casi todo el tiempo hablando con Luis y ellas estaban hablando con todos los demás, por lo que ese día nos supo a poco. Lo que a nosotras nos gustaba y saciaba de vez en cuando era estar solas, las seis, sin intrusos.

Primero yo quedé con Teresa en *Mandala*. Como siempre, esperé a mi divina tardona. Yo iba con mi pelo asquerosamente naranja en una coleta alta, mis labios granates a juego con la blusa, la cual tenía una cremallera en el escote y unos pantalones negros ajustados. Pero claro, ella venía divina de la muerte: su melena rubia perfectamente alisada, *megaultrahipermaquillada*, blusa blanca con plumeti y unos pantalones anchos color beis. Quedamos unos minutos antes a solas para que me contara cómo estaba su madre. Chema había vuelto a hacer lo que hizo años atrás: irse con otra. Mariana, la madre de Teresa, de nuevo fue engañada por este señor tan horrible y estaba destrozada. Solo llevaban tres años casados y vete tú a saber desde cuándo le era infiel.

—Lu, es que esto es increíble. Parezco yo su madre. No sale de la santa cama y me da miedo hasta irme a trabajar. Está hundida. —dijo Teresa con hartura.

—Pero Tere, ¿por qué no vuelves a casa con ella?

—Cari, si llevo un mes casi viviendo allí.

—Me refiero a que salgas de casa de Vane y que te vuelvas con tu madre. Estabas mirando casas para alquilar, pero dices que todas se salen de tu presupuesto. Te ha venido como anillo al dedo. —intenté que meditara en lo que le decía.

—Hombre, tía, es que Álvaro está ahí metido casi todos los días y a mí me cae genial, pero claro, no tengo intimidad.

—Cielo, es que es la casa de Vanesa y Álvaro es su novio.

—Bueno, es su novio para lo que le interesa. —se fue Tere por los cerros de Úbeda.

—Eso es otro asunto. Lo que te decía es que este es el mejor momento para que te vayas de casa de Vanesa, que cojas todas tus cosas y vuelvas con tu madre.

—No quería hacer eso, Lu. Después de estar viviendo tres años fuera de casa es como fracasar.

—No es fracasar, es apoyar a tu madre, es irte de casa de Vanesa porque ya no estás del todo a gusto y es ahorrar.

—Ya. Y además, que casi no voy a casa de Vanesa, estoy en casa de mi madre todo el tiempo. Solo voy a cambiarme de ropa.

—Pues ya está, te contestas tú sola.

—Tía, qué asco de hombres. No los soporto.

Vane: <Chicas, voy con Álvaro, que no
quiero dejarle aquí solo en casa y yo
irme de copas.>

Megan: <Se lo voy a decir a Miguel,
por si quiere venirse y así no está
Álvaro solo.>

—Lu, mira el grupo "Tacones Divinos" —me pidió Tere con cara de estar molesta.

—Juee, pues si vienen ellos no va a ser lo mismo. —expresé yo, ya que tenía pensado hablar de Luis.

—Hoy tenía ganas de estar solo nosotras, pero bueno, otra vez será. Con lo que nos cuesta cuadrar un día para vernos todas y ellas se traen a *lor maromor*.

—Ya… cómo molaba cuando quedábamos todos los viernes. Ahora eso es imposible. Cada una con sus horarios y sus planes… —dije yo con melancolía poniendo morritos.

Vimos a Elisa y a Luna entrar y dirigirse a nuestra mesa. Iban guapísimas las dos. Elisa llevaba su melena suelta con el flequillo de siempre, los labios rojos, una camisa de cuadros blancos y negros y unos pantalones estrechos negros simulando cuero. Luna, con algunos kilos de más, llevaba un corte de pelo monísimo; más largo por delante y más corto por detrás, gafas rectangulares negras, blusa negra, pantalón negro y zapatos rojos. Luna era una amante del negro, no cabía duda.

—Hooolaaa divinaaaas —saludó Luna canturreando mientras se sentaba en la silla sin besarnos.

—¿Cómo están mis chicas guapas? —nos preguntó Elisa acercándose a darnos dos besos—, ¿habéis visto el grupo?

—Sí, tío y yo quería hablaros de mi madre, pero claro, delante de los chicos no procede. —se quejó Teresa.

—Bueno, puedes contarlo por encima. —le propuso Elisa.

—¿Cómo lo lleva? —preguntó Luna.

—Pues bueno, ahí va… dice que tiene depresión. —contestó Teresa.

—Pobrecita, si es que este hombre solo le da disgustos. —dije dirigiéndome a Teresa. —Por cierto, Luna, no sabes a quién me encontré hace un par de semanas en el bar al que fui con Luis…

—A ver… dime.

—¡Al bipolar! Flipa pepinillos. —dije separando cada sílaba.

—¿A Carlos? ¿Te dijo algo? ¿Estaba guapo? –me interrogó Luna.

—No nos dijimos absolutamente nada, pero sé que me reconoció.

—Otro hijo de puta. —soltó Teresa.

—¿Ya no trabaja en *El Barco*? —preguntó Elisa.

—Ni idea. Hace dos meses subió a Instagram una foto en *El Barco* y él iba de uniforme. La última vez que le vi fue hace un año con el niño y la mujer. No sé más de él.

—Ya… recuerdo perfectamente cuánto te dolió ver esa escena. —apunté yo.

—Es que me quedé petrificada. No supe reaccionar.

Los siguientes en llegar fueron Vane y Álvaro. Ella iba con un vestido largo de leopardo y en el pelo una trenza baja. Se arreglaba más desde que estaba con Álvaro y estaba guapísima. Álvaro era un encanto y bastante monete, moreno con los ojos azules, con un cuerpo atlético y barba de muchos días, pero cuidada. Álvaro trataba a mi amiga como si fuera una reina, aunque ella le hiciera algún que otro desplante. Eso a él parecía darle igual, puesto que no dejaba de babear por ella.

Los últimos fueron Megan y Miguel, quienes me miraron con cara de <lo sabemos todo>. Megan iba preciosa, como siempre. Era una auténtica muñeca. Su pelo rubio bien peinado, sus ojos azules bien maquillados y un ligero toque de colorete. Llevaba una falda larga azul marino con lunares blancos y una blusa blanca con volantes pequeños. Miguel llevaba una camisa azul con hormigas negras y unos pantalones vaqueros.

—Qué casualidad verte aquí, Luisita. —se dirigió a mí Miguel con guasa.

—JA —JA Qué gracioso eres, Miguelito de la Roda. —así le llamaba yo cuando quería meterme con él.

—Le tienes loquito, eh. Le vi el otro día en casa de Darío y me dijo que le gustabas mucho. —añadió Miguel.

—Ay, Miguel, que me pones colorada. —me reí.

—Bueno, lo del besito también se lo ha contado. —intervino Megan.

—Joder con Luis, qué discretito me ha salido el niño. —dije yo frunciendo el ceño.

—Pero Lucía, cuéntanoslo todo con detalles. —me pidió Vane, ajena a que con los chicos delante no quería desnudar mi alma.

—Sí, claro, aquí delante de todos. —soltó Luna sin cortarse un pelo.

—A ver, no es porque estéis vosotros, chicos. —me dirigí a Álvaro y a Miguel—, pero no tengo mucho que contar. Nos caímos bien en la barbacoa y después hemos quedado un par de veces. Nos estamos conociendo y nos dimos un minúsculo beso al despedirnos. Es pronto para dar detalles porque no los hay. —disimulé.

Sin ellos delante habría dicho que me gustaba, pero que me gustaba con razones. Habría dicho que yo no recordaba haberme enamorado de Santi con porqués. Le quería porque sí. Me enamoré sin motivos, sin poder describirlo, sin poder justificarlo… eran sentimientos que no se podían expresar con palabras. En cambio, Luis me gustaba porque era bueno conmigo, porque me hacía reír, porque con él veía la oportunidad de volver a sentir algo profundo, porque estaba cómoda, porque me trataba bien…

—Las cosas de palacio van despacio. —interrumpió Álvaro mis pensamientos.

—Ya, si yo no tengo ninguna prisa y espero que él tampoco. —contesté.

—Por cierto, Elisa, ¿llegaste a contestar a Toni? —preguntó Vane.

—Sí, estamos hablando un poco. Me pregunta por Martina, por mis padres, por cosas de *CrossFit*… nada interesante. —respondió Elisa con desgana.

—A ver, Eli. Está claro que quiere retomar el contacto contigo, porque si quiere información de *CrossFit* la puede consultar en Internet. —afirmó Luna.

—Ya, pero no sé, sabiendo que yo soy entrenadora, no veo raro que me consulte. Le he recomendado mi box y creo que la semana que viene

probará una clase. —dijo Elisa con una leve sonrisa.

—Yo también lo veo normal, fue tu novio durante años y tenéis confianza. Cuando te dejó era más crío, ahora habrá madurado y quizás ha visto que no lo hizo bien del todo. —opinó Megan.

—Oye, ¿vosotros al final os vais a Roma? —preguntó Teresa dirigiéndose a Megan y a Miguel.

—Sí, lo hemos reservado esta mañana. —contestó él mirando a su enamorada con una gran sonrisa.

—Nos vamos el mes que viene. Queríamos ir ahora para San Valentín, pero es muy apurado y los vuelos están carísimos. Además, en marzo ya no hará tanto frío. —explicó Megan con ilusión.

—Nosotros también nos vamos de viaje, pero a Madrid. —comentó Vane sonriente.

—Qué bien, me encanta Madrid. —dijo Elisa con sarcasmo y todos nos reímos porque sabíamos que odiaba Madrid después de su propia movida madrileña con Rodri.

—Nos vamos a ver el musical de *El Rey León*, ella está como loca por ir y yo creo que también me gustará. —confesó Álvaro con cara de enamorado.

—Pues claro que te gustará, Alvarito. Qué tonterías dices —se rio Teresa —eso le gusta a todo el mundo. De todas formas, si no quieres ir, voy yo en tu lugar, que todavía no lo he visto.

—Ya me imagino que tú quieres ir, pero si no te importa, a esto vamos solos. Te vemos ya a la vuelta en casa. —bromeó él.

—No creo que me veáis. Me voy a volver con mi madre porque no está bien.

—Ohh, te voy a echar mucho de menos, compi de piso. —añadió Vane poniendo morritos de pena.

—Ya, y yo. Llevamos ya tres años viviendo juntas y ese ha sido el lugar de las reuniones divinas. Pero bueno, tengo que hacerlo. —contestó Tere.

—Sí, cielo. Es lo mejor que puedes hacer. —intervine yo.

Nos estábamos haciendo mayores. Lo notaba en cada una de nuestras reuniones. Echaba de menos la época del instituto, donde nuestra única responsabilidad era aprobar exámenes y tener un buen comportamiento. Pero me gustaba nuestra amistad, me gustaba ver que éramos casi familia, que crecíamos juntas, necesitándonos.

4.FRÍO

Elisa estaba muy desilusionada en el amor. Nada le salía bien y ya dejaba de intentarlo. Era como si hubiera tirado la toalla. Follaba con los hombres sin más, sin mucho empeño y con poco amor. Ni le emocionó que Toni volviera a ponerse en contacto con ella, ni le ilusionó que Fede le declarara su amor tras llevar casi un año quedando con él. Fede solo era cuerpo y calor, pero no le llenaba su interior. Rodri le rompió el corazón y no había hombre que lo reconstruyera. Ni Marcos pudo borrar ese sentimiento de traición que se instaló en su alma. Se volvió fría, desconfiada y pesimista.

Años atrás, cuando se enteró de que Rodri estaba con una chica de su trabajo se le cayó el mundo encima. La madre de Rodri se lo contó a la de Elisa cuando se encontraron un día en el supermercado. La madre de Elisa se lo contó a mi amiga porque todavía albergaba esperanzas de que un día Rodri regresara con el rabo entre las piernas implorando perdón. En ese momento, Eli desbloqueó a Rodri de WhatsApp y le escribió un mensaje.

Elisa: <Hola, Rodri. Acabo de enterarme de
que estás con una chica de tu trabajo.
Imagino que era ella con quien estabas
el día que fui a hacerte la sorpresa a tu casa.
Sé feliz tú que puedes. A mí me has dejado
rota.>
Rodri: <Elisa, te he mandado mil mensajes
que nunca te han llegado. Te he llamado en
infinidad de ocasiones, pero no me daba tono.
He intentado ponerme en contacto contigo
durante estos meses de ochocientas
maneras y no ha sido posible. Ahora es tarde.>
Elisa: <No quería que me contaras más mentiras.
Seguramente me las habría creído todas y
habría sufrido el triple. Bloquearte de todos

sitios ha sido mi escudo de protección.
Me hiciste mucho daño.>
Rodri: <No dejaste que te explicara nada.
Ni me diste el beneficio de la duda.
Entenderás que yo haya querido rehacer
mi vida, ya que de pronto me expulsaste
de la tuya sin una puta conversación.>
Elisa: <No te mereciste mi duda. Fui una
idiota queriendo sorprenderte. Me sentí
traicionada y engañada.>

Elisa volvió a bloquear a Rodri porque sentía que estaba flaqueando de nuevo y la rabia le hizo imaginarse a su chico en brazos de otra. Meses más tarde, volvió a desbloquearle a petición de Marcos, pero le prohibió escribirle para algo relacionado con reproches. Tendría que aprender a tener a Rodri como un nombre más en la lista de personas que pasaron por su vida. Marcos le dijo que el tiempo haría que olvidara los eventos adversos y recordara solo los positivos. Elisa necesitaba eso. Tiempo.

Así fue, cinco años más tarde ya no había sentimiento de rencor, pero algo en ella había cambiado. Algo con lo que no se sentía del todo a gusto.

Desde hacía tres años, las conversaciones con Marcos no eran entre psicólogo y paciente, sino entre amigos. Quedaban para verse y hablar. Elisa encontraba la paz cuando estaba con Marcos y él se relajaba cuando estaba con Elisa. Entre ellos había una química muy especial, eso era evidente. Tan evidente que un día hablé con Marcos sobre este asunto.

—Marcos, quiero que me seas sincero. ¿Sientes algo por Eli?

—Joder, Luci. Lo que me faltaba. —contestó con desgana.

—Jolines, dímelo. —le rogué haciendo pucheros.

—Pues no. ¿Es que un hombre y una mujer no pueden tener una simple amistad? Me encanta estar con ella, me encanta hablar con ella… pero solo somos eso, amigos. Además, yo creo que jamás podríamos estar juntos. —confesó mi hermano.

—¿Por? —pregunté.

—Pues hombre, partiendo de la base de que ella no está bien, que tiene que sanar su herida y volver a ser ella misma.

—Si lo dices por Vane, han pasado cinco años. Te recuerdo que ella tiene novio y que entre vosotros no hubo nada.

—Ya, pero sé cómo funcionan sus pensamientos y ella no lo haría jamás. Yo tampoco lo veo importante porque no tuvimos nada, como tú dices, pero sé que eso lo vería como una traición a su amiga y ya bastante tiene ella con sentir que traicionó a su hermana. De todas formas, Lucía, ella no está preparada para tener una relación. Y no quiero que se entere de esta conversación porque quizá dejaría de verme y no quiero que eso suceda. Pero que te quede claro, no siento nada. —dijo con determinación.

—Vale, sí, no te preocupes.

Yo entendía perfectamente lo que decía mi hermano. Entre Vane y él no llegó a suceder nada, pero ella se colgó bastante de Marcos y eso una amiga lo tiene que respetar siempre. Entre ellos dos solo cabía una amistad.

Elisa había intentado en alguna ocasión hacernos ver que se estaba enamorando, quería creerse que iba a empezar de cero, pero si algo tenía mi amiga era transparencia y su cara le delataba siempre, por mucho que sus labios dijeran otra cosa. A veces venía con el cuento de que sentía ilusión con alguno de los chicos, pero al final siempre volvía a hablar de Rodri, siempre salía a relucir su vacío.

Regresó Toni, quien para ella siempre había sido especial. Desde luego, con él le había ocurrido lo que le dijo mi hermano. Había pasado el tiempo y solo recordaba los buenos momentos, haciendo que se le olvidara lo decaída que le dejó esa ruptura. Decía que le entendía porque ella había hecho lo mismo con Rodri. Parecía justificar la falta de explicaciones de Toni cuando terminó con ella, parecía justificar su ausencia y desaparición.

El reencuentro con Toni fue corto porque ella estaba en la recepción del box y la clase estaba a punto de empezar. Se saludaron brevemente, ella le llevó a la parte donde estaba la clase y le presentó al profesor. Cuando él terminó, ella ya estaba en otra clase con otro grupo y no pudieron conversar. Se dedicaron un par de miradas y sonrisas y él se fue del box.

Toni: <Me habría gustado poder hablar
contigo. Me ha encantado volver a
verte. El miércoles voy a otra clase, si
quieres dime a qué hora sales y te espero.>
Elisa: <Es que has llegado con el tiempo
muy justo. Si hubieras llegado antes podríamos
haber hablado. El miércoles salgo a las 21h.>
Toni: <Creo que hay una clase a las 19.30h.
¿Te parece bien que te espere y nos vamos

a dar una vuelta?>

Después de consultar en "Tacones Divinos" y encontrarse con que todas le dijéramos que no perdía nada por ir, Elisa aceptó. Aquel miércoles se fueron a cenar cuando salieron del box. Eligieron ir a *La Tía Juana*, un restaurante mexicano que se encontraba en el centro de la ciudad. No se arreglaron mucho. Ella se puso unos pantalones azules y un jersey mostaza y él unos vaqueros y una camisa de felpa a cuadros de varios colores donde predominaba el verde. Pidieron unos nachos y unos burritos enormes para compartir. Hablaron de cosas sin importancia hasta que se creó un silencio del que no podían escapar si no era hablando del pasado.

—Eli, yo… sé que ha pasado mucho tiempo, pero tenerte aquí enfrente me…

—Toni, no hace falta remover el pasado. —le interrumpió Elisa.

—No quiero removerlo. Solo quería pedirte disculpas por la manera en la que te dejé, por desaparecer y por no estar a tu lado cuando tu hermana tuvo el accidente. Imagino que lo habrás pasado fatal, pero sabía que si seguía en contacto contigo iba a recular. —siguió diciendo él.

—Éramos unos críos y aunque nos creyéramos mayores, no lo éramos. Teníamos que madurar. Yo no te guardo rencor.

—Yo sí me lo guardo. No estuve a la altura de la situación. Creí que con decirte que ya no sentía lo mismo bastaba.

—Es que fue mejor así. Quizás yo te habría insistido mucho más en intentarlo y en luchar. Quizá eso te habría forzado de forma inconsciente a que continuaras conmigo cuando tú ya no querías. —añadió ella.

—Eso es lo que yo temía. Quería mantenerme firme porque entre tú y yo era todo perfecto, pero empecé a no tener atracción y a verte solo como a una amiga. Me arrepentí en varias ocasiones pero solo por echar de menos la costumbre y, ya sabes cómo soy, no me gustan las rutinas. Cuando te expuse que quería que lo dejáramos, mi idea no era desaparecer. Pero tú me dijiste que eso era una racha que sufrían todas las parejas y yo ya me vi volviéndolo a intentar cuando sentía que no quería hacerlo.

—Yo te entiendo, Toni, pero esto mismo es lo que me deberías haber dicho. Creo también que, al menos, me deberías haber contestado cuando te informé de lo de Martina.

—Llevas toda la razón, pero me avergonzaba tanto cómo hice las cosas que escondí la cabeza debajo del ala.

Dieron por concluido el tema y se fueron a dar un paseo por el puerto de Alicante. Entre risas y recuerdos, estuvieron paseando cerca de dos horas hasta que empezaron a bostezar y decidieron irse cada uno a su casa. Toni ya no vivía en el pueblo, sino que tenía una casa alquilada en la ciudad porque trabajaba en el departamento de seguridad del Museo Arqueológico de Alicante.

5.Volver a las andadas

Desde que estuvimos en la cafetería, Luna no dejaba de darle vueltas a la cabeza a lo que le dije de Carlos. Hacía mucho tiempo que no sabía nada de él y tenía ganas de encontrárselo de forma “accidental”. La última vez que se lo encontró un año atrás se sintió paralizada y no supo reaccionar. Luna volvía del trabajo y en un paso de cebra se cruzó con Carlos, Lorena y el pequeño Izan. El niño estaba en medio de sus padres cogido a la mano de ambos. La familia feliz estaba parada esperando a que el semáforo se pusiera en verde para poder cruzar. Luna estaba haciendo lo mismo, pero en la acera opuesta. Carlos y Luna se miraron y con la mirada se dijeron lo que sus labios callaban. Él agachó la cabeza y se cruzaron sin decirse nada y sin volverse a mirar. Horas más tarde, Luna recibió un mensaje.

Carlos: <Hola, Luna. ¿Cómo estás?
Desde que te he visto no has salido
de mi cabeza. No he parado de dudar
en si escribirte o no. Me habría
encantado que hubiéramos podido
dedicarnos unos minutos para hablar.>
Luna: <Ha sido mejor así. ¿De qué
habría servido ponernos a hablar?>
Carlos: <Tal vez de lo que sucedió hace
unos meses, Luna. No me lo quito de la
cabeza.>
Luna: <Pues yo no me quito de la cabeza
que tú tienes pareja. Carlos, vamos a
dejar las cosas como están, por favor.>

Claro, es que tú esto no lo sabes. Te voy a poner al día de todo, no pongas esa cara. Verás. Meses después de que Luna volviera

definitivamente de todos sus viajes con Noel para hacer el Ciclo Formativo de Turismo en Alicante, se encontró a Carlos de fiesta cuando los dos llevaban unas copas de más y…ya conoces a Luna. Él se alegró de ver a mi amiga y ella se puso retozona, con lo que comenzaron a besarse y terminaron en el aseo de la discoteca haciendo cosas de mayores. Él le propuso volver a verla y ella le propuso que dejara a Lorena, pero él se negó. Así que con las mismas ella se subió las bragas, salió del baño y se fue hacia nosotras suplicándonos que nos fuéramos a toda prisa. Él la llamó al día siguiente para hablarlo, pero terminaron discutiendo y diciéndose que esa historia había terminado para siempre.

Ella se prometió no volver a caer en sus brazos y regresar a su modo de amor de siempre: el no amor. Luna estaba con unos y con otros y entre ellos Noel, con quien alguna que otra vez tuvo algo más que palabras. Él tenía muchos viajes de trabajo, así que cuando volvía, avisaba a Luna. Noel llegó a entender lo que quería Luna de él y se resignó. A los meses, le comunicó que había conocido a una chica en Turquía y que le habían ofrecido un trabajo para un largo tiempo, con lo que Noel dejó de ser su desahogo sexual.

Luna: <Chicas, estoy pensando en lo que Lu dijo el otro día. Quiero ver a Carlos sin que él sepa que he ido a verle. Ya me entendéis.>

Yo: <Pero Lunis, él va a saber que te lo he dicho yo y que has ido para eso.>

Luna: < Ha pasado casi un mes desde que fuiste. ¿Os parece bien si vamos un día a *Tiaré*?

Elisa: <Si quieres vamos, pero yo creo que no te va a beneficiar en nada.>

Teresa: <Yo tampoco lo veo muy buena idea, pero si tú quieres lo hacemos.>

Dicho y hecho. Ese mismo domingo nos presentamos allí para tomar café, justo antes de mi cita con Luis. No sabíamos si nos íbamos a encontrar a Carlos o no, pero nos daba igual hacer el café divino en *Mandala* o en *Tiaré,* así que entramos las seis, pisando fuerte, todas con nuestros taconazos y sin intrusos. Estuviera él o no, con nosotras nos bastábamos.

Oteamos el terreno y por allí no había rastro de Carlos. Teresa y yo fuimos al baño para ver si estaba por la parte del fondo del bar. Nada. Carlos no estaba allí. Volvimos a la mesa con las chicas negando con la cabeza y comenzamos a especular.

—Tal vez solo viene de vez en cuando para cubrir días fuertes. —opinó Megan.

—O estaba haciendo una prueba y no la ha superado. —continuó Vanesa.

—Puede ser que hoy le haya tocado librar. —añadí yo.

—Quizá ha venido esta mañana. —dijo Elisa.

—O trabaja por la noche. —intervino Teresa.

—Bueno, parad ya, por dios. Me estáis poniendo nerviosa, leches. Pueden ser mil cosas, no vais a decir cada una de ellas. —se enfadó Luna.

—Era por darle un poquillo de emoción al asunto, no te enfades, Luniki. —dijo Tere con guasa.

—Oye, Eli, ¿qué tal la cena con Toni? —preguntó Vane.

—Pues muy bien, hablamos de todo un poco y estuvimos muy a gusto. Nos reímos, recordamos cosas que vivimos juntos y me pidió perdón por cómo rompió conmigo.

—¿Sabe lo de Rodri? —pregunté yo.

—Yo no se lo he contado y él no tiene redes sociales, así que lo dudo porque no me hizo ningún comentario.

—¿Se lo vas a ocultar? —cuestionó Luna.

—No, pero se lo diré si sale el tema. Lucía siempre dice que si contamos las cosas de forma normal, se recibe como normal. Eso es lo que haré. No le daré más importancia de la que tiene. —confesó Elisa. —pero vamos, que no hagáis castillos en el aire, que lo de Toni pasó a mejor vida hace ya muchos años.

—Nunca digas nunca. —apuntó Megan. —ay, chicas, yo tengo unas ganas del viaje a Roma… Miguel ha pedido en el trabajo jueves y viernes y nos vamos cuatro días. Estoy deseando.

—Qué feliz eres, Megan. Cuánto me alegro. —añadió Tere.

—Por cierto, Vane. Tu novio y tú os vais a Madrid, eso ya es de relación formal. —dije yo con cachondeo.

—Ya… creo que somos novios. Él es todo un caballero y me cuida muchísimo, pero es como que tengo miedo de que no salga bien. Tengo miedo de que me haga lo que me hizo Ruper. —admitió Vane.

—No tiene por qué pasar. Son diferentes personas. —dijo Megan.

—Es que todo dios pone los cuernos. Me da miedo enamorarme y que me la pegue cuando me relaje. Encima, ahora que Tere no vive en casa es como que quiere estar siempre ahí y yo no me quiero agobiar. —dijo Vane.

—Déjate de miedos y vive, Vane. Haz lo que te apetezca. Hazlo todo. —aconsejó Tere.

Seguimos con nuestra ronda habitual y de pronto se abrió la puerta del bar. Era un chico con un casco en la cabeza. Luna lo reconoció y nos miró con alerta. Él se quitó el casco y todas sonreímos. Efectivamente, era Carlos. Se quitó la chaqueta de cuero negra y saludó a los demás compañeros. Cuando pasó por nuestra mesa, no se dio cuenta de que estábamos ahí. Él cruzó una puerta que ponía <prohibido el paso> y salió unos minutos después con el uniforme puesto. Luna estaba nerviosa. No atendía a lo que nosotras decíamos. Estaba constantemente buscando a Carlos con la mirada y no le encontraba. Megan le propuso que disimulara yendo al baño por si estaba atendiendo a los clientes de la zona del fondo. Dudó, pero se levantó y se dirigió al aseo. Allí estaba él, hablando amablemente con un grupito de chicas muy poco divinas. Aprovechó para hacer pipí y al salir se lo encontró de frente.

—Hombre, Carlos ¿cómo estás?

—Jolines, Luna, qué alegría. Estás preciosa.

—Los kilos me sientan genial. –se rieron— ¿Trabajas aquí ahora?

—Bueno, llevo tres meses combinándolo con *El Barco*. Es de los mismos dueños y vengo algunos días para formar a los nuevos camareros y cambiar algunas estrategias.

—Madre mía, Lorena te echará de menos.

—Qué mala eres, Luna lunera.

—Mala no, pero si trabajas tantas horas no podrás estar casi con tu familia.

—Mi vida ha cambiado mucho. Ya no estoy con Lorena. Si te apetece, un día quedamos y te cuento todo. —dijo Carlos, visiblemente triste.

—Perdona si te he sacado un tema doloroso. Os hacía felices. —dijo ella con retintín.

—No te preocupes. Ahora no puedo ponerme a contarte todo lo que ha pasado, pero si me lo permites, te llamo esta semana y nos vemos.

—Ay, es que no sé si es buena idea, Carlos.

—Entonces ¿qué haces aquí?

—Pues tomar café con mis amigas. —nos señaló ella.

—Luna, sé perfectamente que Lucía me reconoció y has venido a verme. —apuntó él con seguridad.

—Bueno, no es del todo así, pero un poco sí.

—¿Te puedo llamar esta semana?

—Vale, sí. Llámame y nos vemos.

—Por cierto, os invito yo a lo que os estéis tomando.

—Ay, qué alegría. Ya estaban diciéndome que tendría que pagar yo la cuenta porque seguro que iba a ser elevadita. —dijo Luna sonriendo al máximo nivel.

Luna volvió con la sonrisa puesta y contenta de verdad. Volvió casi saltando. Una ilusión nació de nuevo en ella al saber que Carlos y Lorena ya no estaban juntos. Pero imaginaba que sería una ruptura reciente porque le vio algo afectado cuando él lo dijo. Estaba deseando quedar con él y que le contara todo. Luna estaba intrigada, ¿qué habría pasado entre Carlos y Lorena?

A ella no le importaban sus nuevos kilos. Le daba exactamente igual. Estaba divina a pesar de ello y se sentía segura. Sabía que Carlos caería rendido a sus pies. Armas de mujer. Armas de divina.

6.Fantasmas del pasado

Vane era feliz a su manera. Un año atrás conoció a Álvaro en la clínica donde trabajaban. Él era maravilloso. Trataba a Vane con una delicadeza y un cariño como pocas veces había visto en mi vida. Ellos iban muy despacio, tan despacio que Álvaro en ocasiones se desesperaba y ella se agobiaba pensando que iban a toda prisa.

Álvaro era enfermero en la clínica desde hacía varios años. Cuando llegó Vane para hacer las prácticas coincidieron un par de veces, pero no ocurrió entre ellos nada digno de mención. Después de los cuatro meses de prácticas, contrataron a Vanesa como auxiliar de enfermería y le asignaron a Álvaro como enfermero de referencia. Ella debía acompañarle y ayudarle en lo que él necesitara. Esto no quería decir que estaban todo el día juntos, sino que cada uno tenía su trabajo por separado, pero si él necesitaba ayuda de un auxiliar recurriría a ella y viceversa. En los momentos de descanso era cuando hablaban de cosas que no estaban relacionadas con el trabajo y ahí fue donde se fraguó el interés de Álvaro hacia mi amiga.

Al principio, estaba algo reacia porque la infidelidad de Ruper creó en ella una gran desconfianza hacia el sexo masculino. Muy poco a poco se fue abriendo a él y tras meses de varias intentonas por parte de Álvaro para quedar fuera de la clínica, ella terminó aceptando.

—Tienes hambre, eh. —apuntó Álvaro cuando rugió la barriga de Vane.

—Sí —se rio ella—, tengo mucha hambre. Hoy hemos almorzado muy pronto y son casi las tres de la tarde.

—Venga, que nos quedan diez minutos para salir de aquí. ¿Tienes plan para comer? —inició él un nuevo intento.

—No, me voy a casa, me haré pasta con atún o algo que sea rápido y me llene.

—¿Y si nos vamos a que nos la preparen? Conozco un italiano cerca de aquí que está increíblemente bueno.

—Ya, bueno, Álvaro, no sé…

—Vanesa, llevas meses negándote. No te estoy pidiendo sangre de unicornio, solo es ir a comer. De todas formas, si no quieres no pasa nada, no te lo voy a proponer más.

—Venga, sí, llevas razón. Nos vamos a comer.

Se cambiaron y se fueron andando hacia el italiano que había dicho Álvaro. Ella pidió pasta rellena de atún con salsa de tomate y él pidió una pizza de cebolla, piña, jamón y queso. Jamás entenderé a la gente que le gusta la piña en la pizza. Yo no la puedo soportar. El atún también lo odio. Menos mal que no me invitaron. *Buaj*.

—¿Estás a gusto en la clínica? —preguntó él mientras mordía su pizza.

—Sí, mucho. Lo único que no me gusta es el sueldo. —respondió Vane con una leve sonrisa—, tú eres enfermero y cobrarás bastante más, pero los auxiliares cobramos poquito.

—A ver, es que es una clínica privada. Si quieres cobrar más tendrías que opositar y trabajar en un hospital público.

—Ya, pero no puedo dejar de trabajar y estudiar una oposición mientras trabajas es una locura.

—Pero Vane, tú no tienes muchos gastos, puedes reducirte la jornada y dedicarle tiempo al estudio.

—No sé, no sé. Aquí estoy muy a gusto, de momento no lo contemplo.

—Por mí mejor, así te tengo cerca. —soltó Álvaro a bote pronto. Vane abrió los ojos como platos y siguió comiendo como si no hubiera escuchado nada.

—Pásame el parmesano, por fa. —pidió ella como si nada.

Dos semanas después de esa cita, volvió a aceptar otra casi obligada por nosotras. Con el pretexto de un estreno de cine, él le propuso ir a ver la película. Estaban Teresa y Vanesa en casa cuando ella recibió el mensaje.

—Vas a ir, ¿no? —preguntó Tere.

—No creo. Es que se puede confundir y yo no quiero nada con él. Ni con él ni con nadie.

—Pero Vane, si el chico te gusta, hija mía.

—Teresa, ya sabes cómo pienso. Lo hemos hablado mil veces. Álvaro me gusta, pero no quiero que me guste más y si doy pie, luego me enamoro y entonces él es cuando me la clava por la espalda.

—Ya estamos. Vane, tía, qué rabia me da. Te vas a perder mil cosas por tu miedo a sufrir y eso forma parte de la vida.

—Es que si me puedo evitar sufrimientos, lo voy a hacer.

—Pero ¿quién te dice a ti que no vas a encontrar con él la felicidad?

—No creo…

—Me estás hartando *una poquita*. Se lo voy a decir a las chicas ahora mismo. —y eso hizo Teresa. Nos mandó un mensaje a "Tacones Divinos" y entre todas convencimos a nuestra amiga para que aceptara la invitación Álvaro. Después nos dio las gracias porque volvió la mar de contenta.

Coque, como yo le llamaba, era un chico muy gracioso y era difícil no divertirse con él. Un día estábamos en *Mandala* y apareció por sorpresa. Ya llevaban varias citas y todavía ni se habían besado, aunque por su forma de mirar a Vane sabíamos que lo estaba deseando.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Vane impactada cuando él se acercó a nuestra mesa.

—Pasaba por aquí y como me habías dicho que estarías aquí con tus amigas he decidido venir a verte, ¿te parece mal?

—¿Cómo le va a parecer mal, Coque? Tómate algo con nosotras —solté yo metiéndome en la conversación.

—Perdónales, te llaman Coque. —nos disculpó Vane.

—¿Pero eso es bueno o es malo? —preguntó él mientras se sentaba en una de las sillas.

—Ni bueno ni malo. Yo siempre he querido tener un amigo que se llame Coque y por fin lo tengo. —dije riéndome.

—Coque viene de albaricoque y albaricoque viene de Álvaro. Esa es la deducción que ha hecho Lucía. Le encanta cambiar los nombres a las personas. —explicó Tere.

—¿Yo te puedo llamar Lucifer? —me preguntó Álvaro siguiéndome el juego.

—Oh, claro que sí. Me encanta. Será un placer, Coque.

—Genial, Lucifer.

Coque se tomó una cerveza con nosotras y se fue. Nos cayó genial, pero en la cara de Vane vimos que aquella escena no le había hecho mucha gracia.

—¿Qué te pasa, Vane? El maromo es un encanto. —dijo Elisa.

—Pues es que no sé a qué ha venido esta sorpresa. No quiero que se meta en mi vida. —contestó Vane algo molesta.

—Vane, ni se te ocurra decirle algo malo. Ha estado media hora aquí y se ha ido. Encima se ha integrado genial y es muy amable. No ha ocurrido nada malo. —explicó Megan.

—Encima tú vas y le llamas Coque. Eres la leche. —dijo ella dirigiéndose a mí.

—Si le ha encantado, hasta me ha seguido la broma y me ha llamado Lucifer. —contesté risueña.

—Si el problema lo tengo yo, sé que él no ha hecho nada malo. —confesó Vane.

—Este chico ya no sabe cómo meterte el manubrio. —soltó Luna tan delicada como siempre.

El primer beso fue un beso robado. Quedaron para tomar café un día de lluvia. Llevaban tres meses quedando y todavía no había ocurrido nada íntimo entre ellos. Así que él no se pudo aguantar. Cuando se metieron en el coche después de tomar ese café, ella le pidió que le llevara a casa. Ya en la puerta, se pusieron a hablar de cosas tontas, tan tontas que se pusieron tontos. Él más tonto que ella, todo hay que decirlo.

—¿Quieres que suba y pedimos algo para cenar en tu casa? —propuso Coque.

—Ya sabes que vivo con mi amiga Teresa y no sé si le parecerá bien.

—Pero es tu casa.

—Bueno, ahora es la casa de las dos. No sé si está con alguien arriba, si va desnuda, si está bien… no le he avisado. Si quieres otro día. —dijo ella escurriendo el bulto.

—Vale, otro día. —contestó él resignado.

Cuando se iban a dar dos besos, él hizo encajar los labios de ambos y se dieron un besito. Ella se apartó y él cogió su cara para impedir que se alejara. Volvió a besar sus labios y ella no supo si sentir alegría o preocupación porque los sentimientos de ambos iban aumentando y su preocupación crecía en la misma medida.

Así empezó todo entre ellos…

7.OTRA VEZ

Después de nuestra conversación en la cafetería, Teresa habló con Vane seriamente. Decidió volver a casa con su madre porque creía que, como hija, era su deber.

—Tía me da tanta pena… hemos vivido juntas tres años y yo siempre te agradeceré que me hayas dado un hogar cuando el mío no me lo parecía. —dijo Tere con todos sus bártulos preparados en la puerta.

—Espero que sigas viniendo mucho por aquí. Esta es tu casa. —contestó Vane con lágrimas en los ojos.

Teresa sabía que estaba haciendo lo correcto. Su obligación era levantar a su madre del estado en el que estaba. Chema había recogido ya todas sus cosas y se había ido de la vida de Mariana y de Teresa, dejando a la primera en la más tremenda oscuridad. Sin energía, sin ganas, sin aire…

—Mami, tienes que hacer planes y tienes que volver a sonreír. No puedes vivir así, tú eres una persona muy alegre y con mucha vitalidad. —dijo Teresa a los pies de la cama de su madre.

—Tere, cariño, estoy destrozada. No puedo creer que haya sido tan tonta otra vez. —contestó Mariana con pena.

—Pero, ¿cómo lo descubriste? No sé por qué no me lo quieres contar.

—No hace falta que sepas todos los detalles.

—Ya no soy una niña, mami. Si no es conmigo, ¿con quién te vas a desahogar? Prometo no juzgarte.

—Ven, métete aquí en la cama conmigo, cariño. —le pidió Mariana con ternura. Tere se descalzó y entró en la cama con su madre como cuando era pequeña. —Él siempre ha sido de dar pocas explicaciones y poco a poco yo dejé de necesitarlas. Yo volví a confiar en él, creo también que se lo fue ganando, por eso perdoné lo que me hizo hace años y por eso me casé. Este último año ha estado más distante conmigo, me ha tratado peor y las discusiones en casa eran nuestro pan de cada día. Chema cada vez llegaba más tarde y los fines de semana salía mucho con la bici. Él empezó a poner el móvil boca abajo, su teléfono vibraba y él constantemente iba al baño,

imagino que para contestar sin que yo pudiera ver con quién hablaba. Un día, le encontré chateando en el aseo dejando el agua de la ducha caer fingiendo estar duchándose. Yo ya empecé a sospechar y me dijeron que WhatsApp tenía la posibilidad de ponerse en el ordenador escaneando un código QR. Lo hice y le descubrí hablando con dos mujeres. Con una ya había quedado en varias ocasiones y con la otra estaba intentándolo. Después de varias semanas leyendo sus maravillosas conversaciones y viendo cómo se lo contaba a su compañero de trabajo, me cansé de callármelo. Él me tachó de controladora y de violar su intimidad. Se puso muy violento y le intentó dar la vuelta a la tortilla, pretendiendo que fuera más importante y grave que yo me hubiera espiado su WhatsApp. —confesó Mariana sumida en llanto.

—Mamá, estoy flipando. Me lo tendrías que haber dicho en ese momento. —expresó Tere con rabia.

—Eres mi hija y sabía que esto te iba a hacer sufrir. Además, no quería escuchar <te lo dije> o comentarios de esos.

—Pero mamá, no podías comerte sola todo esto. Yo tenía que haber estado a tu lado. Es un hijo de puta, mami. No puedes perdonarle nunca más.

—Gracias por venir aquí conmigo, cariño. —dijo la madre en mitad de un cálido abrazo.

—Mami, el siguiente paso es volver a tu vida de antes, recuperar la alegría y valorarte aunque él no lo haya hecho. Tienes que buscar actividades que te gusten y volver a quedar con tus amigas.

—Es que encima cada rincón de esta casa me recuerda a él. —comentó Mariana con melancolía.

—Pues vámonos de aquí. Tú siempre has querido vivir en una casa más grande y puede que este sea el momento perfecto. Nos vamos juntas a ver casas, muebles nuevos, electrodomésticos, decoración… eso te gusta. —aconsejó Teresa a su madre con ganas de que recuperara su característica alegría.

—Ya, pero para eso se necesita mucho dinero. No sé…déjame que lo piense. —dudó Mariana.

Mariana estaba contenta por ver a su hija otra vez en casa y se esforzaba para que ella no le viera triste. Se levantaba pronto cada día, se maquillaba, se peinaba, se iba a trabajar, volvió a salir con sus amigas, parecía que volvía a sonreír y le daba vuelvas al tema de cambiarse de casa.

Durante días, estuvo buscando viviendas en venta, pero todo lo que le gustaba era demasiado caro. Su mejor amiga le propuso reformar completamente el piso donde vivía con Teresa y formar un nuevo hogar que no le recordara a Chema. Eso le pareció muy buena idea y vio que el precio de una reforma sí estaba a su alcance. Le comentó esta idea a su hija, quien también pensó que podría ser una buena alternativa. Juntas, empezaron a idear cómo remodelar esa casa. Las dos se involucraron en mirar muebles, estilos de decoración, empresas de reforma… todo lo que necesitaban para empezar con el proyecto.

Mariana estaba más contenta, de pronto cantaba mientras cocinaba o volvía a decir las mismas tonterías de antes. Madre e hija se unieron mucho más. Me encantaba verlas así de nuevo y que Mariana volviera a ser la madre más divina de todos los tiempos. Desde luego, Mariana estaba de vuelta. Otra vez estaba con nosotros. Me incluyo porque yo iba a casa de Teresa muchas veces y hablaba con su madre como si fuera una amiga más. Cuando escuché la historia en boca de Mariana, con sus palabras, con su entonación, con su sentimiento al explicarlo… no pude evitar llorar con ella.

Dieron con *Gama10*, una reciente empresa de reformas, pero de la cual había muy buenos comentarios. Los precios no eran tan desorbitados como los de otras empresas a las que habían pedido un presupuesto. Una vecina se había reformado la casa con *Gama10* y fueron a ver los resultados. Salieron de esa casa encantadas y decidieron aceptar el presupuesto y no mirar más empresas de reformas. Teresa y Mariana no daban un paso sin antes consultar con la otra. Los sábados se iban juntas a ver tiendas y por ahí pasaban la tarde. Estaban emocionadas e ilusionadas.

Un día, tuvieron una reunión con los dos dueños de *Gama10,* Maks y Álex. Maks era guapo y alto. Castaño con ojos azules. Era ruso, pero hablaba español bastante bien. Teresa le echó unos treinta y tantos años. Álex era español, aunque con rasgos que parecían asiáticos. Moreno, ni guapo ni feo, con cuerpo de gimnasio y muy simpático. Tenía una sonrisa preciosa. De él dijo que tendría unos treinta años. Ellos llevaban un año trabajando juntos, pero tenían muchos de experiencia en el sector, hasta que decidieron asociarse y crear su propia empresa.

Tanto Mariana como Teresa quedaron encantadas con los chicos después de la reunión. Ellos les enseñaron fotos de sus trabajos, los precios eran razonables y se les veía buena gente. En cuanto se fueron de la casa, Teresa

me mandó un mensaje diciéndome que acababa de irse de su casa un morenazo con los ojos color miel. Me adjuntó una foto que le hizo a traición para que viera el pedazo de tío que iba a estar reformando su casa dos o tres meses. ¡Lo que me pude reír!

8.PUNTO Y FINAL

Megan era feliz. No le faltaba nada. Era maquilladora en un centro de belleza. Se quejaba del bajo sueldo y de las horas que trabajaba, pero estaba contenta. Le encantaba lo que hacía. Miguel seguía trabajando en el instituto al que nosotras íbamos y en el que se conocieron cinco años atrás. Él tenía plaza fija y todo pintaba a que se jubilaría allí enseñando inglés. Volvieron de Londres más unidos que nunca y eso que ya eran la pareja perfecta antes de irse.

Megan y Miguel se fueron a comprar todo lo que necesitaban para su viaje a Roma. Pasaron más de media tarde comprando cosas para ella y la idea era dedicar un par de horas aproximadamente para las de él. En una de las tiendas de caballeros, a Megan le cambió la expresión del rostro. Todas las sospechas eran ciertas. Ahí descubrió que todo era verdad. Por un lado sintió alivio, ya que no había sido ella el problema, no es que ella no hubiera sido capaz de llenar su corazón, sino que él no podía poner sus ojos en Megan ni llenar su alma de sentimientos por una mujer. Se quedó bloqueada cuando vio a Pedro besándose con otro chico. Al cruzar sus miradas, él se quedó lívido y quieto. Ella se giró, cogió a Miguel del brazo y se lo llevó hacia la salida de la tienda.

—Megan, ¿qué haces? Acabamos de entrar en la tienda, no me ha dado tiempo a verlo todo. —dijo Miguel sin entender nada.

—Da igual, cariño, ya volvemos otro día.

—Nos vamos la semana que viene a Roma y entre semana trabajamos, ¿qué otro día quieres venir?

—Bueno, vamos a otra tienda, que esta no me gusta. —intentó convencerle sin tener que contarle qué era lo que había visto.

—Cielo, estás un poco alterada. ¿Me puedes contar qué pasa? —insistió Miguel.

—Vamos a otra tienda y te lo cuento.

De camino a la siguiente tienda, ella empezó a relatar.

—¿Tú te acuerdas de Pedro? ¿Te acuerdas que me pedía que le metiera mi juguete por el culete y que un día me dijeron que era gay?

—Sí, ¿qué tiene que ver con esto?

—Pues que le acabo de ver ahí dentro besándose con un chico y, en su día, cuando se lo pregunté, me llamó loca y paranoica.

—Joder, Meguin, me lo podrías haber explicado. A ver, ya sabes que cuando le decías algo que no le gustaba se ponía como loco y le daba la vuelta a la historia. Esto fue una cosa más de tantas.

—Es que una cosa es creerlo o que me lo hayan contado, pero verlo con mis ojos es diferente.

Siguieron hablando del tema un poquito más. Él le restaba importancia y ella se la sumaba. Continuaron con las compras, pero ella estaba ausente, se había quedado helada y recordaba la última conversación que tuvo con Pedro hacía más de cinco años, lo chafada que se quedó, lo mal que lo pasó y lo tonta que se sintió. Megan no fue capaz de mantenerle la mirada a Pedro cuando le vio en la tienda, su corazón se puso a mil por hora y su cabeza no podía pensar. Solo se le ocurrió salir corriendo de allí.

En cuanto llegó a su casa, bombardeó el grupo de "Tacones Divinos" contándonos lo que había visto y cómo se había sentido. Dos días después recibió un mensaje de un número que no tenía guardado: <Hola Megan, ¿cómo estás? Soy Pedro. Espero que mi mensaje no os moleste ni a tu novio ni a ti. Solo quería saber cómo estabas y explicarte lo que viste el otro día.>

Megan: <Hola, Pedro. No tienes que darme ninguna explicación. Solo espero que seas feliz, sea con quien sea.>

Pedro: <Sé que no tengo que darte explicaciones, pero yo necesito dártelas. Nosotros terminamos muy mal por mi culpa. Quiero pedirte disculpas por no haberte dado lo que tú necesitabas, pero a mí ya me gustaban los chicos y me costaba reconocerlo. No solo a los demás, también a mí mismo.>

Megan:<Me alegro de que finalmente lo hayas hecho porque solo siendo sincero contigo mismo podrás ser

completamente feliz.>

A estos, les siguieron algunos mensajes más en los que se contaban cómo les iba la vida. Parecía irles bien a los dos. Megan se quedó en paz después de esta conversación. Le agradeció a Pedro que le escribiera para así poder cerrar ese capítulo para siempre.

Llegó el momento de irse a Roma. Estaban nerviosos y contentos. Sería un viaje corto, pero muy especial. Cogieron el avión temprano para poder aprovechar los días al máximo. Se alojaron en el céntrico y lujoso hotel *Roma Luxus* valorado con cinco estrellas, aunque ella se pensaba que se alojarían en el *Hotel Virgilio* de tres estrellas. Era una sorpresa que había organizado Miguel. Cuando entraron a la preciosa y amplia habitación, encontraron pétalos de rosa sobre la cama y en el jacuzzi del baño había una botella de champán junto a dos copas. Todo olía a lujo y a romanticismo. Megan no podía cerrar la boca de lo impactada que estaba. Y Miguel sonreía al máximo porque veía cómo Megan daba saltitos y palmeaba las manos de alegría.

—Pero bueno, mi amor, ¿cuándo has preparado todo esto? Si reservamos juntos el otro hotel. Qué bonito eres, no puedo quererte más. —dijo Megan abrazando y besando con entusiasmo a Miguel.

—Lo cancelé porque este me gustó más y no te dije nada porque era una sorpresa. —contestó Miguel con ternura.

—Claro, este también lo vi yo, pero era muy caro.

—Yo vi una oferta muy buena, por el dinero no te preocupes.

Se fueron a pasear por la ciudad, comieron y siguieron recorriendo Roma cogidos de la mano. Vieron el Coliseo, la Basílica de San Pedro, el Panteón… Ella quería ir a la Fontana di Trevi, pero él sugirió ir al día siguiente por la mañana para poder verlo con mejor luz. Se fueron al hotel a ducharse y a ponerse guapos para la cena. Él había reservado en *Le Grondici*, un bonito y lujoso restaurante frente a la Fontana di Trevi. Simuló llamar al restaurante en ese momento delante de ella. Él se había informado semanas antes de los sitios donde podrían cenar el primer día, pero ese restaurante tenía que ser reservado con cierta antelación por su gran demanda. Así lo hizo. Ajena a todo, Megan se puso su vestido negro ajustado con encaje en el pecho y su abrigo largo, negro también. Se alisó su rubia melena y se maquilló más que de costumbre, haciendo que sus preciosos ojos azules no pasaran desapercibidos.

Decidieron pedir dos platos para compartir: *Galletto alla diavola con patate arrosto* y *Spiedino di gamberoni al lime con insalatina di mele, barbabietole e sesamo*. No sabían muy bien de qué se compondrían, pero en la carta había una estrella al lado de esos dos platos y pensaron que serían los mejores. Efectivamente, aquello estaba buenísimo. Además, lo acompañaron con una estupenda botella de vino tinto por recomendación del camarero. De postre pidieron un delicioso tiramisú como nunca antes lo habían probado. Miguel tenía un brillo especial en la mirada y Megan se sentía tremendamente feliz.

Después de pagar, aprovecharon para ver la Fontana di Trevi iluminada, ya que por la noche tiene un encanto diferente al de por la mañana. Frente a ella, se besaron, se prometieron estar siempre juntos y se abrazaron fuertemente. Él se dirigió a un chico que pasaba para que les grabara en vídeo. Megan posaba como si fuera una foto y de pronto, Miguel se arrodilló y sacó un anillo de su bolsillo. Megan se tapó la boca con las manos porque no se esperaba bajo ningún concepto que Miguel fuera a hacer eso.

—Megan, mi amor, ¿quieres casarte conmigo? ¿quieres pasar conmigo el resto de tu vida? —preguntó Miguel totalmente nervioso.

—Síiiii, síiiiii —contestó ella a punto de llorar. Se acercó a él mientras se levantaba y se sumieron en un precioso y tierno beso a la vez que la gente aplaudía sin parar.

Entre vergüenza y alegría, sabiendo que habían sido los protagonistas del momento, recibieron la enhorabuena, en varios idiomas, de las personas que presenciaron la pedida de matrimonio.

Ese viaje fue mágico, anduvieron de la mano por cada una de las calles de Roma con amor, con ilusión, con deseo…

9.PLANES DE BODA

Mi relación con Luis cada vez iba a más. Él se introdujo en mi grupo de amigos con mucha facilidad. Se llevaba genial con las divinas y con sus respectivas parejas. Para mí no fue tan fácil a la inversa porque sus amigos se quejaban de que se llevaran a las novias. Ellos preferían quedar a solas, así que los planes en sociedad solían hacerse con mi grupo. Además, Miguel y Luis se llevaban de escándalo. Yo me sentía muy a gusto con él porque me gustaba y empezaban a nacer sentimientos bonitos después de estar tres meses quedando. Él me presentaba como su novia y le gustaba que le acompañara a todo, que fuera a verle jugar al fútbol, a las comidas familiares… A mí me parecía bien, aunque cuando me decía que me quería, aparecía un hormigueo en mi estómago. Yo era incapaz de contestar otra cosa que no fuera <y yo>. Pero a veces sentía que era como si él quisiera gritar a los cuatro vientos su amor por mí y yo quisiera taparle la boca. O darle un guantazo o romperle las piernas.

En el trabajo todo era perfecto, cada vez lo dominaba más y yo ya me sentía como pez en el agua. A finales de marzo todavía no teníamos muchos eventos, así que me dedicaba a tener reuniones con los novios que buscaban sitio para casarse el año siguiente o para detallar las bodas de ese mismo año. Había muchas reuniones porque en abril comenzaba la temporada alta.

Estaba despidiendo a una de las parejas que se iban a casar en septiembre cuando me pareció ver entrar a Santi cogido de la mano de una chica. De pronto mi corazón empezó a latir con fuerza, a gran velocidad. Santi y la chica se acercaban y yo les di la espalda para poder despedir con profesionalidad a mi pareja de septiembre. Yo no sabía ni lo que decía. No quería que Santi se acercara más. Esperaba que nadie notara que estaba totalmente nerviosa y temblando. Cuando por fin se fue esta pareja, hice como si no hubiera visto a nadie y emprendí mi marcha hacia mi despacho.

—Perdona, perdona. —me paró una voz femenina. Me giré dudando de si seguir con mi huida o no, pero tenía que ser profesional—. Perdona, no tenemos cita, pero nos gustaría ver este sitio para nuestra boda, ¿sería

posible? —*Vamoraverqueyomevuervoloca* ¿de verdad habían elegido justamente este sitio para celebrar su boda? No era posible. Tragué saliva y contesté como pude sin mirar a Santi.

—Sí, claro. Es preferible con cita, pero dadme dos minutos que coja una carpeta nueva, esta es la de la pareja anterior. –Así ganaría un poco de tiempo. Fui al despacho, bebí agua, respiré hondo, cogí una carpeta nueva, sacudí mi cuerpo y salí. —Venid conmigo. Primero os voy a enseñar las instalaciones y después hablamos de todo lo demás. ¿Cómo os llamáis?

—Yo Carola Cruz y él Santiago Gómez. —le miré una milésima de segundo antes de apuntar sus nombres en mi carpeta y le vi cabizbajo sin querer mirarme. Supe que los dos íbamos a fingir no conocernos de nada.

—Encantada, yo me llamo Lucía Alcalá, bienvenidos a *Palm Golf Resort*.

—Quizá sería mejor volver otro día con cita, ¿no? —intentó escaparse Santi.

—Pero, cariño, si ya estamos aquí, ¿para qué vamos a venir otro día? —le contestó Carola—. ¿Te parece bien si continuamos hoy? —me preguntó.

—Claro, no hay problema. —intenté sonreír—. Mirad, esta zona de aquí es donde solemos situar el cóctel, pero todo lo que os digo lo podéis modificar a vuestro gusto. Ponemos mesas altas y los camareros salen con bandejas. Esa zona de allí está pensada para la ceremonia antes del cóctel, si queréis hacerla con nosotros. Si preferís iglesia o hacer la ceremonia en otro lugar, los invitados pasarían directamente al cóctel… —les expliqué todas las zonas sin casi mirarles. Esperaba que el sitio no les gustara.

—Me encanta todo. —dijo Carola tal y como yo deseaba (ironía, *of course*).

—Bien, entonces ahora vamos a mi despacho y hablamos de fechas, precios, menú, proveedores…

De camino al despacho tuve que pestañear varias veces para que no se me notara exaltada. Ahí estaba yo con la preciosa Carola. Morena, delgada, estilosa, con ondas perfectamente hechas y maravillosamente bien maquillada. Y ahí estaba mi Santi, mi rubio de ojos azules con esa barbita de tres días que tanto me enloquecía. Y ahí estaba yo con el trasero cada vez más gordo de estar sentada tantas horas. Se iba a casar. No podía creerlo.

—Sentaos por aquí. —les dije con una sonrisa—, este es nuestro dosier. Aquí aparecen los precios de todo. Le echáis un vistazo en casa y me podéis

preguntar lo que queráis. ¿Cuándo queréis casaros?

—Nos gustaría en abril del año que viene, pero nos da igual la fecha. —me contestó Carola y sentí cómo Santi me observaba, aunque retiró la mirada cuando le miré.

He ahí mi más incómoda reunión. Por primera vez, no quería que una pareja nos seleccionara como lugar de celebración, aunque estuviéramos hablando de varios miles de euros. Durante el año de planificación de la boda iba a tener que reunirme con ellos muchas veces y no quería pasar por eso. Tenía que tantear cuánto les había gustado para tranquilizarme o tirarme por la ventana.

—¿Habéis visto más sitios? —pregunté.

—Sí, hemos visto cinco más, pero este es el que más nos ha gustado ¿verdad, Santi? —afirmó ella. El pobre Santi no sabía dónde meterse.

—Bueno, aunque el de la semana pasada también nos gustó mucho. —contestó él.

—Pero, mi vida, nada que ver. Encima, estos precios encajan mucho mejor con nuestro presupuesto. Mira lo que vale la mesa de quesos aquí, cien euros menos. —vaya, justo lo que yo quería (ironía otra vez).

—No tenéis ningún compromiso, esta reunión solo ha tenido carácter informativo. Lo habláis en casa, lo comparáis todo y ya me decís algo. —comenté para restar presión.

—Yo creo que vamos a reservar ya. —sentenció ella.

—No, Carola, tenemos que hablarlo y compararlo todo, como ha dicho… ¿Lucía, no? —qué cínico era Santi, hizo como que no recordaba mi nombre. Eso me ratificó que luego no le diría que me conocía. Yo asentí mirándole de tal manera que se le escapó una leve sonrisa. Mierda, una preciosa sonrisa. Con esos hoyuelos en las mejillas que tanto me hicieron babear en su día.

—Vale, como aquí aparece tu teléfono, te llamaremos en cuanto lo decidamos, pero vamos, que te lo digo casi ya. —me dijo la simpática Carola.

Les acompañé a la salida del recinto y ahí les vi entrar en el *Seat Ibiza* rojo en el que yo me había montado varias veces. Recordé ese día que me secuestró en la entrada del instituto para llevarme a Altea, recreé en mi cabeza cuando nos comíamos los churros y nos comíamos a besos, cómo me decía que al verme se olvidaba de ella.

Al finalizar mi jornada, vino Luis a recogerme para irnos a cenar. Tan alegre él y con muy pocas ganas yo… Disimulé todo lo que pude, pero yo estaba en otro sitio y con otra persona. Nos fuimos a cenar a *La Mafia*, mi italiano preferido. Allí pedí mi mítica pizza de trufa y él la pasta con salsa de foie y virutas de jamón ibérico. Recordé el día que Santi y yo probamos la trufa y él se empachó porque lo pedimos todo con trufa. Yo decidí que ese sería mi ingrediente preferido.

Luis estaba juguetón y me llevó a su casa. Pensé que dormir con él ese día haría que se me fuera Santi de la cabeza. Yo que me creía que él y sus recuerdos ya estaban en el cerebro reptiliano y verle de nuevo hizo que volvieran al cerebro límbico.

Me estaba poniendo un pijama de Luis para meterme en la cama y disponerme a dormir, cuando él impidió que me subiera el pantalón. Me llenó de besos ansiosos, me acarició la espalda, el abdomen, el pecho, lamió mis pezones y yo cerraba los ojos. Le acaricié fingiendo deseo, me embistió con fuerza, jadeando del gusto, ronroneando como un felino, poniendo empeño en cada penetración. Y yo sin estar. Por no estar, no estaba ni lubricada. Le pedí que se corriera, que yo ya lo había hecho. Mentira, mentira y mentira. Reproducía la reunión anterior con Carola y Santi y clamaba al cielo que me llamaran diciendo que nuestro complejo hotelero no era el elegido para realizar su magnífica boda. Sabía que Santi convencería a Carola para no casarse allí, haciendo que yo les organizara la boda. Confiaba en que Santi lo consiguiera.

No podía creerme estar *sexeando* con Luis y estar pensando en otras cosas. Cosas relacionadas con Santi y Carola juntos. Dios mío, qué alivio sentí al oír a Luis gemir de gusto cuando se corrió. Le di un beso y me giré para dormir, alegando estar realmente cansada de toda la semana. Me costó dormirme *una montoná* pensando en lo que tú y yo sabemos. ¿Me llamarían rechazando *Palm Golf Resort* para su boda?

10. RONDA DIVINA

El grupo de WhatsApp "Tacones Divinos" echaba humo. Megan nos envió el vídeo donde Miguel hincaba rodilla y le entregaba a mi amiga un tremendo pedrusco. Yo les contaba la maravillosa reunión del día anterior con Santi y todas dijimos que esas cosas no se podían hablar por el móvil, así que tomamos la decisión de hacer un café divino urgente de divinas en apuros.

Cuando salí de la ducha vi una llamada perdida de un número muy largo, al cual no podía devolver la llamada. Pasados unos segundos vi que me volvía a llamar.

—¿Dígame? —contesté.

<¿Lucía?> pronunció mi nombre una voz masculina.

—Sí, soy yo ¿quién es?

<Hola, Lucía. Soy Santi, ¿puedes hablar?>

—¿Santi? Emm… Sí, dime. ¿Desde dónde llamas?

<Desde la comisaría>

—¿Qué te ha pasado? ¿Estás bien?

<Sí, sí, trabajo aquí, soy policía.>

—Jolín, qué susto. Me alegro mucho. Qué bien que lo hayas conseguido. —De verdad me alegré por él. Sabía lo mucho que significaba para Santi ser policía.

<Muchas gracias. Bueno, te llamaba por lo de ayer. Para nada me imaginaba que pudiera verte allí. Gracias por disimular delante de Carola.>

—De nada y enhorabuena por tu enlace. Espero que sigáis siendo muy felices, pero a mí me gustaría que os casarais en otro sitio, Santi. Para mí es un poco incómodo tener que organizaros la boda y transmitiros entusiasmo. Espero que lo entiendas.

<Claro que lo entiendo, para mí tampoco es cómodo que nos lo hagas tú. No sabes lo que me impactó verte después de tanto tiempo. Quiero que sepas que a Carola le ha encantado *Palm Golf Resort* y yo estoy intentando no hacer la boda allí, pero es muy cabezota. Dice que es donde ve su boda.>

—Soy una profesional y lo haré lo mejor que pueda, no te preocupes, Santi. Por mi parte no se enterará de que nos conocemos.

<¿Tú estás con alguien?>

—Eso no importa. Importa tu boda. Tengo que dejarte, Santi. He quedado. Ya me confirmáis cuando lo sepáis.

<Adiós, pequeña.>

¿Pequeña? No, por favor. No quería que me regresaran todos nuestros recuerdos. Ya me bastaba con saber que finalmente sí habían sabido cómo hacerlo para volver a ser felices juntos, se iban a casar y seguramente yo les organizaría la boda. Sonaba de escándalo en mi cabeza (de nuevo ironía).

Llegué la última a *Mandala*, más tarde incluso que Teresa. Llegué con la cara desencajada y nerviosa.

—Pero bueno, ¿qué te pasa, Lu? ¿Has visto un fantasma? —bromeó Luna.

—Pues casi. Con lo enterradito que tenía yo a Santi y el tío va y renace en mi vida. Además de una manera que no es la deseable. —contesté con rabia.

—Pero tú estás con Luis, tía. No le vayas a hacer daño que el muchacho es muy bueno. —me pidió Megan.

—Meguin, yo no voy buscando hacer daño a nadie. —respondí con calma—, no os podéis imaginar nuestras caras al vernos de nuevo, pero es que me acaba de llamar Santi, quien, por cierto, ha conseguido ser policía, y me ha dicho que a Carola le ha encantado mi hotel. Te meas. Pero vamos, te meas en las bragas. —todas se rieron—, pues a mí no me hace gracia, pero ni una poquita.

—Uy, pues a mí me hace *una montoná*. Lo que habría dado yo por ver tu cara en ese momento. —dijo Elisa.

—Lu, diles que no hay fecha. —propuso Vane.

—Yo no puedo hacer eso, es mi trabajo. Y si mis superiores se llegaran a enterar me despedirían. Te aseguro que prefiero organizar su boda. Bueno, vamos a hablar de cosas bonitas —miré a Megan sonriente.

Megan nos detalló exhaustivamente su viaje y su pedida de matrimonio. Ella lo contaba con una felicidad increíble y nos enseñaba constantemente su anillo al hablar. Ya había mirado algunas cositas para el gran día y en otras tantas yo le ayudaría. Yo conocía a muchos proveedores y podría guiarle en la preparación y decoración de su boda.

—Yo os tengo que contar que me llamó Carlos y estuvimos hablando un ratito. Dijimos de vernos pronto y todavía no ha podido porque está siempre trabajando, pero creo que la semana que viene quedaremos. —dijo Luna moviendo los hombros.

—Bueno y ¿qué pasó con Lorena? —preguntó Elisa.

—Pues todavía no lo sé bien, dice que eso me lo contará en persona. Pero vamos, que sigue teniendo buena relación con ella y a mí no me gusta ni *una poquita*.

—Para el niño es lo mejor. —dije yo.

—Pero para mí no. —me respondió Luna.

—Ya, porque siempre vives con el miedo de que puedan volver. —contestó Elisa—. Por cierto, me he enterado de que el padre de Rodri está muy malito. Me lo ha dicho mi madre porque de vez en cuando se encuentra a la madre de Rodri y el otro día estuvieron hablando.

—Jolines, pobrecito. —dijo Vane.

—Pues sí, todo lo malo les pasa a las mejores personas. —contestó Eli.

—Oye y ¿con Toni qué tal? —preguntó Tere.

—Bien, pero no le quiero ilusionar. Ahora estoy muy *zen*.

—¿Ha pasado algo? —preguntó Megan.

—Nos vemos varias veces a la semana porque él entrena en mi box y hace por cuadrar nuestro horario de salida, es muy atento, muy caballeroso y no sé, le noto cambiado. El otro día me besó. Pero yo le dije que no quería que lo volviera a hacer, que teníamos que intentar ser solo amigos, total, es como me ve él. —dijo Elisa con sarcasmo.

—Eli, eso fue hace muchísimos años. Quizá ahora está sintiendo otra cosa por ti. —comentó Luna.

—Pues eso dice. Que se le está volviendo a encender la llama y que no deja de pensar en mí y en querer pasar tiempo conmigo.

—Lo está demostrando el muchacho, ¿no? —intervine yo.

—Ya…sí… No sé, yo no me quiero embalar que luego soy yo quien lo pasa mal.

—Yo creo en el destino —apuntó Tere —y si ha vuelto a tu vida quizá sea por algo.

—¿Y tu obrero qué tal? ¿Habéis empezado la obra? —pregunté yo dirigiéndome a Tere con cara de pillina.

—Qué tonta eres. Qué va, hemos estado preparando la casa para poder empezar mañana. No veáis la movida que se arma para hacer una reforma.

Es horrible.

—¿Qué obrero? —preguntó Luna sin entender nada.

—Nada, si es una tontería. Los dueños de la empresa de reformas, que están como un tren. Pero a mí me ha gustado uno de ellos. Moreno, con los ojos rasgados. —dijo Tere mientras gesticulaba—. No es GUAPO, pero yo le veo algo especial.

—Te tienes que enterar de si ese chico tiene novia. —pedí yo.

—Ya, ¿pero cómo lo hago?

—Pues es sencillo. Duda de cómo pintar tu habitación o algo así y le preguntas que cómo se la pintaría a su novia. —propuso Megan riéndose.

—¿Pero cómo le voy a decir: oye, a tu novia cómo le pintarías esta habitación? —contestó Tere con cara de no querer.

—No, tía, tu madre. Tiene que preguntarlo tu madre. A los dos. Tu madre es muy maja y habla con todo el mundo. Ella sabrá cómo sacarles la información. —propuse yo.

—Eso ya me va gustando más. —dijo Teresa entre risas y todas le imitamos.

—¿Y tú, Vane? —preguntó Megan.

—Yo bien, deseando que sea el fin de semana que viene. Parecía que no iba a llegar nunca y al fin está cerca. —contestó Vane entusiasmada.

—Ay, qué bien, Vaneificación. Se te ve bien con Coque. —solté yo con guasa.

—¿Vaneificación? Lu, eres la bomba. —se rio Elisa.

—Pobrete, al final se quedará con Coque. —dijo Vane haciendo pucheros—, y tú con Lucifer… —se rio cual bruja mala.

—Bueno y no hemos hablado de Pere. —volví a intervenir refiriéndome a Pedro.

—¿Pere? —preguntó Luna totalmente perdida.

—Pedro, si es que no te enteras, Lunis. —tradujo Tere.

—Bueno, bueno, bueno. Qué barbaridad. Al final sí que era gay el muchacho. —apuntó Megan negando con la cabeza.

—*Yomevuervoloca*. —gritó Tere dando palmas.

—Si es que estaba claro. El amigo de Jorge dijo aquel día en *Carabassa* que se había liado con él varias veces en un bar de ambiente. —apuntó Luna—, blanco y en botella.

—Pues yo tenía mis dudas, porque podía haberse liado con uno que físicamente fuera parecido a Pedro. —manifestó Megan.

—Ya bueno, pero si te pedía que le metieras juguetes por el culo… Estaba clarísimo. —dijo Vane.

—Me contó que le costó mucho reconocer que le gustaban los hombres, pero lo importante es que ahora los dos somos felices cada uno por nuestro lado. —concluyó Megan con nostalgia.

Las chicas y yo seguimos hablando de todo un poco. Nos encantaba estar juntas y contarnos nuestras batallitas. Los días de ronda divina eran lo máximo. Me gustaba ver cómo habíamos evolucionado con el tiempo, pero lo que más me gustaba era que seguíamos estando juntas. No podíamos vernos con tanta frecuencia y nos costaba mucho cuadrar un día para que pudiéramos estar las seis divinas, pero las ganas nunca eran el problema.

Todas eran indispensables. Todas aportaban al grupo su esencia. Una más loca, otra más sensata, otra cargada de miedos, otra totalmente despreocupada, otra una princesa en busca de su príncipe azul y otra toda una señorita como salida de la alta realeza que las mataba callando. Esas éramos nosotras. Asustadas, pero decididas.

11. TIEMPO

Estar con Toni ya no era lo de antes para Elisa. A ella se le caía la baba con él antaño, pero en ese momento sentía que con él no sería capaz de llenar su vacío. De hecho, con la persona que mejor se sentía era con Marcos, era con quien se reía, con quien era ella misma, con quien no disimulaba…

Cada cierto tiempo quedaban y se iban a cenar. Ese día, como otros muchos, se fueron a cenar al bar *Eustakius*. No sabría decirte por qué, pero en los últimos dos años fueron más de cien veces. Les encantaba. Era un barecito muy normal, de esos de mantel de papel blanco. El típico regentado por un señor mayor, gordo hasta decir basta y sudoroso. Con él trabajaban sus dos hijas como camareras. Servían montaditos, chipirones, patatas bravas, sepia en salsa verde, huevos rotos… nada suculento para los que tengan el morro fino. Pero oye, los dos le tenían un cariño increíble a ese lugar. Luis y yo fuimos con ellos una vez, ya por intriga, siempre hablando del bar *Eustakius* y yo sin haber ido. No podía ser eso. Luis y yo nos miramos con una cara… no pudimos entender cómo les gustaba tanto aquel bar.

Total, que ese día ella empezó a hablarle de que estaba harta de vivir en casa de sus padres porque ya no aguantaba más el constante mal humor de Martina y seguir dando explicaciones con casi treinta años. Pero su sueldo en el box no era suficiente como para asumir un alquiler ella sola y no quería compartir un piso con cualquiera.

—Es que si pudiera tener otro trabajo… pero mi horario en el box no me lo permite. —comentó Elisa a modo de queja.

—Vane vive sola… —apuntó Marcos como posible solución.

—No, Vane no vive sola. Sí de forma oficial, pero Álvaro, o Coque, como le llama tu hermana, está ahí más que en su casa y ahora que Tere acaba de irse de allí no voy a ir yo para molestarles. No quiero vivir con una parejita enamorada. —contestó Eli tajante negando con la cabeza.

—Bueno, yo te puedo ofrecer que vengas a vivir conmigo. Pago seiscientos setenta y cinco euros de alquiler más gastos. —propuso mi hermano.

—Mmm… no sé, Marcos. —dudó ella.

—¿Qué te he dicho de dudarlo todo mil veces? —insistió él.

—Es que no quiero cohibirte. No quiero que dejes de hacer tus cosas o de llevar a tu casa a quien quieras. Es meterme en tu intimidad.

—Bueno, podéis probar. Si veis que no estáis a gusto, lo habláis y poner unas pautas. Ya sabes lo que paga por el piso. —dije yo porque me pareció muy buena idea.

—La oferta es tentadora, porque yo pagaría trescientos y pico mensuales, que es algo accesible. Tengo muchas ganas de independizarme, pero no sé si contigo es una buena opción. —nos contestó ella.

—Oye, guapa, que yo soy muy limpito, eh. —dijo Marcos con guasa. Todos nos reímos y cambiaron de tema.

Nos pusimos morados a cerveza, a montaditos y a patatas bravas. Además, como siempre, pidieron de postre tarta de queso y de chocolate. Salimos de allí totalmente empachados y algo achispados. Luis y yo nos fuimos por nuestro lado después de cenar y ellos dieron un paseo para bajar la cena. Se pusieron a andar y sin darse cuenta acabaron por donde vivía Marcos, a quince minutos de *Eustakius*.

—Vamos a mi casa y te enseño cuál sería tu habitación. —propuso Marcos pensando que Elisa no aceptaría.

—Solo si tienes ginebra rosa y refrescos.

—Ginebra rosa no tengo, niña. Tengo ginebra normal.

—Me sirve. Dame las llaves, que voy a abrir MI casa. —exigió ella jugando.

Tomaban copas mientras veían monólogos de Internet. El alcohol hacía que les parecieran más graciosos de lo que realmente eran. Después de más de una hora, la tontería se adueñó de ellos y jugaron a que cada uno tenía que pedirle algo al otro y si no lo hacía bien debería beber un buen trago.

—Tienes que hacer diez flexiones. —pidió ella.

—Si, anda. Que voy tocadillo. —se quejó Marcos.

—No, tienes que hacerlo jooo —dijo ella entre risas y él acabó accediendo.

A Marcos le costaba hasta tenerse en pie, por lo que las diez flexiones se llevaron a cabo mientras Elisa lloraba de la risa.

—Por reírte, ahora tienes que hacer tú tres, pero conmigo sentado en tu espalda. —exigió Marcos.

—Si sabes que puedo, yo estoy muy fuerte, idiota. Vaya cosa me has pedido.

Con lo que ella no contaba era con su nivel de alcohol en la sangre. Eli se tumbó boca abajo en el suelo y él se sentó en su espalda. Tanta era la risa que les costaba hasta respirar. Más a ella, que tenía a un señor de más de setenta kilos encima. Ella intentó levantarse, la primera flexión la hizo, aunque con cierta dificultad, pero ya no hubo una segunda. Tiró a Marcos al suelo, se tumbaron boca arriba allí mismo y siguieron con las risas. En esa misma posición se quedaron fritos.

Al día siguiente, Marcos llevó rápidamente a Elisa a su casa, por si caía la breva de no ser vista y llegar antes de que sus padres despertaran. Tarde. Un poco tarde.

—Elisa, ¿qué haces llegando a estas horas? —preguntó la madre.

—Mamá, el mes que viene hago veintiocho años, no tengo por qué dar explicaciones y ahora no estoy para interrogatorios. —contestó ella de mala gana.

—Podrías haber avisado. Tienes el teléfono apagado. —siguió la madre.

—Me he quedado sin batería. Me voy a dormir. —contestó Elisa de camino a su cuarto.

—Por lo menos disimula. Vaya pintas traes. A saber de dónde vienes y con quién has estado.

—¿Qué me intentas decir? ¿No ves que estoy cansada y quiero dormir?

—Te intento decir que en esta casa hay reglas y las tienes que cumplir. No te pido que vengas a una hora en concreto, pero me tienes que avisar si no vas a venir a dormir porque me preocupo. Cuando vivas en tu casa se harán las cosas a tu manera, mientras sigas viviendo aquí, ya sabes… —se mostró muy enfadada la madre de Elisa.

—No te preocupes. Mañana mismo me voy de esta casa. —dijo Eli antes de dar un portazo en su habitación y meterse en la cama.

Elisa siguió escuchando a su madre cómo continuaba murmurando que estaba harta de que todo el mundo hiciera lo que le daba la gana.

Puso a cargar su móvil y le mandó un mensaje a Marcos.

Elisa: <Marcos, acepto tu propuesta
de irme a vivir a tu casa. ¿Puedo
empezar esta tarde con la mudanza?

Marcos: <¿Has discutido otra vez con tus padres? Si es así es mejor que primero lo soluciones con ellos y luego me vuelvas a responder, cuando estés más calmada.>

Elisa: <Te lo dije ayer sin haber tenido ninguna discusión. Ya he tomado la decisión y por la tarde me mudo a tu casa si me lo permites.>

Así fue. Cuando se despertó a la hora de comer, ya más relajada, seguía con la misma idea. Mi niña, la mar de cabezota. Sin enfados y sin impulsos locos, durante la comida les comunicó a sus padres y a Martina que se iría a casa de Marcos a vivir y esa misma semana empezaría la mudanza. Los padres de Elisa no se opusieron, ella tenía su trabajo y una edad con la que tocaba abandonar el nido. Ellos contestaron sonrientes que esa siempre sería su casa por si un día quería regresar.

12. TIERRA, TRÁGAME

Pocos días después de hablar con Santi, recibí la llamada de Carola.

<Hola, Lucía. Soy Carola. Te llamaba porque mi novio y yo hemos decidido casarnos en *Palm Golf Resort*. Es el sitio perfecto para nuestra boda.> me comunicó con felicidad.

—Hola, Carola. ¡Qué alegría escuchar esto! Dime entonces la fecha que habéis elegido para vuestro enlace y os pasáis una mañana para hacer la reserva. —dije con toda la profesionalidad que pude mientras mi interior gritaba de rabia.

<El sábado veinticinco de abril es perfecto. Yo trabajo de mañanas, pero Santi puede pasarse hoy mismo para hacer la reserva porque tiene el día libre. No quiero que nadie se adelante y me quite mi fecha.> sonaba Carola ilusionada.

—Vale, yo hoy estoy aquí todo el día. Apunto el veinticinco.

<Qué feliz estoy. Muchas gracias por todo, guapa.>

Me quería morir. No podía creer que eso estuviera pasándome de verdad. Ella tan contenta y yo como un volcán en erupción pensando en que tendría que ver a la parejita feliz con frecuencia, ayudarles con los preparativos de su enlace y presenciar su boda. Era surrealista. <No, *crofavó*, no quiero.>

Casi a la hora de comer apareció Santi. Tan guapo él con sus vaqueros y su jersey fino gris. Entró a mi despacho cabizbajo y algo nervioso. Se lo noté.

—Hola, Lucía. ¿Te ha llamado Carola, no? —preguntó Santi mientras se sentaba en la silla que estaba enfrente de mi mesa.

—Sí, me ha llamado antes. No has podido convencer a tu futura mujer, eh. —dije con picardía y él esbozó una sonrisa.

—¿Has comido? Me gustaría que habláramos un poco.

—No voy a comer contigo, Santi. Demasiado incómodo es para mí como para jugar a ser amigos.

—He venido a esta hora para que comamos juntos, Lu. Necesito que hablemos. —rogó con vehemencia..

—Bueno, vale, pero comemos aquí, que yo a las cuatro tengo que continuar trabajando. Ahora llamo a la cocina del hotel para que nos traigan al despacho la comida. Hacemos primero la reserva.

—Vale. He traído novecientos euros y nuestros documentos de identidad. ¿Necesitas algo más?

—No, tu firma. Otro día tendrá que venir Carola a firmar el contrato y listo. —se hizo un silencio —¿Sois felices? —solté a bote pronto sin pensar mientras fotocopiaba los documentos de identidad.

—Joder. Siempre tan espontánea. —se quejó.

—¡Qué pregunta! Os vais a casar…

—De vez en cuando yo me pregunto si los monosacáridos están bien enlazados o si solo están uno al lado del otro por inercia. —contestó Santi con una sonrisa jugando con los recuerdos. Yo también sonreí, no lo pude evitar.

—Tienes un año para responderte, después será demasiado tarde. —añadí pizpireta.

—Nos casamos porque tengo la plaza en la comisaría de Murcia y es más fácil que me concedan el traslado si estoy casado aquí, listilla.

—No tienes que darme explicaciones, Santi. Ahora solo soy tu *wedding planner*. —fingí indiferencia.

—Mira que le he puesto pegas a este sitio y ventajas a los otros, pero ella está empecinada con este. Encima dice que eres encantadora y que ha tenido una conexión especial contigo.

—¡Manda huevos! Bueno, ya está la reserva lista. Oficialmente os casáis el sábado veinticinco de abril de 2020.

—Joder, es que te veo y…

—No sigas, por favor. A mí me costó mucho arrancarte de mi cabeza. Ahora que estoy bien no vayas por ahí. —le interrumpí.

—¿Pero tú te crees que para mí fue fácil? Cuando murió su hermana y te dejé tuve que borrar tu número para no caer en la tentación de llamarte. Pasé por tu casa y por *Mandala* muchas veces por si te veía. Para mí fue horrible tener que decirte adiós queriendo decirte buenos días cada mañana. Me había enamorado de ti. Y pasaban los días y yo más me enamoraba, alimentaba yo solo ese amor y solo me quedaban nuestras fotos. Hasta que te borré de todos sitios, menos de mi cabeza.

—¿A qué viene eso más de cinco años después mientras me estás reservando la fecha para tu boda con ella? Santi, tengo pareja. Nos

queremos y somos felices. Tú deberías hacer lo mismo. —dije yo con rotundidad.

—Vale, lo siento. Siento decirte esto, pero es lo que tengo dentro y tenerte tan cerca lo ha reavivado.

—Mira, yo sé que es complicado para los dos, pero tenemos que intentar no hablar de nosotros. Todo será más llevadero si nos limitamos a hablar de cosas de tu boda. ¿Vais a hacer la ceremonia aquí? También necesito saber un número aproximado de invitados, aunque eso luego varíe.

—Creo que unos ciento veinte invitados más o menos y lo de la ceremonia, no sé. No tengo ni idea. Si es que yo paso de esto, Lucía. Se iba a hacer algo pequeño e íntimo con los más cercanos, solo para lo de mi traslado y al final, cada vez está siendo más grande. Lo mismo viene Carola en tres días y te dice que son quinientos invitados.

—Eso pasa muchas veces. Muchas parejas vienen con idea de hacer una pequeña celebración y se van animando y ya no pueden parar de añadir cositas. —le sonreí.

—Ya, pero es que parece que mi opinión no cuenta. Esta boda es solo suya. Ella hace y deshace a su antojo y yo no tengo vela en este entierro. —me reí porque había escuchado varias veces a los novios hacer ese tipo de comentarios.

—Pues que no se le olvide que tú eres el novio y tú también tienes que tener la boda de tus sueños.

—Yo no me casaría. Este no es mi sueño. Cuando nos dijeron que era más fácil el traslado estando casados se le iluminó la cara. Al principio yo me negué, pero ella me convenció. Y yo me convencía cada vez que volvía después de un turno de noche de Murcia a Alicante. —no se le notaba muy contento con esa boda.

Mientras comíamos, nos estuvimos comentando cómo habíamos conseguido nuestros trabajos, le hablé de las chicas, nos reímos y nos olvidamos un poco de que había pasado tanto tiempo desde que nos besamos por última vez. Hasta nos permitimos el lujo de evocar bonitos recuerdos juntos.

—¿Y te acuerdas de cuando te tiraste el primer pedo delante de mí? Me encantó. —añadió él entre risas.

—Cómo olvidarlo. Después tú te tiraste uno más grande. ¡Qué mal olía eso! —dije ya sin rastro de incomodidad.

—¿Pero piensas que tus pedos huelen a rosas? Es que encima tú abriste la veda. Bueno, y acuérdate de cuando estuvimos en el *Palmeral* y te tropezaste y para disimular comenzaste a bailar.

—¡No me digas que notaste que me había tropezado! —exclamé con vergüenza.

—Joder, pues claro que lo noté. Tuve que esforzarme para no reírme. Fue muy bueno, pequeña. —oír "pequeña" me devolvió un poco a la realidad.

—Bueno, Santi, tengo que continuar trabajando.

—Vale. Que sepas que me ha encantado verte. —me miró de una forma que me removió hasta mi primera papilla.

Nos despedimos con dos besos y se fue. Yo intenté concentrarme en el papeleo del trabajo, pero me fue un tanto complicado. Al ratito me llamó Luna.

<Hola, perri. Escucha, me ha llamado Carlos y me voy a ir a su casa. Tengo aquí un vestido tuyo y me lo voy a poner. Es una llamada informativa, no te estoy pidiendo permiso.>

—Vale, cari. No seré yo quien te lo impida. Llámame en cuanto te enteres de por qué Lorena y él ya no están juntos.

<No sé si tendré tiempo de hablar, estaré follando *una montoná* toda la tarde y llegaré a casa agotada.> se rio a carcajadas.

—Vale, entonces cuando te recuperes. —me reí.

<Te dejo, que todavía me tengo que depilar.>

Luna se duchó, se puso mi vestido marrón con unas medias suyas, se maquilló ligeramente, se secó el pelo y hecha un manojo de nervios se fue a casa de Carlos, quien le esperaba con unos pantalones verde militar y una camiseta de manga corta negra.

—¡Cuánto tiempo sin venir a esta casa! Está muy cambiada, aunque la calefacción siempre a tope. —manifestó Luna nada más entrar a casa de Carlos sin dejar de observar la casa y a él.

—Sí, es que Lorena cambió muchas cosas. —contestó él con recochineo mientras ella se quitaba la chaqueta y dejaba su bolso en un sillón.

—Se nota que ha metido la mano una mujer. ¡Madre mía, es otro sofá! —exclamó Luna sentándose sobre él.

—Siempre decía que no quería sentarse donde yo hubiera tenido sexo con otras chicas. Se empeñó en cambiarlo y eso hizo. Así con todo. Todo a su manera. Y cuando digo todo, es todo.

—Percibo algo de rencor en tus palabras y en tu tono. ¿Qué os pasó? —se interesó Luna.

—¿Qué te apetece tomar?

—Pues el mejor vino tinto del mundo lo probé aquí. Uno que trajiste un día de *El Barco*. ¿Lo tienes?

—Sí, ese vino no puede faltar en mi casa. Me encanta.

Carlos sirvió dos copas de ese vino y se sentó a su lado en el sofá.

—¿Por qué brindamos? —preguntó ella.

—Por haberme reencontrado de nuevo con tus ojos verdes. —se sonrieron, brindaron y dieron un sorbo sin apartarse la mirada.

—¿Quieres saberlo todo? —cuestionó él. Ella asintió y él comenzó a narrar—. Todo empezó en un cumpleaños de Izan, yo todavía estaba quedando contigo. Vimos al niño feliz por ver a sus padres juntos y nosotros nos llevábamos muy bien. Cada vez hacíamos más planes los tres y todo era perfecto. Por eso yo no podía entregarme de lleno en estar contigo, aunque me gustaras mucho. Yo solo veía lo feliz que era Izan con una familia unida. Con el tiempo, Lorena y yo empezamos a sentirnos cercanos de nuevo, pero todo fue muy despacio. Al parque juntos, después añadimos las cenas juntos, los baños del niño… un día me quedé dormido en el sofá y a los pocos días ya sentimos que nos apetecía estar más tiempo juntos. Volvieron a surgir sentimientos y sin querer, volvimos a retomar la relación. Decidimos que ellos dejarían esa casa de alquiler y se mudarían a esta casa conmigo. Ella, poco a poco fue cambiando toda la decoración de este piso y reformamos el baño y la cocina. Pasamos tres años estupendos, pero el año pasado todo volvió a lo de siempre: más despegados, volvimos a sentir rutina, poca pasión, discusiones, yo trabajando mucho, ella también, llegábamos cansados y nos hablábamos mal. Un día, cenando, me soltó que se estaba enamorando de otra persona. Y a los pocos días se fue de casa para irse a vivir con él.

—¡Qué fuerte me parece! —dijo Luna totalmente perpleja.

—A ver, yo notaba que lo nuestro estaba mal otra vez. Yo no tenía ganas de llegar a casa porque sabía lo que me iba a encontrar.

—Pero ¿cómo puedes llevarte bien con ella después de todo? —preguntó ella con los ojos como platos.

—Es la madre de mi hijo y por él siempre tendrá que ser así. En eso pensamos igual y el niño no va a pagar nunca las diferencias que tengamos ella y yo. Aunque estemos separados, siempre vamos a ser una familia. Es

lo que queremos que él sienta. —explicó Carlos—. Tu turno, cuéntame un poquito de ti.

—Yo estoy trabajando en un hotel como recepcionista, pero no es lo que yo quiero. No me gusta mi trabajo. Yo no quiero trabajar. —dijo esto último simulando llanto—, pero sé que no es posible vivir sin trabajar, así que es lo que hay.

Estuvieron poniéndose al día de todo, mientras surgían sonrisas y miradas cómplices, mientras salían chispas de las cenizas del pasado. Se besaron. Se besaron con ansia. Se tocaron, se desnudaron… Él lamía cada milímetro de su cuerpo y ella ardía en deseos de volverle a sentir dentro, como una prolongación de su cuerpo, como algo a lo que siempre perteneció. Volvió a sentir esas mariposas que solo había sentido con él. Con él no era sexo, era amor. Cada penetración iba acompasada con los latidos del corazón. Él disfrutaba con verla arquearse y con oírla gemir con fuerza. Totalmente desatados. Totalmente entregados. Ella sintió un calambre en su zona íntima y se corrió a la vez que lo hizo él.

Con él, Luna se volvía humana.

13. HAKUNA MATATA

Madrid es una ciudad preciosa, dijera Elisa lo que dijera. Ella le tenía rabia por su experiencia con Rodri y Madrid le recordaba a él y culpaba a esa maravillosa ciudad de su fracaso. Pero la culpa no puede ser nunca de un lugar, sino de una persona. Los lugares solo son lugares y les da el encanto lo que vives allí.

Para Vanesa era su primera vez en la capital. Lentamente paseaba de la mano de Álvaro, embobada mirando toda la Gran Vía de camino al *Hotel Avenida Gran Vía*. Ese viernes, vieron el *Teatro Lope de Vega*, donde al día siguiente irían para ver el musical de *El Rey León.* Aún con las maletas, vieron una gran cola donde la gente se estaba inscribiendo para un casting. Escuchó que un chico decía que era una gran oportunidad porque buscaban veinte nuevos talentos. Vane se acordó de Teresa y pensó en llamarla para contárselo.

—Lucía haría la cola para apuntarla en secreto. –comentó Vane conocedora de mi poca prudencia.

—Hazlo. —propuso Álvaro en un arrebato.

—¿Lo hago? ¿No le sentará mal? —dudó Vane.

—Le va a encantar. Mira, yo voy al hotel a dejar las maletas y tú te quedas en la cola. El hotel está a tres minutos. Voy y vuelvo rápidamente.

—Venga, vale. —accedió mi amiga.

Álvaro se dirigió al hotel para dejar las maletas y regresar a la cola con Vane. Ella, mientras esperaba, me llamó para contarme su locura.

<Luuuu, ya estoy en Madrid.> dijo con ímpetu.

<Cari, qué bien. ¿Cómo ha ido el viaje?> contesté con ilusión.

<Sí, todo perfecto. Escucha, estoy haciendo una cosa que te encantaría estar haciendo tú.> dijo Vane con nervios.

<¿Qué estás haciendo?> pregunté expectante.

<Resulta que he visto un casting y he oído que buscan nuevos talentos. No te lo vas a creer porque no es propio de mí, pero me he puesto en la cola y voy a inscribir a Tere.>

<¿Quéee?> grité de alegría. <Me encanta, me encanta. Vale, ni una sola palabra a Tere. Se lo diremos en la próxima reunión divina, no quiero perderme su cara. Tienes que preguntar los datos que necesitan.> Ella preguntó a la chica de delante de la cola.

<Necesitan el número de DNI y demás datos personales, si mal no recuerdo creo que tengo una foto de una vez que me lo pasó para una factura cuando vivía conmigo.>

Efectivamente, Vane tenía todos los datos de Teresa. Minutos después me volvió a llamar para que le ayudara a redactar los motivos de la inscripción. Cuando volvió Álvaro, ya quedaba poco para que les tocara. Vane estaba nerviosa, pero ilusionada. Cumplimentó el formulario con los datos personales de Teresa, redactó las razones de la inscripción y contestó a cincuenta preguntas sobre Teresa acerca de su físico, gustos, aficiones, talentos y un potosí de cosas más.

—No me puedo creer lo que acabo de hacer. Esto es tan típico de Lucía y es tan poco típico en mí. —confesó Vane.

—A mí me encanta cuando te vuelves loca, cuando te lanzas a vivir. —contestó él mirando a Vane con ojos de enamorado.

—Muchas gracias. En parte te lo debo a ti. Estás haciendo que confíe en mí y en un nosotros con final feliz.

—Yo espero que sin final.

Siguieron paseando por las calles de Madrid cogidos fuertemente de la mano. Visitaron Callao, la Plaza de San Martín y la Puerta del Sol, donde se hicieron la típica foto de los pies en el km 0. Acabaron muertos de hambre en la plaza Mayor, donde cenaron en *El Soportal*. Pidieron unas tapitas acompañadas de unas cuantas cervezas y volvieron al hotel. Agotados de todo el día, Álvaro se puso crema en las manos y empezó a masajear la espalda de Vanesa. Él sabía que ella era una obsesa de los masajes. El pene de mi querido Coque estaba más tieso que un calabacín y se restregó sutilmente por las nalgas de Vane. Abandonó totalmente el masaje y retiró el pelo de ella para darle besitos tiernos por el cuello. Ella se giró para verle bien y él continuó con la sesión de besos por su hombro derecho, acariciando toda su piel. Se besaban impacientes y se tocaban con garra. La entrepierna de mi amiga parecía el manantial de *Lanjarón*, él lo notó y se desnudó, juntando su envergadura con la zona íntima de Vanesa. Lo introdujo con delicadeza y ella gimió de placer. Después ella puso sus piernas sobre los hombros de Álvaro y elevaron el tono de sus gemidos, la

velocidad de las embestidas, las palpitaciones y los jadeos. Ella sintió un enorme orgasmo, el más intenso de su vida. Sin salir de ella, él se echó sobre su cuerpo y le susurró:

—Quiero estar toda mi vida contigo, mi amor.

—Y yo que estés. —contestó ella aún mareada.

—Vamos a dar un paso más en nuestra relación. —propuso él con los codos apoyados a los lados de la cabeza de Vane—. Vámonos a vivir juntos.

Vane abrió sus grandes y marrones ojos y se sentó en la cama sin contestar.

—¿Qué pasa? —preguntó él noqueado.

—Pues que te doy la mano y coges el brazo. —contestó ella volviendo en sí.

—¿Por qué me dices eso? —seguía él impactado.

—Porque quieres correr mucho. He dado el paso de venir a Madrid contigo y tú me exiges una cosita nueva. Cada vez que consigues algo, siempre buscas un pasito más y pedirme otra cosa. Nunca te conformas. —confesó ella molesta—. No me dejas sentirme segura en cada etapa y recrearme en ella.

—No entiendo nada, Vanesa. Somos novios desde hace más de un año. Tú vives sola y yo voy a tu casa a menudo. ¿No ves que podríamos estar mejor si hacemos de tu casa nuestra casa y compartimos gastos?

—O sea, que nos viene bien, nos conviene.

—No, nos queremos y yo creo que es una tontería tener todas mis cosas en casa de mis padres, pero vivir prácticamente en la tuya. ¿Qué te frena?

—Me frena que tú embalas y que siempre quieres más.

—¿Tú me quieres? —cuestionó él empezando a enfadarse.

—Sí… supongo que sí.

—¿Supones que sí? ¿Supones? Ahora sí que me has dejado a cuadros.

—Joder, Álvaro, no lo saques todo de quicio. Yo estoy bien contigo, pero a veces me siento presionada. Siento que tú siempre vas muy por delante de mí.

—A ver si lo capto. Tú te dejas llevar pero no sabes si me quieres.

—Pues tal vez. Yo necesito ir muy poco a poco.

—Vanesa, cariño, todo me cuesta horrores contigo, todo es un suplicio, todo lo tengo que rogar, todo es a tu ritmo y con tus tiempos, pero yo también tengo que recibir. Me está dando la sensación de que estás conmigo

por hacerme un favor y eso sí que no lo quiero para mí. Yo estoy loco por ti, pero si no es recíproco…

—Si es que tú eres muy bueno y no te merezco. Tú te mereces a una chica que sepa darte lo que tú necesitas al mismo nivel de lo que das tú.

—Soy un idiota. Un tremendo idiota. Mañana, cuando nos despertemos, me vuelvo a Alicante. Tú haz lo que quieras.

—No, por favor. Perdóname, vamos a quedarnos y nos volvemos el domingo como teníamos pensado, por favor.

—¿Para qué? No tiene sentido.

—Perdóname, por favor. Ya sabes cómo soy y me pierde la boca. No digo las cosas como suenan en mi cabeza. Vamos a dormir y mañana, con más calma lo hablamos.

Pasaron el resto de la noche sin mediar palabra y sin mirarse, pero ninguno de los dos descansó. A la mañana siguiente, ella le despertó con besitos y abrazos y él se ablandó. Para Álvaro fue complicado, porque estaba totalmente enamorado de ella y no quería que se acabara su historia de amor. Pero si el amor lo sentía solamente una de las partes, esa historia no tenía sentido.

Estuvieron todo el día intentando estar bien para no estropear el viaje. Procuraron hablar de trivialidades para no sacar el tema de la noche anterior. Se pusieron guapos y se fueron a ver *El Rey León*. Fue una pena que ninguno de los dos disfrutara la función. Había una tensión que no les permitía sentir algo que no fuera inquietud. Había un constante runrún en la cabeza de ambos.

Cuando volvieron al hotel, Álvaro se puso el pijama y se metió en la cama, tumbado boca abajo.

—No quiero que estemos así, háblame, dime algo, sonríeme.

—Es que no soy un robot. —contestó él incorporándose—, no puedo quitarme de la cabeza la conversación que tuvimos ayer.

—Este viaje ha sido un error, pero tú te empeñaste.

—El error no ha sido el viaje. El error ha sido enamorarme de ti cuando tú de mí no lo has hecho y yo pensaba que con el tiempo te relajarías y te acabarías abriendo a mí.

—¿Y no lo he hecho?

—Llevas razón, yo no me conformo con esto. He pensado hoy mucho lo que me dijiste ayer y es cierto, no me conformo con lo que me das. No hago

otra cosa que mendigarte tiempo, mendigarte amor, mendigarte que te nazcan sentimientos, pero no puedes dármelo.

—Dame más tiempo, solo necesito ir con más calma. —pidió ella—. A veces me siento muy presionada y hago las cosas porque sé que tú lo quieres.

—Ahí está el problema, Vanesa. No te nace. Si me dijeras que llevamos dos meses… pero llevamos un año y ya es tiempo de que yo también reciba, ¿no te parece?

—Siendo egoísta, quiero que sigas aguantando. Pero pensando en ti, sé que lo mejor es que lo dejemos para que tú puedas ser feliz. Yo tengo el corazón roto y me fuerzo en sentir, me fuerzo en hacerte feliz, me fuerzo y me fuerzo y me vuelvo a forzar, pero no es algo natural.

—¿Pero a ti qué es lo que te llena? ¿qué es lo que te gusta?

—Nada. Nada. Pensaba que mi trabajo, pero me quejo cada día de él. Mi sonrisa es solo una careta, ¿no te has dado cuenta?

—Dios mío, Vanesa. Te va a costar mucho ser feliz. Yo no soy Ruper, no quiero que creas que yo te voy a hacer lo mismo que él.

—Ni le menciones. No vuelvas a pronunciar su nombre. Si te lo conté fue para que me entendieras y fueras paciente. —gritó ella.

—Vanesa, de eso hace cinco años. Cinco putos años.

—Vete a la mierda. —volvió a gritar Vane.

—Vete tú a la mierda. —gritó él también.

Cada uno se puso en un lateral de la cama, dándose la espalda. Cuando Vanesa se despertó, Álvaro seguía dormido. Ella recogió sus cosas sigilosamente y se fue hacia la estación de tren para intentar adelantar su vuelta. Lo consiguió.

14. HÉROE

A Teresa le gustaba salir a correr unos treinta minutos antes de irse a trabajar. No era una rutina muy estricta, sino que lo hacía el día que le venía en gana, pero le gustaba. Trabajaba en un gimnasio dando clases de gap, ritmo latino, aeróbic… con horarios raros, cada día era uno diferente. Vaya lío con los turnos de Teresa. El año anterior era todo más sencillo porque trabajaba en el gimnasio por la mañana y en un hotel como animadora infantil por las tardes, pero en el gimnasio le ofrecieron un contrato indefinido de más horas semanales y dejó el hotel para trabajar únicamente en el gimnasio.

Ella salía a correr como una auténtica divina. Se maquillaba ligeramente, se hacía una bonita coleta y conjuntaba perfectamente los modelitos. Ese día entraba a trabajar a las 13h, pero a las 8:30h llegaría uno de los chicos de la reforma y Mariana no iba a estar en casa, por lo que Teresa tenía que llegar de correr antes que él para poder abrirle la puerta. Cuando Tere estaba en la calle de su casa, un chico de casi treinta años la vio y se acercó a ella. El chico desprendía un tremendo olor a alcohol y parecía ir borracho. Teresa intentó darse toda la prisa que pudo para coger las llaves. El chico se acercó totalmente a ella y le susurró: <qué buena estás>, pero ella le ignoró y continuó hacia la puerta de su casa con las llaves en la mano. Él iba a su ritmo hasta que se puso frente a ella, impidiéndole continuar. El chico cogió a mi amiga del brazo y ella intentó apartarle, pero él empezó a ponerse violento y le cogió de la cara, tratando de besarla. Ella le apartaba y le decía que le dejara en paz, pero él, fuera de sí, le lamió la cara y ella empezó a gritar y a intentar quitárselo de encima. Nadie pasaba por allí, Teresa estaba sola e indefensa. A punto de llorar, ella le daba manotazos, pero el chico ni se inmutaba. Justo en ese momento pasó Álex con la furgoneta de *Gama10*, bajó de ella dejándola en mitad de la calle y corrió para llevarse a Teresa. Álex le cogió por la chaqueta y lo apartó, pero volvió enfurecido. Teresa lloraba desconsolada y suplicaba que pararan, pero Álex no pudo quitarse a ese chico de encima hasta que no le dio un fuerte puñetazo en la nariz. En

ese momento, Álex cogió a Teresa y la metió en la furgoneta. Se apartaron rápidamente de esa zona para que el borracho no pudiera alcanzarles. Ella seguía llorando y él estaba muy enfadado y nervioso. Álex intentaba tranquilizar a mi amiga, pero ella solo podía llorar cada vez con más fuerza. A los pocos minutos, él estacionó la furgoneta y apagó el motor. Él se ladeó para poder verla mejor y le dijo con dulzura:

—Venga, Teresa, tranquila, ya ha pasado todo.

—He pasado mucho miedo. —contestó ella sumida en un llanto tan profundo que casi le faltaba el aire.

—Ya me lo imagino. Qué hijo de la grandísima puta. —añadió Álex con rabia.

—No se lo cuentes a mi madre, por favor. —pidió ella con indicios de estar tranquilizándose.

—No te preocupes, no voy a decir nada. Este será nuestro secreto, ¿vale? Pero tienes que intentar relajarte, por favor. —pidió él acariciándole el brazo izquierdo y secándole las lágrimas de la cara.

—Perdóname por haberte metido en esto.

—¿Qué estás diciendo? ¿Cómo voy a quedarme quieto si veo eso? Lo habría hecho por cualquier persona.

Estuvieron hablando unos minutos hasta que Teresa se tranquilizó casi por completo. Volvieron a la calle de Teresa para comprobar si el chico seguía por allí y al ver que no, aparcaron y subieron su casa. Se sentaron en las sillas de la cocina y Tere sirvió agua para los dos.

—¿Pero tú conoces a este muchacho? —preguntó Álex.

—No, no. Es la primera vez que le veo. Yo creo que no es de este barrio.

—Vale, mejor.

—Muchas gracias, Álex. Menos mal que has aparecido en ese momento.

—Esto hay que denunciarlo, Teresa. Ese tío no puede ir por la vida asustando a la gente.

—No, no, por favor. Quiero dejarlo así y olvidarme de esto. Como si no hubiera pasado.

—No sé si es lo mejor. Tiene que pagar por lo que te ha hecho.

—No, de verdad. No se lo pienso contar ni a mis amigas.

—Te voy a dar mi número personal y si un día necesitas hablar, por favor, no dudes en llamarme.

—Vale, pero no te preocupes. Estoy bien.

Tere se apuntó el número de Álex y él se guardó el de ella. Al rato llegó Maks.

—Pero tío, ¿aún no has empezado? ¿qué has estado haciendo? —preguntó Maks sorprendido con acento ruso.

—Joder, si es que se me ha olvidado el taladro en el almacén y he tenido que volver. —mintió Álex.

Ese mismo día, cuando Tere y su madre estaban terminando de cenar, Álex le envió un mensaje a Tere.

Álex: <Hola Teresa. ¿Cómo estás?
¿Cómo has pasado la tarde? Descansa,
mañana será un día mejor. Un beso.>

Tere: <Hola Álex. Gracias por preguntar.
He estado más o menos bien. Pero llevo
todo el día con un fuerte dolor de cabeza.
Seguro que mañana ya estoy perfecta.
Un besito. Buenas noches.>

Al día siguiente, Álex apareció en casa de Tere veinte minutos antes de la hora acordada. Ella acababa de amanecer e iba con el pijama, el mochete de casa y sin maquillar. Él tocó al telefonillo y mientras él subía, a ella le dio tiempo para adecentarse un poco. Ella abrió la puerta y él apareció con una rosa en la mano.

—¿Y esto? —preguntó Teresa entre impactada y contenta.

—Es para ti, para que sonrías. Perdona que esté un poco mustia, pero la compré ayer. —contestó él sonriendo de lado.

—Muchas gracias, no tenías por qué traerme nada. ¿Has venido antes, no?

—Sí, es que hoy Maks sí que viene a las 8:30h y quería preguntarte cómo estabas antes de que viniera él.

—Ah, vale. No he desayunado, ¿quieres un café?

—Vale, perfecto.

Los chicos desayunaron mientras hablaban de sus cosas, pero ella seguía sin saber si él tenía novia. A Teresa le encantó el detalle de Álex. Haber llegado con una rosa y un poco antes de que llegara Maks hizo que Álex le gustara aún más.

Durante dos semanas, desayunar juntos se convirtió en una rutina. Él llevaba cada día una cosa: galletas, donuts, bollitos, magdalenas… Y Teresa seguía sin saber si él tenía pareja. A Maks le había oído varias veces hablar

por teléfono con una tal Claudia, pero de Álex no sabía nada, así que ese jueves le pidió a su madre que de alguna manera les preguntara cosas hasta averiguar si tenía novia o no.

A punto de irse a trabajar Teresa, el viernes Mariana entró en acción.

—Maks, hablas muy bien español. ¿Cuántos años llevas en España? —preguntó Mariana como si nada.

—Unos doce años, señora. —contestó él de forma graciosa.

—Señora, dice. Si podría ser tu hermana —se rieron—, ¿vives aquí con tu familia?

—Vivo con mi novia, pero de mi familia está aquí solo mi hermana, que es de tu edad, treinta y ocho años. —siguió Maks con el juego.

—Qué bien nos vamos a llevar tú y yo. —volvieron a reírse—. ¿Y tú, Álex? ¿También vives con tu novia?

—No, qué va, yo no tengo novia. Yo vivo solo. —contestó Álex mientras medía unas maderas. —Mariana miró a Tere como diciéndole <encargo listo> y Maks se dio cuenta de las miradas de madre e hija.

—Álex, aquí hay miraditas entre mi hermana y mi sobrina. —dijo el gracioso Maks.

—¿Por qué? —preguntó Álex mirando a Mariana y a Tere.

—Teresa, ven con nosotros a cenar mañana por la noche. —propuso Maks.

—Ah, no, no. Mi mirada hacia mi madre era para decirle que yo me voy al trabajo ya. Gracias, Maks, muy amable. —dijo Tere.

—Pues es buena idea, vente y cenamos los cuatro. —añadió Álex.

—Con los cuatro me incluyes, ¿no? —bromeó Mariana.

—Me refería a Claudia, la novia de Maks, pero tú también puedes venirte. —contestó Álex sonrojado.

—Chicos, me tengo que ir, os dejo aquí con las bromitas. —añadió Tere sin creerse lo de la cena.

—Ninguna broma. Mañana a las 21h venimos a por ti. —contestó Maks con salero.

Así fue. Teresa bajó a las nueve y pico más guapa que una patata. Llevaba su melena rubia con sus míticos tirabuzones, pero peinados con los dedos para que el rizo no estuviera tan marcado. Maquillada como una puerta, destacando sus grandes ojos marrones y sus gruesos labios con mi *SuperStay Matte* granate y con un precioso vestido de punto del color de los labios con unas medias negras. Un abrigo de paño negro y unas botas altas

negras. Divina, vaya. Él se quedó impactado al ver a mi amiga, pero es que ella, acostumbrada a ver a Álex con la ropa del trabajo, no dio crédito cuando le vio con su camisa azul claro de *El Ganso*, sus pantalones azul marino y los náuticos del mismo color. El pelo moreno, sus ojos rasgados color miel, labios gruesos, piel morena, dientes perfectamente alineados, cuerpo marcado, barba de tres días recién perfilada… este chico era todo un galán. Álex le abrió la puerta de su nuevo *Mercedes Benz* clase C en un impoluto blanco. Ella entró y olió el típico aroma a vehículo nuevo. Ni un mes tenía el coche.

—He quedado con Maks y Claudia en vernos en el restaurante. Por cierto, estás preciosa. —dijo Álex arrancando el motor.

—Bueno, tú también. Es que vaya diferencia. Siempre nos vemos con unas pintas… y recién levantados. —contestó Teresa algo nerviosa.

—Ya… —se miraron tímidamente—. Claudia te va a caer genial. Es muy simpática. —apuntó él.

Llegaron al restaurante y se crearon conversaciones muy diversas y divertidas. Teresa no pensaba pasárselo así de bien. Dijeron de volver a repetir el siguiente sábado.

—No, el próximo sábado nos vamos solos ella y yo. —contestó Álex rápidamente.

—Ah, no sabía nada. —dijo Tere con sorpresa.

Después de cenar, fueron a tomarse una copa, pero muy breve porque Maks dijo enseguida:

—Yuyu, ahora a casita a disfrutar de nuestros cuerpos. —Claudia se echó a reír a carcajada limpia.

Álex llevó a Teresa a su casa y le acompañó hasta la misma puerta de arriba, sin llegar a entrar.

—Me lo he pasado genial hoy. Me ha encantado que hayas venido. —confesó Álex acortando distancias.

—Yo también, he estado muy a gusto y ellos son majísimos.

Espero que esto no signifique que vas a dejar de venir a desayunar conmigo. —contestó ella.

—Lo haré con más motivo. —dijo él de forma seductora.

—Entonces… el próximo sábado cenamos solos, ¿no?

—Si quieres, claro.

—Sí, me parece genial. —respondió ella sonriente.

Se despidieron con dos besos fuertes e intensos. Ella se desmaquilló y se metió en la cama con una enorme sonrisa. Nos mandó un audio al grupo de WhatsApp contándonos sus sensaciones. Remiró las fotos que habían subido a Instagram y se durmió plácidamente.

15. SI TÚ ME DICES VEN…

Una tarde estábamos las chicas en *Mandala*, como siempre que quedábamos. Había un camarero nuevo muy simpático, era una loca total. Desde luego, ese chico había nacido para estar de cara al público. Era cercano, agradable y transmitía una energía totalmente positiva. Nos llamó divinas sin saber que nosotras nos hacíamos llamar así. Tal vez los demás camareros, que nos conocían perfectamente, se lo habían dicho.

—*Vamoraver*, ¿cómo te llamas? —le preguntó Teresa al nuevo camarero.

—Pues mira, rubia, mis padres, que están muy locos, me pusieron Manolo. ¡Manolo! ¿pero a quién se le ocurre? Y yo, que estoy más loca aún, me lo cambié a Lolo. —contestó el camarero gesticulando mucho.

—Ay, Lolo. Cómo nos gusta que estés trabajando aquí, a los otros camareros ya les tenemos muy vistos. —añadí yo con gracia.

—Por guapas y simpáticas os voy a traer unas chuches. Me han dicho que son para las copas, pero yo os las traigo también con la cerveza. Jamás admitiré haber dicho esto, eh. —Lolo se fue contoneando su cuerpo lleno de tatuajes hacia la barra, desde donde nos trajo un platito con chuches.

—Muchas gracias, guapetón. —dijo Megan.

—Guapetona. —rectificó Lolo—. Soy de las vuestras.

—¿A qué hora terminas, Lolito de mi alma? —le pregunté.

—En un par de horas. —respondió Lolo moviendo sus hombros.

—O sea, Lolo, me flipan tus uñas pintadas de negro. —dije yo viniéndome arriba.

—En cuanto acabes tu turno te sientas aquí con nosotras, eh. —añadió Teresa con exigencia.

—Ay qué bien, qué bien. Yo me siento una divina también. —dijo él haciendo como que se apartaba el pelo de los hombros, a pesar de estar totalmente rapado.

En ese momento, Megan recibió una llamada de teléfono desde un número muy largo y raro. Dijo que era de Londres, comenzó a hablar en

inglés y salió para poder conversar con tranquilidad. Mientras tanto, nosotras seguíamos hablando.

—¿Has vuelto a hablar con Álvaro, Vane? —preguntó Elisa.

—Hombre, le veo en el trabajo. Dos veces, en el descanso me ha pedido que hablemos, pero es que sé que está enfadado y yo también. El viaje a Madrid debería haber sido maravilloso y fue el más horrible de mi vida. —confesó Vane.

—Daos tiempo, pero no podéis estar trabajando con tensión. Tendréis que sentaros a hablar algún día. —dije yo.

—A ver, es que, Vane, no te ofendas, pero el chico tiene razón. Él siente mucho más que tú y se ha hartado de mendigar, como él te dijo. —añadió Tere.

—Bueno, Tere, Vanesa no te ha contado lo que hizo en Madrid… —solté yo abriendo mis ojos y agitando mis manos.

—¿Qué hiciste en Madrid? —preguntó Tere expectante.

Le contamos lo del casting de nuevos talentos y comenzó a besar a Vane como una loca, espachurrando su cara y diciéndole que la quería a rabiar. De pronto llegó Megan con una cara de impactada que no supimos traducir.

—Chicas, no sabéis quién me acaba de llamar. No puedo creerlo. —dijo tras una sonrisa grande y un gritito.

—Procede, Megan. —exigió Luna.

—Me he quedado blanca cuando he oído a Killy, la que era mi jefa en Londres. Resulta que van a abrir otro centro de belleza y quiere que yo sea la directora. Es una zona donde hay muchos españoles y pretende que esté yo al mando. Me ofrece unas condiciones brutales con un increíble salario. Tres veces más de lo que cobro aquí. Estoy flipando. —manifestó Megan ilusionada.

—Madre mía, tienes que aceptarlo. —gritó Tere.

—Joder, ya podría haber sido una empresa de Alicante la que me hiciera esta propuesta. —se entristeció Meguin.

—Pones esa cara por Miguel, ¿no? —preguntó Vane.

—Claro, es que nos vamos a casar y marcharnos justo ahora… —contestó Megan.

—Aquí nunca vas a cobrar lo que te ofrecen allí. Aquí todo es más inestable y está peor reconocido. —dijo Luna.

—Esto ha venido ahora y puede ser un tren que solo pase una vez. —comenté yo—. Vuélvete majareta y vete.

—Nena, que os vais a Londres otra vez. Esas condiciones son estupendas. Él te va a apoyar. —añadió Eli.

—Claro que sí. Seguro que se cae al suelo de la emoción. Él sabe que esto es muy importante para mí, igual que para él lo fue en su día. Me voy a ir a casa para hablar con él. Lo siento, amores, os quiero. —nos lanzaba besos mientras se alejaba.

Megan se fue con *una montoná* de nervios y una mezcla de sentimientos. Condujo a gran velocidad hacia su casa, con una sonrisa de oreja a oreja. Entró dando botecitos y hablando con voz de niña pequeña. Sentó a Miguel en el sofá para contarle la conversación que había tenido con Killy.

—No sé qué decirte. Por un lado es muy positivo para ti, pero claro, yo tengo aquí mi trabajo. —opinó Miguel peinándose el pelo con los dedos, con menos emoción de la que ella suponía.

—Es que yo tengo una situación laboral que no es como la tuya. Me hace ilusión que hayan pensado en mí para ese puesto. Ya me imagino ahí de directora del salón de Londres y perfeccionando mi inglés. —expresó ella entusiasmada.

—Si yo te entiendo, Megan. No quiero chafarte la ilusión. Yo quiero que tú también cumplas tus sueños laborales, así como yo los estoy cumpliendo. Pero yo no podría seguirte. —contestó Miguel con tristeza.

—Pero podrías pedir una excedencia en el instituto. —propuso Megan intentando convencerle poniendo morritos.

—¿Y qué hago yo allí?

—Cariño, lo mismo que hice yo los dos años que me fui para que tú hicieras el proyecto de tu tesis doctoral.

—Pero no es lo mismo. Tú no trabajabas. Yo tengo mi plaza fija y me costó mucho conseguirla.

—Me aterra la idea de separarnos y es lo que parece que va a pasar. Si no vienes conmigo es lo que va a pasar.

—Pero Megan, busca aquí un trabajo. Te has acomodado en esta empresa y hay mejores empleos también en Alicante.

—Miguel, cielo, que me están ofreciendo un sueldo increíble y ser la directora de un salón de belleza en Londres. ¿Tú sabes lo que es eso? —empezaba ella a ponerse nerviosa.

—Pues acéptalo, Megan. Pero pensaba que nos íbamos a casar en septiembre, no que nos íbamos a separar.

—Es que podemos hacer las dos cosas, si tú te pides una excedencia no pierdes tu plaza y podemos seguir juntos.

—No sabes lo que estás diciendo. No es tan fácil. ¿Qué hago? ¿De cuánto tiempo me cojo la excedencia? ¿De dos años? ¿de cinco? —preguntaba él mientras se levantaba del sillón y ponía las manos en la nuca.

—Yo me fui contigo, joo. —entristeció Megan su tono.

—¿Es un reproche o me estás diciendo que te lo debo?

—Nada de eso. Te estoy pidiendo que te vengas conmigo para que lo nuestro pueda continuar. No veo por qué tus proyectos profesionales pueden realizarse y los míos no. ¿Por qué me pones obstáculos?

—No te pongo obstáculos, pero estás siendo muy egoísta.

—¿Egoísta yo? Sé que no es fácil, pero quiero apostar también por mí y a la vez tenerte a mi lado.

—Pues quizás todo no se pueda, Megan.

—Tengo dos semanas para decidirlo. En un mes tendría que estar allí instalada.

—Suenas decidida. —dijo Miguel mientras se dirigía a la puerta de casa para abrirla y marcharse tras un generoso portazo.

Megan comenzó a llorar sin consuelo. Llamó a Miguel, pero su teléfono sonaba dentro de la habitación. Ella pensaba que lo mejor era quedarse con Miguel y abandonar sus sueños profesionales, pero ¿quién dice que las mujeres no puedan dejarlo todo por perseguir sus sueños? ¿Por qué ellos lo hacen con tanta facilidad? Se sintió inferior y ese sentimiento le llenó de pena y de más lágrimas. Tuvo tiempo para que su cabeza fuera una marabunta de pensamientos y todos contradictorios. Ella no quería separarse de Miguel, eso lo tenía clarísimo, pero quería progresar profesionalmente y luchar por su futuro. Uno de los dos tendría que ceder y ella ya lo hizo una vez. Ella lo dejó todo y se fue sonriendo por verle feliz. También pensaba que no estaba mal en su trabajo, pero era conformarse con los contratos temporales que la empresa le ofrecía. Cuando llegaba a un año, tenía que estar unos meses sin trabajar porque no le querían hacer un contrato indefinido. Ella tenía su cartera de clientes que, cuando tenían eventos, la llamaban. Yo también ayudaba cuando una novia quería una maquilladora y proponía a Megan. Esos clientes le salvaban en los meses que no trabajaba para la empresa. ¿Pero por qué se iba a sacrificar ella siempre? ¿Supondría esto el final de la historia de amor más perfecta del planeta?

16. entre la espada y la pared

Debo confesarte que Santi pasaba más tiempo en mi mente de lo que debía, pero tenía muy claro que lo nuestro formaba parte del pasado. Tenía que dejarme de chorradas y centrarme en mi relación con Luis. Él era estupendo y me aportaba solo cosas positivas.

Finalizando abril, mi agenda estaba completamente llena de eventos, de reuniones y de tareas por hacer. Ni pude ir al cumpleaños de Elisa la semana anterior porque hasta los domingos teníamos celebraciones y mis días libres eran lunes y martes. Días nada comunes para que Elisa celebrara su cumpleaños. Había empezado la temporada alta en *Palm Golf Resort* y yo solo me dedicaba a trabajar, incluso los días libres desde casa. De miércoles a viernes me pasaba el día llamando a proveedores, organizando los eventos cercanos y haciendo reuniones de las futuras celebraciones. Los fines de semana estaban plagados de eventos. No daba abasto y Luis empezaba a sentirse abandonado, empezaba a reclamarme, pero no podía descuidar mi trabajo. Me daba mucha pereza quedar con él en mis días libres por la noche cuando él salía de la clínica porque realmente yo había estado trabajando, aunque desde casa. Además, mi padre estaba haciendo un proyecto en Alicante y me había regalado uno de los pisos, por lo que aprovechaba mis días libres para decidir las calidades de la vivienda, hablar con el notario, con el banco, ver muebles… una locura.

Ese lunes quedé con él, por un lado me apetecía, pero por el otro estaba tan exhausta, que lo único que quería era descansar. No me arreglé en absoluto. Llevaba una sudadera roja con el pijama debajo y me puse unos *leggins* negros por no bajar con el pantalón de muñequitos. Me calcé unas deportivas y con las mismas, bajé. Luis iba con sus vaqueros y su jersey verde, la mar de mono.

—Pero, bebé, ¿no nos íbamos a cenar? —preguntó él sorprendido al verme en esas guisas.

—Si es que estoy muerta, te lo he dicho antes. ¿Te importa si vamos a *Burger King*? —propuse para intentar contentarle.

—Bueno, no es mi sitio favorito, pero vale. —dijo él alegrando la cara.

—Anda, dame un beso, so tonto. —pedí con ñoñería.

De camino, en el coche, me regresaron las ganas de Luis y me arrepentí de no haberme aseado y arreglado en condiciones para ir a cenar.

—¿Has avanzado algo del piso? —me preguntó interesado.

—Se supone que en junio me dan las llaves. He ido a ver la obra con mi padre y va bastante avanzada. Tengo unas ganas… Hemos comido juntos y ahí me ha estado enseñando unas imágenes que han hecho con el ordenador. Me ha enseñado también los planos del piso para Marcos.

—Pero ¿no es igual que el tuyo?

—No porque al final el piso de Marcos estará en la otra fase. Son distintas distribuciones. Qué terraza tan grande tienen los dos y el dormitorio principal del mío es increíble. Y vaya salón… alucinante. —le expliqué pletórica de felicidad.

Seguimos hablando mientras aparcamos y nos metimos dentro del local. Yo me senté en una mesa mientras él hacía cola y pedía nuestra cena. Estaba echando un vistazo a las novedades de la web de *Una Boda Mágica* cuando escuché una voz femenina que provenía de la mesa contigua.

—¿Lucía? —me giré hacia la derecha, despegando mis ojos de la pantalla de mi móvil—. ¡Qué coincidencia!

—Hola, Carola, ¿qué tal? —ella estaba sola vestida con unos vaqueros y un jersey monísimo granate con perlitas esparcidas por toda la tela. Maquillada y bien peinada. No como yo, que había bajado de cualquier manera y llevaba el pijama bajo la sudadera e iba sin sujetador. Tan esbelta ella… Envidia de la mala.

—Hoy justo he pensado en llamarte para ver qué día puedo ir a firmar. —me comentó mientras se levantaba de su silla y se acercaba a darme dos besos—, ¿te importa si me siento mientras viene Santi?

—Emm… no, claro, siéntate. Mi novio también viene ahora, está en la cola. —dije mientras se acomodaba frente a mí —Pues los mejores días para mí son miércoles y jueves.

—Perfecto, el jueves libro. Estoy tan contenta, Lucía. Lo que pasa es que él no lo está tanto porque, bueno, él es policía en Murcia y nos casamos para que sea más rápido y fácil que le concedan el traslado a Alicante. El pobrecito va y viene todos los días y ya está harto. —me explicó Carola ajena a que ya lo sabía.

—Bueno, no te preocupes, él se irá ilusionando según se vaya acercando el día. —dije con la mejor de mis sonrisas.

—Ojalá. Pero le conozco. Yo lo hago con ilusión, pero él lo hace por lo del traslado. Él nunca ha querido casarse. —me contó apenada—, al principio íbamos a hacer una boda pequeña, pero es que ¿dónde cortas?

—Ya, es complicado. Muchos novios tienen la idea de hacer algo íntimo y pequeño y luego no saben dónde parar. —dije mientras veía que Santi se estaba acercando y clavando su mirada en mí con una sonrisa. Él no veía a Carola porque ella estaba de espaldas y había un muro tras ella que le impedía ser vista.

—Ey, pequeña, ¿qué haces aquí? —Me saludó Santi con sorpresa. Mi cara fue de póker, solo pude suplicar que Carola no hubiera oído nada.

—Cielo, es que he visto a Lucía y me he puesto aquí con ella. —contestó Carola rápidamente creyendo que hablaba con ella. La cara de Santi fue un poema. Él tragó saliva y se sentó a su lado.

—Pero ¿vamos a cenar los tres juntos? —preguntó él extrañado.

—Ah, pues… si no os importa a vosotros, Lucía… —dijo Carola dirigiéndose a mí.

—No, claro, por mí genial. —contesté mirando a Carola—. Luis estará terminando ya. —añadí mirando a Santi. Dios mío, qué situación tan incómoda. Encima yo con esas pintas.

—Mmm… Hola —saludó Luis sin entender nada y apuesto a que sin gustarle un pelo.

—Mira, cariño, ellos son Santi y Carola. Una pareja de enamorados que se va a casar en mi hotel. —dije con una sonrisa falsa.

—Encantado, yo soy Luis. —se presentó mi novio sin mucho entusiasmo mientras se sentaba a mi lado frente a Carola. La mirada de Luis me atravesaba. Sabía que me estaba regañando sin hacer uso de palabras.

—Bueno, ¿y vosotros cuándo os casáis? —preguntó Santi mirando a Luis.

—Es pronto, nosotros llevamos cuatro meses. Yo todavía no quiero oír hablar de bodas. —contestó Luis mientras abría el papel que envolvía su hamburguesa.

—Se os ve tan bien. —añadió Carola sonriendo.

—Sí, nos queremos mucho. Llevamos poco tiempo, pero está siendo muy intenso y precioso. Es algo que sientes solo con una persona en tu vida. —solté rápidamente a modo de dardo.

—Joder, bebé, qué bonito. —dijo Luis mientras masticaba la hamburguesa.

—Sí, hay cosas que solo las sientes con una persona y cuando te llega, lo sabes. —contestó Santi mirándome fijamente.

—Mi vida, dame un beso. Qué guapo eres. —Carola cogió la cara de Santi para darle un piquito. Qué divertido todo.

Toda la cena estuvo llena de pullitas entre nosotros. Totalmente enmascaradas y sin que nadie notara que eran dardos al centro de nuestros corazones. Al oírme hablar así, Luis cambió su cara de disgusto por una más alegre. Me acariciaba el brazo y me miraba con ojitos de enamorado y notaba cómo Santi me miraba de soslayo. De pronto, sentí que un pie buscaba mi pie y comenzó a subir por mi pierna hasta mi rodilla. Con mi mirada le rogaba a Santi que parara, si alguien notaba que él me daba pataditas por debajo de la mesa se descubriría el pastel y yo no quería. Cuando pareció entender mi mirada y paró, al rato lo eché de menos y yo misma volví a retomar la batalla de los piececitos. Me quité una zapatilla y busqué su rodilla. Él bajó la mano y me tocó el pie como haciéndome un masaje. Él sabía que a mí eso me volvía loquita. Empecé a notar cómo mi entrepierna se humedecía, cómo mi pie seguía pidiendo guerra y cómo mi cabeza se llenaba de recuerdos increíbles con Santi. Pocos minutos después, noté el pie de antes buscándome. Retiré el mío de la rodilla de Santi y vi cómo Luis me miraba con ternura, eché la vista abajo y le descubrí haciéndome piececitos debajo de la mesa. ¡Mierda! En ningún momento había sido Santi. Me quedé de piedra. Me calcé y me disculpé para ir al aseo.

—Yo voy a aprovechar para ir a fumarme un cigarro. —soltó Santi.

—Mira, mejor, así luego no te lo fumas en el coche. —apuntó Carola.

Me metí al baño y me miré al espejo. Me di vergüenza. Santi no me había estado haciendo nada debajo de la mesa. Había sido Luis en todo momento. No podía creerme lo que me acababa de pasar. Yo estaba convencida de que había sido Santi. Me sacó de mis pensamientos un golpe en la puerta del aseo. Santi se acercó a mí con decisión y me arrinconó en la pared.

—Madre mía, Lucía ¿qué has hecho conmigo? No te saco de mi cabeza. —susurró a un milímetro de mis labios.

—Santi, es que yo pensaba que… —me calló con un beso. Mezcló su lengua con la mía de una forma que me hizo retroceder en el tiempo y

mantener mi mente en blanco. Un hormigueo se instaló en mi estómago y bajó hasta mi entrepierna. Mis bragas de nuevo en Pamplona, como me pasó años atrás cuando nos dimos nuestro primer beso. Me tocó la espalda, la cintura, acarició mi pelo…

—Mi pequeña… —susurró—, qué ganas tenía de ti.

—Joder, esto no se puede. —volvió a callarme con otro beso intenso, este más lento, con hambre, con sed, con deseo…

—Esto sí se puede, Lucía. ¿Vives donde siempre? —me preguntó aún casi pegado a mí y yo solo pude asentir—, ¿qué horario tienes mañana?

—Mañana libro, pero Santi, ni se te ocurra. —dije apartándole de mí. Me miré en el espejo, me retoqué el pelo con los dedos, él me dio una palmada en el culo y antes de salir por la puerta del baño me dijo:

—Tarde, ya he trazado el plan.

Volví a la mesa. Al instante me quejé del cansancio y le pedí a Luis que nos fuéramos. Salimos y nos despedimos de Santi, que estaba fumándose un cigarro, el cual tiró antes de llegar a la mitad y volvió a entrar para encontrarse con Carola.

Sí, esa noche hice uso de mi dedo corazón y en mi imaginación estaba Santi. Pensaba que lo que había hecho estaba fatal, pero es que yo soy así. Ya me conoces. Soy de no pensar. Al despertar, me sentí feliz. La sonrisa me llenaba la cara. Mientras desayunaba, recibí un WhatsApp de un número que no conocía: "Pequeña, en diez minutos estoy en tu puerta." No necesitaba más datos. Sabía perfectamente quién era. Sin terminarme el desayuno, me fui pitando a la ducha, me coloqué mis pantalones negros y mi jersey negro con margaritas amarillas. Me maquillé un poquito y cubrí mis labios con mi *SuperStay Matte* fucsia. Me hice una coleta en el pelo y bajé. Ahí estaba él apoyado en su *Seat Ibiza* rojo. Joder, qué guapo era el *jodío*. Llevaba unos vaqueros oscuros y un jersey fino rojo con la gaviota blanca de *Hollyster*. El sol hacía que se le viera más rubio, pero sus gafas de sol me impidieron ver sus increíbles ojos azules. Me sonrió al verme, se acercó a mí, me cogió de la cara y me plantó un beso de infarto. Así, sin preámbulos, sin rodeos, sin parangón.

—Eres un poco descarado, me han dicho. —solté yo casi sin aliento.

—Y tú una pelirroja peligrosa. —dijo juguetón. —anda, sube.

No había pasado el tiempo. Parecía que todavía éramos unos críos fugándonos las clases, pero nos estábamos escondiendo de nuestra vida real. De una vida en la que simplemente estábamos bien y cómodos. Pero

eso no es vida. Me devolvió a la tierra ver el coche más deteriorado, con el volante pelado y algunos botones rotos. Me hizo ver que ya no era aquel coche nuevo, sino que los años sí habían pasado.

—¿Dónde vamos? —pregunté impaciente.

—Vamos a un lugar donde no he podido volver. Donde no he querido volver si no era contigo. Es un lugar que taché del mapa y hoy quiero reconciliarme con él. —contestó serio y sin apartar la vista de la carretera hasta que terminó de hablar, cuando giró levemente su cara para mirarme y sonreírme.

Altea. Ahí estábamos. Mi lugar favorito. Donde hicimos tantos planes que jamás se cumplirían, donde soñamos despiertos… Nuestro lugar. Me llevó a la misma churrería cutre y volvimos a sentarnos en nuestro rincón, pedimos chocolate y churros. Los besos volvieron a ser los protagonistas una vez más.

—No puedo creerme que estemos reviviendo esta escena. ¿Qué quieres de mí, Santi? —dije a media voz.

—Pues no lo sé. No me dejas pensar con claridad. No me dejas sentir estabilidad ni en mi zona de confort. Apareces como un huracán y me revuelves todo aquello que yo creía seguro para dudar de todo. Otra vez tú. Siempre tú. —contestó frotándose los muslos.

—Te vas a casar. Mejor dicho, te voy a casar.

—Ni me lo recuerdes. —bufó.

Me preguntó con pillería por Luis, hablamos de la situación del día anterior y de lo que sentimos al volver a vernos la primera vez en *Palm Golf Resort*. Estuvimos cerca de dos horas hablando y mandándonos indirectas sin cesar. Regresamos a Alicante a la hora de comer, un rato antes de que llegara Carola a su casa. Ellos vivían juntos y sería raro si no le encontraba allí con la comida lista. Yo volví a mi mundo de unicornios y purpurina.

17. ADIÓS

Quedamos en *Mandala* aquel domingo al atardecer, a la hora que sabíamos que Lolo terminaba su turno. Yo fui directamente desde el trabajo. Salía de una comunión pequeña y por fin me daba tiempo a reunirme con ellas después de varias semanas. Ya estábamos a mitad de mayo y yo estaba de las comuniones hasta el *pirri*. Teníamos muchas cosas que contarnos y había alguna que otra divina en apuros. Yo también tenía que ir al rescate y además necesitaba ser rescatada. Esa sería una quedada muy especial porque íbamos a despedir a Megan. Después de darle muchas vueltas y tras hablarlo mucho con Miguel, con su familia y con nosotras, finalmente aceptó el puesto de trabajo en Londres.

Lolo empezaba a ser una más, era una auténtica divina. Una divina muy loca. Nos encantaba su forma de verlo todo con tanta positividad y desde el humor.

—Nena, si allí vas a encontrar otro nabo, pero con los pelos más rubitos. —le dijo Lolo a Megan con un gesto un tanto soez.

—Lolo, ¡qué ordinario! Yo no quiero otro de esos, yo estoy enamorada de Miguel. Por cierto, ¿tú qué dices con esos ojos tan pintados? Hoy se te ha pasado la mano, eh. —le contestó Megan.

—Lo que me da pena de todo esto es que se va mi maquilladora particular. —soltó él simulando llanto.

—Megan, cielo, no le hagas ni caso. Sabes que nosotras estaremos siempre juntas. Iremos a verte y tú vendrás aquí. —le dijo Elisa.

—Me duele tanto por Miguel… yo sé que mi relación con vosotras se va a mantener, pero Miguel no quiere que me vaya y eso me frena y me hace dudar, pero yo tengo que luchar por mí también. —confesó Megan con tristeza.

—Es que tiene que ser duro, Meguin. Yo entiendo las dos partes. Él no quiere irse, pero tampoco quiere separarse de ti y tú tienes que perseguir tus sueños. —añadí yo.

—Lo que tendría que haber hecho Miguel es seguirte, maricona. A mí que no me cuenten rollos. —sentenció Lolo—. Bueno, nena, cuéntanos eso del casting. Al final te vas a hacer famosa. —dijo con entusiasmo dirigiéndose a Teresa.

—Buah, es que todavía estoy flipando. A ver, no me quiero hacer ilusiones porque esto no significa nada. Me han dicho que tengo que ir a Madrid a hacer una audición y que me lleve varios conjuntos. ¡Qué nervios! —exclamó Teresa la mar de contenta.

—Te van a coger, maricona. Lo sé. —afirmó Lolo.

—¿Cuándo tienes que ir? —preguntó Luna.

—El viernes, tía, ¡el viernes! ¡*Quemevuervoloca*! —gritó Tere.

—Nos vamos contigo. —bromeó Luna.

—Yo no piso Madrid ni harta de vino. —añadió Eli.

—Iré con Álex. Me sabe mal porque es un día de trabajo que pierde, pero es tan bueno…quiere acompañarme. —dijo Tere.

—Y está tan bueno… —comentó Lolo susurrando.

—Eres una loca mala, eh. —le dije yo empujándole dulcemente.

—La que está mal es Vane. Esta chica no ha abierto el pico en toda la tarde. ¿Qué te pasa, guapa? —le preguntó él.

—Pues yo qué sé. Creo que mi problema se llama Álvaro. Está tonteando con una enfermera en prácticas y yo me pongo negra. Encima, el otro día escuché algo de una cita de Tínder. Pero bueno, no quiero hablar de esto. —contestó Vane sin energía.

—Es que, Vane. Reconoce que es normal. El chico se ha sentido rechazado… han pasado semanas y no has querido hablar con él. —dijo Eli —. Tiene que rehacer su vida.

—Joder, siempre lo hago mal yo, tío. No sé cómo lo hago. Lo de Ruper fue mi culpa, Marcos pasó olímpicamente de mí, me obligasteis a quedar con Álvaro y cuando le expreso lo que realmente siento por él, también es mi error por haberle rechazado. No doy una, eh, no doy una. —dijo Vane alterándose.

—Tranquila, Vane, que no te hemos dicho que haya sido tu culpa. —Tere intentó tranquilizarla.

—La historia de Ruper la sé, pero Marcos, ¿quién es ese? —preguntó Lolo.

—El hermano de Lu, el que le hizo de psicólogo cuando pasó lo de Ruper y las monjas. —soltó Luna justo antes de poner cara de haberla

cagado y taparse la boca con la mano. Tere le dio un codazo y Vane lo vio. Las demás no sabíamos dónde mirar.

—¿Cómo que me hizo de psicólogo? —cuestionó Vane visiblemente enfadada.

—No, no. Me refería a que es psicólogo y que… —quiso rectificar Luna, pero Vane interrumpió.

—Que me contéis la verdad, coño. Que me digáis qué quiere decir Luna con que me hizo de psicólogo. —nos exigió Vane.

—Vanesa, tranquila, por favor, que no es para tanto. —intervino Eli.

—Pues mira, Vane, te lo voy a decir. Estabas muy mal y no sabíamos cómo ayudarte y pensamos que contar con la ayuda profesional de mi hermano podría ser positivo para ti. Fue por ayudarte. —dije yo con firmeza, pero manteniendo la calma.

—No te dejabas ayudar. Te dijimos varias veces que te pusieras en manos de profesionales y no querías. Estabas perdida. La idea era que no te enteraras porque sabíamos que no querrías hablar con él en calidad de psicólogo. —añadió Tere.

—¿Pero qué me estáis contando? ¿De verdad me hicisteis creer que yo le gustaba a Marcos y era todo mentira? —interrogó Vane.

—No, cielo, eso lo creíste tú. Él quedaba contigo sin más. Fuiste tú quien se confundió, así que no nos culpes de lo que tú sentiste. Solo puedes culparnos de no haberte dicho que él iba como psicólogo. —soltó Luna con contundencia.

—Estoy flipando, de verdad os lo digo. No me lo esperaba de vosotras. —confesó Vane mientras se levantaba de la silla recogiendo sus cosas.

—¿Dónde vas? Tampoco es para tanto. —dijo Elisa pretendiendo que se volviera a sentar.

—¿No es para tanto? Claro, como no es a ti a quien fallan sus amigas… —comentó Vane llena de ira—. Me voy, que os vaya bien. Bueno, no, que no os vaya nada bien. No quiero volver a veros en mi puta vida.

Todas nos quedamos calladas durante un rato, atisbando nuestras cervezas y asimilando lo que acababa de pasar. Nosotras lo hicimos con nuestra mejor intención, pero era normal que se sintiera engañada.

—Madre mía, qué despedida más agradable estoy teniendo. —rompió el hielo Megan utilizando su característica ironía.

—Yo no sé en qué situación se encontraba Vane para que decidierais hacer eso, pero está feo. Lo hicisteis mal. —sentenció Lolo—. Eso no se

hace así, chiquis.

—Estaba fatal. Totalmente hundida. No salía de la cama, no iba a clase, se quería meter a misionera, no hablaba con nadie, no salía de casa, lloraba sin parar, tonteaba con la idea de dejar este mundo… —relaté yo con pena recordando el estado de Vane.

—Joder, qué duro. —susurró él.

—No quería ayuda porque decía que no estaba loca. No sabíamos cómo ayudar y se nos ocurrió eso. —añadió Eli.

—Quizá si nos pasara hoy no actuaríamos así, pero nuestra intención fue buena. No considero que haya sido una traición. Estábamos desesperadas. —continuó Tere.

—Pues yo creo que sí lo haría igual en la actualidad. Eso fue lo que le hizo abrir los ojos. —sentencié yo.

—Sí, Lu, yo también lo haría así. Pienso que lo hicimos bien. Yo no me arrepiento. —dijo Luna.

—Pero es normal que se sienta así porque no vivió lo que vivisteis vosotras y desde su perspectiva entiende que le engañasteis. —opinó él.

Continuamos hablando del tema un ratito más y nos dirigimos a casa de Lolo todas menos Megan, quien se fue a continuar con las maletas y con las eternas conversaciones con Miguel. Cuando entramos a casa de Lolo, abrimos la boca por lo bien decorados que estaban esos cincuenta metros cuadrados. Era un *loft* enano, pero con muy buen gusto. Al entrar ya se veía todo el piso. A la derecha encontrábamos un sofá y un sillón que abrazaban una pequeña mesa baja frente a la televisión de plasma colgada en la pared. Justo detrás del sofá había una minúscula cocina en tonos blancos con toques en colores pastel. A la izquierda había un baño y una mesa con varias sillas rodeándola. Había que subir unas escaleras realmente estrechas para llegar al dormitorio que se situaba justo encima de la cocina, el cual se podía ver desde el salón, ya que carecía de pared. Había como una especie de valla baja de cristal, de donde colgaba una bandera LGBT. Después de hacer el corto recorrido por el *loft*, nos sentamos en el sofá y en el sillón. Nos sacó algo para picar y unas cervezas y nos habló un poco de él.

—Mi infancia fue dura. En el colegio se metían conmigo por mi condición sexual y por mi pluma. Ahora todo es más fácil y me siento aceptado en todos sitios, aunque debo reconocer que alguna que otra vez sigo escuchando comentarios ofensivos.

—¿Cómo te diste cuenta de que te gustaban los chicos? —pregunté yo con tacto.

—Siempre he sabido que me gustaban los chicos, yo nunca he sentido atracción por las mujeres, pero hubo un detonante. Yo tendría unos ocho años cuando me fui a un campamento con el colegio. Yo no quería ir, pero mis padres me apuntaron. Pues bien, en ese campamento jugamos a la botella y me tocó besar a uno de mis compañeros. Yo sentí algo y no me lo pude quitar de la cabeza jamás. De hecho, hoy le veo y se me caen las bragas. —confesó Lolo un poco tocado, pero intentando sonreír.

—¿Y él sabía que te gustaba? —preguntó Tere.

—No, él jamás lo supo. Y jamás lo sabrá. Él no me reconoce. Yo he cambiado mucho. Le sigo en Instagram y a veces escribo mensajes privados que luego nunca envío.

—¡Joder, qué rabia! —exclamó Luna.

—Cambiando de tema…Carlos impone, eh. Seguro que es modelo en sus ratos libres —afirmó Lolo agitando las manos.

—No —se rio ella—, es camarero. Sí impone, sí. Y eso que no sabes cómo folla. Me tiene loca. Tiene una picardía y una chulería que me deja obnubilada. Y por otra parte es también dulce. Dios, lo tiene todo. —se mordió el labio inferior.

—Sí, por tener tiene hasta hijo, mujer y cuarenta tacos. —apunté con guasa.

—Un par más, bonita. Pero es que me da igual. Yo no sé qué me pasa con él, siento que me transformo. —confesó Luna.

—Claro, porque sabes que no lo tienes comiendo de tu mano. —dijo Elisa.

—Realmente le tengo comiendo de otro sitio. —soltó Luna y nos reímos todos—. ¿A ti Toni te lo ha comido ya? —se dirigió a Eli.

—A mí me lo comió mil veces, pero hace años. Ahora me está atosigando *una poquita* tirando a *una montoná*. Hemos cambiado las tornas, Luna, ahora soy yo quien no quiere amor. No sé, me he vuelto de hielo. Nadie me llena. Yo pensaba que al volver Toni, mi vida iba a cambiar, pero qué va. Ni siento ni padezco. —expresó Elisa con resignación.

—Pues eso no está nada bien, Eli. ¿Desde cuándo te pasa eso? Oye, ¿y Marcos? —interrogó Lolo.

—Yo creo que fue a raíz de lo de Rodri —empezó a decir Eli.

—¿Crees? De creo nada, yo estoy segura. Tú antes no eras así. —intervino Tere—. Estás como más… triste.

—Es que me hundió. Me encantaría volver a tener las sensaciones de antes, pero… Bueno, y Marcos… Marcos es un amor, pero es solo mi amigo. —contestó ella.

—¿No quieres ser mi cuñada? —le pregunté bromeando.

—No te lo tomes a mal, pero creo que no podría verle como algo más que amigo. Tenemos una relación estupenda y lo quiero con todo mi corazón. Me encanta estar con él, yo soy yo cuando estoy con tu hermano, es guapísimo, pero es solo mi amigo y me encanta que sea así. —me contestó Eli.

—Lucía, ¿tú crees que él siente por Elisa algo más que una amistad? —me preguntó Lolo.

—Yo creo que no. —dije con seguridad.

Cuando terminamos con todas las provisiones de Lolo nos marchamos a casa. Yo llevé a Teresa a la suya y de camino le propuse ir a correr el día siguiente, como a veces hacíamos. Bajó la cabeza y a media voz me contó lo que le había pasado con el borracho en la puerta de su casa semanas atrás. No podía creer que no me lo hubiera contado en el momento y se hubiera callado. Me dijo que no le quería dar importancia, pero que sentía un poco de miedo desde aquello y estaría un tiempo sin salir a correr, ya que cuando quería hacerlo, se acordaba de esa escena y abandonaba su pretensión. Maldito hijo de puta.

18. LO QUE ME LLEVA A ÉL

Estaba viviendo una etapa de pura adrenalina porque trabajaba muchísimo y encima, en pocos meses me darían mi precioso piso y estaba totalmente emocionada. También, cabe mencionar que prácticamente tenía dos novios. Me sentía una auténtica tronista de *MYHYV.* Después del día de Altea, volví a ver a Santi dos veces más. Una de ellas me sorprendió en el trabajo, donde me robó un par de besitos. La siguiente vez fue un desayuno en otro de mis días libres. Santi cambió el turno en el trabajo para que desayunáramos juntos. Nos fuimos a Murcia y así nadie podría vernos. Allí me robó miles de besos. Me sentía una cobarde con Luis. Una impostora. Me habría encantado decirle la verdad desde el principio y hacer las cosas de forma correcta, pero no podía. Estaba con él y me hacía pequeña. Le veía tan entregado, tan contento, tan seguro de tenerme… que me acobardaba, metía la cabeza bajo el ala y huía de mi verdad. Yo no quería dejarle, a mí Luis me gustaba. Cuando estaba con él yo estaba bien ¿se puede querer a dos personas a la vez? Sabía que estaba jugando con Luis y eso no me dejaba ser feliz, pero estaba de subidón. Como en una atracción de *Port Aventura*, con la adrenalina por el cielo sin pensar en los riesgos, gritando y disfrutando del momento. Me pasaba algo raro. Los dos eran muy diferentes y cada uno me aportaba algo que me gustaba. Luis me comprendía, me echaba de menos y me ponía los pies en la tierra. En cambio, Santi era locura, era como un dulce veneno… Luis satisfacía mis ansias de estar con Santi y con solo tocarme me causaba sosiego. Pero Santi me arrastraba, no me dejaba pensar en el bien y en el mal, era calor, morbo, me hacía sentir justo como yo deseaba. Yo siempre he tenido las ideas muy claras, pero estaba poniendo en jaque todo lo que sentía.

Necesitaba hablar con Teresa. Sabía que esa mañana de martes ella entraba tarde a trabajar y necesitaba que me explicara con calma lo que le había hecho el borracho ese. Eran las ocho de la mañana. Era muy pronto, pero como los obreros llegaban a su casa sobre esa hora, aproveché y le llamé para desayunar. Ella me dijo que desayunaría con Álex, pero a las

nueve podríamos quedar para hablar. También llamé a Elisa. Eli es de las que duermen hasta el último minuto, pero insistí hasta que me contestó. Por suerte, tenía turno de tardes, así que recogí a Tere y nos fuimos a casa de mi hermano.

Elisa tenía los ojos hinchados de estar recién levantada, nos preparó un café y les relaté mis hazañas amorosas a dos bandas.

—Lucía, no te creo. A ver*, pariño*, eso no lo puedes hacer. Aquí va a sufrir alguien mucho y si sigues con esto, esa también vas ser tú. —me dijo Tere con cara de impactada.

—Pero es que no lo estás razonando nada. No quieres dejar a ninguno, que te conozco, bacalao. Santi se va a casar, tía. ¿En qué estás pensando? Tú tienes novio y tía, te adora y a ti se te veía genial con él. ¿Qué coño estás haciendo? Es que flipo… y tú aquí tan pancha. —sentenció Eli anonadada.

—Joder, chicas, es que no puedo. Creo que estoy enamorada de los dos. —confesé haciendo pucheros.

—Tú estás fatal. Tienes que terminar con alguno. Pero ya, Lu. Es una orden. La que vas a liar es pequeña. —siguió Eli con la regañina.

—Las cosas tienen consecuencias, ¿sabes? —continuó Tere—. ¿Ya no recuerdas lo mal que lo pasaste cuando Santi te dejó? Ella siempre será ella y tú "la otra", no te hagas castillos en el aire.

—Es que pareces nueva, Lucía. Que se va a casar ¿qué otra prueba quieres para entender que él contigo solo hace el golfo? Siempre se acaba quedando con ella y te dejará a ti tirada cuando se canse. Otra vez, digo — las palabras de Eli me hicieron pensar.

—Sí, joder. Lleváis razón. Voy a cambiar con Santi y no va a pasar nada más entre nosotros. Luis no se lo merece. —concluí yo—. Por cierto, Eli. ¿Qué tal la convivencia con mi *brother*?

—Muy bien, pero le veo muy poco. Nos esperamos para cenar y así hablamos de cómo nos ha ido el día y eso. Estoy feliz y tranquila, en mi casa ya no aguantaba más. Sé que he tomado una buena decisión, aunque Toni está celoso y me da una rabia… me dice que entiende que viva aquí, pero cada vez que tiene ocasión me envía algún dardo envenenado. Me está agobiando mucho. —contestó ella mientras mojaba una galleta en el café.

—Pero Elisa ¿y qué haces quedando con él? —le preguntó Tere—. Por tu cara creo que no te gusta. Ya no.

—Si no quedo con él, tío. Me espera en la puta salida del trabajo. Hace todo lo posible por ir a la clase que se ajusta a mi horario de salida. Yo no

quiero dejar de ser amable, pero es que un día voy a perder los papeles, macho. —dijo ella antes de que sonara su teléfono. —es mi madre, chicas, un momento. No habléis hasta que cuelgue, eh.

Elisa llegó pocos minutos después con la cara desencajada y los ojos rojos.

—No me lo creo, chicas. No puede ser. —susurró Eli.

—¿Qué pasa? —dijimos Tere y yo casi a la vez.

—El padre de Rodri ha fallecido esta noche. Con lo bueno que era ese señor. Siempre tan prudente, tan cercano, tan amable… a mí me quería mucho.

—Aix… qué penita, jo. —exclamé yo.

—Lo siento, amores, pero me voy a ir con mi madre al tanatorio. No entiendo nada… si mi madre me dijo la semana pasada que estaba mejor.

—Claro, cielo, vete y si necesitas cualquier cosa, ya sabes dónde estamos. —añadió Tere abrazando a Eli. Yo también me uní al abrazo.

Nosotras nos quedamos allí hablando de nuestras cosas. Elisa se duchó, se puso sus pantalones vaqueros, su jersey marrón, se secó el pelo, se alisó el flequillo y se fue. De camino a casa de su madre para recogerla, estaba nerviosa. Había muchas papeletas de volver a ver a Rodri, eso hizo que sus piernas se convirtieran en espárragos en plena ebullición.

—¿Martina no viene? —le preguntó a su madre mientras se acomodaba en el asiento del copiloto.

—No, hija, no. Martina no quiere ver a Rodri y dice que no pintamos nada ahí. Tu hermana es muy rencorosa. —contestó la madre indignada.

Llegaron al tanatorio y besaron a la madre de Rodri, quien les dio las gracias por asistir. Elisa buscó con la mirada a Rodri hasta que le encontró abatido y cabizbajo sentado en un banco rodeado de unos cuantos amigos. Se dirigió a él y le tocó el hombro. Él alzó la mirada y se le iluminó al verla allí frente a él. Se levantó y la abrazó, ella contestó apretando su espalda y él se desmoronó antes de que se dijeran una sola palabra.

—Gracias… Gracias, bonita. Gracias por venir. —susurró él con la voz quebrada.

—Lo siento mucho, Rodri. ¿Cómo estás?

—Mal. Mal y cansado. Me han avisado a las tres de la mañana y me he venido pitando de Madrid. Joder, Elisa. Gracias por estar aquí. —dijo él peinándose el pelo con los dedos.

—¿Cómo no voy a venir?

—Yo qué sé. Te enfadaste tanto conmigo que… no sé, no me esperaba verte aquí. No sabía si volvería a verte y…

—No hablemos de esto hoy, no pienses en eso. —le pidió ella.

—Déjame pedirte una cosa.

—Claro, dime ¿Qué necesitas?

—Una conversación. Solo necesito eso. La conversación que nunca tuvimos. Permíteme solo eso. —rogó él.

—Claro. Claro que sí, pero hoy olvida ese tema y despídete de tu padre como se merece.

—No me pienso despedir de él porque él no se va a ir de mi vida jamás. No pude estar en sus últimos días y me siento fatal. Llevo un mes pidiendo el traslado para poder estar a su lado en el final de su vida y solo me daban largas. Justo el otro día me dijeron que solo faltaba un documento para concederme el traslado y mira… no he llegado a tiempo. —soltó Rodri una lágrima mientras sus labios temblaban.

—Rodrigo, cariño, dame un abrazo. Lo siento tanto… —les interrumpió una señora.

Ella se fue a trabajar y al volver le envió un cálido mensaje.

Elisa:<Buenas noches, Rodri. Imagino
que estarás dormido después de este
día tan largo y tan duro. Solo quiero
decirte que estoy contigo para lo que
necesites.>

Rodri: <Bonita, no estoy dormido a
pesar de estar cansadísimo. ¿Puedo
ir a la puerta de tu casa?>

Elisa: <Ya no vivo en casa de mis
padres, pero te mando la ubicación
de mi casa actual y nos vemos.>

Veinte minutos después, Rodri se presentó en casa de mi hermano y ella le llevó a su habitación porque Marcos estaba en el salón viendo la televisión mientras cenaba. Ella estaba nerviosa y él destrozado. Cuando ella le abrió la puerta, Rodri se abalanzó a sus brazos, totalmente desarmado, mostrando estar realmente exhausto y vencido. Ya en la habitación, se sentaron en la cama, apoyando la espalda en la pared.

—¡Qué mal me siento, Elisa! No te puedes hacer una idea de lo que siento… no he podido estar en sus últimos días. Pude venir el fin de semana

pasado y le vi mejor, te juro que le vi mejor… —sollozaba Rodri.

—No te culpes… tú has hecho lo que has podido, todo lo que estaba en tus manos. —dijo Eli en medio de un cálido abrazo.

—Necesito que hablemos, necesito quitarme de mi mente todo lo que tengo que decirte, tengo todas las palabras clavadas y necesito tener contigo esta conversación. —pidió él secándose las lágrimas.

—Quizá hoy no sea el día.

—Sí, tiene que ser ahora. Tienes que escucharme para que pueda pasar página. ¿Tú has podido hacerlo? —preguntó él con miedo a la respuesta de Elisa.

—A ver, yo ya no soy la misma. Me he vuelto muy fría y desconfiada. No sé si estoy preparada para esta conversación.

—Pero es que debiste escucharme, no sé cómo pudiste dejarme y desaparecer de mi vida sin tener una mísera conversación, bonita. Me destrozaste. —confesó él.

—Es que no sabes lo idiota que me sentí yendo de sorpresa a tu casa, preparando una cena romántica para firmar la paz, con todas mis buenas intenciones, con todo mi amor… y tú no llegaste. Encima me dijiste que estabas en casa acostado. Lo que viví fue horrible. Me engañaste, Rodri. Reconócelo y ya está.

—Tuve la conferencia en Toledo, como sabes. Mi idea era volver a casa, pero después de la reunión, los compañeros y yo salimos un rato y tuvimos que dormir en un hotel. La estancia mínima eran dos noches, así que conforme íbamos, dijimos que sí a todo. Yo estaba harto de no poder hacer nada que no fuera trabajar y el fin de semana contigo y tus quejas. Me agobié. Me harté de tus comentarios y me lo estaba pasando bien en ese momento. No contaba con que tú estuvieras en casa y te mentí para que no me riñeras, porque últimamente era lo que hacías. Tú no comprendías que yo quisiera más vida, disfrutar más…

—Me lo tendrías que haber dicho.

—Elisa, no me dejaste explicártelo. Colgaste de malas maneras sin escucharme.

—¿Y qué me dices de tu novia del trabajo? Si es que todo cuadraba, Rodri.

—Meses después de que te fueras seguía lleno de rabia hacia ti. Habíamos apostado mucho como para que te fueras a la primera de cambio y empecé con una chica que me gustó, pero no pude entregarme por

completo y al tiempo dejé de forzarme por sentir cosas por ella que sabía que no iba a sentir.

—¿Me juras que no me engañaste?

—Claro que sí. Te podría haber enseñado la factura del hotel de los cinco compañeros de mi empresa, con sus datos… obviamente ahora no creo que lo conserve…ha pasado mucho tiempo.

Ambos lloraron. Se abrazaron y se quedaron dormidos.

19. PACIENCIA, VENGA USTED A MÍ

Aquella noche, después de trabajar, quedé con Santi para cenar. Él le dijo a Carola que se tenía que quedar haciendo horas extras en la comisaría. Iba concienciada para terminar con esta locura, pero la idea se me desvaneció al verle tan contento acercarse a mí con esa chaqueta de punto azul marino y esos vaqueros grises. Su pelo rubio un poco alborotado y su barba más larga de lo habitual, pero bien perfilada. Y su sonrisa diabólica… tan diabólica que me llevaba hacia el mal. Este chico me hacía la vida tan difícil… Yo iba con unos pantalones negros, una blusa azul y una americana negra. Me había retocado el maquillaje y me había soltado el pelo. Pero llevaba una pinza para poder recogérmelo en cualquier momento.

No pude. No pude dejarle. No pude declarar mis intenciones en esa cita. Ese chico me volvía más visceral de lo que era y anulaba totalmente mi razón. Entre nosotros había una tensión sexual no resuelta y se palpaba en el ambiente. Cada beso era un reclamo, una pedida de auxilio para nuestros cuerpos…yo ya no aguantaba más. Pero debía ser fuerte y no dejarme llevar demasiado porque acabaría cometiendo actos impuros, más aún.

Luna me mandó un mensaje donde me decía: <tíratelo y déjate de rollos. Vive, joder, vive.> De camino a casa la llamé para decirle que mi voluntad disminuía cada vez que le veía. Ella me contó que se había mudado a casa de Carlos. Habían formalizado la relación y estaban viviendo juntos. Luna siempre nos contaba las cosas a toro pasado. Me daba rabia que no nos fuera manteniendo informadas según iban transcurriendo los acontecimientos. Todo ocurrió al principio de esa misma semana. Ella pasaba allí diecinueve días y quinientas noches, así que un día él le preguntó:

—¿Te quedas a dormir, ojitos?

—Pues claro. Podrías mirar si tienes un cepillo de dientes sin estrenar para mí, que no he venido preparada.

—Lo que tienes que hacer es dejarte aquí las cosas para no estar trayendo y llevando bultos. —propuso él.

—Pero eso ya es serio, eh. —intentó picarle Luna.

—Es que somos una relación seria, Luna. Tráetelo todo aquí y vente a vivir conmigo. —sentenció Carlos con una gran sonrisa.

—¿Me lo estás diciendo de verdad? —preguntó ella con asombro.

—Sí… si tú quieres, yo estoy dispuesto a intentarlo.

Ella se tiró a sus brazos y le comió a besos llena de ilusión y emoción. El día siguiente, Luna se llevó una maleta con las cosas más imprescindibles. A partir de ese día, se iría a trabajar al hotel andando, ya que de la casa de Carlos estaba a veinte minutos a pie. ¿Cómo era posible que ante tal noticia Luna se mantuviera callada sin tenernos informadas? Yo estaba muy indignada porque me gustaba estar al día de lo que les pasaba a mis divinas. Pero me sentía feliz porque sabía que él era la única persona que había logrado fundir el gélido corazón de mi amiga. Cada día que pasaba se fortalecían más, se unían y se entregaban. Juntos todo era más fácil, aunque lo peor de su relación era la comunicación. Por no desagradar al otro, no se decían las cosas que no les gustaban en cuanto a la convivencia. Ambos eran muy reservados, no eran de los que se sentaban a hablarlo todo y eso podría pasarles factura. Pronto le pusieron remedio, cuando, a los cinco días de empezar su convivencia, tuvieron una pequeña trifulca.

—Yo no soy tu madre, Carlos. No puedes dejarlo todo por encima esperando que yo te lo recoja. Si querías que yo viniera a vivir contigo para hacerte de chacha, vas listo. —le reprochó ella.

—No sé qué dices, Luna. Se me ha hecho tarde antes de ir a trabajar y lo he dejado ahí encima. De todas formas, tienes que tener un poco de más aguante, acabas de instalarte. Dame tiempo. —pidió él.

—Si aún no estás preparado no sé para qué me dices que me venga. Es que no te entiendo.

—Eres una exagerada, macho. Me he dejado una maldita taza y un plato encima de la mesa.

—Sí, bueno, sin mencionar el pijama en el suelo, el pis amarillento y concentrado en la váter, el espejo del aseo como si hubiera pasado un tsunami, la cama sin hacer… ¿continúo?

—A ver si tú te crees que eres perfecta. Esta mañana no encontraba el azúcar porque tú has decidido cambiarlo de sitio. El otro día juntaste mi ropa del trabajo con la ropa de la calle, te terminaste la avena y me dejaste sin desayuno… ¿continúo?

—Madre mía, creo que me voy a volver a mi casa… esto es un caos, Carlos. O ponemos normas o vamos a acabar mal. Cada uno tiene unas costumbres y no las conocemos. —dijo ella con pena. Él la miró y la envolvió entre sus brazos. De buena gana, se sentaron en el sofá con un papel y un bolígrafo para repartir las tareas de casa y para poner un poco de orden en cuanto a las manías de cada uno de ellos. Propusieron ser tolerantes y decir las cosas con cariño en el momento en que ocurrieran. Parecía que esa conversación les había sentado de maravilla a ambos.

Un día, llegó el momento de conocer a Izan. El niño ya tenía ocho años, con lo que ya podía razonar. Carlos fue a por él al colegio y le explicó que estaba con una mujer y que iba a vivir con su papá a partir de ese momento. Izan no se lo tomó nada bien. Le había costado aceptar que su madre estuviera con otro chico y cuando parecía que empezaba a fluir la cosa con el tal Jorge, resultaba que el padre le volvía a hacer pasar por lo mismo. Izan lloró como un condenado. Se enfadó con su padre y pidió volver con mamá. Carlos intentó hacerle entrar en razón, pero no fue posible.

Cuando Luna llegó a casa después de trabajar, se encontró con ese circo. El niño estaba tirado en el sofá con la cara larga y los brazos cruzados, indicando enfado. En cuanto Izan vio entrar a Luna, este se levantó rápidamente y se encerró en su habitación. Carlos intentó hablar con él para que se tranquilizara y para poder presentarle a Luna. Ella tocó su brazo y le dijo que le dejara tranquilo porque necesitaría tiempo para asimilar el terremoto mental.

—Escúchame, Carlos. Es un niño de ocho años, tiene que procesar esta información porque puede que para él no sea fácil. —susurró Luna—. Ven, vamos a la cocina.

—Es que quiero que te conozca. No puede tener esta reacción. Lleva toda la tarde maldiciéndolo todo y tiene que entender que no se puede comportar así. Esto es parte de la educación. —contestó Carlos también en forma de susurros.

—Ya, pero tienes que entender que necesita tiempo, joder. Su madre tiene otra pareja y ahora su padre le cuenta que él también está con otra mujer. En un ratito, cuando se le pase la pataleta, vas y hablas con él con serenidad, sin que él sienta que le estás regañando. Por favor te lo pido. —pidió ella a media voz.

—Bueno, voy a prepararle la cena. Tengo que llevarle a casa de su madre ya cenado.

—¿Cuál es su cena favorita?

—La pizza, pero no es lo que va a cenar. Se lo tomaría como premio a su reacción y tiene que entender que eso no está bien.

—Lo que le podemos proponer es que el próximo día que venga, podríamos hacer una pizza entre los tres.

—Todo depende de cómo se comporte. Hoy tengo para él merluza con guisantes.

—Jolines, Carlos… es que tú también… ¿cómo le haces merluza con guisantes para un día que viene? —ella se rio.

—No quiero que crea que venir aquí es un día de fiesta. Estar con su padre es exactamente igual que estar con su madre.

—Perdóneme usted. —contestó ella un poco molesta con la respuesta de Carlos.

Luna comprendía que Carlos quería ser estricto con su hijo y que no tuviera esa clase de reacciones y comportamientos, pero debía ser empático con la criatura y entender que Izan era un simple niño de ocho años sin la madurez suficiente como para razonar y entender todo lo que estaba experimentando.

Cuando la merluza y los guisantes estaban listos, Carlos se metió en la habitación de Izan y con toda la delicadeza que pudo, a petición de mi amiga, le propuso salir de allí para cenar. El niño no miró a Luna en ningún momento. Carlos le obligó a saludarla y el niño emitió un seco <hola> con la mirada en el suelo.

—¿Te gusta la merluza, Izan? A mí me encanta. —intentó acercarse Luna al pequeño, pero no obtuvo respuesta. Tras un silencio, Carlos le exigió una contestación.

—Izan, cuando alguien te habla estás obligado a responder.

—No quiero, papá. No quiero que esa esté en mi casa. —refunfuñó el niño dirigiéndose a su padre.

—Esta también es mi casa y ahora también es la de Luna. Ella es muy buena y sé que os vais a llevar genial. Justo antes, Luna me ha propuesto que el próximo día que vengas podemos hacer una pizza los tres juntos. –dijo Carlos acariciando el pelo de su enano gruñón.

—Yo quiero que hagamos la pizza tú y yo, papi. Ella no.

—Bueno, chicos, os dejo solitos. Yo mejor me voy a la ducha. Encantada de conocerte, Izan. —intervino Luna un tanto chafada.

—De eso nada, Luna. Tú te quedas aquí con nosotros. Izan tiene que acostumbrarse a verte en casa. Ahora en esta casa somos tres. —sentenció Carlos.

—Yo quiero que estemos con mamá, como antes.

—Te lo hemos explicado varias veces, cariño. Mamá y papá ahora son amigos y los amigos no viven juntos.

Poquito después, Carlos llevó al peque a casa de su madre y volvió llenando a Luna de besos y dándole las gracias por su paciencia, ya que ella le dio la dosis de dulzura que a él le faltaba. Él tenía un carácter fuerte y la paciencia no era una de sus virtudes. La parejita cenó merluza con guisantes e hicieron el amor. Luna deseaba que esa etapa de rebeldía de Izan durara poco. Ella entendía al niño, pero no era agradable sentir ese rechazo. El crío era un tanto burdo. Luna se propuso ganarse el cariño de Izan, pero sabía que podía ser una ardua tarea.

20. LA OSCURIDAD DEL SOL

Llevábamos varios días sin saber nada de Vane. La última noticia que tuvimos fue el día después de que se marchara de malas maneras de *Mandala*. Nos mandó un largo mensaje al grupo "Tacones Divinos" antes de salirse.

Vane:<Hola chicas. Os mando este mensaje
para despedirme de vosotras para siempre.
Me voy a salir del grupo y no quiero que
intentéis poneros en contacto conmigo.
Me habéis fallado en el peor momento de
mi vida. Para mí vosotras erais mi familia,
todo lo que yo tenía, pero nadie es amigo
realmente como yo considero la amistad.
Quizá soy yo, que no pertenezco a este
mundo. Vosotras no sabéis lo que es la
lealtad. Sois escoria. No quiero volver a
veros nunca más. Sois malas>

Tras escribir estas maravillosas palabras, abandonó el grupo. Tere intentó contactar con ella, sin éxito. Nosotras nos quedamos patidifusas ante tal mensaje. A mí se me clavó la frase <sois escoria>. Cuando la leí abrí la boca de lo impactada que me quedé. Me enfadé y ni intenté buscarla. Nosotras entendíamos que hubiera sido doloroso enterarse de que Marcos se había acercado a ella en calidad de psicólogo en lugar de amigo. Comprendíamos que se molestara por haber trazado el plan a sus espaldas. Pero había un por qué. Vane nunca razonaba, se encerraba en su dolor y lo hacía todo muy grande. Ahora me siento culpable por haber pensado así, por haberme enfadado. Para nada pensábamos que fuera capaz de hacer lo que hizo. Si lo hubiéramos sabido, quizá habríamos actuado de diferente manera, pero no sospechábamos que eso se le rondara por la cabeza y que tuviera la valentía de llevarlo a cabo. Sabíamos que se sentía sola, que todo lo negativo lo vivía extremadamente doloroso, que lo bueno no lo

disfrutaba y no lo apreciaba. Pero hacer lo que hizo fue muy grave, fue desmesurado.

Otro dardo para Vane fue encontrar a Álvaro en Tinder. Le escuchó hablando con un compañero de la clínica sobre una cita que había tenido con una chica que había conocido por esta aplicación. Tras darle vueltas, se la instaló con un nombre falso y con imágenes de internet. Allí encontró a Álvaro Obadieto. Con ese apellido, indudablemente era él. Álvaro Obadieto se describía como una persona aventurera, con ganas de pasarlo bien, fiel y abierto al amor. El corazón de Vane empezó a latir con la fuerza de un ciclón y enloqueció. Borró de su teléfono todas las fotos que tenía con él, quemó la poca ropa que Álvaro aún tenía en su casa, tiró su cepillo de dientes y le mandó un mensaje por Tinder. Ella se hacía llamar Aurora Peris. Puso fotos de unos pies en la playa, de una rubia de espaldas y de una rubia de perfil. Él había colgado varias fotos y dos de ellas las había hecho Vane, lo que aumentó su ira considerablemente.

Aurora P: <Hola, Álvaro. ¿Qué tal?
Ya veo que de muy buen ver.>
Álvaro O: <Hola, guapa. Muchas gracias por el piropo. ¿Cómo vas? Yo soy nuevo por aquí y todavía no sé muy bien cómo funciona.>
Aurora P: <Ya somos dos nuevos. Yo llevo varios meses soltera y tengo ganas de conocer a alguien y del trabajo a casa es complicado. ¿Qué buscas tú en esta *app*?>
Álvaro O:<Yo llevo relativamente poco tiempo soltero, pero ella nunca me quiso, así que lo que busco aquí es conocer a alguien que pueda sentir por mí lo mismo que yo.>
Aurora P: <Yo también soy de las que se entregan más que los demás. Parece que tú y yo buscamos lo mismo. ¿Tú aún la quieres?>
Álvaro O: <Estoy tan decepcionado que ha ganado al amor que yo sentía. Pensaba que romper iba a hundirme, pero todo lo contrario. Me he quitado un peso de encima. Con ella tenía que medirlo todo, tenía miedo de no

acertar, todo era a su ritmo de tortuga y yo
no podía ser yo. ¿Y tú te ves preparada o
aún tienes sentimientos por tu ex?>
Aurora P: <Estoy preparadísima. Mi ex es un
canalla y solo tengo sentimientos negativos
hacia él. ¿Tú hablas con más chicas?>
Álvaro O: <No te voy a engañar. Estoy hablando
con dos chicas más y con una compañera de
mi trabajo.>

Vane no volvió a contestar. Ya sabía lo que necesitaba saber, ya había descubierto que Álvaro estaba buscando reemplazarla. Ella se sentía traicionada por todos sitios, por Álvaro y por sus amigas, quienes eran su familia. Sin novio, sin amigas, sin familia y sin felicidad, Vane se volvió a sentir como siempre: sola y sin ánimo.

El día siguiente de la conversación en Tinder, Vane llegó antes a su lugar de trabajo para hablar con el director de la clínica. Sentía que su lugar de trabajo también estaba contaminado por la oscuridad, así que le pidió que le cambiara de planta.

—Vanesa, lamentablemente, esto no puedo concedértelo. Las demás especialidades ya están cubiertas y no puedo hacer cambios a la ligera. ¿Qué ha ocurrido? —contestó el director.

—Son motivos personales. Yo mantenía una relación sentimental con uno de mis compañeros y hemos terminado muy mal. Yo así no voy a poder trabajar bien. —confesó Vane a punto de llorar. —Me estoy planteando dejar la clínica si el cambio no fuera posible.

—No, Vanesa. Eres buena en tu trabajo. Si lo necesitas, tómate unas vacaciones y vuelve con fuerza. —dijo el director—. ¿Con quién mantenías una relación sentimental? Quizá sea más fácil cambiarle a él.

—Emm…Con el enfermero Álvaro Obadieto. —respondió Vane dudosa.

—¿Te ha hecho algo malo? Si es así, puedo llegar a despedirle. —sentenció el director.

—No, no. Simplemente se ha terminado nuestra relación y ahora no podemos ni vernos. Esto es incómodo para todos.

—Voy a ver qué puedo hacer para solucionar esto, pero no puedo asegurarte nada.

—Bueno, muchas gracias, doctor Barroso.

—Lo dicho, vete a casa y vuelve en siete días con las pilas cargadas. No obstante, te mantendré informada de cualquier cosa.

Vane se fue a casa y se metió a la ducha. El agua ardiendo recorría su cuerpo, provocando rojeces en su piel. Se sentó en la bañera y taponó el orificio de salida del agua, dejando que la misma se llenara. Vane lloraba hasta quedarse sin aire, con la respiración agitada.

Horas después, Vanesa recibió un *email* del Dr. Barroso.

Estimada Vanesa:

No te he visto bien esta mañana en mi despacho y le he estado dando vueltas a tu situación. Se me ha ocurrido una manera para que no coincididas con el enfermero Obadieto. Si te parece bien, nos vemos esta noche para cenar en el restaurante del hotel Parrós a las 21h. Me gustaría que esto quedara entre tú y yo porque es algo que hago en contra de la política de la empresa.

Espero tu respuesta.

Director Clínica Martos

Dr. Emilio Barroso

Tras mucho dudar, Vane se presentó en el hotel. Se dijo a sí misma que sería una simple cena y ya todo se solucionaría. El director esperaba en la barra del restaurante con una copa. Ella entró y se sentó a su lado. Se dieron dos besos y él pidió otra copa para ella. Cuando él ya se la había terminado, ella había dado cuatro pequeños sorbos.

—Señores, la cena está lista. —Informó un elegante camarero—. Vengan conmigo.

Ella caminaba dudosa con su vestido marrón y sus tacones dorados. Él iba totalmente trajeado y apestaba a colonia cara. Ambos seguían al camarero, pero con distancia. El director sonreía a Vane y ella fingía estar a gusto. Se quedó impactada cuando el camarero abrió la puerta de una *Suite*. Sin llegar a entrar, el camarero cerró la puerta y se marchó. Dentro de la habitación había una gran mesa decorada con esmero y llena de platos con comida cubiertos con una tapa metálica, copas y vino. Al fondo de la habitación se adivinaba una gran cama y un baño.

—¿Y eso que vamos a cenar aquí? —preguntó Vane extrañada.

—Hoy es tu día de suerte, he pensado cambiarte de clínica para que no coincidas con Álvaro Obadieto.

—Muchísimas gracias, Dr Barroso. —sonrió ella aliviada.

—Siéntate, Vanesa. —exigió amablemente el director—. Hoy solo Emilio. Si aceptas esta propuesta ya no seré tu jefe.

Cenaron mientras hablaban de la nueva clínica y de cuáles serían sus nuevas funciones en el inminente nuevo puesto de trabajo. Vane estaba muy incómoda, quería que la cena terminara pronto, pero tenía que aguantar porque Emilio le estaba concediendo su deseo de no seguir trabajando con Álvaro. Cuando la cena llegó a su fin, el director le dio una caja con un lazo rojo. Vane la abrió con detenimiento y vio que era un vestido lencero negro. Ella no podía creerlo.

—Lo siento, Emilio, no lo entiendo. Además, me tengo que ir ya. —se levantó de la silla y Emilio le detuvo.

—Es el momento de que cumplas tu parte, guapa.

—Pero ya la he cumplido, he venido a cenar. —dijo con nervios.

—Tu parte del trato no era que yo te invitara a cenar a un lujoso hotel. Eso es un regalo para ti. Te vas a poner el vestido. Un favor se paga con otro favor. Eso es de primero de favores.

—Emilio, no me hagas esto, por favor. —el corazón de Vanesa latía descontroladamente. Necesitaba escapar de allí.

El director llevó a Vanesa a la cama. Ella le pedía que no continuara, pero él hacía caso omiso. Le exigió que se quitara el vestido mientras se bajaba sus pantalones y los calzoncillos. Como ella no accedía a sus peticiones, él le levantó el vestido y le bajó las medias, rompiéndolas. Emilio ignoraba las peticiones de Vane, centrándose en satisfacer las propias.

Vane lloraba con los ojos totalmente cerrados, mientras intentaba poner la mente en blanco. Su cuerpo y sus pensamientos comenzaban a bloquearse. Ella cogió fuerzas y le dio un rodillazo en la entrepierna de Emilio, quien aulló y se retorció del dolor. Ella aprovechó ese momento para apartarle y marcharse de esa cama.

—Si esto sale a la luz, busca otra profesión donde yo no pueda ir a por ti. Vete antes de que me arrepienta. —dijo el viejo y asqueroso director aún encogido.

Vanesa se fue a su casa con las medias rotas dentro el bolso. Llegó a su casa y llorando, se metió en la ducha de nuevo. Frotó cada centímetro de su cuerpo, hasta hacerse heridas. Lloraba de rabia y en ese momento, más que nunca, se sintió sin valor. Esa noche no pudo pegar ojo. Lloró sin consuelo en un rincón de su habitación, sintiéndose impura y sucia, reproduciéndose

la horrible situación que había sufrido. Recordaba cómo su cuerpo se había paralizado hasta que pudo reaccionar y escapar de allí. Fue la gota que colmó el vaso.

21. 3,2,1 Y ¡ACCIÓN!

Aquel viernes por la mañana, Álex y Teresa se plantaron en Madrid. Cogieron un hotel para dos noches cerca de la Gran Vía. De hecho, cogieron el mismo hotel de Vane y Álvaro porque ella había comentado que estaba muy bien. En mayo, el precio era más elevado que cuando fue Vane, pero no les importó.

Todavía no conocíamos a Álex, aunque parecía que sí porque Tere nos mantenía *una montoná* de informadas. Que si Álex esto, si Álex lo otro… Yo pensaba que Tere tardaría más tiempo en sentir algo por él, creía que irían despacio. Pero parecía estar enamorándose. Todo de él le gustaba y ya no decía que los hombres eran unos hijos de puta. Aunque por ese entonces no se habían ni dado el primer beso, ambos actuaban como si fueran novios. Lo único que lo diferenciaba era que su amor no se había consumado de forma física. Alguna que otra vez, el beso parecía que iba a llegar, pero luego ocurría cualquier cosa y no sucedía. Teresa estaba desesperada y la impaciencia se adueñó de su ser, pero o estaba Mariana en casa o ella se tenía que ir a trabajar o de pronto llegaba Maks… total, que siempre pasaba algo para que no pudieran dar rienda suelta a la pasión.

Ya en Madrid, dejaron las maletas en el hotel y fueron como un cohete hacia la audición. Teresa llevaba consigo una maletita con los diferentes modelitos, tal y como le pidieron. Álex fue a darse un paseo por la capital mientras esperaba la llamada de su Dulcinea.

Ella subió al escenario del teatro con dos candidatas más. El jurado estaba sentado en las primeras butacas con unas libretas para ir anotando lo que creyeran oportuno. Pidieron a las tres candidatas, incluida mi amiga, que se presentaran y dijeran por qué habían asistido a la audición. Después, bailaron libremente tres fragmentos de unas canciones e interpretaron un papel de una obra de teatro. Al final, les comunicaron que por la tarde recibirían una llamada y si habían pasado a la fase final, deberían asistir la mañana siguiente a la audición final. Buscaban nuevos talentos, pero no especificaron qué era lo que querían exactamente, así que Teresa estaba

contenta, pero dudosa porque no sabía si eso que ella había hecho encajaba con el perfil que buscaban.

Al salir de allí, se encontró con Álex y fueron a comer a *Tommy Mel´s*, una hamburguesería americana situada justo enfrente del *Teatro Rialto*. Ella estaba cumpliendo uno de sus sueños y le habría gustado hablar con Vane para comentarle cómo había ido la audición y darle las gracias por haberse tomado la libertad de inscribirle en el casting. Nuevamente sin éxito.

Después de comer, dieron unos cuantos paseos por la preciosa ciudad, pero Teresa estaba cansada, como sin energía después del subidón por la tensión de la audición. Fueron al hotel para ducharse y descansar un poco antes de ir a cenar. Ella estaba en el baño, a punto de meterse en la ducha cuando sonó el teléfono.

<¿Teresa Valero?>

—Sí, soy yo. ¿Quién es?

<Le llamo para informarle de que mañana deberá acudir al *Teatro Rialto* a las diez de la mañana para la audición de la fase final.>

—Muchas gracias, allí estaré. —contestó Tere con elegancia.

Cuando colgó, se envolvió con una toalla y salió del baño saltando y gritándole a Álex que había sido seleccionada y que al día siguiente debería asistir a la última audición. Álex se levantó de la cama con entusiasmo y fue a abrazar a Teresa. Se miraron con ternura y él juntó sus labios con los de mi amiga. Ese beso fue tan deseado y tan esperado que aquella habitación del hotel rezumaba ansia e impaciencia. El más profundo deseo. Varios besos más tarde, Teresa no dejaba de saltar y de dar vueltas sobre sí, al ritmo de una canción improvisada que ellos tarareaban. Álex le estaba acompañando en su locura y saltaba y gritaba con ella. Ella le abrazó y la toalla que tenía envuelta se desvaneció, deslizándose por su cuerpo desnudo. Álex aprovechó esto para besarle con más pasión y deseo. Ella corrió a la cama, refugiándose bajo las sábanas por vergüenza y él la imitó.

—Ya no aguanto más. Quiero hacerte muchas cositas. —susurró él medio jadeando mientras tocaba el cuerpo desnudo de Teresa.

—¿Qué cositas? —contestó ella jugando.

—Cositas secretas. —susurró él de forma seductora.

—Entonces voy a tener que desvelar el misterio. —dijo ella antes de bajarle la cremallera de los vaqueros a Álex.

—Suena bien… ¿Quieres saberlo todo? —preguntó Álex con sensualidad mientras se quitaba los pantalones.

—Todo, todo…

Álex se quitó toda la ropa, alegando tener que estar en las mismas condiciones que Teresa. Continuó besando sus hombros, su cuello, sus labios, sus pechos, su abdomen… Teresa empezaba a sentir un hormigueo que hacía tiempo que no sentía. Al sentir a Álex recorriendo su cuerpo con sus labios, apareció en ella una sensación de confianza hacia él, quería entregarle su cuerpo, quería regalarle hasta el último resquicio de su ser. Él era pura delicadeza con un toque de brutalidad, lo cual a ella le encantaba. Le veía a él lamiendo su zona íntima con tanto esmero y con tanta entrega, que solo pudo abandonarse para disfrutar. Un calambre recorrió su cuerpo, haciendo que se arqueara, haciendo que se tensara, provocando en ella un aúllo por la mezcla entre dolor y placer.

—Eres una diosa, me encanta todo de ti. —comentó Álex mientras subía hacia los labios de Tere.

—Pues no has visto nada… Aún no has llegado al cielo.

Teresa se levantó de la cama para que fuera él quien se tumbara. Acarició el cuerpo terso de Álex y se prometió a ella misma llevarle al cielo. Él cerró los ojos y ella, encima de él, introdujo su pene en su vagina, haciendo movimientos lentos y suaves. Él murmuraba algo inteligible, se mordía el labio inferior y apretaba la almohada con las manos, queriendo contenerse. Ella aceleró el ritmo de sus movimientos hasta que ambos llegaron al cielo mediante gemidos. Después se abrazaron y se besaron unos minutos, aún él dentro de ella.

—Si esto es el cielo, me quedo aquí para siempre. —musitó él con los ojos cerrados, abrazando fuerte a Teresa.

Después del despliegue de amor, ya no eran los mismos. Se habían convertido en una pareja que tenía el objetivo de que ese amor no hiciera más que crecer. Totalmente felices, se ducharon, se pusieron guapos y se fueron a cenar a *Nebak*, restaurante situado en la calle Zorrilla. Ella estaba radiante con su falda negra con flores rojas y su top ajustado negro de manga francesa y cuello de barco. Su rubio y largo pelo con ondas perfectas y sus pendientes rojos. Teresa tenía unos ojos marrones grandes que embobaban y unos labios gruesos que esa vez pintó de rojo. Él no se quedaba atrás. Álex también tenía los labios gruesos, los cuales hacían babear a Tere. Se puso una camisa blanca con rallas verdes y unos chinos negros. Su barba estaba perfilada, su pelo peinado y esos ojos rasgados que tan atractivo le hacían.

Álex miraba a Teresa con orgullo, como si no fuera real, como si verdaderamente fuera una diosa. Era su diosa. Ambos iban con la cabeza alta por tenerse. Ella había encontrado a su ansiado príncipe azul. No cabía duda.

Entraron al restaurante y pidieron un buen vino tinto para que acompañara la carrillera de vaca con miel y el solomillo con salsa de hongos y *foie* a la plancha, además del pulpo de roca a la brasa con patata negra. Allí brindaron por un futuro juntos y por la audición de mi amiga. En esa cena, los ojos de ambos brillaban con una luz diferente, más intensa, más fuerte.

Hacía frío por las calles de Madrid y la liviana chaqueta no era suficiente para Teresa. Álex le prestó la suya y se hizo el fuerte, pero tenía frío. Propusieron volver al hotel porque al día siguiente Teresa tendría que estar en plenas facultades para dar lo mejor de ella en la audición final. Se pusieron el pijama, volvieron a hacer el amor y se durmieron abrazados. A la mañana siguiente, repitieron el procedimiento del día anterior. Ella entró a la sala de audiciones y él fue a pasear por la ciudad. El amor le había quitado los nervios, con más fuerza y garra que nunca, bailó sobre aquel escenario, desfiló, interpretó y cantó. Antes de que Teresa se fuera, un miembro del jurado se acercó a ella, mientras ordenaba su maleta.

—Teresa, tienes un talento especial. Hay algo en ti que hay que explotar. Me gustaría hacerte una propuesta. Eres de Alicante, ¿no? —preguntó el caballero.

—Muchas gracias por sus palabras, me siento muy afortunada de poder haber asistido a estas audiciones. Y sí, soy de Alicante. —contestó Teresa lívida.

—Tengo una compañía en Elche, obviamente es más modesta que la de Madrid, pero para empezar creo que puede estar bien. Con esa compañía hacemos actuaciones por la Comunidad Valenciana y Murcia. Mi idea es que en esa compañía cojas experiencia, auguro que vas a ser rápida. Después, si todo va bien, podrías cambiarte a la compañía de Madrid, con la que hacemos actuaciones nacionales e internacionales. —propuso él sin titubeos.

—¿Esto es verdad? Sería mi sueño. —exclamó feliz.

—No te voy a engañar, es un mundo duro. Son muchas horas de ensayo y pocas libres. Toma mi tarjeta. Piénsatelo y me llamas de aquí a dos días.

—Muchísimas gracias. No sé cómo agradecérselo. —dijo Tere con la voz quebradiza y con el corazón a mil revoluciones.

Teresa salió de allí como alma que llevaba el diablo. Llamó a Álex para encontrarse con él y entre gritos y saltos, le contó lo que acababa de ocurrirle. Sin duda, ese había sido uno de los fines de semana más bonitos de la vida de Teresa. Volvieron al hotel a dejar la maleta de Tere y se fueron a comer para celebrar la gran noticia. Cuando me llamó para contármelo ni pude entenderla, tuvo que pasarle el teléfono a Álex para que me lo contara él. Me alegraba tanto de que las cosas le estuvieran yendo tan bien… se lo merecía. Se merecía ser feliz. Se merecía sonreír desde el corazón, sonreír con el alma y no solo con los labios.

22. VUELA ALTO, MUY ALTO

Estábamos en el ecuador de mayo, por lo que se acababa su plazo para estar en Alicante, para despedirse. Había llegado el momento de partir. El domingo, Megan debía coger un vuelo directo desde Alicante hasta *Gatwick*, Londres. Los últimos días, tanto Miguel como ella estuvieron consternados. Él le rogaba que no se fuera y ella estaba hecha trizas. Su historia de amor era perfecta. Ambos se amaban de la forma más tierna, bonita y sincera que existía en la faz de la Tierra. Nunca habían tenido un solo problema y su amor crecía como la pólvora según iba pasando el tiempo. Era de estas parejas que rezumaban amor por cada poro de su piel. Se veía desde lejos que esos dos se querían como locos. Recuerdo perfectamente cómo nos comunicaron que se casaban: el vídeo de la pedida en Roma. Recuerdo a Megan emocionada viendo cositas para la boda, visualizando una y otra vez la web de *Una Boda Mágica*. Se respiraba felicidad cuando alguno de ellos hablaba del otro. En fin… estaban hechos el uno para el otro. De eso no había duda. Sin embargo, Megan soñaba fervientemente con volar alto y llegar muy lejos en su vida profesional. No quería conformarse con contratos temporales en un salón de mala muerte. Ella disfrutaba de su trabajo, pero en España y, en concreto, en Alicante, no estaba bien pagado. Solo le rentaba en temporada alta de Hogueras o bodas, que, a la par, era cuando más trabajo había en el salón. Los meses de noviembre, enero, febrero y marzo eran criminales para ella porque sin eventos no había trabajo. Diciembre era mejor por la Navidad, pero días contados. Megan siempre buscaba otros empleos que le dieran más estabilidad, pero siempre le ofrecían contratos y sueldos ridículos. La llamada de Killy fue luz. Se veía como directora de una creciente firma británica y cobrando el triple. Se veía cumpliendo sus sueños profesionales, pero no quería abandonar al gran amor de su vida, a su prometido.

—Miguel, cariño, no entiendo por qué no quieres ni siquiera que intentemos nuestra relación a distancia. —insistió una vez más tirada en el suelo cerrando una de sus tremendas maletas.

—Megan, eso no funciona nunca. Yo no quiero que mi mujer viva en otro país, a no sé cuántos mil kilómetros de distancia. Otra cosa sería si fuera algo temporal. Yo qué sé, uno o dos meses, tres si me apuras… pero te estás yendo a vivir, te estás yendo a formar una vida desde cero y yo no quepo ahí desde aquí. —contestó él desde el sofá con los codos en las piernas y las manos en la cabeza mirando al suelo.

—Te tendrías que venir conmigo, jolines. No me quiero ir sin ti. Yo te quiero. —lloraba Megan tendiendo su cuerpo sobre la maleta.

—Yo no concibo una relación a distancia. —se tiró Miguel al suelo con ella—. Yo te necesito conmigo, necesito tocarte, necesito besarte, necesito llegar de trabajar y que me recibas con tus tonterías y tus sonrisas, necesito lo que tenemos ahora, Megan, no un sucedáneo. Estando lejos nos echaríamos de menos y no seríamos felices. Al final, acabaríamos dejándolo a las malas porque no sabríamos llevarlo.

—Yo no imagino la vida sin ti, mi amor. No quiero. Yo me quiero casar contigo, tener hijos contigo y que llegues a casa de trabajar y recibirte con tonterías y sonrisas.

—No te vayas, joder, no te vayas, por favor. —suplicó él.

—Sígueme. No me quiero ir sin ti. Entiende que tengo que perseguir mis sueños. Además, ya lo he arreglado todo para irme, he dejado este trabajo…

—Perdóname, estoy siendo un egoísta. Vuela alto, muy alto. Consigue todo lo que te propongas, pero que no se te olvide jamás que eres y serás el amor de mi vida.

—¿Te importa si me llevo el anillo de compromiso?

—Llévatelo, cariño. Es tuyo, solo tuyo.

Miguel y Megan lloraron juntos tirados en el suelo. Parecían dos bebés moqueando y llorando desconsolados mientras se besaban y balbuceaban. Parecían estar frente a la muerte y justo era así como se sentían porque estaban dando muerte a su historia de amor. Acabaron haciendo el amor como nunca, de una forma nueva y diferente. Se estaban diciendo adiós en cada beso, en cada caricia, en cada mirada y en cada palabra. Pero Megan había tomado una decisión y sabía que era lo correcto.

No pude ir con las chicas el día anterior a despedir a Megan. Salí a las tantas del trabajo debido a una boda de tarde, pero estuve hablando con ella ese domingo. Ella lloraba diciéndome que nos echaría de menos y que nos quería mucho. Me repetía una y mil veces que lo hacía porque sabía que esta oportunidad era un tren que no iba a volver a pasar y no lo quería

perder. Me lo decía a mí, pero creo que se lo estaba diciendo a ella misma para darse fuerzas y convencerse de que aquello era lo mejor. Fue una decisión muy valiente por su parte.

Miguel la ayudó a montar todas las cosas en el coche y se dirigieron al aeropuerto. Se cogían con fuerza de las manos y se miraban suplicantes. La mirada de él pedía que no se fuera y la de ella rogaba que le acompañara.

—Prométeme que vendrás a verme en cuanto termines el curso. —dijo ella entre lágrimas de camino a la puerta de embarque.

—Yo no sé hasta qué punto es bueno que vaya, Megan. Ya sabes que yo no quiero una relación a distancia. Mantener el contacto e ir a verte nos hará más daño.

—¿No quieres ni que lo intentemos?

—Es que tengo claro que no es el tipo de relación que quiero, Megan. Ya lo hemos hablado tropecientas veces.

—Vale, en cuanto me suba a ese avión no volverás a saber de mí. —Miguel la cogió del brazo y paró en seco su marcha.

—Megan, aún estás a tiempo de no subirte a ese avión. Sé que esto es perseguir tus sueños, pero yo también quiero luchar por los míos y estar contigo es uno de ellos. No te vayas, por favor. —insistió Miguel una vez más.

Megan tragó saliva y continuó sus pasos sin contestar, con un nudo en la garganta. En la cola de seguridad para entrar a la puerta de embarque, donde Miguel ya no podía entrar, se despidieron con un profundo beso y se desearon lo mejor. Ella entró y no quiso mirar atrás para no ver cómo se alejaba su prometido, el amor de su vida. Él sí miró. Así comenzaba la distancia que les separaría definitivamente.

Megan hizo el recorrido hacia la puerta de embarque con su maleta de mano. Los demás bultos estaban facturados y ya estarían guardándose en la bodega del avión. Ese recorrido fue interminable para ella. Le dio tiempo a pensar y a replanteárselo todo. Estaba dejando escapar a quien le llenaba, a su otra mitad. Estaba finalizando con quien ella amaba profundamente y todo por ambición. Quizá Miguel también era un tren que pasaba una vez y no volvería a pasar. A punto de llegar a la puerta de embarque, se dio la vuelta y echó a correr en dirección contraria. Fue hacia facturación y reclamó sus maletas. A los quince minutos ya las tenía todas con ella. Llamó a su nueva jefa y, en un perfecto inglés, le dijo que no iba a poder ir porque su amiga había tenido un accidente con la moto y se había quedado

en coma. Le relató lo que le pasó años atrás a la hermana de Elisa para no fallar en los detalles de la gran mentira. Cogió un taxi que le llevó a casa de Miguel. Tocó el telefonillo y Miguel bajó corriendo con los ojos hinchados de haber llorado mucho y una sonrisa infinita.

—No he podido, cariño. No he podido irme sin ti. —lloraba Megan en el regazo de Miguel.

—Gracias, gracias, gracias. Te prometo que voy a ayudarte a conseguir un buen trabajo aquí, mi vida.

—Me dijiste que volara alto y para mí, volar alto es esto. Estar contigo.

Pagaron al taxista y subieron a casa con todos los bártulos. Volvió a reinar la paz y la felicidad en esa casa. Volvieron a sonreír y regresaron los planes de boda.

Nosotras nos quedamos muertas cuando nos mandó un audio al grupo contando su hazaña. Megan era de las mías, era impulsiva y eso a veces salía bien. A veces.

Luchar por un amor tan puro y tan verdadero como el que tenían ellos también es volar alto. Al final, el amor mueve montañas y tiene más fuerza que un millón de soles. Megan estaba loca, pero loca de amor. ¿De amor por quién? ¿Por Miguel? ¿Y por ella misma?

23. CUANDO ZARPA EL AMOR

Nosotras ya estábamos acostumbradas a los enfados de Vanesa. Quizá esa vez no le dimos mucha importancia porque semanas o pocos meses después, solía volver pidiendo perdón por haber desaparecido. Siempre era igual. Se enfadaba, salía del grupo de WhatsApp, no nos contestaba las llamadas y cuando se le pasaba el enfado, nos mandaba en texto enorme a cada una pidiendo disculpas. Ella era así. Tenía momentos altos y bajos. Ese era uno de los bajos. Para nada nos podíamos imaginar que pudiera hacer algo así.

Todas teníamos nuestra vida, nuestro ritmo y nuestros horarios. Cada vez podíamos vernos menos, aunque "Tacones Divinos" siempre ardía, era como nuestro confesionario y nuestro diario.

Teresa: <Chicas, ¡¡voy a ser famosa!!
Voy a empezar los ensayos para un musical.
Lo que me da pena es que no voy a poder
compaginarlo con el gimnasio. ¿Vosotras
qué tal? ¿Sabemos algo de Vane?>

Yo: <Yo he tenido un fin de semana
cargadito de eventos en el hotel. Ha sido
una locura. La novia del sábado pilló una
melopea de tres pares de narices y la lio
que no veas. Cogió el micrófono y empezó
a dedicarle palabras horribles a su suegra.
Un *cuadraco*. Tere, cuando triunfes y seas
famosa, acuérdate de tus amigas, eh.
¡Cuánto me alegro!>

Eli:<Vaya tela con la novia. Tere ¡enhorabuena!
Te lo mereces todo, que te traten como una princesa
y que seas la reina de esa compañía. Tengo ganas
de veros. Lu, ¿tú al final hoy con quién vas a
quedar? De Vane no sabemos nada, pero ya

no somos nuevas en esto. Vendrá cuando se
le pase. Necesita su espacio y su tiempo.>

Yo ese lunes tuve un día bien ajetreado. Por la mañana quedé con Santi y por la tarde con Luis. Para Santi era muy fácil cambiarse los turnos en la comisaría y, desde que nos volvimos a reencontrar, él hacía todo lo posible por pasar conmigo ratos en mis días libres. Yo vivía el momento y no le dedicaba mucho tiempo a eso de meditar o recapacitar. Tenía sentimientos por los dos y me costaba aclararme. Me encantaba esa pillería de Santi y me fascinaba la bondad de Luis. No obstante, era consciente de que lo estaba haciendo mal, muy mal. Lo mejor para mí y para ellos era terminar con las dos historias.

Como mi madre trabajaba, Santi subió a mi casa para desayunar. Le estuve mostrando los planos y la memoria de calidades de mi nueva casa. Le enseñé fotos y vídeos de cómo avanzaba la obra y de cómo sería el resultado. Quedaba muy poco para que me la entregaran.

—Bueno, esto no es un adosado frente al mar, pero me gusta. Ya me veo yo paseando a nuestro Golden Retriever por este parque y bajando a por el pan. —bromeaba Santi sentado en mi sofá.

—Y ya me veo yo a Carola tirándome de los pelos por la escalera de la comunidad. —dije yo mirándole de lado.

—¿Cuál será la habitación de nuestro hijo? —hizo como que no me había escuchado, prosiguiendo con el juego.

—Pues yo creo que esta. —señalé en el plano la habitación contigua al dormitorio principal.

—Pequeña, aquí nos va a escuchar gemir cuando hagamos el amor. Ah, bueno, que tú y yo solo nos damos besitos.

—Qué tonto eres. —le di un codazo suave en el costado.

—A ver, enséñame cómo son esos besitos que das. —soltó los papeles de la casa y me acercó a él.

—No, ahora por tonto te vas a quedar sin besitos y *gorreos*. —dije ñoña muy pegada a él.

—¿Me voy a quedar sin qué? —me besó.

Me besó de una forma muy tierna, me acarició el pelo mientras recorría mi cuerpo con sus labios. Mi estómago se llenó de cosquilleos, mi piel se erizó y mi entrepierna… ya sabes: con mi ropa interior para tirarla a la basura. Los besos nos subían la temperatura, nos hacían poner la mente en blanco. Me sentó a horcajadas sobre sus muslos y me levantó un poco el

camisón para acariciarme las nalgas. Le dije que parara sin mucha credibilidad. Me ignoró. Yo me ignoré. Mis labios y mis manos no iban acorde con mi cabeza, pero sí con mi corazón y mis ganas. Toda una incongruencia, lo sé. Seguí dejándome hacer y seguí haciendo, a pesar de que de vez en cuando le pidiera con la boca pequeña que no continuara.

—Tengo muchas ganas, Lu, pero si no quieres, paramos. No quiero que te arrepientas. —comentó Santi a media voz.

—No quiero que paremos, pero tenemos que hablar con nuestras parejas si queremos que lo nuestro funcione.

—Llevas razón. No podemos continuar así. Me he visualizado viviendo contigo en esa casa y no quiero casarme con Carola.

Sin contestarle, le besé. Le besé con más furia y deseo que nunca. Le besé convencida de que esto podía salir bien, de que íbamos a hablar con nuestras parejas para poder empezar nuestra relación de forma oficial. Me quitó el camisón y me tumbó boca arriba en el sofá. Se quitó su ropa y se tendió sobre mí, pegando su piel a la mía. Suspiramos a la vez. Era un suspiro que gritaba <por fin>. Ambos deseábamos ese momento desde hacía muchos años y esa espera se tradujo en un suspiro salido del alma. Lo que sentí con su primera penetración fue indescriptible. Sin dejar de darnos besos, embestía con calma, disfrutando cada una de ellas.

—No aguantaba más, pequeña. —me susurró, incrementando mi temperatura y mi deseo—, tengo que parar porque me voy a correr ya y no quiero.

Bajó hacia mi abdomen con su lengua y llegó a mi clítoris, succionando, mordiendo con delicadeza, haciendo que me arqueara y que sintiera el más puro placer de mi vida. Me corrí. Volvió a penetrar con más fuerza. Subió mis piernas a sus hombros y ahí le sentí hasta el fondo. Gemimos. Nos tocamos con fuerza. Salió de mí y se fue en mi vientre. Estábamos sudados y con el pelo alborotado, pero le vi más guapo que nunca. Su sonrisa era mi razón para no arrepentirme. Nos duchamos abrazados, sin dejar de besarnos, enjabonándonos mutuamente.

—Lucía, quiero que mis hijos sean pelirrojos. —susurró con seriedad—. He encontrado el enlace glucosídico perfecto para estos monosacáridos. —me dijo, evocando recuerdos.

—Somos unos aminoácidos muy resistentes. —esbocé una sonrisa.

—Estoy enamorado de ti y nunca he dejado de estarlo. Quiero estar enlazado a ti para siempre.

Ese había sido el momento más bonito de mi vida. Me sentía con fuerzas como para mandarlo todo al garete e irme con él. Donde quisiera llevarme. Mientras hacíamos los macarrones con chorizo picante y jamón, recibí una llamada de Teresa.

<¿Qué tal, amor? ¿Vas a comer sola?>

—No, estoy con Santi en casa. Estás en altavoz, cuidado con lo que dices. —advertí.

<Hola, Santi. ¿Cómo van los preparativos para tu boda?>

—Sin mucho avance, Teresa. No te preocupes, Lucía te mantendrá informada de todo. Tú puedes ser la dama de honor, si quieres. —nos reímos los tres. —¿Cómo estás, Tere?

<Pues bien, quería ir a comer con Lucía, pero estáis ocupados. Imagino que estaréis viendo luces, fuegos artificiales, centros de mesa y lunas de miel, ¿no?> ironía modo ON.

—Sí, algo parecido, justo ahora nos pillas con los fuegos artificiales. —mi miró Santi con pillería.

<Esta noche voy a cenar con Álex, ¿os apuntáis?> Miré a Santi con el ceño fruncido y cuando iba a contestar yo para declinar la invitación, Santi se adelantó.

—Claro que sí, Tere. Será un placer volverte a ver y conocer a Álex.

—Yo no creo que sea buena idea, Teresa, *pariño*. —intervine con un tono de <¡cómo te atreves, so puti!>

< Lo siento, Lucía, no te oigo bien, creo que hay interferencias. Os espero a las diez en *Divergente*.> Colgó.

—Pero, ¿y si nos ven? —pregunté con preocupación. Santi se levantó de la silla de la cocina y me cogió la cara.

—No hay de qué preocuparse. Tú vas a dejar a Luis y yo a Carola.

—A las ocho he quedado con él. —dije entre pucheros. —El miércoles viene Carola al hotel con sus padres. Qué *diver* todo.

—Ya lo sé, pero de esta semana no pasa que yo hable con ella.

Comimos esos macarrones con chorizo picante y jamón y se fue después de tomarse el café. Yo trabajé un poco hasta que llegó el momento de que viniera Luis a por mí. Me puse un chándal y bajé. Mientras bajaba me sentía fuerte para decirle que nuestra historia se terminaba. Después de lo que había pasado con Santi yo no podría volver a estar con él. Sabía que mis sentimientos hacia Luis eran más de amistad que de otra cosa, pero me iba a costar un mundo mirarle a los ojos y poner fin a las “casualidades”.

Él quiso saludarme con un beso en los labios y yo ladeé la cara para que me lo diera en la comisura.

—¿Qué tal el día? —preguntó Luis alegre por verme.

—Bien, ¿y tú? —intervine mirando al suelo.

—Pues como siempre, monótono. Soy como el secretario del odontólogo, me falta llevarle el café, porque ya le hago las fotocopias y le limpio el sudor. —sonrió. Me lo estaba poniendo difícil, el capullo. —¿Quieres que vayamos a cenar?

—Jolines, no puedo, voy a cenar con las chicas. —mentí— Ven, vamos a un banco de la urbanización.

Seguí mirando al suelo de camino a ese banco, el cual parecía estar a mil kilómetros. Se me hizo eterno el recorrido. Fuimos al más escondido y allí nos sentamos. La culpa no me permitía alzar la vista. Sentía culpa, pero no arrepentimiento y carecer de ese sentimiento me hizo sentir sin alma. Debería de haber estado destrozada y arrepentida, pero tenía ganas de dejarle. Esa tarde tuve una opresión constante en mi pecho. Ansiedad. Ansiedad por la conversación que iba a tener con Luis y por vivir enlazada a mi esperada historia de amor con Santi. Ansiedad por ya no ser "la otra" con él. Ansiedad por dejar de mentir, por dejar de mentirme.

—Luis, tengo que hablar contigo. —musité manoseando mi pulsera.

—Claro, dime. —dijo con ternura tocándome el pelo.

—Pues verás… es que no sé cómo empezar.

—Es fácil. Dime que me dejas y ya está. —le miré sorprendida. —No pongas esa cara, llevo semanas viéndote más distante. No propones verme, no me llamas casi, no me buscas para tener sexo… Hay alguien más. —sentenció.

—Joder. Lo siento. Lo siento muchísimo. —mi corazón iba a mil. —Te juro que nunca he tratado de hacerte daño.

—Contéstame. ¿Hay otro? —preguntó con exigencia.

—Bueno, es que…

—Por favor, Lucía. Sin rodeos. Sí o no. —me interrumpió.

—Tranquilo, Luis. Las cosas no son así. Déjame explicarte.

—Es que no quiero explicaciones. Solamente necesito saber si yo he sido tu segundo plato, el gilipollas de la historia, el tonto que te quería mientras tú te tirabas a otro…

—Pues nada de eso. Simplemente me he dado cuenta de que mis sentimientos hacia ti no evolucionaban como los tuyos.

—Claro, los tuyos evolucionaban hacia otra persona.

—Entiendo tu enfado, pero no es tan simple. Él volvió a mi vida y me descolocó. Eso hizo que no pudiera avanzar contigo, pero yo te quiero mucho y tengo mucho que agradecerte.

—Me siento como un idiota, Lucía. Yo pensando en ti y tú en otro. ¿Desde cuándo?

Se fue a los pocos minutos entre triste y enfadado. Desde luego, yo ya estaba expulsada del Edén. Me sentía mala persona, pero te juro que no pude controlar mis sentimientos, se me fue de las manos. Me dejé llevar. Pensaba que lo que tenía con Luis era más fuerte y no quería perderle, pero se iba haciendo pequeño en cada beso con Santi y más después de haber sentido lo que sentí al hacer el amor con él.

Me arreglé para la cena sin mucha efusividad. No me apetecía mucho estar con gente, pero ya era la hora y no podía echarme atrás. Santi y yo nos presentamos en *Divergente*, donde estaban Teresa y Álex con otra pareja. Teresa siempre hacía lo mismo, no avisaba si invitaba a más gente. Se llamaban Maks y Claudia. Maks era el socio de Álex y Claudia era la novia de Maks. Claudia tenía el pelo rizado y moreno, los ojos marrones y pecas en la cara, como yo. Ella era muy risueña y daba gusto oír sus carcajadas por cada chorrada. Agradecí que vinieran. Bebimos vino y cerveza. Cenamos croquetas de rabo de toro, pluma ibérica, secreto con salsa de cacahuete, ensalada para refrescar y torreznos. Parecía que nos conocíamos de toda la vida, las risas y las conversaciones fluían solas. Ya íbamos algo tocados cuando llegamos a la terraza de *Carabassa*, el sitio de copas que más nos gustaba de Alicante. Ese día tenían 2x1 en mojitos y nos pedimos uno cada uno. El alcohol iba causando efecto. Las tonterías iban y venían sin cesar. Nos estábamos emborrachando. Pedimos otro mojito.

—Mojiiiito, mojiiiito, mojiiiito. —cantamos todos a la vez tras pedir la siguiente ronda.

—Vámonos de viaje, leches. Vámonos de locura. —propuso Álex levantando su mojito sin poder abrir totalmente los ojos.

—Estás loquito. —contestó Tere lanzándole besitos al aire.

—¿Qué decís? —insistió Álex.

—Pues claro que sí, vamos a cogerlo ya. Somos los mojitos locooooos. —contestó Santi animado. Jamás le había visto así de desinhibido, me encantó.

—¿Qué nos han puesto en estos mojitos? Vámonoooos. —intervino Maks con su acento ruso. Nosotras nos mirábamos y sonreíamos felices de ver lo bien que habíamos congeniado los seis. Álex sacó su móvil, se puso en pie y nos enseñó una foto.

—Mojácaaaaar. Las mujeres las tenemos, los mojitos los tenemos, nos falta Mojácaaaar. —decía Álex mientras bailoteaba.

—Reserva, reserva. —le animé yo.

—Que nos vamos de viajeeeee, pequeñina miaaa. —me susurró Santi emocionado.

Debatimos los días y reservamos para esa misma semana. Nos iríamos de sábado a martes. Yo tenía que arreglar los eventos del fin de semana, pero lo dejaría todo organizado para que lo pudieran llevar sin mí. Me encantan los planes espontáneos, los que no se piensan. Esos siempre son los mejores.

24. MOJITOS. MOJÁCAR

Estaba esperando a Carola para nuestra cita. Ella quería que sus padres vieran el lugar donde se iba a casar con Santi. No te puedes imaginar lo nerviosa que estaba. Lo mal que me sentía. Dos días antes había estado haciendo el amor con su futuro marido y mientras esperaba, me dediqué tropecientos insultos. Mi impulsividad no me podía permitir hacer este tipo de cosas. Yo siempre he pensado en los demás y no me consideraba mala persona. Habitualmente, mi moral era más fuerte, pero Santi me ponía el mundo del revés. Sentía algo tan profundo por él que todo lo demás era insignificante. Mi impulsividad me empujaba a hacer locuras, aventuras, travesuras… pero esto se me había ido de las manos. Salí de mi despacho temblando, totalmente inquieta. No quería que sus padres apreciaran mi nerviosismo y lo tradujeran en falta de profesionalidad. Esperé con mi traje rojo, que, por cierto, el pantalón apretaba cada vez más, y mi camisa blanca en la puerta de mi despacho, el cual se encontraba a la derecha de la entrada del recinto.

Carola caminaba decidida hacia mí, con una gran sonrisa. Aceleró el paso, dejando a sus padres tras ella. Me dio dos besos ruidosos y me hizo saber lo contenta que estaba. Yo me sentí una bruja mala, pero seguía sin arrepentirme de haberme acostado con Santi. Me arrepentí del momento en que lo hicimos. Tendríamos que haber sido más pacientes y esperar a cuando ya no tuviéramos pareja. Me sacó de mis pensamientos la madre de Carola. Pilar era una señora de unos cincuenta y largos años. Se apreciaba que en su juventud había sido una mujer guapa. Vestía con un pantalón negro y una blusa de colores. Elegante, pero sin pasarse. Luego saludé al padre de Carola. Me resultó muy familiar ese hombre. Se parecía mucho a alguien. Me llamó mucho la atención que se llamara Paco, igual que el padre de Luna. Coincidencias de la vida. Hacía mucho tiempo que no veía al padre de mi amiga y seguramente no se parecerían tanto.

—Santi no ha podido cambiar el turno en la comisaría, se ve que hay un par de compañeros de baja. —comentó Carola para justificar a Santi. —

Además, este fin de semana se va a unas jornadas con los compañeros y tiene que prepararse mil cosas.

—Bueno, no pasa nada. Él ya conoce el sitio. Hoy es para que lo vean tus padres. —le resté importancia.

—Sí y yo lo prefiero —intervino la madre.

—Mamá, por favor.

—Es que tú estás empeñada en esta boda, hija, pero él no quiere. Nunca ha querido casarse. Estas cosas no le gustan.

—Ya sabes por qué lo hacemos, mami. Además, esto no lo vamos a hablar ni aquí ni ahora. —concluyó Carola.

—Bien, esta es la zona del cóctel. Aquí los invitados vienen después de la ceremonia, mientras los novios van a hacerse unas fotos. Después vuelven y se unen al cóctel. Habrá un camarero exclusivo para los novios, o sea que nunca se quedan sin probar nada, que es uno de los miedos habituales. —les enseñé todos los rincones del hotel y noté que el padre de Carola me observaba sin mediar palabra y sin que se le escapara ninguna sonrisa.

En cuanto Carola y sus padres se fueron, llamé a Santi para contarle cómo me había sentido.

—Pequeña, yo no aguanto más. Cuando vuelva hoy del trabajo tengo que hablar con ella.

—¿Y si viene al hotel a decírselo a mis superiores?

—Lucía, no le pienso hablar de ti. Tú no vas a tener nada que ver. Si ella ya sabe que yo no soy feliz. Siempre quiere escurrir el bulto y no recibir las señales que le envío.

—Me ha pasado una cosa muy rara, Santi. El padre de Carola es clavadito al padre de Luna.

—Pues a lo mejor son primos —se rio.

—¿Te imaginas que son familia? Desde luego, hermanos no son porque se llaman igual.

—No, y además, yo habría coincidido con Luna porque conozco a toda la familia de Carola. Familia no son, Lu. Tendrán un aire y*chimpún*. No le des importancia.

—Bueno, voy a dejarte que tengo que arreglar lo del fin de semana para poder ir a Mojácar. Luego te cuento. Un besito.

—Te quiero, canija.

—Y yo, enano.

Llamé a una compañera de la carrera con la que me llevaba genial y en ese momento no tenía trabajo. Le pedí que me ayudara ese fin de semana. Dos horas después de hablar con ella, se presentó en el hotel y le expliqué lo que tenía que hacer sábado y domingo. Yo se lo dejaría todo preparado para que ella solo tuviera que supervisar que se cumpliera todo a la perfección. Por suerte, solo había una boda no muy grande para el sábado y un campeonato de golf para el domingo. Poca cosa.

Cuando Santi llegó a su casa, Carola estaba tan contenta hablándole de nuevas ideas para la boda y de lo feliz que estaba de hacerla en*Palm Golf Resort*, que no pudo hablar con ella sobre dejar la relación. A la madre de Carola le había encantado el sitio, pero al padre no le había gustado nada porque era como casarse en el campo y era mejor hacerlo en un salón, como toda la vida.

El jueves y el viernes pasaron rápido porque estuve enseñando a Clara todo lo que tenía que hacer en mi lugar, además de ponernos al día y charrar sobre nuestras cosas. Obviamente, no le conté lo de Santi porque me avergonzaba haberle sido infiel a Luis. No pude contenerme y el viernes por la noche le llamé.

—Hola, ¿cómo estás?

<Hola, Lucía. Bien, estoy bien. Adaptándome a esta nueva situación. ¿Y tú? ¿Ahora eres más feliz?>

—Jolines, no quiero que estemos a malas. Yo te tengo mucho cariño y guardo muy buenos recuerdos contigo. No quiero que nos quedemos con mal sabor de boca.

<Yo tampoco quiero estar a malas, pero tampoco a buenas. No quiero estar de ninguna manera contigo. ¿Por qué me has llamado?>

—No seas tan duro conmigo, Luis. Te he llamado para saber cómo estabas, no pienses que me he olvidado de ti.

<No pretenderás que seamos amigos, ¿no?>

— Lo que pretendo es que no seamos enemigos.

<¿Es una ruptura definitiva o necesitas tiempo para aclararte?>

—Me siento mal, pero lo tengo claro. Quizá en el futuro podamos ser amigos. Para mí eres importante.

<Lucía, éramos pareja. Yo he dado mucho más por ti que tú por mí. Yo te he entregado mucho más de lo que he recibido. Si lo tienes claro yo no pinto nada en tu vida porque una amistad no es lo que quiero contigo. ¿Tú me entiendes?>

—Te entiendo perfectamente. Lo siento por llamarte, pero necesitaba saber si estabas bien.

<No estoy dando saltos de alegría, pero tranquila, no me estoy muriendo. Te quiero tanto que deseo que seas muy feliz, aunque no haya podido ser conmigo.>

No me gustaba nada sentirme así, no quería tener en el pecho esa opresión, esa sensación de haber hecho sufrir a Luis.

Llegó el sábado y terminé de hacer la maleta. Tenía ganas de irme a Mojácar con "los mojitos". Tenía ganas de liberar tensiones y reírme a carcajada limpia. Lo que no me gustaba era que Santi todavía no había hablado con Carola y me sentía parte de su mentira. Se suponía que él iba a Ávila con los compañeros de trabajo a unas jornadas de convivencia y ella le creyó. No le dediqué mucho tiempo a mis pensamientos negativos porque estaba segura de que cuando Santi viera el momento, hablaría con Carola para que jamás hubiera más mentiras y poder empezar una relación sincera con él. No quería pasar de nuevo por ser "la otra", pero tampoco quería que mi trabajo se viera en peligro. ¿Cuándo es el momento perfecto para terminar una relación? Creo que ese momento no llega nunca. Hay que armarse de valor y terminar con lo que ya no te hace feliz. Santi llevaba años con una persona a la que no amaba. Sí la quería, pero no estaba enamorado de ella y no la veía en sus proyectos de futuro.

La empresa*Gama10*tenía una furgoneta de siete plazas (la "mojifurgo"), con la que pusimos rumbo a Mojácar. Ya en el trayecto, no parábamos de reír y de decir tonterías. Una tras otra. Santi había congeniado muy bien con Álex y Maks, le vi a gusto. Tere y yo hablábamos con Claudia como si la conociéramos de toda la vida. Ella nos contaba que llevaba cuatro años con Maks y se habían ido a vivir juntos. Claudia nos confesó su deseo de casarse, pero no sabía si tener hijos. Alegaba que con los hijos podría arriesgar la profunda felicidad en la que vivía la pareja y le daba miedo que, por querer sumar, al final restara o incluso perdiera.

—Es que no quiero sonar cruel, pero estamos en un momento tan feliz, con una vida tan bonita, que no quiero alterar ningún factor. Nosotros vamos y venimos, entramos y salimos… dormimos hasta la hora que queremos, hacemos los planes que queremos, gastamos el dinero en lo que queremos… me da miedo que tener un hijo lo trastoque todo. —exponía Claudia con sensatez—, es verdad que lo tenemos todo para tener hijos.

Maks tiene una empresa que no va mal pese a estar empezando y yo soy fija en mi empresa. Disfruto mucho de mi trabajo como informática.

—Vamos, yo te entiendo perfectamente. —Contesté—, es lógico tener miedo a que la situación cambie.

—Pero no tiene por qué cambiar a mal. Un hijo puede contribuir a esa felicidad. —opinó Tere.

—O no… Como no estoy segura, no quiero arriesgarme. Lo que pasa es que Maks quiere ser papá y yo, antes de conocerle, también. Pero estoy tan bien, que ese riesgo me aterra por si se estropea lo que siento hoy.

Llegamos a Mojácar, pero no sin haber tenido que parar a mitad de camino para que la delicada Claudia vomitara. En cuanto vomitó, volvió a estar como una rosa. Fuimos al apartamento a dejar las maletas. Vimos que había dos dormitorios y un salón. Tuvimos que hacer un sorteo para decidir a quién le tocaba el salón. Estaba claro, nos tocó a Santi y a mí.

Lucía, tienes bigote. ¿Por qué no te lo has quitado? —me dijo Maks con descaro mientras yo me llevaba un calamar a la boca que no llegué a introducir.

—A mí me gusta tener bigote, como tú. Tú tampoco te lo has quitado. —contesté sin titubeos. Los demás estaban descojonados de la risa.

—Pero cucu, ¿cómo le dices eso a Lucía? Pídele perdón. —dijo Claudia entre escandalosas carcajadas.

—Si es que ella antes lo ha dicho en el coche. —le replicó Maks mirándome a mí.

—Maks, tienes un moco. —apunté.

—Me gustan los mocos. —me respondió sin pestañear.

—Pues a Lucía le gusta tirarse pedos, yo no digo más. —añadió Tere muerta de la risa.

—Esta te la guardo, Maksito. Cuando menos te lo esperes te la pienso devolver. —apunté de broma.

—Tíratelo en el coche luego. —me susurró Santi con risa maligna sin que nadie le oyera.

Efectivamente, así lo hice. Con las ventanillas bajadas me tiré un buen cuesco, de estos que no se escuchan, pero se huelen y mucho. Santi y yo comenzamos a reírnos sin poder parar, los demás empezaban a recibir el aroma y me acusaron de pedorra. Álex bajó las ventanillas de la "mojifurgo" y me dirigió algún que otro insulto sumido en risas. Así fue el viaje de "los mojitos". Cada dos minutos un ataque de risa nuevo, por algo

diferente. Estábamos a gusto, liberados. Por la tarde bailamos en*Maui Beach*al ritmo del Dj Moree MK. Decidimos beber mojitos en honor a nuestro reciente y maravilloso grupo. Qué gran descubrimiento. A partir de ahí no pudimos separarnos.

25. UN METRO DE RECUERDOS

Elisa y Marcos estaban enganchadísimos a una serie de suspense que veían por Netflix: *Cómo defender a un asesino*. Devoraban un capítulo tras otro y después lo comentaban, aportando sus conjeturas y opiniones.

—Vamos, estoy convencido de que ha sido Annalise. —apuntó Marcos —. Ella ha matado a Sam.

—Marcos, *pariño*, era su marido y se querían. Ella no ha sido. Para mí que ha sido Wes. Parece bueno, pero no lo es.

—Mira, como tú. —bromeó él.

—¿Yo no soy buena? Si soy un trocito de cielo. No eres bueno tú, que has dejado a la pobre Silvia llorando.

—Joder, es que he quedado con ella tres veces y ya quería venir con mi familia a cenar en Nochebuena. —ambos se rieron. ¿Y tú con Toni y con Rodri? ¿A alguna novedad?

—Pues con Toni lo de siempre, él insiste, pero yo no quiero nada. Y con Rodri… soy su hombro donde llorar. El pobre está pasando por un mal momento. Encima, justo el lunes le aceptaron el traslado a Alicante y ya ha empezado la mudanza.

—Sí… pobrecito. A mí me da pena por lo de su padre, Elisa, pero que ese no sea su salvoconducto para volver a acercarse a ti.

—Qué va, no te preocupes. Yo lo tengo superado.

—Eli… —le miró Marcos de soslayo.

—Marcos, no tengas miedo, que él ya no puede hacerme daño. —contestó ella convencida.

—No te creas invulnerable.

—Con él sí lo soy. Bueno, con él y con todos. No hay quien me haga sentir ilusión, por lo tanto, tampoco dolor. Como psicólogo, ¿tú crees que he perdido la capacidad de sentir?

—Claro que no, tonta. Lo que necesitas es un montadito rico.

—¿Cenamos en *Eustakius*? —propuso Eli sonriendo de pronto.

—El último que llegue a la puerta, paga la cena. —dijo Marcos echando a correr hacia la meta.

—Tramposooooo. —gritó ella aún en el salón.

Con el chándal de estar en casa se bajaron a la calle y caminaron hacia el bar *Eustakius*. Eran las 20:45h de un jueves, por lo que no habría problema para encontrar una mesa libre. Si no la hubiera, el dueño, que tanto les conocía y apreciaba, les habría sacado una mesa sin poner pegas. Ellos no necesitaban mirar la carta, se la sabían al dedillo. Pidieron unas cuantas tapas y mientras esperaban, sonó el teléfono de Elisa. Era Rodri.

—Ha adelantado el viaje. Ha contratado a una empresa de mudanzas y mañana por la mañana vuelve definitivamente a Alicante. —informó Elisa a Marcos cuando colgó a Rodri.

—¿Y qué te parece?

—Pff, yo qué sé. Quiere que cenemos juntos mañana.

—Pues lo que yo te decía. Quiere recuperarte o ahogar su dolor contigo.

—No sé, Marcos. Pero yo me siento fuerte. Es una persona a la que quise mucho y todavía le guardo cariño. Está pasando por un momento complicado y no le puedo dar de lado.

—Con que no te des de lado a ti misma me conformo.

Cenaron montaditos, chipirones y croquetas y se fueron a casa. Se pusieron en el sofá a ver otro capítulo y el sueño se apoderó de ellos, por lo que se durmieron allí mismo. Él se despertó a medianoche, pero disfrutaba cuando aquello ocurría. Le gustaba ver dormir a Elisa, aunque roncara. Le encantaba contemplar esa paz que solo se siente cuando se duerme. Cogió un par de mantas y arropó a Eli con una de ellas. La otra era para él. Marcos sonrió y volvió a acomodarse para seguir durmiendo a su lado.

A la mañana siguiente, cuando ella amaneció, Marcos ya no estaba. Él ya estaba trabajando. Elisa se preparaba el desayuno mientras recordaba la conversación que tuvo con Rodri en su cama la última vez. Se reprodujo momentos preciosos que vivieron juntos, el comienzo, la decisión de irse a Madrid, la elección del piso y… en ese recorrido mental llegó al final de su relación. Pensó en cómo acabó todo y si habría sido diferente si le hubiera escuchado. Él podría haberle explicado que no estaba con ninguna chica aunque en su día apuntara a que sí. ¿Sería cierto que no había estado con otra? ¿Sería verdad que se fue con los compañeros? ¿O sería una milonga? ¿Por qué mintió aquel día? Ella se reconoció a sí misma que las últimas semanas de esa relación estaba algo quejica e irascible. Pensó que ya era

tarde para remediar el pasado y no se podía cambiar. Ver la hora le sacó de sus pensamientos de golpe. Se puso la ropa del trabajo y se dirigió al *CrossFit*, donde le esperaba Toni sin ella saberlo.

—Hola, guapa. Te estaba esperando.

—Hola, Toni, ¿qué tal?

—He pensado que podrías hacerme un asesoramiento personal. Jesús me ha dicho que le está yendo genial desde que tú le haces las dietas.

—La verdad es que lo tengo todo lleno, Toni. Me sabe muy mal, pero ya no estoy aceptando a nadie más. Si se va alguien yo te aviso. —contestó sin mucho afán.

—Bueno, no hace falta que sea en horas de trabajo. Hace tiempo que no nos vemos fuera del gimnasio. ¿Te apetece cenar en mi casa esta noche y me orientas un poco?

—Esta noche imposible. Yo puedo pasarte el contacto de un compi que también lo hace muy bien. —respondió distante.

—Eli, llevas tiempo esquivándome. ¿Te pasa algo conmigo?

—No, para nada. Solo es que trabajo mucho y no tengo tiempo libre, entonces no quiero añadirme más trabajo. Empieza tu clase, Toni, luego hablamos, que tengo una consulta y voy a llegar tarde. —se despidió ella mientras se alejaba de Toni.

Elisa ya estaba harta de él. No sabía cómo quitárselo de encima. Con lo especial que había sido para ella, no sabía por qué sentía ese rechazo hacia Toni. Se sentía agobiada y presionada y solo su presencia ya le incomodaba. No quería ser grosera, pero cada vez que él insistía en tener contacto con ella, Elisa solo pensaba en abofetearle la cara y gritar que le dejara en paz.

Llegó la hora de la cena con Rodri. Elisa estaba inquieta. Estaba sintiendo unos nervios que nunca había tenido con él. Ellos empezaron de una forma inusual. No se conocieron y tuvieron un flechazo. No tuvieron esas primeras citas que tantos hormigueos causan. Elisa tenía ganas de esa cena, pero tenía miedo de que Marcos tuviera razón. Y Marcos siempre tenía razón. Se puso su vestido gris de punto de manga francesa. Ajustado, pero con el que podía respirar. Pintó sus labios de rojo, un poco de base de maquillaje, un pelín de colorete y un toque de máscara de pestañas. Se dejó el pelo suelto, alisando su flequillo recto. Colgó su bolso negro en su hombro y se bajó cuando Rodri avisó de que había llegado a su puerta. Elisa no recordaba lo mucho que le gustaba Rodri. Con esa barba que parecía estar descuidada, ese pelo marrón alborotado a cosa hecha, esos ojos

oscuros que le delataban, esa sonrisa pícara… Ahí estaba él, apoyado en su coche negro, con los brazos cruzados y la cabeza gacha, observando los movimientos de sus pies. Él llevaba un polo de manga corta granate y unos pantalones negros.

—Qué guapa estás, bonita. —musitó él cuando ella se acercó.

—Muchas gracias. Tú también ¿Dónde cenamos?

—He reservado en *Sale&Pepe*. —contestó sin dejar de mirarle a los labios.

—¡Me gusta! —exclamó ella sonriente.

—Lo sé. —contestó él con pillería.

Allí fueron, justo donde cenaron la primera vez cuando Martina aún estaba en coma.

—¿Qué mensaje hay detrás de esto? —preguntó ella.

—No entiendo. —respondió él con una sonrisa pícara haciéndose el sueco.

—¿No te acuerdas? ¿Has reservado aquí por casualidad?

—Me alegro de que te acuerdes. —sonrieron al mirarse.

—No das puntada sin hilo. Eso sí que no lo recordaba.

Se sentaron en la mesa que tenían reservada y pidieron vino tinto para beber.

—¿Cómo está la jefa? —otra vez él reavivando recuerdos.

—Un poco nerviosa. Se me vuelve a hacer raro venir a cenar contigo. Esto parece un *deja vu*. Mismas sensaciones, mismo lugar, misma compañía… —dijo melancólica—. ¿Cómo estás tú?

—Yo bien. Asimilándolo todo. La verdad es que la mudanza me ha venido de perlas para no darle tanto al coco.

—Claro, hacer cosas y tener la cabeza ocupada ayuda a no pensar. ¿Cuándo te reincorporas? —preguntó ella.

—El lunes. Lo malo es que vuelvo a mi puesto de antes. Lo que quiere decir que bajo de escalón y afecta a mi sueldo.

—Bueno, en Alicante la vida es más barata que en Madrid.

—Sí. Además viviré un tiempo con mi madre. Por cierto, ¿cómo sigue Martina? —preguntó él.

—Bien, en casa todo el día. No trabaja ni hace nada. Alguna vez sale con sus amigas, pero está tan insoportable que yo creo que no la llaman casi. Ha cambiado mucho. Físicamente parece que está casi perfecta. Anda un poco

más despacio, como si tuviera menos equilibrio. Pero el humor es lo peor. La peor secuela que ha tenido.

—¿Se enteró de lo nuestro?

—No, jamás. Me gustaría que no se enterara nunca. Total, lo nuestro ya es pasado.

—¿Pasado pisado? —preguntó él con una leve sonrisa achinando los ojos.

—Claro. Después de tanto tiempo… lo tenemos muy superado los dos.

—Habla por ti. En mí sigues estando muy presente.

Ella no contestó. Salvada por el camarero, quien les llevaba la pizza de un metro. Venga, vamos. Más recuerdos. *Lelele lalala.*

—Yo no sé por qué te he hecho caso. Es una tontería pedir esta pizza para los dos, si sabemos que no podemos con ella.

—Pues porque así empezó todo y quiero que vuelva a empezar de la misma manera, con la misma emoción. —contestó él con ternura, cogiendo las manos de Elisa—. Me gustaría que pudiéramos olvidar el último mes de nuestra relación y volverlo a intentar. Te confundiste y yo te mentí. Estamos empatados.

—No corras, Rodri. Yo no soy la misma de antes. Además, no sé si me llego a creer lo de tu conferencia.

—No saquemos ese tema, por favor. Los dos nos equivocamos. Yo te mentí, pero nunca te fui infiel. Y tú no me dejaste explicarte nada y terminaste con lo nuestro de un plumazo, sin una conversación. No sabes lo mal que lo pasé.

—Joder, ya me estás liando. —ella retiró sus manos de entre las de Rodri y cogió un trozo de la inmensa pizza—. Te reconozco que no lo hice bien. Me cegué por lo que parecía. Me dijiste que estabas en casa y yo ahí preparándote una velada romántica. No quería hablar contigo, Rodri. Ibas a convencerme, ibas a debilitarme y no quería que fuera así.

—Dejemos este tema. Sólo déjame volver a conquistarte. Yo sé que tú sigues siendo el amor de mi vida.

—Solo te pido que vayamos despacio. Te aviso de que he perdido la capacidad de sentir.

—Porque solo sientes conmigo. A mí me pasa lo mismo, Elisa. Nadie me despierta las emociones y las sensaciones que me despiertas tú. —él volvió a coger sus manos y le pidió un brindis por ellos, por un nuevo comienzo.

Comieron lo que pudieron de esa enorme pizza, hablaron de temas triviales y se fueron del restaurante. Ya de vuelta, en la puerta de la nueva casa de Elisa, aún en el coche, él le prometió no volver a fallar e ir despacio. Ella sonrió. Quería volver a confiar en él. Quería volver a sentir. Quería perdonarle y perdonarse a sí misma por haber hecho las cosas como las hizo. ¿Era cierto que solo él le hacía sentir? Rodri acarició el brazo izquierdo de Elisa y subió a su cuello. Ella se estremeció y se abandonó en ese beso que hacía que su corazón fuera a la velocidad del rayo.

—Te echaba tanto de menos… —susurró él—. Bonita, mi bonita.

El recuerdo despertaba de nuevo sus deseos. Sus labios buscaban a los de Rodri, reclamando su boca, mientras los dedos de él jugaban con su pelo. Ella le frenó suavemente y se despidió con una tierna sonrisa. ¿No que estaba superado, amiguita?

26. Bienvenido, junio

Aquel viernes fue nuestro día de suerte. Junio de 2019 llegaba con fuerza, con un sol radiante, haciendo brillar nuestra vida, iluminando nuestro camino. Ese era un mes importante para nosotras. Luna y yo cumplíamos años. Ella treinta y yo veintinueve. Junio siempre nos sonreía. Era nuestro mes. Ese viernes vino Santi a comer conmigo al hotel. Se presentó allí con un ramo de flores y reservó una de las mesas del elegante restaurante. Nada de comer en mi despacho, como yo solía hacer cuando tenía mucho trabajo. Y nada de comer el menú del día que me correspondía como empleada. Yo solo sabía que comeríamos juntos, pero para nada me imaginaba todo ese despliegue, todo ese derroche de romanticismo. ¿Qué hacía Santi vestido tan guapo y con ese ramo de flores en sus manos? Entró en mi despacho sin llamar, se acercó a mí y me sorprendió con un enorme beso, de esos que te levantan la libido. Me dio el ramo de flores y me dijo que me quería. Me encantó. Me embobaban sus hoyuelos. Me embobaba todo él.

Con las mismas, salió de mi despacho. No me dio tiempo a reaccionar. No pude pronunciar una sola palabra. Ni pude levantarme de la silla. Volvió a abrir la puerta, entró con seriedad y desplegó su brazo, estirando su mano hacia mí. Yo no hice nada, solo le miré con el ceño fruncido sin entender nada. Él me hizo una mueca para que pusiera mi mano sobre la suya.

—Hola, señorita Lucía Alcalá. Soy Santiago Gómez. Hace unos meses realicé una reserva para una boda en abril. Vengo para informarle de que la boda se ha cancelado y no vamos a precisar sus servicios. Muchísimas gracias. —comunicó él con seriedad mientras yo le escuchaba y miraba fijamente con los ojos todo lo abiertos que podía.

—Santi, siéntate. ¿Me puedes decir qué estás haciendo?

—Disculpe, señorita, solo venía para informarle de que la boda se ha anulado. He de partir. Encantado. Un placer. —mientras hablaba se le iban escapando sonrisas que quería contener para continuar en el papel de

cliente. Volvió a tenderme su mano y se fue. Yo seguía en mi silla boquiabierta.

Nuevamente entró, con su sonrisa más grande, con energía, derecho a mí.

—Lucía, acabo de despedirte. Ya no eres mi *wedding planner* porque no habrá *wedding*. He hablado con Carola y lo hemos dejado para siempre. Hemos terminado esta farsa. —dijo emocionado a un milímetro de mí, agachado a la altura de mi cara.

Me levanté de la silla y le abracé. Le abracé con los ojos cerrados. Le abracé apretando su cuerpo todo lo que mi fuerza me permitía.

—¿Me lo estás diciendo de verdad? —pregunté para cerciorarme de que no había sido un sueño—. Pellízcame. —pedí.

—Pues claro que sí, pequeña. Ya no hay nada que nos impida estar juntos. A la mierda los protocolos y a la mierda la inercia. Yo quiero vivir y eso solo lo sé hacer a tu lado. —me besó. Me besó lento. Me besó con amor —. Chiquitina, hoy no comemos en tu despacho. Hoy es un día importante.

—Yuhuuuu —grité sin mucha voz—. Voy a llamar para avisar. Yo les había dicho que íbamos a comer aquí.

—Ya he avisado yo.

Coloqué mi ramo en uno de los portalápices de mi mesa y nos fuimos hacia el restaurante cogidos de la mano y dando mini saltitos de alegría. Teníamos que guardar la compostura y no hacer alardes de nuestro amor porque estábamos en mi trabajo. Sin embargo, no podíamos esconder nuestra inmensa alegría y se nos escapaba el amor en cada mirada, en cada sonrisa y en cada apretón de manos. Cuando entré en el reservado, solo pude abrir la boca. Le miré y quise comérmelo a besos, pero no era el lugar de hacerlo. Nos sentamos y le pedí que me contara cómo había sucedido todo.

—Después del viaje a Mojácar he intentado decírselo en varias ocasiones, pero anoche, cuando nos fuimos a dormir quiso tener sexo y yo no podía. Después de haberlo hecho contigo no he podido acostarme con ella, me costaba un mundo incluso darle un beso en los labios, me costaba mirarle a los ojos. Pero ayer ya no pude más y le dije que teníamos que terminar, que nuestro amor desde hacía mucho tiempo estaba muerto.

—¿Qué te dijo ella? —pregunté aún desubicada.

—Pues que sería una de nuestras rachas tontas. Me dijo que siempre acabábamos superando nuestros baches y que este era uno de ellos. Le tuve

que decir que le había sido infiel porque no paraba de intentar convencerme.

—¿Le hablaste de mí? —fruncí el ceño.

—No, no sabe que eres tú, pero le dije que no había sido una canita al aire, sino que me había enamorado. Ella me reconoció que hace tres años me fue infiel, cosa que me consuela.

—¿Tú cómo estás?

—Yo estoy bien. Es algo que tenía ganas de hacer, sobre todo desde que volví a encontrarte. Por un lado me da un poco de pena porque son muchos años juntos, pero, pequeña mía, tengo clarísimo que quiero estar contigo. —me dijo con ternura.

Fueron las dos horas más bonitas de mi vida. Carola y él vivían en un piso de alquiler, el cual él dejaría de inmediato. Él recogió sus cosas y las llevó a casa de sus padres. Ella seguiría allí ese mes aprovechando la fianza antes de regresar con los suyos, ya que el sueldo de la tienda no le alcanzaba como para asumir los gastos de ese piso. Él tenía la intención de buscar un piso en Murcia para no ir y venir a Alicante. Junio a mí me sonreía. Era mi mes favorito. Siempre lo había sido.

Al salir del trabajo, conduciendo hacia casa, mandé un largo audio a "Tacones Divinos", en el que les contaba la buena nueva y mis sentimientos respecto a ella. Todas se alegraron mucho por mí, menos Vane, que seguía desaparecida en combate. Luna contestó con un mísero emoticono de una flamenca. Una, no dos, no tres. UNA simple flamenca. No me daba la gana que para aquel notición, ella contestara de ese modo tan seco e insulso que era habitual en ella. La llamé.

< Hola amorcito mÍooo> atendió alegre mi llamada.

—Bien, bien, qué alivio. Eres humana y tienes emociones.

<Qué pava eres.> se rio <ya sabes cómo soy, pero no quita que no me alegre por ti.>

—Y tú también sabes cómo soy y necesito un poquito más de expresividad, eh. —dije simulando enfado.

<Bueno, para que luego no digas que no cuento las cosas. Yo también tengo un notición.>

—Escupe. —exigí tajantemente.

Esa mañana, un cliente del hotel donde trabajaba Luna, le pidió que le explicara qué ver en Alicante, cómo disfrutar la ciudad en una semana… lo típico de los turistas que van por primera vez a un lugar. Ella, en inglés, le

contó todo lo que podía hacer y cómo sacarle el máximo partido a la ciudad alicantina y sus alrededores en siete días. El cliente, más feliz que unas pascuas, se fue cargadito de planos, descuentos y papelitos donde Luna le había seleccionado restaurantes, bares de copas, tiendas, calles, monumentos, pueblos, actividades… Cuando la recepción se despejó, se levantó, de uno de los sillones que rodeaban la misma, un hombre trajeado de buen ver, de unos cuarenta años. Dejó el periódico que estaba leyendo sobre una de las mesitas auxiliares y se acercó a mi amiga.

—Perdone que le interrumpa, ¿con quién tengo el placer de hablar?

—Buenos días, con Luna de la Cruz. ¿En qué puedo ayudarle?

—¿Cuánto lleva trabajando aquí?, si no es indiscreción.

—Mmm tres años aproximadamente.

—Yo soy Víctor Novorio, encantado de hablar con usted.

—Emm ¿Don Víctor Novorio? —preguntó ella con cara de impacto.

—Sabe quién soy, ¿no?

—Claro, sí. El director de *Turismo Costa Blanca*. Mucho gusto, señor Novorio. —contestó Luna casi trabada.

—¿Puedo tutearte?

—Sí, sí, por supuesto. ¿Qué puedo hacer por usted?

—He presenciado la atención que le has dado al cliente que acaba de marcharse. —apuntó el señor Novorio con seriedad mientras en la cara de Luna desaparecía la sonrisa y se apoderaba de ella un pequeño temblor en todo su cuerpo—, he visto también cómo atendías al grupo joven de Italia.

—Perdóneme si algo no le ha parecido correcto. Si me dice en qué, yo puedo mejorar. —las palabras de Luna seguían sin fluir.

—Luna de la Cruz, has aconsejado a cada cliente justo con lo que quería hacer. Has sabido captar las necesidades y los intereses de cada uno. Has adaptado la recomendación de una forma brillante. Estoy seguro de que esas personas van a saber exprimir Alicante gracias a ti y van a querer volver. Eso es lo que hacemos en *Turismo Costa Blanca*. Buscamos que cada tipo de turista encuentre un tipo de Alicante, en base a sus intereses.

—Muchas gracias, es un honor para mí que usted me diga eso.

—Ahora me toca decirte la parte complicada. —Luna volvió a desdibujar la enorme sonrisa que había llenado su cara—. Luna, trabaja en mi equipo. Somos una empresa grande, seria y competente. Como tú. No me contestes ahora. Toma mi tarjeta y llámame. En un par de días podemos

tener una reunión para contarte las condiciones. No te defraudarán. Espero verte pronto. —concluyó el señor Novorio aún con seriedad.

Luna no daba crédito. Había oído mil veces su nombre y le estaba pidiendo personalmente que trabajara para él. Se quedó bloqueada ante la propuesta. Su compañera había escuchado todo y fue hacia ella para darle la enhorabuena.

—Tía, qué bien. ¿Eres consciente de lo que te acaba de pasar? Te ha propuesto que trabajes en *Turismo Costa Blanca*, eso es una pasada.

—Madre mía, yo no entiendo nada. Pensaba que me estaba echando el paquete. Y ¿qué se supone que tengo que hacer ahora? —dijo Luna agitando sus manos con inquietud.

–Llamar a ese hombre y tener una reunión con él para que te cuente todo.

Junio era nuestro mes. Para Luna también había empezado con buen pie. Unas tres horas después, el gerente de Recursos Humanos llamó a su extensión para que fuera a su despacho. En la recepción la cosa estaba tranquila y la compañera podría hacerse cargo de lo que surgiera. Luna se miró en un espejo, se ordenó el pelo con los dedos, se planchó la camisa y la falda con las manos y se dirigió al departamento de RRHH como un manojo de nervios. Tocó la puerta del gerente con los nudillos y una voz masculina dijo:

—Adelante, de la Cruz. —a lo que ella abrió la puerta y vio al señor Novorio sentado frente al señor Blas, el gerente. Allí nadie sonreía. La tensión hacía que aumentara la velocidad de los latidos de Luna. La impasible Luna estaba nerviosa—. Puede tomar asiento, de la Cruz.

—Buenas tardes don Blas, don Novorio.

—El señor Novorio acaba de comentarme la propuesta que le ha hecho. —soltó el señor Blas sin más dilación.

—¿Estás nerviosa, Luna? —interrumpió el señor Novorio.

—Sí, un poco. —contestó, intentando ocultar que era un mucho.

—No tiene por qué estarlo, de la Cruz. Don Víctor le ha hecho una propuesta de trabajo muy interesante que nosotros no podemos igualar. Le he hecho venir porque quiero que sepa que estoy al tanto y que entendería que lo aceptara. Nosotros estamos muy contentos con usted. Nunca hemos tenido ni una sola queja, ni un solo problema. Por lo que, si usted acepta, quiero que sepa, en nombre de la empresa, que esta es su casa.

—Muchas gracias, don Blas. Me gustaría decirle que yo iba a informarle después de mi jornada de hoy.

—Dice mucho de usted como empleada.

—Luna, espero tu visita el lunes a las nueve. En la tarjeta que te he dado aparece la dirección exacta. Minerva, de RRHH, te atenderá y te explicará todo lo que necesitas saber del puesto que se te ofrece. —continuó el señor Novorio.

—Hemos visto que trabaja por la tarde, así que durante la mañana dele una vuelta a lo que allí le digan y ruego que nos comunique la decisión a la mayor brevedad.

—Muchísimas gracias, así lo haré. —concluyó ella sin sonreír.

Luna volvió al mostrador de la recepción con emoción. Le contó esa conversación a su compañera sin entrar en detalles. Luna rara vez lo hacía. Estaba impaciente por tener esa reunión. Por primera vez, un trabajo le hacía ilusión. Por primera vez, sentía que la labor que desempeñaba valía la pena. Estaba deseando ver a Carlos para contarle lo que le había pasado, pero los fines de semana siempre llegaba tarde de *El Barco*.

Luna no cenó. Pero no por nada que tuviera que ver con su aumento de peso. Ella no batallaba con el brócoli y la coliflor como hacía yo. A ella no le importaba su aspecto físico. No cenó por pereza, como siempre que Carlos no le dejaba la cena lista en el frigorífico. Directamente se tumbó en el sofá y, con la televisión encendida, con la intención de esperarle y contarle todo, se quedó frita. Eran las dos de la madrugada cuando Carlos le despertó para que se acostara en la cama.

Llegó el lunes. Su alarma sonó a las seis de la mañana para ducharse y ponerse todo lo guapa que ella sabía. Se alisó su corta melenita negra, se maquilló de forma muy natural, se puso unos pantalones negros de vestir y una blusa blanca. Sencilla, pero elegante. A las once de la mañana ya había salido de la reunión más contenta que unas castañuelas. El horario de trabajo era buenísimo. De lunes a viernes de ocho a tres. El salario también era maravilloso, comparado con el sueldo del hotel. Nada más y nada menos que ochocientos euros más. Más responsabilidades, pero sabía que era un trabajo que ella podía desempeñar a la perfección. Las funciones consistían en preparar la publicidad turística de la Costa Blanca para todos los tipos de turismo. Las dos semanas siguientes debería enseñar a la nueva recepcionista del hotel y tendría una semana de vacaciones antes de

empezar en el nuevo trabajo, que, por supuesto, aceptó. Bonito regalo de 30 cumpleaños. Junio de 2019 pintaba bien.

27. espacio

Mi historia con Santi iba viento en popa. A toda vela. A muy buen ritmo de navegación. Velocidad de crucero. Con nosotros dos en el timón. La vida me sonreía. Por fin ya podíamos aparecer juntos en las fotos que Tere subía a Instagram. Tere lo posteaba absolutamente todo y cuando nos reuníamos con "los mojitos", Santi nunca podía estar en las fotos. Eso también cambió. Él no tenía Instagram, pero Alicante es un pañuelo y cabía la posibilidad de que alguien lo viera y le llegara la información a Carola. Una vez terminó con ella, dejamos unos días en *off*, pero después ya dejó de preocuparnos lo que publicaba Tere. Ya no teníamos miedo. Ya no teníamos que escondernos. Fue liberador. Santi me pidió que para mis días libres de la semana de mi cumpleaños no hiciera planes y que no me dejara trabajo para hacer en casa porque nos íbamos a ir de escapada a Altea. Pasaríamos allí el fin de semana. Qué emocionante estaba siendo junio.

Ese lunes, quedé con mi padre para ver mi nueva casa ya terminada. Solo faltaba arreglar el tema del papeleo y cuando estuviera listo, me darían las llaves. Santi insistió en acompañarme. Así se conocieron mi padre y él. Lo primero que le preguntó mi padre fue por el equipo de fútbol. Sonrió cuando Santi contestó: "soy del Real Madrid". Lo demás vino rodado. Esas eran las palabras mágicas para César, mi padre. Nos encantó el piso: grande, luminoso, con una perfecta orientación, con una terraza amplia, con un enorme salón, tres dormitorios, una urbanización preciosa… No era el adosado de mis sueños, pero estaba feliz.

—Por cierto, Lucía. He conseguido que tengáis dos plazas de garaje. —me informó mi padre. ¿Había hablado en plural?

—Ah, genial, así no tengo que aparcar en la calle. —contestó Santi con guasa. Mi padre sonrió y le dio una palmada en la espalda. ¿Eran híper amigos y yo no lo sabía?

—En la calle se aparca muy bien. —solté yo bromeando.

—¿Te gusta la casa, Santi? —le preguntó mi padre.

—Sí, me encanta. Me gusta mucho. Lo tiene todo. Esta zona es mi favorita.

—Aquí ponemos una buena tele y unas buenas cervezas y que vayan poniéndonos partidos de fútbol, eh. —añadió mi cómico padre. *Vamoraverqueyomevuervoloca*.

—Sí, sí, César, te tomo la palabra. —contestó mi cómico novio.

—Oye, que va a ser mi casa. No hagáis tantos planes. —apunté yo.

Me fascinó verles así. Me sentí en casa. Hogar. Santi era mi hogar allí donde estuviéramos.

Quedábamos con "los mojitos" muy frecuentemente. De pronto, la energía volvió a mí y ya no estaba cansada cuando salía de trabajar. Siempre tenía ganas de hacer planes y "los mojitos" siempre estaban dispuestos. Esa misma noche, quedamos para cenar en *La Tagliatella* del centro de Alicante, un italiano que nos encantaba. Tere llegó con una expresión entre triste y preocupada. Claudia y yo nos miramos para decirnos con la mirada que algo en Teresa estaba raro. Álex tampoco estaba tan dicharachero.

—Cari, ¿qué pasa? ¿Estáis bien? —le pregunté a Tere a media voz para que nadie me oyera. Ella no me contestó con palabras. Su mirada me lo dijo todo, en ella interpreté que allí no lo quería hablar.

Nosotros hablábamos y nos reíamos con todo y de todo. Cualquier simpleza era un gran motivo para dar rienda suelta a las carcajadas. Yo observaba a Teresa y a Álex y sabía que intentaban disimular, pero algo no andaba bien. Todos nos dimos cuenta. Maks era muy directo y no se callaba una. Era de los míos. La discreción no era una de nuestras cualidades.

—Chicos. Estáis raros. ¿Qué os pasa? —Preguntó Maks.

—La verdad es que no queríamos contarle nada a nadie. —contestó Álex algo serio.

—Pero cariño, son "los mojitos". —le replicó Tere.

—Pues es que no le queremos dar mucha importancia. No queremos hacerlo grande. —nos explicó Álex.

—¿Os ha pasado algo malo, chicos? —preguntó Claudia preocupada y la parejita intercambió miradas cómplices.

—Bff…Resulta que yo ayer recibí un mensaje anónimo por Instagram diciéndome que no confiara en Teresa porque me iba a fallar cuando menos lo esperara, que ella siempre hacía lo mismo y que el tiempo le daría la razón. —explicó Álex finalmente.

—Pero lo mejor es que, desde otra cuenta diferente, esta tarde yo he recibido otro mensaje privado con una foto mía con un dardo en un ojo. Había un texto que decía: "*le harás daño. Dile la verdad*". —añadió Tere.

—Pero a ver, ¿desde qué cuenta os mandan eso? —pregunté yo.

—Pues desde cuentas inventadas, está claro. —contestó Santi.

—Eso es gente que se aburre o que os tiene envidia. Unas amigas que se unen y buscan cómo matar el tiempo. Gente ociosa. No hagáis ni caso. —añadió Claudia.

—Pero ¿no les estaréis dando importancia a esos mensajes, no? —intervino Maks.

—Pues hombre, no nos ha hecho gracia. —musitó Álex.

Cuando Álex recibió el mensaje, no quiso decirle nada a Teresa. Quiso callárselo para que Tere no creyera que él dudaba de ella. Todo se descubrió cuando ella también recibió uno. Le cambió la cara. Se asustó al ver su foto con el dardo en el ojo.

—¿Qué pasa, amor? —le preguntó Álex.

—No te lo vas a creer, pero me han enviado esto. —dijo mostrándole el mensaje.

—Sí me lo creo. Ayer yo también recibí un mensaje. —comentó él mientras sacaba su móvil del bolsillo para enseñárselo.

—¿Y no me lo ibas a contar?

—Pues no, amor. ¿Para qué? Si yo confío en ti.

—Ya, Álex, pero ¿no crees que debo estar al tanto?

—No quiero darle importancia. No quiero que se lo digamos a nadie. No quiero que el que esté haciendo esto se salga con la suya. —le pidió Álex mientras llenaba de besos a mi amiga.

—Esto lo ha hecho una chica. Un chico no hace esto. ¿Quién podrá ser? —dijo ella pensativa mirando a la nada.

—Me da igual. No quiero que salga de aquí, Tere. Prométemelo.

—Sí, sí. Pero prométeme tú a mí que esto no nos va a afectar ni vamos a dudar de lo nuestro.

—Claro que no, mi vida.

Tras contarnos cómo ocurrieron las cosas, nos hicieron jurar que aquella historia no saldría de allí. Santi y yo les contamos que habíamos ido a ver mi nueva casa y *cataplán*, la pregunta del millón.

—¿Os vais a vivir juntos? —nos preguntó Maks con su característica indiscreción. Gracias, *pariño*.

—Pues no lo sé. —contesté temerosa mirando tímidamente a Santi.

—Yo tampoco lo sé. —añadió él mirando a Maks y luego a mí.

—No lo hemos hablado. —musité yo.

—Yo sí quiero. Anda que no me gustaría a mí amanecer todos los días a tu lado. —soltó a bote pronto Santi sonriéndome.

—Ohhh —oí que coreaban todos.

—Si tú también quieres *una montoná*, *peteña* Lu. —me dijo Tere.

—Claro que quiero, pero no lo hemos hablado. Y si no os importa, esto lo hablaremos en la intimidad. —contesté con un enfado poco creíble.

—Esto es la intimidad, nosotros también vamos a hacer que esto sea la intimidad. —añadió Álex viniéndose arriba.

—¿Ah sí? ¿Qué más tenemos que contarles? —le preguntó Tere sin saber a qué se refería Álex.

—¿Quieres venirte a vivir conmigo? —le propuso entusiasmado.

—Mi amoooor. Pues claro que quieroooo. —contestó ella emocionada levantándose de su silla para abrazar y besar a su novio.

Santi me miraba y me sonreía, esperando que yo le dijera algo de lo de vivir juntos. Y yo, que soy de impulsos, cogí mi copa de vino y mi tenedor manchado de salsa carbonara e hice sonar la copa con pequeños golpes. Cuando todos me atendían, me levanté de la silla y, cargada de ilusión, dije:

—Santi, yo también quiero que vivamos juntos el resto de nuestros días. No quiero que busques ninguna casa en Murcia.

Él vino hacia mí y me llenó de arrumacos y besos. La felicidad nos inundaba.

—Nos toca. —dijo Maks levantándose de su silla.

—A ver… —musitó Claudia expectante.

—¿Quieres que nos compremos un pajarito? —preguntó él dirigiéndose a su novia. Todos nos reímos a carcajadas.

—Sí, quiero, yuyiiiiiii. —respondió ella abrazándole fuerte fingiendo llorar de la emoción.

—¿Y te quieres casar conmigo? —dijo sacando un anillo de su bolsillo arrodillado en el suelo. Todos nos quedamos boquiabiertos hasta que pudimos reaccionar y aplaudimos. Claudia no se lo esperaba. Ninguno lo esperaba.

—Claro que siiiii, quiero, quiero, quiero. —contestó ella abalanzándose a él sumida en un gran impacto.

—Nos vamos de bodorrioooo. —grité yo bailoteando.

Entre noticias y risas, en el momento del postre, Teresa recibió una llamada de Álvaro.

—Hola Coque, ¿cómo estás? —contestó ella con alegría.

< Hola, Tere. Tengo que decirte una cosa. Es importante.> dijo Álvaro muy serio al otro lado del teléfono.

—¿Qué pasa?

<Es Vane. Emm. Está en el hospital.>

—¿QUÉ? —gritó Teresa cambiando el gesto de su rostro.

<No te preocupes. Está bien. Está fuera de peligro.>

—Pero… Cuéntamelo todo, por favor.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —nos preguntábamos entre nosotros, pero Tere no nos atendía.

< Es una larga historia. Cogió pastillas de la clínica y se las tomó todas. Pero no te preocupes, está estable.>

—Joder. Joder. ¿Por qué narices ha hecho esto?

<Por suerte la cantidad no fue muy grande y no ha conseguido su propósito.>

—¿Quién la ha encontrado?

<Yo. Me extrañó que no viniera a trabajar durante varios días seguidos. Yo sabía que ella no estaba bien, pero no me podía imaginar que fuera capaz de hacer semejante cosa.> dijo Álvaro rompiendo a llorar. <Su teléfono estaba apagado. Fui a verla, pero nadie me abría la puerta. Una vecina me escuchó dar golpes a su puerta y salió. Me dijo que llevaba días oyéndola llorar.> narró él de forma atropellada.

—Madre mía. Qué barbaridad. ¿Dónde está ahora? ¿Me juras que está bien? —preguntó ella con lágrimas en los ojos. Los demás no sabíamos qué estaba pasando y Tere no nos decía nada.

<Seguimos en el hospital. Llevamos aquí unos días. Ella no quería que se lo dijera a nadie, me hizo prometer que no os avisaría, pero yo no puedo cumplirlo. Aunque no me vuelva a hablar. Me da lo mismo.>

—¿Has esperado tanto, Álvaro? —preguntó Tere molesta.

<No vamos a valorar ahora si eso está bien o está mal. Los médicos quieren ingresarla en una unidad especial porque temen que lo vuelva a intentar. Quieren observar cómo reacciona. Quieren valorar la situación con especialistas.>

Siguieron hablando un poco más y cuando colgó, Tere nos lo contó todo. Aún no sabíamos nada de lo que le había pasado. Tere y yo nos pusimos a

llorar y nos culpamos por haberle dejado su espacio. Llamamos al resto de las divinas para informarles de la noticia y Tere llamó a los tíos de Vane, esos que se hicieron cargo de ella hasta que se volvió a vivir a la casa donde vivía con sus padres. Esos que antes de que ella cumpliera la mayoría de edad fueron dejándola tirada y abandonada. Esos que, ante la terrible noticia, simplemente mostraron un atisbo de pena. Vane estaba sola en el mundo y solo nos tenía a nosotras. Y nosotras le habíamos dejado su espacio. Espacio que ella aprovechó para hacer semejante locura. Espacio que nunca debimos darle.

Al día siguiente, cada una de las divinas fue a ver a Vane cuando pudo. Era martes y yo tenía el día libre, así que me levanté y me fui directa al hospital. Allí, en la puerta, me recibió Álvaro. Me avisó de que estaba medicada con unos fuertes tranquilizantes que le hacían estar un tanto ausente. Cuando entré a la habitación, vi a Vanesa postrada en la cama de aquel hospital. Ida. No estaba allí. No me dijo nada. Yo le cogí la mano y le susurré que estaba con ella, que todas estábamos con ella. Que no estaba sola. Al final, nosotras éramos su familia e íbamos a estar a su lado siempre. Me derrumbé. Así, frente a ella. Me había prometido no llorar delante de ella. Pero no pude. No pude evitar aguantarme las lágrimas. Mi Vane. Mi Vaneificación. Se había querido ir de este mundo y nosotras no supimos recibir el mensaje. No supimos preverlo. No supimos hacerlo bien. Y allí, a su lado, tendida en su cama, le pedí perdón. Le imploré que me perdonara. Parecía que junio no me estaba sonriendo tanto. Parecía que junio no me iba a traer solo cosas bonitas. Este había sido un duro mazazo, sin duda. De los peores días de mi vida. De las peores sensaciones de mi vida…

28. hasta el infinito

Quedamos en *Mandala* ese domingo para tomar unas cañas. Estábamos muy angustiadas y preocupadas por Vanesa. Lolo estuvo con nosotras en todo momento, apoyándonos. Él se había convertido en una persona muy especial para nosotras. Nos pedía que no nos culpáramos y nos decía que nosotras no podíamos adivinar las intenciones de nuestra amiga. Había sido ingresada unos días atrás en un centro especializado para estos casos. Ella juraba que no volvería a intentarlo, pero los médicos querían asegurarse de que así fuera antes de que volviera a casa. Álvaro nos informaba de todo. Se portó genial con ella y con nosotras. Ese chico la quería y no la dejó sola en ningún momento. Ella aún no había explicado los motivos de su intento de suicidio, simplemente alegaba sentirse sola y que había sido un impulso en un momento de debilidad.

Las noticias buenas quedaron eclipsadas por la trágica intención de Vanesa. Santi me veía triste y me pedía que fuera fuerte y que confiara en la profesionalidad de los médicos que la trataban.

Megan decía que no tenía ganas de casarse. Su boda debía realizarse el catorce de septiembre y no encontraba fuerzas para seguir organizándola.

—En septiembre Vane va a estar genial, Megan. Tienes que hacer la boda. —le pidió Lolo—. Chicas, tenéis que continuar. Pero debéis estar muy pendiente de ella. —se dirigió a nosotras.

—¿Y si sigue ingresada? Yo no quiero casarme sin que ella esté a mi lado ese día. —replicó Megan.

—Álvaro os dijo que estaría ingresada unos quince días y que él se está mudando a casa de Vane para que no esté sola. —contestó Lolo con positividad—. Todo va a ir bien, chicas.

—Eso espero. —musitó Megan.

—Yo no sé hasta qué punto es positivo que Álvaro se vaya a vivir con Vanesa. Ella no quiere. —intervino Tere.

—Da igual lo que ella quiera en este momento. Tiene que tener a alguien a su lado que controle. —opinó Elisa.

—Yo he pensado en anular la fiesta de mis treinta cumpleaños. Es la semana que viene y tampoco tengo muchas ganas después de esto. Además, se me acaban las vacaciones. Empiezo el nuevo trabajo y tengo que estudiar mucho. —añadió Luna antes de levantarse para ir al baño.

—Chicas, es su treinta cumpleaños. Es verdad que no están las cosas como para una macrofiesta, pero algo tenemos que hacerle. A ella le encanta el vino. Podemos ir en plan tranquilos a una degustación de vinos, ¿qué os parece? —propuso Lolo.

—Bueno, algo tranquilo me parece bien. —dije yo.

—También es el tuyo, Lu. —añadió Tere acariciándome.

—Ya, pero es que… yo también estoy como Luna. No tengo muchas ganas de guateques. —apunté con tristeza.

—Bueno, pues ese día es para vosotras dos. Hacemos una pausa en este amargo trago y os despejáis. Lleváis todas una cara horrible y la vida continúa. —dijo Lolo para animarnos.

—No sé si lo veo. Yo prefiero que nos reunamos para tomar algo sin más. Sin degustaciones ni historias. —le contesté a Lolo.

Vane evolucionaba favorablemente. Esa semana fue desquiciante para ella. Tenía pesadillas y lloraba cada minuto, pero estaba arrepentida. Álvaro nos decía que ella hablaba con lucidez sobre lo que había hecho, pero que estaba seguro de que había algo más por cómo hablaba.

Luna y yo decidimos aplazar nuestros cumpleaños para cuando Vane volviera a casa. Queríamos celebrar la vida con ella. Nosotras solas, las divinas. Todas juntas.

~

Transcurridos los quince días, el último viernes de junio ella abrió la puerta de su casa acompañada por Álvaro. Rompió a llorar.

—Mi vida, estás en casa. De nuevo en casa. —le susurró él en medio de un fuerte abrazo.

—Muchas gracias. Gracias por no dejarme ir. Gracias por no dejarme sola. Tenéis que perdonarme por esta estupidez. —dijo ella llorando con la voz entrecortada.

—Tienes que prometerme que me dejarás ayudarte. Prométeme de que no volverás a intentarlo.

—Te lo juro. Te lo juro.

Él preparó dos infusiones mientras Vanesa se duchaba. Cuando ella salió con el pijama y el pelo envuelto en una toalla, se acercó a él, y, ya más calmada, le volvió a dar las gracias.

—Ven, vamos al sofá. —propuso Álvaro—. Necesito que hagamos un pacto. Yo estoy contigo en esto y no quiero que vuelvas a sentirte sola. Necesito que me expreses todo lo que sientes, todo lo que piensas… absolutamente todo.

—Quiero hacerte una pregunta.

—Claro, lo que quieras.

—¿Vienes a vivir conmigo solo por pena y por miedo de que lo vuelva a hacer? —preguntó ella con desconfianza.

—Vane, yo ya te dije en Madrid que quería venirme a vivir contigo. Te quiero y que hayas hecho esto no hace que te quiera de forma diferente. Yo sigo sintiendo lo mismo por ti.

—Pero éramos novios. Ahora no lo somos. No quiero que te vengas aquí por pena.

—No lo hago por pena. Lo hago porque quiero vivir contigo, porque quiero compartir mi vida contigo. Lo hago por las mismas razones que quería hacerlo hace unos meses.

—¿Me sigues queriendo? —preguntó ella con timidez.

—No he dejado de hacerlo en ningún momento.

Se abrazaron. Fue un abrazo delicado y dulce. Fue un abrazo largo, de los que cobijan, de los que sanan.

—Sería bueno que avisaras a tus amigas. Han estado muy preocupadas por ti y están deseando verte. —le aconsejó él aún con ella posada en su pecho.

—¿Has hablado con ellas? Me siento tan avergonzada…

—Claro. No les han permitido entrar a verte. ¿Te apetece que vengan esta noche? Ha sido el cumpleaños de Luna y mañana es el de Lucía. No quieren celebrarlo sin ti.

—Me quieren… —musitó ella pensativa.

—Claro que te quieren. Todos te queremos.

Se besaron lentamente y volvieron a formalizar su relación en ese mismo beso. Conquistados por ese mágico halo de amor.

A las 20h estábamos citadas en casa de Vanesa. Yo llegué a las 22h porque una boda de mediodía se había alargado más de la cuenta y no pude

escaparme antes. Álvaro me abrió la puerta y me abrazó. Ese apretón me calmó. Lo traduje como un: <todo está bien.> Vi a mi amiga extenuada, pero contenta por seguir entre nosotros. Contenta por vernos sonreír, a sus divinas, allí, junto a ella. Vanesa nos examinaba embobada. Nadie sacó el tema. Solo queríamos que recordara ese día de una forma bonita, como un reencuentro lleno de sonrisas y buenas vibraciones. Ya habría tiempo para que, si ella quería, nos detallara lo que había acaecido y cómo se sentía al respecto. Solo queríamos que se sintiera a salvo, que se sintiera arropada y llena. Ella no podía beber vino por la medicación, pero no le importó que nosotros sí lo tomáramos. Le entregamos a Luna su regalo: una pulsera preciosa que compramos en la web de *Bounik Jewels*. Era un cordoncito fino de plata con un colgante de un círculo, en el que se encontraba el símbolo del infinito. Del cordoncito colgaban seis estrellas pequeñas. Esa pulsera tenía un mensaje. Las estrellas éramos nosotras, las seis divinas juntas siempre. Hasta el infinito.

Llegó mi turno. Me regalaron un vestido rojo increíble. Precioso. Cuando lo desenvolví se cayó una notita: "*Úsalo el lunes por la noche. Tus divinas están contigo hasta el infinito*." Nos dimos un abrazo grupal, en el que les llené de besos de agradecimiento.

—¿Por qué el lunes por la noche? —pregunté asombrada.

—Tú hazlo. —exigió Tere.

—¿Qué pasa el lunes por la noche? —preguntó Vane.

—No tengo ni idea. ¿Qué pasa el lunes por la noche? —cuestioné yo al ver que se miraban con complicidad.

—¿No te vas con Santi a Altea? —preguntó Megan.

—Pues sí, pero ¿qué pasa? —la impaciencia se apoderaba de mí. —¿Qué estáis tramando?

—Nada, que te irás a cenar con él. Es solo eso, que te lo pongas y punto. —respondió Luna tajante. —Tú a callar.

Me pidieron que me lo probara. Me quedaba genial. Era mi estilo totalmente. Todas se quedaron impactadas cuando me vieron aparecer con *la vestío*. Hasta Álvaro me dio su aprobación.

—Nenaa, a Santi le va a encantar. —dijo Elisa entusiasmada.

—Qué buen ojito tenemos. —Exclamó Tere.

Antes de irnos de casa de Vane, Megan bajó al coche para recoger el ramo de flores que le habíamos comprado a Vane. Cuando entró con él entre sus brazos, le pedimos a Vane que nos mirara. Plantadas las cinco

frente a ella, le entregamos el ramo, arropándola en un nuevo abrazo grupal. Ella se deshizo en lágrimas y no pudimos evitar imitarla. Nos dio las gracias sin que le saliera la voz. Le dijimos mil veces, de mil formas diferentes que la queríamos y que estábamos con ella.

Hasta el infinito.

29. VEINTINUEVE

Nos fuimos tranquilas y contentas de casa de Vanesa. Sentimos alivio al verla por fin en casa. En su mirada percibimos el miedo que había pasado y estábamos seguras de que no volvería a hacerlo. Aún necesitaría tiempo para recuperarse totalmente, pero ese era el inicio. Ese era el primer día de su nueva vida. En adelante, debería asistir a las consultas ambulatorias con un psiquiatra hasta que le dieran el alta. Debería tomar antidepresivos hasta que ese día llegara. Pero lo importante era que estaba con nosotros. Con su familia divina.

El día siguiente era mi cumpleaños. Ese día para mí fue agotador en el trabajo. Tuvimos una boda que fue un desastre. Los novios se habían enfadado esa misma mañana y la novia se fue a su habitación antes de que se marcharan los invitados. El novio, borracho como una cuba, se quedó dándolo todo con sus amigos y se besó en público con una invitada. La familia de la novia se indignó y pidieron terminar la boda antes de tiempo, con lo que echaron a los invitados. Un día horrible, vaya. Todo se me arregló cuando vi entrar a Santi con su *Seat Ibiza* rojo. Me recogió para irnos a cenar con "los mojitos". Claudia y Maks nos comunicaron que se querían casar pronto, antes de que finalizara el año. Me pidieron que les ayudara con los proveedores porque no había mucho tiempo. Habían hablado con los dueños de la finca que les gustaba y reservaron para el cinco de octubre, ya que era el único sábado de octubre que tenían disponible en esa finca. Nos enseñaron fotos del sitio y era precioso. Recibimos la noticia con mucha alegría. Era un bonito día para celebrar.

Estaba siendo el mejor cumpleaños de mi vida. Por fin estaba con Santi de forma oficial. Vane de vuelta. "Los mojitos" eran maravillosos, fueron un gran descubrimiento. El mes siguiente me darían las llaves de mi casa. De nuestra casa. Santi y yo fantaseábamos con cómo sería vivir juntos. Por fin esos sueños que hicimos muchos años atrás se iban a hacer realidad.

El domingo celebré mi cumpleaños por la noche en familia. A mi madre le gustaba que fuera al mediodía, pero mi trabajo me lo impedía. Ese día,

Santi conoció a mi hermano y a mi madre.

—Finalmente te pongo cara, Santurrión. —soltó mi hermano. Menos mal que Santi tenía un fantástico humor y se lo tomó bien.

—¿Santurrión? ¿Así es como me llamas tú en tu casa? —preguntó entre risas Santi mirándome a mí.

—Marcos, deja al muchacho, que si no, no va a querer volver. —replicó mi madre a mi hermano.

—No te llamo así, te lo juro, *mirincito*. —contesté entre risas.

—Me gusta, eh. No te preocupes, Marcos. Siempre que lo digas de buen rollo, claro. —apuntó él dirigiéndose a Marcos.

—Si es que ella es la reina de cambiar el nombre a la gente y me ha parecido divertido que lo sufra en sus propias carnes. —contestó mi hermano.

—Me parece bien, se lo tiene merecido. —añadió Santi muy bien integrado en mi familia.

En la cena, les comuniqué a mi hermano y a mi madre que Santi se vendría a vivir conmigo cuando me entregaran el piso. No necesité muchas palabras para darme cuenta de que no les parecía del todo adecuado. Ellos me habían visto sufrir por Santi y no querían que volviera a suceder, pero respetaban mi decisión.

Al día siguiente, Santi vino a por mí a las seis de la mañana. Me dijo que teníamos una excursión en Altea a las ocho, por lo que debíamos llegar con tiempo. Me extrañó que cogiera una excursión en Altea, donde habíamos ido en infinidad de ocasiones y casi podríamos ser nosotros los guías turísticos de ese pueblo. Pero bueno, le dejé que hiciera a tu antojo. Era una escapada por mi cumpleaños y no quería hacer muchas preguntas. De pronto, me di cuenta de que estábamos yendo en dirección contraria y empecé a poner caras raras. Parecía que Santi estaba haciendo una carrera contra nadie. Iba muy rápido y estábamos solos en la carretera.

—*Petu*, ¿estás seguro de que vamos bien a Altea por aquí?

—Me ha llamado Andrés para que le lleve una cosa. Está en el aeropuerto. No vamos a llegar a la excursión, joder. —contestó Santi algo agitado.

Entramos en el aeropuerto y llamó a Andrés. Le vimos aparecer por la terminal de salidas con el uniforme de policía. Él también estaba intranquilo. Contento, pero intranquilo. Empecé a contagiarme de esa intranquilidad. No entendía nada. No íbamos a llegar a la excursión por

culpa del maldito Andrés. ¿Qué cosa tan urgente querría a las seis y pico de la mañana? Andrés nos llevó a una cola donde la gente esperaba a no sabía qué.

—*Amporcito*, ¿qué hacemos aquí? —hice un puchero.

—No sé, pequeña. Tenemos que esperar aquí a Andrés.

Pasajeros del vuelo J264 con destino a París Orly, embarquen por la puerta número D 34.

Vi que Santi me observaba y descubrí que estábamos en la puerta de embarque número D 34. El letrero ponía: destino París Orly. No podía creerlo. Santi me sonrió y yo lo entendí todo.

—Nos vamos a París, pequeñita. —me susurró con una sonrisa que llenaba toda su cara. Yo solo pude abrazarle y dar saltitos de alegría y euforia.

—¿Me lo estás diciendo de verdad? Pellízcame, pellízcame.

Era cierto, estábamos embarcando en el avión con destino a París. Anduve por el pasillo que nos llevaba al avión incrédula de que algo tan bonito me estuviera pasando a mí. Una vez el avión despegó, las lágrimas amenazaban con salir. Vaya si cumplieron su amenaza. Estaba totalmente emocionada. Santi suspiró porque todo había salido como él quería. Yo no me había percatado de nada y había conseguido que fuera una total sorpresa para mí.

—Es el regalo de tu cumpleaños. —me dijo antes de darme un bonito beso.

—No te confundas, mi regalo eres tú, mi vida. —susurré con el corazón a mil.

Nos alojamos en el hotel *Le Pradey*, a unos diez minutos andando de la Torre Eiffel. Solo íbamos a estar una noche. Teníamos dos días para exprimir París al máximo. Almorzamos unos creps de chocolate en las escaleras de los Campos de Marte, con la Torre Eiffel de testigo de todos los besos que nos dimos. Paseamos por la *Avenue de New York* haciéndonos mil fotos. Fuimos a los jardines de Trocadero, desde donde se apreciaba la magnitud de la torre y de nuestro amor. Comimos unas pizzas en el Barrio Latino y reservamos un *free-tour* de cuatro horas para la mañana siguiente, con el que recorreríamos a pie los lugares más emblemáticos de la ciudad del amor. Esa tarde la dedicamos a ver Los Inválidos, la tumba de Napoleón y el puente de Alexandre III. Estábamos agotados. Santi insistió en ir a la

habitación para descansar un poco. A las nueve teníamos una reserva en el restaurante *Odette,* el cual tenía una estrella Michelin.

Al entrar a la habitación, Santi me cogió la cara para besar mis labios. Empezó siendo un beso tierno y se fue transformando en un beso salvaje. Sus caricias me sacudían de la cabeza a los pies. Mi mirada se perdía en su definido cuerpo. Nos desnudamos para meternos en la ducha, esa transparente cúpula de placer. Las manos de Santi seguían el recorrido que las gotas hacían en mis tersos pechos. Yo comenzaba a gemir. La tensión iba creciendo, tanto como el roce de su feroz deseo contra mí. Sus manos me envolvían poco a poco. Él me apoyó contra la pared, sintiendo el frío de los azulejos en mi espalda. Sus dedos jugaban entre mis piernas. Ese placer era más que físico. Nuestros cuerpos se acoplaban hasta parecer solo uno. La punta de su mástil me buscaba, entrando en mí a un ritmo deliberadamente lento, avivando el fuego en mi interior. Mis dedos se enredaban entre su pelo mojado, mientras el agua que caía por sus anchos hombros salpicaba mi cara. A él le encantaba abrir los ojos para ver cómo crecía el ritmo de su penetración. Cada vez llegaba más profundo, aumentando la intensidad y la velocidad. Con cada embestida, oleadas de creciente placer recorrían todo mi cuerpo. En la cumbre del éxtasis, su respiración se interrumpía con un gruñido y sentía cómo descargaba toda su pasión dentro de mí. Los espasmos de su palpitante erección prolongaron el intenso placer. Nuestros cuerpos se estremecieron y llegamos juntos al orgasmo. Brutal. Como todo lo que tenía que ver con él.

Me puse el vestido rojo que me regalaron mis divinas, me ondulé un poco el pelo como Tere me enseñó, me maquillé y salí del baño. Santi también estaba guapísimo. Se puso una camisa azul claro con pequeños puntos de colores y unos pantalones negros. El azul combinaba genial con el azul de sus ojos. Al mirarnos, nos quedamos boquiabiertos. Fue una sensación indescriptible.

Fuimos caminando al restaurante, el cual quedaba muy cerca del hotel. Él me dijo que había intentado reservar en el restaurante de la Torre Eiffel y en el del Río Sena, pero había sido imposible, pues las reservas en esos sitios debían hacerse con mucha antelación. Él estaba especialmente nervioso, especialmente emocionado. Yo estaba especialmente feliz. Estaba siendo el mejor día de toda mi vida. Santi tenía prisa por salir del restaurante y yo no sabía por qué. Eran las once y media y tardaban en traernos la cuenta. Miraba constantemente el reloj. Le costaba tragar. En

cuanto nos trajeron la cuenta, salimos escopetados hacia la Torre Eiffel y me hizo sentarme en el césped, frente a ella. *Vamoraver.* Toda guapa que iba yo con mi vestido rojo sentándome en *la césped*. No le quise restar emoción al asunto y accedí sin rechistar. Compramos una botella de vino blanco a una de las personas que pasaban por allí vendiendo bebidas frías. A las doce en punto, la Torre Eiffel empezó a iluminarse con luces intermitentes. Me pidió que me levantara. Él se arrodilló, poniendo una de las rodillas sobre el césped. Temblando, sacó un anillo precioso de su bolsillo y me hizo la pregunta mágica:

—Pequeña, ¿quieres casarte conmigo?

Toda la gente de nuestro alrededor comenzó a aplaudir y a gritar. Yo llevé mis manos a mi cara y me arrodillé junto a él, abrazándole sin poder pronunciar una sola palabra, sin casi poder respirar. Mi respuesta, en forma de besos, fue afirmativa. Todo lo tenía preparado. De ahí su prisa por estar antes de las doce frente a la Torre Eiffel. De ahí sus nervios. De ahí el regalo de mis amigas con la finalidad de ser utilizado esa noche. Colocó el anillo en mi dedo anular con temblores, aún arrodillados. Sí, sin duda, fue el mejor día de mi vida.

Embriagados de felicidad, nos terminamos casi toda la botella de vino sentados en ese césped. Nos fuimos a dormir y al día siguiente hicimos el *tour*. Después de comernos una hamburguesa frente al Arco del Triunfo, volvimos a la habitación para recoger nuestras cosas y regresar al aeropuerto. De camino, vimos en el suelo una fecha grabada: 20-06-2020. Miramos en el calendario y vimos que caía en sábado.

—Esta es nuestra fecha, *mi mirín*. —le dije con entusiasmo.

—Me encanta esa fecha, mi reina. El año que viene nos casamos. —sentenció con una tremenda alegría.

Me fascinó que fuera en junio. Lo sentí como una señal. Nos fuimos con la sensación de haber aprovechado París. De haber pasado allí los dos mejores días de nuestra existencia.

Mi mundo brillaba. Nosotros éramos magia.

Dicen que si la magia te toca una vez, te atrapa para siempre.

30. DIVINAMENTE

Esa semana, fue Elisa quien acompañó a Marcos a ver su casa. El plan era mudarse con él cuando se la entregaran. Me gustaba la idea porque seríamos vecinas. Ella pagaría todos los gastos comunes y se ahorraría pagar un alquiler. Era un buen trato. La comida la comprarían entre los dos, tal y como hacían en el piso donde vivían en ese momento. Mi padre se confundió un poco. Dio por sentado que eran novios. Se sorprendió cuando le dijeron que eran solo amigos. No es que mi padre tuviera una mentalidad cerrada y antigua, pero no veía la necesidad de que mi hermano tuviera que compartir casa. Pero bueno, lo dejó a su elección. Pensó que él ya era mayorcito como para saber lo que hacía. Con sus treinta y dos años, ya tenía pelos en los huevos como para tomar sus propias decisiones.

Rodri no llegaba a entender por qué iba a continuar viviendo con mi hermano.

—He pensado que podemos quedarnos nosotros este piso, Eli. ¿Qué te parece? Los dos trabajamos y no es un alquiler muy alto que no podamos permitirnos. —propuso Rodri la noche de ese mismo día.

—No sé, no me parece mala idea. Pero yo necesito ir más despacio. Te pedí que fueras a mi ritmo.

—A Marcos le dan el piso después del verano, no tenemos por qué decidirlo ahora. Si te soy sincero, me pone un poco celoso que prefieras vivir con él, sabiendo que yo tendré que buscar un piso para mí. No tiene mucho sentido que yo viva solo y tú con tu amigo. —expuso él con cara de corderito.

—Entiendo lo que dices. Déjame pensarlo. —le pidió Eli.

¿Por qué Eli prefería vivir con Marcos? Era cierto que Rodri estaba viviendo con su madre, pero pasado un tiempo, él querría buscar un piso para él y si continuaba con Elisa, lo más lógico era que ellos vivieran juntos.

Ella estaba cómoda. Se había acostumbrado a vivir con Marcos. Le gustaba vivir con él. Ellos se entendían a la perfección y la paz reinaba

cuando estaban juntos. Estar con él era liberador, sanador, reconfortante… Estar con Marcos era su medicina. Con él era ella misma. Con él mostraba sus miedos, sus complejos, sus virtudes, sus defectos… y nadie le juzgaba.

Rodri despertaba en ella todos los sentimientos que estaban dormidos. El deseo, la pasión, las ganas… Perdía la cabeza por él. Él volvía fuego todas las cenizas. Él le hacía sentir radiante. Él siempre miraba a Elisa como si sus ojos pudieran penetrarse más y más adentro. Al pensar en Rodri, se apoderaba de ella un ligero anhelo. Sus palabras, estar en sus brazos y la intimidad con él le hacían viajar en el tiempo. Él le hacía ir a la etapa más feliz de su vida. Tan solo su aliento en la parte más sensible de su cuello le excitaba rápidamente.

~

Luna llegó de trabajar exhausta. Carlos estaba preparando la comida para ambos, era su día libre. Luna estaba encantada con su nuevo puesto de trabajo. Durante la comida, pensó en decirle lo que llevaba días rumiando. Ella siempre había querido vivir repleta de comodidades y quería conseguirlo.

—Amor, ¿qué te parece si dejas *Tiaré*? Con *El Barco* es suficiente y yo ahora voy a cobrar bastante más que antes.

—Ya, bueno, la verdad es que nos veríamos más y entre tu trabajo y el mío tenemos de sobra. Es buena idea. —sonrió él.

—También he pensado que no quiero vivir aquí más. En este piso has vivido con Lorena y… no sé. Me gustaría que nosotros dos formáramos nuestro hogar desde cero.

—Veo una tontería pagar un alquiler cuando tenemos esta casa, que es de mis padres y solo pagamos los gastos. Recuerda que paso la manutención de Izan.

—Pero yo quiero que tengamos nuestra propia casa. No me gusta vivir en casa de nadie. Yo quiero que sea tuya y mía. No me refería a un alquiler. Quiero que compremos.

—¿Tú crees que nos lo podemos permitir?

—De sobra. Vivir aquí ha hecho que podamos ahorrar y con nuestros sueldos, el banco no dudará en concedernos una hipoteca.

—Suena bonito. —sonrió Carlos de nuevo.

—Yo ya me veo en nuestro adosado frente al mar… —fantaseó ella poniendo los ojos en blanco y gesticulando.

—Tampoco te pases, ojitos verdes, que no somos millonarios. —intentó que ella bajara a la tierra.

—Es que ya lo he visto, cariño. Está en Arenales del Sol, muy cerca de aquí. Te juro que tiene un precio asequible. No es una casa enorme, pero tiene tres habitaciones y dos baños en la planta de arriba. Un enorme salón con la cocina integrada y un pequeño aseo en la planta de abajo. Y justo enfrente, el mar.

—¡Me gusta tanto verte feliz! —dijo él acariciando su nariz.

—La urbanización tiene piscina, una pista polideportiva… creo que a Izan le encantaría.

—Ahí ya me has dado en el blanco de la diana. Reserva una cita y vamos a verla esta misma tarde. Que nos cuenten todas las condiciones y luego valoramos si es viable o no.

Así fue. Carlos y Luna se dirigieron a media tarde a Arenales del Sol para ver la casa. Pertenecía a unos rusos que se habían divorciado. El agente inmobiliario les dijo que el precio era negociable, pero deberían ser rápidos si querían adquirir la vivienda, ya que tenía muchos pretendientes. Estrategias de mercado, supuso Carlos. El precio era un poco elevado, pero con un poco de rebaja sería posible. La vivienda tenía unos ciento treinta metros cuadrados. Había sido reformada el año anterior. Tenía muy buena distribución, sin pasillos, prácticamente. La decoración dejaba mucho que desear, pero eso eran minucias. Iría todo a la basura. Mucho espejo y mucho terciopelo. Todo muy recargado. La casa tenía una bonita entrada con un porche frontal. Tras la puerta, a la derecha, un pequeño aseo. La siguiente estancia era el amplio salón con una barra americana que separaba la cocina. Desde el salón se podía acceder a una gran terraza que desembocaba en la urbanización. También desde el salón nacían una escalera que llevaba a la segunda planta, donde se encontraban los tres dormitorios y uno de los baños. En el espacioso dormitorio principal había otro baño totalmente equipado. Luna se asomó al ventanal de la habitación de matrimonio y desde ahí, veía el mar a escasos metros. Ambos se miraron esbozando una sonrisa. Esa sonrisa escondía que se habían enamorado de esa casa, que ahí imaginaban a Izan corretear y a su familia crecer. Se dijeron con la mirada que ese era su hogar.

Llegaron a casa muy contentos, fantaseando con quitar eso de allí y poner eso allá. Esperaban que la propuesta de rebaja fuera favorable. En caso contrario, no podrían comprarla.

Como siempre, Luna no nos contó nada. Ella pasaba hasta el culo *una poquita*.

~

Quien estaba transformada y nos contaba todo era Vane. Ella estaba cumpliendo su promesa de apoyarse en nosotras. Nos dijo que tenía algo importante que decirnos, pero que lo haría en persona. Había cambiado totalmente el chip respecto a Álvaro y respecto a la vida. Hacer lo que hizo le ató más a ella. Fue un punto de inflexión para que valorara lo que sí tenía y aceptara lo que no. En uno de los cafés divinos que hicimos en el mes de julio, nos explicó todo lo que había ocurrido. Nos desnudó su alma y expresó todo lo que había vivido y cómo se sentía respecto a ello.

Lloró mucho y lloramos con ella. No entendíamos cómo había personas tan malas. No podíamos creer que alguien pudiera tener el corazón tan minúsculo y podrido.

—Mi psiquiatra me ha dicho que se lo cuente a Álvaro, pero no puedo. Yo no sé cómo va a reaccionar y si le dice algo a don Emilio va a haber consecuencias. —expresó Vane.

—¿A qué te refieres? —preguntó Luna.

—Pues a perder el trabajo, como poco. —contestó Lolo.

—Con uno que lo haya perdido es suficiente. Me consuela que esta casa está pagada. Yo tengo ahorros y Álvaro sigue teniendo un sueldo. —dijo Vane con resignación.

—Joder, tía, lo has tenido que pasar fatal… —musitó Tere.

—Sí, ha sido un verdadero infierno, chicas. —se hizo un silencio—. También me gustaría pediros perdón por cómo me puse ese día en *Mandala*. Me sentí traicionada, pero hoy veo que sí necesitaba ayuda. Vosotras lo hicisteis por mí, porque estabais preocupadas. La verdad es que tener el apoyo de un profesional me hace sentir más sosiego. Así que solo puedo daros las gracias. —confesó Vane con los ojos brillantes.

~

Esa misma tarde, Tere nos contó que había recibido otro mensaje privado por Instagram: *"¿Qué crees que hace Álex cuando sale de casa? Abre los ojos. No siempre va donde dice y con quien dice. No solo le gustan las rubias*."

—Ya me estoy mosqueando, chicas. No le estaba dando importancia, pero es que al final esto me va a crear dudas… —nos dijo Tere preocupada mientras nos enseñaba el mensaje.

—Ahora vives con él, cuki. Te será más fácil estar al tanto de sus pasos. —apuntó Megan.

—Es que… si lo piensas… tampoco le conoces tanto. ¿No te habrás precipitado en irte a vivir con él? —sentenció Lolo.

—Pues no lo sé. Puede que sí… —contestó Tere dudosa.

—O no, Tere. ¿Por qué vamos a creer en lo que te diga un desconocido? Yo estoy segura de que Álex solo tiene ojos para ti. No seas tonta y no creas en todo esto. —añadí yo.

—Esto que te voy a decir no sé si es lo ideal, pero estate alerta. No te estoy diciendo que confíes en estos mensajes, pero yo qué sé… mírale el móvil, estate atenta al olor que trae, si esconde cosas… —propuso Elisa.

—Al final todo se descubre. Él no te ha dado motivos para desconfiar de él. Bueno, a mí Ruper tampoco me los dio, aunque un día me dio un beso y le olía el aliento a coño. —dijo Vane antes de que todas nos riéramos acordándonos de cuando llegó contándonoslo.

—No te rayes, Tere. Pasa olímpicamente de esos mensajes. —opinó Luna.

—Le voy a mirar el móvil y si hace falta, le persigo. —sentenció Tere—. No quiero que me vuelva a pasar lo que me pasó con Jorge. Pequé de inocente y no quiero que se vuelva a repetir.

La duda se había instalado en ella. No quería desconfiar de él, pero lo que ya vivió con Jorge varios años atrás hizo que esos mensajes no le fueran indiferentes.

~

Megan estaba a mes y medio de casarse. La ilusión y los nervios presidían su alma. Sin embargo, había una parte de su corazón que gritaba en rebeldía. Seguía sin empleo. Solo trabajaba de forma particular, cuando

alguna de sus clientas privadas precisaba de sus servicios. Había un runrún en su cabeza que le hacía preguntarse qué habría pasado si se hubiera ido. ¿Cómo le habría ido en Londres? ¿Tomó la decisión correcta? Abandonó su sueño profesional por falta de coraje, por perseguir el personal, pero se hacía preguntas. Sabía que si se hubiera ido, las preguntas habrían sido a la inversa. Aunque su relación de amor con Miguel fuera perfecta, ella necesitaba sentirse realizada y válida. Necesitaba sentir algo más que amor, por muy inmenso que fuera. ¿Y si un día su relación con Miguel terminaba? ¿Qué haría ella? Se pasaba el día en casa enviando currículums, poniendo lavadoras, limpiando la casa, haciendo bizcochos, soñando con comprarse todas las joyas de la web de *Bounik Jewels*, mirando las novedades de *Una Boda Mágica* para el enlace…Cuando pasara la boda, ¿en qué emplearía su tiempo? No podía continuar así. Se tiraba en el sofá y le daban las tantas. La pereza y la apatía crecían conforme los días pasaban. Y ella ahí. Enamorada. Solo eso.

~

Santi y yo nos fuimos a vivir juntos. Nos fascinaba la nueva casa. Nos encantaba el nuevo hogar. Lo único que no me gustaba era que él y Carola siguieran hablando. No me gustaba que todavía llevara una foto con ella en la cartera y que no quisiera poner una foto conmigo en su perfil de WhatsApp. Minucias, puedes pensar, pero se me necrosaba el raciocinio. Con él todo era perfecto, pero me creaba inseguridad que ellos aún mantuvieran contacto. No sabía qué se decían y tampoco lo quería saber. Yo sabía que él quería estar conmigo, si no, no habría dejado a Carola a meses de casarse. No me habría pedido matrimonio a mí. No se habría venido a vivir conmigo. Pero entonces, ¿qué más tenían que decirse? ¿Por qué no quitaba la foto del monedero? Yo la vi un día por casualidad, cuando cogí su DNI para hacer la cuenta bancaria que abrimos en común. Ellos habían estado muchos años juntos y me atormentaba pensar en si la echaba de menos, si prefería sus manías conocidas a las mías, nuevas para él… ¿La seguiría queriendo? No hice mención alguna de que vi esa foto, no quería que pensara que había hurgado en sus cosas. Juro que solo busqué su carnet de identidad y sin más, la vi. Lo justifiqué de varias maneras y seguro que una de ellas podía ser la adecuada, pero me dejó un sabor amargo.

Yo quería que se centrara solo en mí y no que Carola siguiera en su vida. No sé si ese deseo puede ser egoísta. No sé si yo debía entender que había lazos que no se podían cortar de un día para otro. No sé… El caso es que me causaba una horrible inseguridad. También se debía a que desconocía de qué forma hablaban y para qué. Una vez, ella le llamó y él no contestó.

—¿Por qué no contestas? —le pregunté curiosa.

—Porque estamos aquí viendo la película a gusto y no tengo ganas de dejar de hacerlo. —contestó sin inmutarse.

—Es que no entiendo para qué te llama.

—Pues no sé, mañana le pregunto. No te pongas celosa, pequeñaja. Estás viendo que yo estoy contigo y solo contigo. Ella forma parte del pasado. —dijo con ternura.

Claro, a mí eso me alivió durante un rato. Solo un rato.

31. ¡ZASCA!

Teníamos la casa prácticamente vacía. La cocina y los baños estaban completamente equipados porque nos los entregaron así. Durante la mudanza, fuimos a *Conforama* y compramos un sofá azul turquesa en forma de U y una cama. Santi se empeñó en pagarlo él. "Al que vive de prestado, le desnudan en la calle", me decía. Yo compré por *Amazon* una mesa de centro que estuvimos montando juntos. Otro día, él apareció con una televisión enorme para el salón, ya que teníamos una enana cedida por mi madre. Esa la pasamos a nuestra habitación. *Gama10* nos regaló una pared decorativa para el salón, justo donde se apoyaba el sofá. Álex pintó franjas verticales, alternando el color crema con el blanco. Una auténtica preciosidad. Poco a poco, la vivienda iba convirtiéndose en hogar. Era nuestro nidito de amor. A Santi y a mí nos encantaba.

Llevábamos poco más de un mes viviendo allí y ya no nos imaginábamos durmiendo el uno sin el otro. Las veces que Santi tenía turno de noche, para mí eran una tortura. No conseguía conciliar el sueño, la cama no era mi aliada y la noche se me hacía eterna.

Una de esas noches, no pegué ojo. Sonó el despertador para irme a trabajar cuando llevaba veinte minutos dormida. Horrible. Ese día, lo pasé bastante mal en el hotel y me cancelé todas las reuniones que tenía por la tarde. No podía con mi alma. Yo no soy de siestas, pero ese día la necesitaba. Cuando estaba recogiendo para irme, sonó el teléfono de mi despacho. Dudé de si contestar o no, pero lo hice. Soy toda una profesional, ¿qué le vamos a hacer?

—¿Sí, dígame?

<Hola, ¿Lucía?> saludó una voz femenina.

—Sí, soy yo. ¿Con quién hablo?

<Soy Carola.> *boom*. Mi corazón a mil ¿podía empeorar el día?

—Sí, dime. Estaba a punto de irme, pero cuéntame.

<Verás, sé que me dijiste que *Palm Golf Resort* no devolvía el dinero de la reserva que hicimos para la boda, pero estoy muy apurada económicamente. Mi padre ha perdido el empleo, mi madre es ama de casa y yo trabajo en una tienda. ¿Habría alguna forma de recuperar ese dinero?> sentí preocupación en su voz.

—Entiendo la situación y me encantaría poder devolverte el dinero, pero como ya te dije cuando me llamaste para contarme que la boda se anulaba, esto no depende de mí. Son las normas de la empresa y lo firmaste en el contrato. —dije con dulzura.

<Si lo sé…pero estoy tan desesperada… Santi me ayuda en lo que puede, pero claro, él se ha alquilado una casa en Murcia y bueno… No te quiero molestar. Es que no sé qué hacer…>

—No me molestas, Carola. Más quisiera yo poder devolverte ese dinero, pero no soy yo quien toma las decisiones aquí. Solo soy una empleada más.

<Es que todo de golpe: Santi me deja y mi padre pierde el trabajo… No sé a quién recurrir.> comenzó a llorar y a mí me partió el alma.

—Cuánto lo siento, Carola.

<Te dejo, Lucía, que me está llamando Santi. Muchas gracias de todas formas.>

¿Perdona? *Vamoraver*. ¿Qué narices estaba pasando ahí? ¿Santi le ayudaba en qué? ¿Por qué Santi le estaba llamando?

Me fui como una furia hacia casa. Ya ni sueño tenía. Necesitaba saber por qué mi prometido hablaba tanto con su ex. Necesitaba que me contara de qué tenía que hablar tanto con ella. La rabia crecía dentro de mí a medida que me acercaba a casa. Entré como un terremoto, dando portazos y derechita hacia él, quien dormía plácidamente en el sofá.

—Santiago Gómez, ¿puedes explicarme por qué y de qué hablas con Carola? ¿puedes decirme qué está pasando aquí?

—Joder, qué susto me has dado. ¿Tú crees que es normal que me despiertes así? —expresó alterado incorporándose.

—Me ha llamado Carola. Me ha vuelto a pedir el dinero de la reserva de vuestra boda. —joder, qué mal me sentí al decir "vuestra boda"—, y me ha dicho que tú le ayudas. ¿No crees que eso debes contármelo?

—Lucía, ¿puedes tranquilizarte?

—Santi, ¿puedes contestarme? —pregunté con falso sosiego.

—Es que no pasa nada. Ella no lo está pasando bien. Eso no es nuevo para ti. Ella cobra muy poco en la tienda y para colmo, a su padre le han

echado del trabajo. Yo le he prestado dinero un par de veces y me lo irá devolviendo poco a poco.

—¿Por qué le has dicho que vives en Murcia?

—Se lo dije cuando iba a ser así. Simplemente, no me retracté. ¿Qué le digo, que vivo contigo?

—Si es que eres un mentiroso. Yo no sé si voy a poder confiar en ti algún día. —expulsé con furia.

—Pues decídete antes de casarte conmigo.

—Es que quizá no debamos casarnos. —solté a bote pronto.

—Deberías pensar antes de hablar, que luego nos arrepentimos.

Me largué de allí. Necesitaba aire. Necesitaba no tenerle cerca. Mi ira solo escondía mi miedo. Para mí, lo de dejarle dinero era una manera de que continuaran enlazados. No dudaba de la mala situación de Carola y te prometo que me daba mucha pena. Pero no quería que Santi tuviera nada que ver con ella, no quería que nada les siguiera uniendo. Me daba pavor pensar en que podría volver a nacer en ellos la chispa que se había apagado. Me cargaba de inseguridades.

Sabía que Luna iba a estar en casa durmiendo la siesta, ella no la perdona nunca. Tardó en abrirme la puerta, lo que me ratificó que así era. Me abrió en tetas, como de costumbre.

—Siento interrumpirte la *pornosiesta*. —dije mientras entraba hacia el salón y me acomodaba en el sofá.

—No, si no estaba durmiendo. He tardado en abrir porque estaba hablando con mi madre. La pobre está fatal.

—¿Qué le ha pasado?

—Pff, mi padre, que le han despedido del trabajo y ha tardado dos semanas en decírselo a mi madre. La pobre está…

La cara me cambió. ¿Era casualidad que el padre de Carola y el de Luna se llamaran igual, fueran clavados y perdieran el trabajo a la vez?

—¿Tu padre Paco? —pregunté anonadada para cerciorarme.

—No, mi padre Urdangarín de Todos los Santos, ¡no te fastidia! Pues claro que sí, Lu.

—Madre mía. —musité pensando en que quizá no fuera una mera coincidencia.

—Sí, tía, muy fuerte. Y el tío se lo tenía calladito. Con esto de que viaja tanto… Pero bueno, mi padre le ha dicho que seguirá haciendo viajes cuando le necesiten. Así, en negro. Menos mal que mi madre trabaja.

¿Sabes lo bueno? Se me han quitado las ganas de ser mujer florero. Pero vamos, de un plumazo.

—Sí… menos mal. —contesté algo ausente, sumida en mis pensamientos.

—Por cierto, si en tu trabajo necesitan a algún transportista, dímelo. —yo seguía ausente—. Nena, ¿qué te pasa? —me sacó de la madeja de mis pensamientos.

—Nada, que he discutido con Santi. Sigue hablando con Carola y me he enfadado. —respondí sin querer entrar en detalles.

—Tú lo que necesitas es un *quitapenas*. Vas a probar el mejor vino del mundo.

Me sacó una botella de vino tinto "especial", esa que cogía Carlos de *El Barco*. Luna, que nunca se detiene mucho en asuntos serios, me pidió que termináramos de detallar lo que faltaba para la despedida de soltera de Megan. La haríamos a mitad de agosto y quedaban solo dos semanas. El plan era coger una villa de lujo en Jávea, la cual teníamos reservada. Nos faltaba ultimar el tema del disfraz, mirar las discotecas y poco más. Me vino genial hablar de otra cosa que no fuera Santi o Paco o los Pacos. Yo ya no sabía si había un Paco o dos. Pero antes de soltar la bomba, necesitaba asegurarme de que se trataba de la misma persona.

Finalmente, decidimos hacernos unas camisetas personalizadas para todas nosotras y compramos por *Amazon* un disfraz de hada para Megan. Lo consultamos en el grupo que teníamos sin ella y todas dieron el visto bueno. Vanesa estaba dudosa, pero al final pudimos convencerla para que viniera a la despedida.

—¿Por qué tienes todas estas cajas por aquí? —pregunté al ver unas diez cajas vacías en un ladito del salón.

—Es que nos vamos a mudar. Nos han concedido la hipoteca. Tengo que hablar con el novio de Tere para que nos pinte la casa. —contestó como si yo supiera a qué se refería.

—¿De qué hablas, Luna? ¿Qué hipoteca? ¿Qué casa?

—Ah, es que nos hemos comprado una casa en Arenales del Sol y en cuanto nos den las llaves, quiero pintarla y decorarla a mi gusto. Si tú la vieras… vaya gusto más horrendo tienen los antiguos dueños. Eran rusos.

—Halaaaaa. Di que sí, hija. Suelta así los bombazos. Joder, no sabía nada. Tú siempre igual. Espero que cuando te quedes embarazada no me avises el día del parto. —se rio.

Me enseñó fotos y me contó cómo surgió la idea. Ella era así; un tanto despegada. No sé cómo no me había acostumbrado ya y cómo seguía sorprendiéndome a esas alturas.

Cuando llegué a casa, Santi se estaba preparando para irse de nuevo a trabajar. Fenomenal, otra noche sin dormir. Entré más calmada. Santi vino a mi encuentro con cara de corderito y me abrazó por detrás.

—No me ha gustado que te hayas ido así, dejándome con la palabra en la boca, en mitad de una conversación. —me dijo a media voz.

—Me da tanto miedo…Es tan importante para ti que no sé si puedo competir con ella. —confesé en voz baja.

—Es una buena persona y yo no me he portado bien con ella, pero tú no tienes que competir… yo estoy contigo porque quiero. Podría haberme quedado a su lado, pero he elegido estar aquí, contigo. Entiendo que no te guste que siga hablando con ella, pero siento que no puedo abandonarla a su suerte. Está pasando un mal momento. He estado diez años con ella…

—Es que ella siempre está pasando por un mal momento. Hace siete años fue su hermana y ahora es su padre y el dinero. —solté elevando mi tono de voz.

No me contestó. Cambió la expresión de su cara, suspiró hondo y se fue.

32. BUÑUELITO

Otro mensaje para Teresa: "*Teresita, qué inocente eres. Si no cambias, te volverá a pasar lo mismo que hace años. Tú misma.*"

Teresa ya estaba hasta el gorro de los mensajitos. ¿Quién podría ser? Ya dudaba de todo el mundo. Dudaba incluso de la falsedad de esos mensajes. Los lunes, Tere libraba. Como yo. Solíamos desayunar juntas en su casa, en la mía o en alguna cafetería. Avisamos a Megan porque ella también libraba a diario.

—Os juro que estoy ya hasta los mismísimos cojones, chicas. —dijo con rabia.

—Pero que no hagas ni caso, Tere. —pidió Megan insistente.

—Es muy fácil decirlo, pero es que… ¿y si es cierto? ¿y si Álex se está viendo con otra chica?

—A ver… hay mensajes que hablan mal de ti y otros que hablan mal de él. ¿No te das cuenta de que solo pretenden molestaros? —intervine yo mientras masticaba mi tostada.

—¿Qué hago? ¿Le digo que he vuelto a recibir un mensaje?

—Pues claro. Hoy mismo, además. —ordené.

Exacto. Estaba decidida a contárselo cuando él llegó a casa para comer, pero entró por la puerta tan contento que le dio pena arruinar ese momento de alegría. Le encantaba que Álex entrara cantando, feliz por ver a su diosa, exaltando en cada verso las cualidades de mi amiga. Ella estaba preparando la ensalada de pasta en la cocina y él fue improvisando la canción mientras se dirigía hacia ella para abrazarla y saludarla con millones de besos. Dejó el móvil y las llaves en la encimera para poder acariciar la piel de Teresa.

Se sintió una tonta por dudar de él… Pensó que no todos tenían que ser como Jorge. Que él le hubiera engañado no quería decir que todos fueran a hacerlo. Ver tan alegre a Álex adormeció sus dudas. Pero cuando él se fue al baño y vio el móvil en la encimera, no pudo evitar alimentar su curiosidad. Le había visto varias veces poner el patrón, solo tenía que imitarlo. La primera vez dibujó uno incorrecto, pero al segundo intento, pudo

desbloquear la pantalla. Justo en ese momento apareció una ventana emergente de WhatsApp. Almudena había enviado un corazón. Los latidos de Teresa comenzaron a dispararse, su pulso empezó a ser incontrolable. Tenía que meterse en la conversación de Almudena y ver qué se decían.

Almudena: <Hola, cariño. Entonces te veo
esta tarde a las 19h, ¿no? Tengo ganas
de verte, buñuelito. Te paso la ubicación.>

Almudena: (*Ubicación*)

Almudena: (*Corazón*)

Solo había eso en el chat de Almudena. Lo que significaba que Álex borraba la conversación. Esa y todas las demás, menos la de Tere y los grupos. ¿Por qué? Teresa quiso ver la foto de esa tal Almudena, pero había un gatito y eso no le servía de gran ayuda. Teresa me envió la ubicación que había mandado Almudena y borró mi chat del teléfono de Álex para no dejar pruebas.

Teresa: <Lu, te he enviado yo esa ubicación.
Guárdala. Si tienes planes para esta tarde,
tienes que anularlos. No me puedo creer
que a dos días de mi cumpleaños descubra
esto. A las 18h voy a tu casa y te cuento todo.>

Yo: <Hazme un avance, nena.
¿Qué ha pasado? No me puedes
dejar así hasta las seis de la tarde.>

Jamás me contestó. Álex salió del baño y Tere intentó disimular, pero no podría hacerlo por mucho tiempo. Mientras se comían la ensalada de pasta en la mesa de la cocina, ella inició la investigación de la detective Teresa Valero.

—¿Qué tal la mañana, patito? —empezó ella de forma sutil.

—Pues como siempre, trabajando. Por cierto, me ha llamado tu amiga Luna. Dice que quiere que le pinte su nueva casa.

—¿La casa de Carlos? Oye, ¿y cómo tiene ella tu número?

—Creo que se lo ha dado Lucía. ¿Carlos tiene una casa en Arenales del Sol?

—¿Arenales del Sol? Qué va, la casa de Carlos está en el centro. —contestó Tere sin entender nada.

—No sé, patito. Solo me ha dicho que se ha comprado una casa en Arenales del Sol y quiere que se la pinte. No tengo más información. Voy a

ir esta tarde a verla para hacer el presupuesto.

—¿A qué hora vas? —preguntó ella.

—Pues dice que quiere dormir la siesta, pero yo más tarde de las cinco y media no puedo llegar porque a las siete tengo pádel. —uuhh Tere auguraba mentiras.

—¿Va Maks también al pádel? —siguió ella el interrogatorio.

—No, hoy no. Yo me acabo de apuntar, en principio no iba a ir y no le he dicho nada. —contestó él como si nada.

Muy bien, estaba claro que el "buñuelito" mentía.

—Tere, mi hermana y mis padres quieren conocerte. Saben que esta semana es tu cumpleaños y mi madre insiste. ¿Con tu madre comemos el sábado o el domingo?

—Ella prefiere el domingo. Si quieres, diles que vengan el sábado a comer. —respondió pensando en el pádel de Álex.

La relación de ellos cada vez se hacía más seria y más oficial, pero si "patito" era también "buñuelito", a ella no le temblaría el pulso para dejarle. Lo tenía clarísimo.

A las seis y algo llegaron Megan y Tere a mi casa. Saqué tres cervezas bien frías y, en mi terraza, nos puso al día de todo.

—¿Buñuelito? ¿Buñuelito? ¿Qué coño es eso?

—Bueno, tranquila. Son las siete menos cuarto y te quedan quince minutos para averiguarlo. Según la ubicación que me has mandado está a unos diez minutos andando, así que vámonos ya. —sentencié.

Anduvimos diez minutos, siguiendo las indicaciones del GPS. Yo intentaba mantener la calma, pero por dentro era un manojo de nervios. La ubicación nos dirigió hacia la calle Pontevedra, donde llegamos a dos minutos de ser las siete en punto. Nos escondimos detrás de una callejuela, por donde veíamos la calle entera asomando un poco la cabeza. Teresa era la encargada de fijarse en los coches, ya que reconocía a la perfección el *Mercedes Benz* blanco de su "patito". Megan y yo observaríamos a los viandantes. Después de seis larguísimos minutos, Teresa vio pasar el coche de su amado. Dio varios saltos en el mismo sitio y me apretó el brazo hasta casi cortarme la circulación. Pocos minutos más tarde, apareció de nuevo por la calle, pero andando. Tan coqueto Álex, se planchó la ropa con las manos y se miró en su móvil, comprobando que su aspecto estuviera en perfectas condiciones. Abrió una puerta. Imaginamos que estaría entrando en algún portal. Agazapadas, salimos del callejón para ver dónde había

entrado el “buñuelito”. Era una joyería. Pero lo raro es que no se había quedado en el mostrador, le vimos traspasar una puerta y parecía estar hablando con alguien. Vimos unas manos que cogían la cintura de Álex, pero no pudimos descubrir de quién se trataba. Cerraron la puerta del cuartito con ellos dentro.

—Ya está. La tal Almudena trabaja aquí y se meten en ese cuartito para darse el lote. Qué cabrón. —soltó Tere con rabia.

Teresa nos miraba como si se le estuviera acabando el aire. Tras unos quince eternos minutos, Álex salió del cuartito con cara de felicidad. Se despedía lanzándole besos al aire a la persona que se quedaba dentro. Nosotras salimos zumbando de nuevo hacia el callejón y vimos a Álex salir de allí, sonriente. Teresa daba pasitos para allá y para acá, con sus uñas entre los dientes, con una de sus manos en su pecho.

—Dios mío, para ya. —rogué.

—¿Qué hago? Me está engañando. Está clarísimo.

—Cuqui, no hemos visto absolutamente nada. Ha entrado a una joyería y al rato se ha ido. —dijo Megan.

—Se suponía que iba a estar en el pádel y viene aquí a darse *gorreos* con una tal Almudena que le manda corazones y le llama buñuelito. He visto suficiente. —sentenció ella enervada.

—Vamos a entrar. Nos inventamos que estamos buscando algo y ya está. —propuse con rotundidad.

Eso hicimos. Entramos a la joyería como clientas que buscaban unos pendientes. Del cuartito salió una señora, pero cerró la puerta, aunque Teresa creyó ver a alguien más.

—Estamos buscando unos pendientes de plata para una amiga de nuestra edad, pero los que veo aquí no me gustan mucho, ¿tiene más? —preguntó Megan con cortesía.

—Claro, voy a sacarte todos los que tengo en plata. —La señora entró hacia el cuartito y se dirigió a alguien de dentro—. Almu, cógeme esa caja de ahí, cariño. Ve tú y ayuda a las chicas, yo voy a continuar. —A lo que salió una chica muy mona de unos veinte años. Teresa nos miró torciendo el morro.

—Almudena, ¿no? —le pregunté a la chica y ella asintió con una sonrisa. —Si tú tuvieras que llevarte unos, ¿cuáles escogerías?

—Mis favoritos son estos. —nos dijo enseñándonos unos preciosos pendientes.

—Vamos a sacar dinero y volvemos, que se nos ha olvidado. Perdona, Almudena, ahora volvemos, buñuelita. —dijo Teresa con toda su rabia y mala baba.

—Pero nena, ¿cómo le dices buñuelita? –dije nada más salir.

—Me ha salido del alma. Tía, esa no llega a la mayoría de edad. Mi novio es un puto asaltacunas. —sollozó Tere.

—Claro que es mayor de edad. Pero vamos, que no tiene por qué ser lo que te estás imaginando. —expuso Megan.

Teresa pasó dos días muy seca con Álex. Yo le pedí que no le dijera nada y que siguiéramos atentas a su comportamiento antes de liarla más. El día de su cumpleaños, Tere amaneció con el olor a café recién hecho y a pan tostado. Álex estaba preparando el desayuno para ambos. La mesa de la cocina estaba repleta de cositas para desayunar.

—Feliz cumpleaños al amor de mi vida. —le canturreó él nada más aparecer ella por la cocina.

—Gracias, patito. —contestó ella sin sonreír demasiado.

Comenzaron a desayunar y al coger la servilleta para limpiarse, vio una pequeña caja bajo esta. Ella esbozó una gran sonrisa. Él estaba pletórico. Abrió la caja y vio una pulsera con la palabra “patito” grabada en la parte trasera de la misma. Se llamaban así porque decían que tenían los culos respingones.

—Pensaba que me ibas a pedir matrimonio. —dijo ella fingiendo estar bromeando.

—Más adelante. —respondió él sin mucho convencimiento.

—Me encanta. Es una pulsera preciosa. Te quiero, patito. Júrame que tú a mí también.

—¿Lo dudas? Si no hago más que demostrártelo.

—Llevas razón… —contestó ella con melancolía.

Podría haber comprado la pulsera ese día en la joyería ¿Pero qué joyero habla así a un cliente? ¿Por qué hablaban por WhatsApp? Si era una chiquilla. Teresa estaba tan confundida… Lo mejor sería dejarlo pasar y seguir atenta a él y a su móvil.

33. ESTADO CIVIL: DIVINAS DE LA MUERTE

Ese fin de semana, hicimos una cena en *MeToo,* un restaurante japonés, para celebrar el veintiocho cumpleaños de Tere. Nos unimos las divinas con nuestras parejas y "los mojitos". Lo pasamos en grande.

Tere, emocionada, nos dijo que había conocido a la familia de Álex. Ella me pidió que fuéramos al baño. Sabía que tenía algo que decirme. El baño era como un confesionario al que acudíamos cuando queríamos contarnos algo en privado si estábamos con más gente.

—No sabes la tranquilidad que sentí cuando Susi, la madre de Álex, al ver la pulsera, dijo: "es que Almudena tiene cosas preciosas." Obviamente, pregunté quién era Almudena, haciéndome la sueca. Resulta que es amiga íntima de Susi.

—Joder tía. Si es que somos unas tontas…— contesté.

—Al parecer, la tal Almudena, llama a Álex "buñuelito" desde que era pequeño porque tenía la cara muy gordita y redonda. La cosa es que la hija de la joyera también se llama Almudena. —siguió contándome Tere con alivio.

—Bueno, entonces tienes que estar tranquila y confiar en Álex. —le dije yo con una gran sonrisa.

A mí me gustaba que nos pusiéramos las chicas por un lado y los chicos por otro. Me encantaba mirar hacia el otro ala de la mesa y ver que los chicos estaban riéndose y haciendo migas los unos con los otros. Me fascinaba ver a Santi integrado en el grupo.

Cuando Tere contó que había conocido a la familia de Álex me dio un poco de envidia. Santi conocía a mi familia y yo aún no había conocido a la suya. Le había reiterado en varias ocasiones que invitara a casa a sus padres, pero no lo hacía. Algún día que se había ido a comer con ellos, le había insinuado que yo quería ir, pero él parecía evadir el tema. Me daba la sensación de que no quería que les conociera. No me lo tomaba a la tremenda como un problemón, pero no entendía por qué no le apetecía que

yo les conociera. Él no me decía nada, pero yo lo notaba. Lo intuía. Él me sonreía y escurría el bulto con delicadeza y mi interior ardía.

Lolo no pudo venir al cumpleaños de Tere. Le tocaba cerrar *Mandala* y le fue imposible, pero le mandamos muchas fotos.

Volver a ver a Rodri fue un tanto extraño. Llámalo intuición de mujer, sexto sentido o que conozco a mi amiga… pero yo notaba que Elisa no estaba totalmente segura de haber vuelto con él. Se estaban dando una segunda oportunidad, pero ¿hay segundas oportunidades para los sentimientos? Hay cosas que no se pueden forzar y yo sentía que ella estaba intentando volver atrás, borrar el tiempo que había pasado y eliminar de un plumazo el sufrimiento de aquel final. Esa relación había hecho mella en Elisa y solo ella podría descubrir si existía la posibilidad de volver a ser la Elisa de cuando tenía *veintipocos* años.

Casi obligué a Luna a que contara lo de la casa nueva. Ella estaba en un momento muy bonito, junto al amor de su vida, su casa soñada y su trabajo nuevo. Nos reconoció que le estaba costando más de la cuenta hacerse con Izan. El hijo de Carlos no aceptaba a la nueva pareja de su papá. Ella intentaba jugar con él y consentirle. Intentaba ser comprensiva con la situación, pero le era muy incómoda. Cada vez que el niño estaba con ellos, ella sentía que no estaba en su casa. Izan no quería nada con Luna.

—Sé que es un niño, pero para mí no es agradable que cada vez que me ve, se pille un berrinche. Ya lleva viéndome unos meses y deberíamos ir a mejor y yo no veo mejoría. —nos confesó Luna todo lo bajito que pudo para que Carlos no le oyera.

—Tiene que ser complicado. Él sentirá rabia y la paga contigo. —comenté yo.

—Llévatelo a tomar un helado. Tienes que crear lazos con él. Tienes que hacer que te vea como su amiga. —propuso Megan.

—El otro día me lo llevé a la compra y me miraba fatal. No me dirigió la palabra. Siempre con mala cara. —dijo Luna.

—¿A la compra? Es que tú también eres la pera. —añadió Vane.

—¿Pero cómo te lo llevas a la compra, Luna? Te lo tienes que llevar a un sitio que a él le guste. —apuntó Tere.

—Yo qué sé. —se rio Luna. —Me lo tenía que llevar. Su padre estaba trabajando y no le iba a dejar solo en casa.

—Es que después del supermercado deberíais haber hecho alguna actividad de niños. —opinó Elisa.

—Como sabéis tanto, la próxima vez os lo lleváis vosotras a donde os parezca, eh, guapas. —nos dijo Luna simulando enfado.

Tere y yo les contamos a las chicas que Maks le había pedido matrimonio a Claudia.

—Eso sí, después de pedirme que compráramos un pajarito. —añadió Claudia entre risas.

Megan, Claudia y yo nos hicimos una foto donde enseñábamos nuestros anillos de prometidas.

—Aprovecha ahora, Megan, que en tres semanas serás una señora casada. —gritó Carlos desde la otra punta de la mesa.

—Callaaaaa. Estoy muy nerviosaaaa. —le contestó ella con el mismo tono de voz.

—¿Cómo van tus nervios, Miguelito de la Roda? —le pregunté yo.

—Bien, muy bien. Ahora lo que más nervioso me tiene es la despedida. —dijo él agitando sus manos mirando a los chicos.

—Se la van a hacer el próximo fin de semana. —nos susurró Megan. Nosotras nos miramos cómplices, puesto que ya lo sabíamos.

Hicimos cuadrar la despedida de ambos al mismo tiempo. Dos semanas antes de la boda. Obviamente, Lolo vendría a la nuestra y no a la de ellos.

Vane estaba irreconocible. Babeaba por Álvaro y babeaba por la vida. Iba como un poco pasada de medicación. A veces, por nada, se partía de la risa y no había forma de que parara. Pero esa Vane nos gustaba mil veces más que la Vane triste.

Después de pegarnos un buen atracón comiendo todo el sushi que pudimos e inflarnos a las *gyozas* más ricas de la ciudad, fuimos a mover un poquito el esqueleto a la zona de la calle Castaños. El calor de los *pafetos* se hacía insoportable y el olor combinado entre sudor y pedo, ya ni te digo. Más de uno aprovechaba el gentío para tirarse un buen cuesco. Me incluyo. Me parecía muy divertido que entre *perreo* y *perreo* se escapara algún que otro *punete* y la gente se quejara del olor. *Contando lunares* de Don Patricio, *Despacito* de Luis Fonsi, *Calma* de Pedro Capó o *Mujer Bruja* de Lola Índigo, eran algunos de los temas que más nos gustaban para bailotear. Nos encantaba sabernos la letra y seguir a Tere en sus coreografías, a las cuales se terminaba uniendo media discoteca. Siempre con nuestro ginebra rosa con *Sprite* en la mano*, of course*.

De vuelta a casa, en el coche, le saqué el tema de su familia a Santi. Llevaba el *come-come* en la cabeza desde la cena y con la alegría del

alcohol no intenté, ni un instante, contenerme para hablar de ello.

—*Mirincito*, nos vamos a casar. —introduje así el asunto.

—Ya lo sé, pequeñaja. Y estoy muy feliz. Yo nunca había deseado casarme y contigo me muero de ganas. —dijo él sin dejar de mirar a la carretera.

—¿Tus padres no te piden conocer a tu futura mujer?

—Ya estamos con que la abuela fuma. —dijo con hartura.

—Mi vida, es que es un poco raro que no quieras que les conozca.

—Estoy un poco harto de este tema. —contestó empezando a enfadarse —. Te los presentaré cuando se pueda.

—En menos de un año vamos a ser marido y mujer, Santi. ¿No piensas que es normal que quiera conocer a mis suegros?

—Mira, Lucía. Te lo voy a decir, porque si no, no vas a parar.

—Procede, por favor. —le animé temiendo su respuesta.

—Ellos no quieren conocerte. Mis padres adoran a Carola y no aceptan que yo esté con otra persona y mucho menos que me vaya a casar el año que viene con alguien que no es ella. Para ellos está siendo muy duro. Son un poco tradicionales y hasta hace poco me iba a casar con Carola. Tienes que darles tiempo.

Me quedé muda. Abrí mis verdes ojos y me dediqué a otear el paisaje por la ventana.

—Entiendo que no te haya gustado esta explicación. Por eso mismo no te contaba nada. Piensan que te has metido entre Carola y yo y que yo abriré los ojos. Piensan que recapacitaré y volveré con ella. No quería que escucharas esto. Son mis padres, Lu.

—Joder. Me has dejado chafadísima. ¿Ves cómo sí tengo que competir contra Carola? —dije sin mirarle.

—A ver, chiquita, tú no tienes que competir contra nadie. Solo tenemos que darles tiempo a mis padres para que asimilen que mi relación con ella está totalmente terminada.

Vaya que no. Claro que tenía que competir. Carola era la novia de Santi desde hacía diez años. Carola era con quien se iba a casar en abril. Ellos no sabían que lo nuestro venía de largo. Ellos no sabían que yo no había roto ninguna relación. A veces me preguntaba si realmente esa relación estaba rota. ¿Me estaría ocultando algo?

Yo notaba a Santi totalmente seguro, le notaba conmigo, pero me causaba estragos que Carola estuviera tan presente y no solo para Santi,

sino también para sus padres.

¿Estaría siendo demasiado tonta consintiendo que ellos siguieran manteniendo contacto? ¿Debería pedirle que zanjara todo trato con ella? ¿Tendría que ser más estricta? ¿Debería imponerme más? A veces, seguía sintiéndome como “la otra”. A veces, seguía sintiéndome exactamente igual que cuando teníamos que esconder nuestra relación. ¿Serían paranoias mías o de verdad tenía razones para sentirme así?

34. EN LLAMAS

Nos pusimos las camisetas personalizadas que habíamos encargado. En la parte delantera había un dibujo de un hada con la cara de Megan y una frase que decía: “Ella se casa, nosotras bebemos”. En la parte de la espalda cada una tenía grabado su nombre y la fecha de la despedida (31-08-2019) junto a la de la boda (14-09-2019). Lo teníamos todo preparado. Tanto los chicos como las chicas, quedamos en la puerta de casa de Megan y Miguel a las ocho de la mañana para darles la sorpresa en conjunto. Lolo no quiso venir. Dijo que más tarde se uniría a nosotras, antes de salir hacia Jávea. No entendíamos por qué, pero habíamos notado que cada vez que hacíamos planes con los chicos, él nunca quería venir. Siempre se inventaba alguna excusa. Él no era partidario de que fuéramos a recoger a Megan al mismo tiempo que nuestras parejas recogían a Miguel. Los argumentos que daba eran muy débiles.

Para poder ausentarme del trabajo ese fin de semana, volví a llamar a Clara, mi compañera de la carrera. La vez anterior lo había hecho muy bien y poco debía explicarle. Si Rebeca, la directora, no volvía pronto, yo iba a necesitar ayuda. Cada vez que hablaba con Rebeca, me decía que no quería dejar a sus niños con una cuidadora y que prefería ser ella quien les educara. Ya llevaba unos meses sin sueldo y había oído que los jefes le iban a pedir que tomara pronto una decisión: o volver a trabajar o dejar la empresa.

La cara de Megan fue un auténtico poema. Miguel nos abrió la puerta y le pedimos silencio. Sigilosamente, fuimos a la cama, donde Megan dormía. Allí, nos abalanzamos todos sobre ella y comenzamos a gritar. Menos mal que está grabado en vídeo y, aún hoy, lloro de la risa cuando lo reproduzco. Les llevamos el desayuno: café, bollos, galletas… de todo. Después de desayunar, les dimos veinte minutos para que se hicieran la maleta.

Recogimos a Lolo y allá que nos fuimos. Ellos con destino a Granada y nosotras con destino a Jávea. Éramos siete, por lo que fuimos en dos coches. En el mío y en el de Eli. Estábamos todas muy ilusionadas, las

siete. Lolo era una más, con sus tonterías y su buen humor. Vane reía sin cesar, sin rastro de pensamientos derrotistas. Eli cantaba y gritaba al son de cualquier canción que sonara. Tere lo iba publicando todo en Instagram. Megan hacía todas las preguntas posibles, en busca de respuestas que le hicieran saber adónde íbamos. Luna bebía vino en una petaca. Y yo… yo me emocionaba de tan solo ver aquel numerito, de vernos juntas dirigiéndonos a una escapada, del sentimiento de unión…de nuestra amistad. Siempre me decían que yo era el pegamento, pero yo sabía que lo que teníamos era natural, una fuerza inherente a nosotras.

Una vez llegamos a Jávea, quedamos con una persona para que nos diera las llaves de la villa. La habíamos alquilado por *Airbnb*. Introdujimos los coches por una enorme puerta y los aparcamos en la entrada de la villa. Grandes figuras de piedra rodeaban una enorme fuente de ese mismo material. Nunca antes habíamos visto cosa igual. Era una de esas casas que salen en las películas de millonarios.

Entramos a un amplio y lujoso recibidor. Justo frente a la puerta, había una escalera curva a cada lado. Ambas llegaban al mismo punto, un distribuidor que dirigía a los ocho dormitorios. Cuatro de las habitaciones a un lado y cuatro al otro. Cada inmensa habitación tenía dentro un increíble baño. Cada una de nosotras eligió la suya y bajamos para seguir viendo la casa. De nuevo en el recibidor, a la izquierda, encontramos una cocina tan grande como mi casa actual. La cocina desembocaba a un tremendo terreno con altas palmeras, terraza cubierta, terraza descubierta, césped con hamacas, piscina, jacuzzi y una gran colchoneta para saltar. Una auténtica barbaridad. Volvimos a entrar por la cocina y a la derecha del recibidor, nos encontramos con un increíble salón comedor. La mesa era para dieciséis personas, igual que el sofá. La televisión sería de unas cien pulgadas. Ocupaba casi toda la pared. En el lateral del salón, descorrimos unas cortinas que cubrían un gran ventanal. Salimos y descubrimos que desde ahí también se podía acceder a la zona exterior de la villa.

Estábamos emocionadas y entusiasmadas en aquella villa de lujo. Después de recorrerla al completo, nos pusimos *la bikini* y nos metimos en la piscina, junto a una cerveza bien fresquita. Las risas iban y venían sin darnos tregua. Hicimos una barbacoa acompañada de más y más cerveza. Después, pasamos a los combinados que Lolo nos preparaba con mucho esmero (a Vane se lo preparó sin alcohol). Nos los bebimos con pajitas de pene. A Megan le dio un ataque de risa cuando vio que hinchábamos la

colchoneta para la piscina y también era con forma de pene. Lo estábamos pasando en grande.

Nos pusimos el modelito de gala y nos fuimos a un restaurante que tenía espectáculo exclusivo para despedidas de soltera. Allí, después de cenar, le dimos a Megan el regalo que hicimos entre todas. Una de sus ilusiones era ser maquillada por *Lara Blázquez MakeUp*. Ella era la maquilladora de moda en Alicante. Megan decía que era la mejor maquillando en el mundo de las Hogueras, la mejor maquillando a las novias… su referencia. Tanto así, que, cada vez que Lara Blázquez ofrecía algún curso, Megan asistía para aprender de ella. Pues bien, conseguimos que la propia Lara Blázquez maquillara a Megan el día de su boda. La cara de nuestra amiga nos lo dijo todo… no podía creer que otro de sus sueños fuera a hacerse realidad.

—No os podéis hacer una idea del regalazo que me acabáis de hacer, chicas. Lara Blázquez es la mejor maquilladora y me va a maquillar el día de mi boda… —dijo Megan emocionada—. Esta ronda la pago yo, mis divinas.

Empezaron a retirar las mesas para que la gente se animara al bailoteo. Al ritmo de *Con altura* de Rosalía, *Soltera* de Bad Bunny, *Dance Monkey* de Tones and I o *Se iluminaba* de Ana Mena, bailamos hasta las seis de la mañana. Megan tuvo que realizar diferentes pruebas: hacerse fotos con una mesa llena de chicos y conseguir que uno de ellos le pidiera el teléfono, besar la calva del primer calvo que pasara por allí, beberse el cubata de alguien de la mesa contigua… Megan hizo más de una prueba a regañadientes, pero finalmente consiguió el diploma a la mejor novia.

Amaneciendo. Con hambre. Con los pies ardiendo. Bueno, Lolo no. El tío iba en bambas la mar de a gusto. Esa divina no usaba tacones.

—Chicas, necesito un gofre con chocolate…mucho chocolate colgando… —dije yo casi sin poder vocalizar.

—¿Eso no será perjudicial para los pelirrojos como tú? —preguntó Lolo con guasa—. Luego dices que te crece el culo.

—Eres tontooo. —fui corriendo hacia él, pero me caí—. Ahora me tienes que llevar en brazos. —le pedí desde el suelo. En eso vino Elisa, avergonzada de que estuviera por los suelos y me cogió a *coscoletas*—. Gracias Eli, te quiero. Te quiero mucho. Sin ti mi vida no tiene sentido. Tú eres…

—Calla, mi vida. Siéntate aquí, que te voy a pedir el gofre. —me dijo ella con toda la dulzura que pudo.

—Lu, di que eres la amiga de Hanna Montana, porfa. —me pidió Tere a carcajada limpia.

—Soy la amiga de Hanna Montana, perdóneme usted. Soy la amiga de Hanna Montana, perdóneme usted. —canturreé a grito pelado sin importarme quién pasara por allí y Tere se reía. Más nos reímos cuando descubrimos a Eli tapándose la cara con el bolso. Se moría de vergüenza ajena ante nuestras tonterías.

—Eli, ¿tú no quieres ser la amiga de Hanna Montana? —le preguntó Lolo.

—Que alguien se las cargue, por favor. —rogó Eli colorada al ver que seguíamos gritando sin importarnos que la gente nos mirara.

Nos sentamos en los bancos situados frente al carrito de comida. Cada uno se pidió lo que más le apetecía y nos lo comimos en menos de un minuto. Engullimos.

—No sois nada divinas. —nos gritaba Tere, mientras le chorreaba por la boca y los dedos gran cantidad de la salsa de la hamburguesa—. Yo sí soy una divina.

—Chicas… —nos interrumpió Megan. —Me tendría que haber ido a Londres.

—Eso lo dices porque vas borracha, Meguin. —contestó Luna sin darle importancia.

—No. Eso lo digo porque me siento una inútil. No le digáis nada a Miguel, pero por un lado me arrepiento de no haberme ido. —confesó sin casi poder masticar su gofre de nata, toda manchadota.

—Te casas en dos semanas, cielo. ¿No quieres casarte? —preguntó Vane serena, quien se había bebido unos cien refrescos por no poder beber alcohol debido a la medicación.

—Claro que me quiero casar. Voy a tener la boda más bonita del mundo, ¿a que sí, Lu? —dijo Megan ebria.

—Sí, doy fe. —contesté como pude. Llevaba un melocotón de narices.

Nos terminamos la comida y nos dirigimos a la villa en autobús público. Menos mal que iba vacío, porque no pudimos hacer más el mono. El conductor estaría flipando. Eli le pidió disculpas cien veces y el señor no sabía si reírse o suplicar clemencia.

Nos despertamos a la hora de comer. Pedimos pizzas y nos las comimos en la terraza de la villa. Jacuzzi, piscina, saltos en la colchoneta, risas y más cerveza. No le dimos importancia a aquel comentario que nos había hecho

Megan, de hecho, ni volvimos a recordarlo. Pensamos que había sido un mero comentario bajo los efectos del alcohol. Una tontería más.

34. EL DÍA B

Que ni dormir pude esa noche. Dos semanas después de la despedida, llegó el día de la boda de Megan. De la ansiada boda de mi muñeca, como yo me refería a ella. Parecía yo la hija de la Pantoja de lo nerviosa que estaba. Santi ya llevaba más de treinta minutos esperándome en el precioso sofá turquesa de nuestro salón. Iba guapísimo con su traje azul marino, conjuntado a la perfección con su camisa azul claro y su pajarita azul marino con puntos de colores. Yo siempre le decía que la ropa azul hacía resaltar el azul de sus ojos. En verano, su pelo se volvía más rubio y parecía un auténtico guiri. A mí me encantaba.

Yo estaba en mi tocador terminando de maquillarme. Como siempre, en los labios mi pintalabios *SuperStay Matte* en color fucsia. Resalté mis ojos verdes y recogí mi odioso y anaranjado pelo en una especie de moño hecho con trenzas que había visto en un tutorial de YouTube. Llevaba un maravilloso vestido corto azul clarito con una franja horizontal blanca y otra rosa en la parte de la falda. Ceñido hasta la cintura y con vuelo por abajo. Lo conjunté con unos taconazos rosas, del mismo tono de la franja. Santi abrió la boca al verme entrar al salón. Era la primera boda a la que íbamos juntos y nunca me había visto tan arreglada.

La finca era increíble. Justo como Megan había soñado. Al llegar, vimos a Álex y a Tere. Radiantes. Vaya pareja de guapos. Él con un traje gris y camisa blanca. Ella con un vestido de dos piezas en color frambuesa. Ya te puedes imaginar cómo iba Teresa de maquillada… *una poquita*. Su larga y rubia melena recogida en una preciosa trenza que le hizo la hermana de Álex. Después llegaron Vane y Álvaro. Espectaculares. Ella con un vestido negro y amarillo. Él con un traje negro y camisa azul clarito. Se les veía muy felices y estables. Nos encantaba verles así. A la vez llegaron Luna y Elisa con sus respectivas parejas. Luna iba con un vestido largo en color crema con flores de colores y Eli con un vestido corto rojo. Increíbles. Ellos iban muy parecidos: ambos traje gris oscuro. Carlos con la camisa blanca y corbata gris y Rodri con la camisa rosa clarito y corbata de monigotes de

colores. Todas nosotras lucíamos un precioso colgante de *Bounik Jewels* que nos regaló días antes del enlace. Era un aro cogido a otro más pequeño, como símbolo de unión.

Cuando ya llegaron todos los invitados, vimos aparecer a Miguel. Tan guapo… Su traje era de *Sedka Novios*. Inconfundible. Yo le dije que allí lo encontraría. Los asesores del increíble espacio nupcial supieron sacarle el máximo partido. Era un traje granate totalmente de su estilo. Estaba nervioso y deseando ver a Megan. Minutos después, comenzó la ceremonia. Él esperaba en el altar con una hermosa melodía de violines en directo. Qué derroche de lágrimas. Sus labios sonreían y temblaban de los nervios y la emoción. De pronto, un cambio en la melodía nos indicó que la novia estaba a punto de entrar. Sonaba *Perfect* de Ed Sheeran. Las lágrimas de todos los allí presentes amenazaban con salir. Nos puso la piel de gallina verla entrar con su precioso vestido de *Sedka Novias*. Estaba claro. Solo allí podría haber encontrado ese vestidazo. Más de mil quinientos metros cuadrados de tienda en Elda, Alicante. Tres plantas unidas por una exuberante escalera de caracol, champán al entrar, asesores nupciales experimentados… los mejores. Yo siempre recomendaba *Sedka Novias* a mis novias porque de ahí salían siempre los mejores vestidos. El de Megan era de princesa con la falda de tul. El cuerpo de pedrería en tres colores: rosa, azul y blanco. Una auténtica pasada. Se ajustaba a su cuerpo a la perfección. Indudablemente, ese era su vestido. Su rubio pelo estaba recogido con una coleta rizada que adornó con un gran lazo de tul. De los hombros, en forma de capa, salía un kilométrico y precioso velo. Se notaba, había sido maquillada por Lara Blázquez. Estaba espectacular. En sus grandes ojos azules se podía ver el mar. Megan brillaba mientras caminaba por la alfombra de pétalos rojos hacia Miguel. Se sonreían con timidez y él no pudo contener las lágrimas cuando ella le alcanzó.

La ceremonia fue preciosa. Nuestras caras no estarían tan preciosas por haber llorado tanto. Intuíamos que el maquillaje había llegado a su fin.

Meses atrás, yo le hice a Megan una lista con todas las cositas que necesitaba comprar de accesorios y decoración nupcial: un bastidor como porta alianzas, un libro de firmas, bolsitas de arroz… en *Una Boda Mágica* lo personalizan todo. Con mi experiencia, yo sabía dónde adquirir, al mejor precio y con la mejor calidad, todas estas cositas que marcan la diferencia en una boda. Ella se limitó a elegir el modelo que más le gustaba de todo lo

que yo le había puesto en la lista. Y allí lo vi. Esa elegancia y esas preciosidades solo podían ser de *Una Boda Mágica.*

Esa boda había sido preparada con mucho amor y se notaba en cada uno de los rincones de aquella impresionante finca. Comimos bajo una gigantesca carpa. De primero *vichyssoise*, de segundo solomillo con patatas confitadas y un sorbete de melón intercalado entre el primero y el segundo. De postre milhojas de crema de avellanas. Qué buen gusto el de mi Meguin. Todo estaba riquísimo. Ellos cortaron la tarta en la que reinaba un increíble *tooper* personalizado. También de *Una Boda Mágica*. Después del corte, sonó una preciosa canción de Laura Pausini, *La Amistad*, con la que Megan y Miguel se dirigieron a nuestra mesa para entregarnos una rosa a cada una de nosotras. Hala, el maquillaje al infierno. ¡Cómo lloramos! Qué afortunadas nos sentimos en aquel momento. Yo sabía que su mirada escondía algo. Se le veía muy feliz, aunque con un pero. No sabría decir qué era aquello que yo percibí en sus ojos, pero me parecía un grito. Imaginé que serían los nervios.

Los chicos se fueron a mantear a Miguel y nosotras aplaudíamos con energía desde nuestra mesa. Santi había dejado su móvil encima de su silla y vi que se encendía la pantalla. Carola hasta en la *vichyssoise*. Cogí del brazo a Tere y casi en susurros le dije:

—Tía, es Carola. Acaba de enviarle un WhatsApp a Santi.

—Tenemos que leerlo. —me propuso ella casi exigiendo.

Mi niño… te echo tanto de menos. Sé que tú tienes otra vida y perdona si hago como que no te he perdido. Me duele aceptar que ya no estás conmigo y no puedo dejar de pensar en ti. Tengo tanta sed de ti que me cuesta respirar. ¿Aún recuerdas las noches de amor que nos dimos?

—Escúchame, Lu. Esto es de una canción de Cristian Castro, se llama *Lloviendo estrellas*. —me dijo Tere flipando el colores.

Yo estaba temblando. Dejé el móvil donde estaba y buscamos la canción. Efectivamente. La había versionado un poco y allí que se la había cascado. No me había dado tiempo a leer mensajes anteriores, pero tenía muy claro que Carola iba a intentar volver a recuperar a mi prometido y no me daba la gana. Tenía que hacer algo para que le dejara en paz. Sabía que hasta que ella no se fuera completamente de su vida, yo no podría empezar la mía.

Después de comer llegó Lolo. Decía que no le era posible librar en *Mandala*, así que llegó sobre las seis de la tarde, directo al baile. No quiso

que le presentáramos a nuestros chicos y no nos dio ninguna explicación.

A mí se me pasó el enfado del mensaje de Carola. No quise que Santi borrara de su cara esa sonrisa que tan enamorada me tenía. Ese estaba siendo un día perfecto y yo no quería estropearlo.

Bailamos hasta que nuestro cuerpo aguantó. Comimos todo lo que nuestro estómago aceptó. Bebimos todo lo que nuestro hígado pudo filtrar. Y yo brindé por Vane como cien veces.

—¿Me puedo llevar a Coque a mi casa? —preguntaba Luna sin parar, que ya no sabía ni cómo se llamaba de la melopea que llevaba mi chica.

—Amor, ¿con Rodri bien? —le pregunté a Eli al oído.

—Sí, muy bien. —contestó sin mucha euforia.

—Uy, tú no estás bien, *pariño*. —añadí sin casi poder tenerme en pie.

—Echo de menos al Rodri y a la Elisa del pasado. No somos los mismos y nuestra relación tampoco. Estamos intentando que vuelva a ser lo de antes, pero… no sé si lo estamos logrando. —respondió ella a bote pronto con los ojos encharcados.

—¿Pero esto que me estás diciendo lo has hablado con él? —pregunté con preocupación.

—Olvídalo, Lu. Es el alcohol. —dijo antes de irse a bailar.

Sabía que lo que me había dicho no era fruto del alcohol, sino fruto de la honestidad del alcohol. Ella se sentía así, buscando en el presente las sensaciones del pasado. Ni alcohol ni leches.

Dos días después, Megan y Miguel partieron a su luna de miel. Se fueron a Indonesia durante dos semanas. ¿Comerían perdices?

35. A DESTAJO

Veía a Santi tumbado en el sofá sonriendo mientras hablaba por WhatsApp. Podría ser un amigo, un compañero de trabajo, su primo del pueblo… pero yo apostaba por que estaría hablando con ella. Carola no estaba de cuerpo presente pero era un fantasma que nos perseguía allá donde fuéramos y a mí me daba mucho miedo. El fantasma de Carola me aterraba. Me senté a su lado y dejó el móvil a un lado para abrazarme.

—Cariño, ¿con quién hablabas? —pregunté con mucho amor y mucho miedo.

—Con Carola. Me estaba contando que su padre ha conseguido trabajo y que poco a poco me irá devolviendo el dinero que me debe. —lo sabía, siempre ella.

—Qué risa. —solté con sarcasmo—. Entonces imagino que cuando te lo devuelva, ya no tendréis que seguir hablando, ¿no?

—¿Por qué dices qué risa? —Santi me miró de reojo.

—Porque estabas sonriendo. Entonces digo yo que eso sería muy gracioso. Yo no me he soltado carcajadas pero he estado a punto. He pensado en tirarme al suelo y todo para poder reírme a gusto. —esbocé una falsa sonrisa al mirarle.

—Pequeñaja, sé por dónde vas. Te conozco perfectamente. ¿Me puedes decir por qué te sienta tan mal que hable con ella? De sobra sabes que con quien quiero estar es contigo, te lo demuestro cada día. —expresó con hartura.

—Ha sido tu novia durante diez años. ¿No crees que es normal que me sienta insegura si sigues hablando con ella a diario? Es que no es un <qué tal vas> cada cierto tiempo. Habláis todos los días. —Me miró y me apretó a su regazo.

—Ella sabe que no tiene nada que hacer conmigo. Le está costando asumirlo, pero te prometo que yo le he dejado muy claro que solo podemos ser amigos. —dijo con tono dulce y tierno.

Mi teléfono interrumpió nuestra estupenda conversación. Fui corriendo a la cocina, donde se estaba cargando, pero no llegué. Era Luna. Acto seguido, me envió un mensaje.

Luna: <*Perri*, mi padre ha conseguido otro
trabajo, ya no necesito que sigas buscando
transportista en tu empresa, pero gracias
de todas formas.>

—Santi, ¿te acuerdas de lo que te dije del padre de Carola? Luna me dijo que su padre había perdido el empleo y me acaba de decir que ya ha encontrado otro. ¿Sigues pensando que es casualidad? —le dije mientras le enseñaba el mensaje de Luna.

—Madre mía. Demasiada coincidencia. —frunció el ceño.

—¿Coincidencia? Voy a descubrir qué pasa aquí y tú me tienes que ayudar. —sentencié.

Estuve pensando en la manera de descubrir qué ocurría, pero nos teníamos que arreglar para la boda de Maks y Claudia. Para mí ese día era importante por la boda y porque mi jefe me había dicho esa misma mañana que me quedaba definitivamente con el puesto de Directora de Protocolo y Eventos de *Palm Golf Resort*. Rebeca no quería volver al trabajo, ya que se quería ocupar personalmente de la crianza de sus niños.

Yo quería que fuera Megan quien maquillara a Claudia, pero estaba recién llegada de su luna de miel y se negó. Después de llorarle mucho a Lara Blázquez, conseguí que fuera ella quien lo hiciera. Tanto me gustó que le pedí que me maquillara también a mí para el día de mi boda. Organizar la boda de Maks y Claudia fue un auténtico caos, porque todo era a contrarreloj, a destajo. Hablaba con los proveedores y casi nada estaba disponible. Lo que más costó fue el fotógrafo. El vestido… madre mía. Menos mal que en *Sedka Novias* tenían un departamento urgente. Si no llega a ser por ellos, nos habría tocado reciclar el vestido de su primera comunión. También para esta boda conté con la ayuda de *Una Boda Mágica*. Hicimos los pedidos con envío rápido y todo salió a pedir de boca.

Como era una boda de noche, me puse mi vestidazo largo azul marino con pedrería. Tere fue con un increíble y brillante vestido amarillo. La primera boda de una de las parejas de “los mojitos”. Se habían convertido en imprescindibles para nuestra vida. Fue una boda muy especial. Claudia estaba realmente guapa y Maks, ni te cuento. Se dijeron el “sí, quiero” más

bonito de la historia. Se intercambiaron los votos más sentidos y honestos que yo había escuchado nunca. Y eso que yo había escuchado un potosí.

Todavía recuerdo como si fuera ayer su baile nupcial de *Dirty Dancing*. Aún puedo revivir aquella sensación cuando, en mitad de la cena, sonó la canción de *Héroe* de Mariah Carey. Maks y Claudia se dirigieron a nuestra mesa y le entregaron a Tere el ramo y a mí un marco que ponía "sois los siguientes". Eso lo ideó ella solita. Yo no tenía ni idea.

Mientras bailábamos, Álex recibió un mensaje en Instagram: "*Cuida de que Tere no beba mucho. En las despedidas de sus amigas no ha podido controlarse y ha acabado en la cama con un desconocido*."

—Álex, ni caso, tío. —oí que Santi le decía a Álex.

—Estoy harto, macho. ¿Quién coño manda estos mensajes?

—Álex, ella también los recibe. Si le hacéis caso, al final conseguirá separaros. —me metí en la conversación. —Ya te digo yo que no acabó en la cama con ningún desconocido. En la de Megan durmió sola y en la de Claudia estuve yo en su cama.

—Está claro que tú no me lo contarías. —me contestó.

—No dudéis el uno del otro, por favor. —rogué vehemente.

Acabamos a las cuatro de la madrugada, hasta donde nos permitió el dueño de la preciosa finca. Ese lunes, los recién casados se fueron a Tailandia durante doce días. Yo ya estaba pensando en mi luna de miel. ¿Dónde me gustaría ir?

—Pollito, ¿te apetece hacer un crucero por Dubái? —le pregunté a Santi mientras desayunábamos una mañana de martes a mediados de octubre.

—Nos casamos en junio y en Dubái hará un calor insoportable. Yo prefiero el Caribe, pececito. —me contestó con ilusión.

—Oh siii. Crucerito por el Caribe. Qué pasada. Pero eso son solo ocho días. Tenemos que pensar en algo más.

—Qué ganas tengo de verte vestida de novia. Lo pienso y me emociono. Ya nos queda poquito.

—Nos queda poquito y yo sin conocer a tus padres. —musité mientras carraspeaba.

—¿Qué dices tú, pollito pequeño? —vino juguetón hacia mí.

—Nada, nada, decía que te quiero mucho. —nos reímos.

Me hizo cosquillas por todo el cuerpo, me llenó de mimitos tiernos que se endurecían por segundos, me llevó a la ducha, donde tanto nos gustaba hacer el amor. Con el agua recorriendo nuestros cuerpos. Con las manos

deslizándose por cada milímetro de nuestra piel. Nuestras miradas se encontraban para gritarnos el más profundo deseo. Él me tocaba como nunca lo había hecho nadie. Hacía arder dentro de mí un fuego que palpitaba en mi entrepierna y me hacía ansiarle con exigencia. Con él todo era a otro nivel. Él me embestía hasta hacerme gruñir del placer. Satisfacía cada parcela de todo mi ser. Él me expresaba lo mismo con cada uno de sus alaridos, con cada uno de sus gemidos.

—Mi vida, mi chiquitina… quiero que conozcas a mis padres. Me da igual lo que digan. Vas a ser mi mujer en pocos meses y tienen que aceptarlo. —a bocajarro me lo soltó tras correrse.

Yo me puse contenta, vino a mí una ráfaga de seguridad que inundó todo mi cuerpo.

—¿Quieres que vayamos hoy mismo a tomar café con ellos? —insistió.

—Claro, mi amor. —contesté con saltitos en el sitio.

Nos dirigimos a San Vicente del Raspeig, donde sus padres vivían. Yo estaba nerviosa porque quería causar buena impresión. Santi abrió la portería con sus llaves, pero tocó en la puerta de la casa. Yo estaba un paso atrás de él agarrada de su mano. No quería que me soltara, sentía que solo tener su mano cogiendo la mía ya me salvaba de todo mal. Sentía más protección. Nos abrió su padre, Sinforoso, un señor ni alto ni bajo, con canas únicamente en la barba, con el pelo castaño claro y unos ojos pequeños y azules. Así sería Santi con treinta años más. Eran clavaditos. Serio, pero agradable, me dio dos besos y acarició mi espalda mientras tanto. Aquello me gustó. Anduvimos por un largo pasillo hasta la cocina, donde su madre, Hortensia, terminaba de decorar un bizcocho de almendras que olía de maravilla.

—Mami —anunció él de nuestra llegada.

—Hola, hijo. Ay, al final has venido acompañado de tu amiguita. —dijo la señora Hortensia sin mirarme ni un segundo.

—Mami, Lucía no es mi amiguita. Es mi futura mujer. —replicó Santi.

—Hola, Hortensia, ¿qué tal? Huele genial el bizcocho. —dije para romper el hielo entre ella y yo. Bonito nombre, quise decir.

—Sí, es el favorito de Carola. Va a venir luego. A ti no te conviene. —me contestó ella con una amarga dulzura.

—Mamá, por favor.

—Bueno, chicos, sentaos. ¿A ti cómo te gusta el café, Lucía? —me preguntó Hortensia observándome de arriba abajo.

—Cortado, porfa. —dije con voz de niña buena.

—¿Cómo es que vivís juntos y os vais a casar si os acabáis de conocer? —preguntó la intragable madre.

—Bueno, mami, es que nos conocimos hace varios años. Éramos compañeros de clase y estuvimos juntos cuando Carola y yo lo dejamos, pero luego pasó lo de su hermana y…

—Pobrecita, mi Carolita lo ha pasado tan mal… Cómo se te ocurre abandonarla. —se dirigió a Santi— Y a ti… cómo se te ocurre romper una relación tan larga… —se dirigió a mí.

—Horten, por favor. —intervino su padre para poner orden.

—Mamá, si no tratas bien a Lucía, me temo que nos vamos a tener que ir. Tienes que entender que es a ella a quien quiero y que mi relación con Carola estaba muy desgastada.

—Lo siento, niña. Pero cuesta cambiar de nuera así, de pronto, por las buenas.

—Te entiendo, no te preocupes. —respondí resignada.

Tomé el café más amargo de mi vida. Me gustó menos que el atún. Entendía que la mujer adoraba a Carola, pero tenía que respetar la decisión de su hijo. Yo no le iba a pedir que me quisiera ni quería ocupar su lugar, solo pretendía que me respetara y no me hiciera sentir tan incómoda en cada uno de sus comentarios y en cada una de sus miradas. Al marcharnos, Santi me abrazó y me pidió paciencia y tiempo. Solo esperaba que con eso bastara.

.

36. NAVIDAD (i)

En Navidad, Vane empezó a estudiar las oposiciones para auxiliar de enfermería. Álvaro no sabía por qué ella no quería regresar a la clínica. Ella alegaba que quería un sueldo más alto y más estabilidad de cara al futuro. No quería contarle la verdad.

—Bueno, mi nena, si eso es lo que realmente quieres, yo te apoyo. —dijo él dándole un besito en la mejilla—. Que sepas que me hace mucha ilusión que vengas mañana a cenar con mi familia.

—Me muero de la vergüenza, pero quiero estar contigo en Nochebuena. No sé ni lo que me voy a poner. —dijo ella haciendo un mohín.

—¿Quieres que vayamos al centro comercial y nos damos un caprichito?

—Síiii. —contestó con alegría.

Se vistieron y se marcharon pitando hacia el centro comercial. Compraron alguna que otra cosilla y pensaron en tomarse una infusión bien calentita. Él ya no proponía tomar cervezas ni nada que tuviera alcohol. Álvaro quería ir al ritmo de su chica y la acompañaba incluso en las infusiones o refrescos.

A ella le encantaba la Navidad. Todo decorado de dorado, verde y rojo. Todo brillante. Todo recargado. Ella homenajeaba a sus padres en esas fechas y, aunque les echaba de menos, les sentía más presentes. El centro comercial estaba llenito, no cabía ni un alfiler. Largas colas, altos precios y él. De pronto él. Acercándose a ella de la mano de una chica despampanante.

—Hola, Vanesa, cuánto tiempo sin verte. —saludó Ruper.

—Hola, Ruper. ¿Cómo estás? —contestó ella más seca que hecha de encargo.

—¿Estás bien ya? —preguntó él.

—Sí, estoy perfecta. Muchas gracias.

—Hola, yo soy Ruper. —se dirigió a Álvaro tendiéndole la mano.

—Hola. Yo soy Álvaro, el novio de Vanesa. —contestó Álvaro con desdén.

—Ella es Alba, mi novia. —Alba sonrió cuando Ruper la nombró—. Si os parece, podríamos quedar los cuatro un día y enterramos el hacha de guerra.

—No hace falta, Ruper. No hay nada que enterrar. No es necesario que quedemos. Ha pasado mucho tiempo y no tiene sentido. —contestó Vanesa tajante.

—Bueno, como quieras. Espero que ya estés bien. —respondió Ruper.

—Ya nos has hecho saber que sabes lo que le pasó, pero ahora está estupenda. Fue solo un bajón en su vida. No tienes de qué preocuparte. —intervino Álvaro con seriedad.

—Dios les crea y ellos se juntan. Vámonos, cariño. —añadió la novia de Ruper.

—Escucha, guapa. Si somos así con él, por algo será. Lo descubrirás en un tiempo cuando te sea infiel y te deje destrozada. —le soltó Vane a Alba alterada, antes de coger la mano de Álvaro y llevárselo de allí a toda prisa. —Joder, con lo tranquila y feliz que estaba yo, ya me ha jodido la tarde. No quiero tomarme nada, vámonos a casa. —le dijo a Álvaro con la cara desencajada.

—No. Tenemos que seguir haciendo lo que íbamos a hacer.

—Que no, Álvaro. Que ya no tengo ganas de estar aquí. Me quiero ir a casa.

Vane había cambiado. Te juro que todo le apetecía, todo le parecía bien… Se entregaba a todo aquello que hacía y valoraba la vida cada día. Pero Ruper era para ella lo que la luz a los vampiros. Odiaba a Ruper y eso no era ningún secreto.

De camino a casa lloriqueó un poco, pero luego se le pasó cuando Álvaro hizo fajitas para cenar. Las fajitas eran su debilidad. Cabe mencionar que el enfado se le terminó de pasar cuando él hizo que ella se corriera a chorros sobre el sofá.

~

Elisa, bajo presión, se fue a vivir con Rodri a un pisito que alquilaron cerca de las madres de ambos. A escondidas, muchas veces se escapaba a ver a Marcos, bien a su nueva casa o bien al bar *Eustakius*. Para ella, Marcos era su liberación, su desahogo, su calma… tanto así, que sentía

necesidad de él. Con Rodri no era lo de antes. Estaba siendo complicado volver a lo que tenían en el pasado, pero ella creía que todo era fruto de su destructora cabeza. ¿Por qué no había pensamientos destructores con Marcos? Él era la única persona que le hacía sentir paz mental. Él era su vía de escape, su vuelta a la calma.

La Nochebuena la pasaron cada uno con su familia. Lo hicieron así porque ella no quería llevar a Rodri a casa como su pareja. Bajo ningún concepto quería que su hermana se enterara de que estaban juntos ¿cuánto tiempo más lo podrían ocultar? Él empezaba a hartarse. Rodri quería contar la verdad y ella se negaba. Sabía que Martina se lo iba a tomar fatal y Elisa quería ahorrarle ese sufrimiento. Otra vez pensando en los demás ¿O no? ¿O no quería reconocer que lo que tenía con Rodri estaba en la decadencia?

—Bonita, entiende que si nunca lo hacemos oficial ante tu hermana, no podremos avanzar. ¿O no piensas casarte conmigo, tener hijos…? —se quejó Rodri en una de tantas conversaciones/discusiones por este tema.

—Uy, calla, calla. Me agobias. Acabamos de volver. Yo no estoy pensando en eso. —dijo ella con desgana.

—No sé, Elisa. No sé a qué juegas. —dijo él indignado antes de dar un portazo para irse a comer el día de Navidad con su madre y sin Elisa.

—Yo tampoco. —musitó ella para sí misma.

Ella, comió en su casa el 25 de diciembre y quedó con mi hermano para tomar café. A Rodri le dijo que la sobremesa en su casa estaba siendo muy larga y que llegaría para cenar.

—¿Por qué le mientes? —preguntó Marcos.

—Pues porque no quiero que se enfade.

—¿Pero a quién intentas engañar? ¿A él o a ti?

—Para ya de ser psicólogo, jodeeer. —dijo ella sonriendo mientras empujaba el brazo de Marcos.

Se miraron fijamente, sonriendo, diciéndose cosas en silencio con la mirada.

—Creo que te echo de menos… —susurró él.

—Joder, creo que yo también. —contestó ella a media voz.

—Vuelve, Eli. Yo quería que estuvieras aquí, sentada en las sillas que tú elegiste, tumbada en el sofá del que te encaprichaste, comiéndote las galletas que compro para ti…— siguió Marcos susurrando muy cerca de ella.

—¿Sabes qué? Nada me gustaría más. ¿O te crees que yo no quiero sentarme en las sillas que YO elegí, tumbarme en el sofá del que me encapriché o comerme mis galletas favoritas en esta terraza? —dijo antes de echarse un poco atrás, agrandando la distancia física entre ambos.

—¿Por qué te vas? Sigue aquí, cerca. —pidió Marcos.

—¿Así de cerca? —preguntó ella dejando sus narices juntas.

—No. Más… —susurró él antes de pegar sus labios a los de Elisa durante tres segundos—. Perdón, perdón. Tienes novio y tú y yo solo somos amigos.

Ella le miró, pensó y volvió a juntar sus labios con los de mi hermano. Sus lenguas se entrelazaron. Sus manos se buscaban. Sus respiraciones se agitaban. Sus latidos se aceleraban.

—Para, para, Marcos. Esto no podemos hacerlo. Yo…

—Lo sé, lo sé. Perdóname, por favor. Me he dejado llevar.

—Y yo… —se rieron ambos dándole un toque de humor.

Se quedaron juntos una hora más. Sin besos, pero con deseo de proseguir. Algo en ellos había cambiado. Su complicidad había alcanzado otro nivel. Con ese beso, traspasaron una barrera que les era muy difícil de obviar. Ella se fue a casa con Rodri más rayada que una patata, pensando en lo que había sentido con ese beso, reproduciendo en su cabeza la escena una y otra vez. Ese beso todo lo cambió.

~

Por su parte, Luna celebró la Navidad en su nueva casa con vistas al mar. Izan seguía sin aceptar a mi amiga y todo se volvía gris cuando él estaba allí. Pasaban los meses y la situación no mejoraba, incluso, te podría decir que iba a peor. El niño ensuciaba la casa adrede, decía que la comida tenía pelos, rechazaba todo regalo procedente de Luna… y así…todo así. Muy complicado y desagradable.

Llevaba un mes y algo sin rastro de menstruación, pero tenía todos los síntomas: dolor ovárico y lumbar, pechos sensibles…

—Amor, he traído una prueba de embarazo, sigue sin bajarme la regla.

—Claro, si llevo días diciéndotelo, pero como dices que sientes que te va a bajar… —contestó Carlos dando un golpecito a su lado del sofá.

—Estoy muy nerviosa, jooo. —dijo ella sentándose a su lado. Él le abrazó y se sonrieron.

—Qué feliz me haría que fuera positivo —susurró él apretando a Luna contra su regazo.

Luna orinó en un vaso de plástico e introdujo la puntita del test en el mismo. Esperaron cogidos de la mano, mirándose sonrientes, rogando que fuera positivo, agitando sus pies, mirando el prospecto… Desde luego, el mejor regalo que tuvo ella en esas navidades fueron esas dos líneas rosas…

—Es positivo, mi vida, es positivo. —gritó ella abrazando a su amado.

—Es positivo, ojitos. Vamos a ser papás. —contestó él con emoción antes de acariciar y besar su vientre.

En Nochebuena fueron a cenar con los padres de Carlos y allí les contaron la gran noticia. Cena en la que también estaba Izan. Lo hicieron así porque el padre de Luna tuvo que trabajar esa noche y no estaría en casa. Por esa razón, fue en la comida del día de Navidad cuando les dieron el notición a los padres de ella. Todos lo tomaron como una gran alegría. Todos menos Izan. Para él fue un auténtico disgusto. Lo que dijo ese niño no lo voy a reproducir, pero te lo puedes imaginar. Carlos intentó tranquilizar a su hijo y que lo recibiera como una buena noticia, pero nada… el niño estaba totalmente cerrado a tener un hermanito. Llegó a decir que ese niño nunca sería su hermano y que le daba asco… con eso te lo digo todo. Luna, incluso lloró. Le dolió mucho su rechazo hacia el bebé que llevaba dentro.

37. NAVIDAD (II)

Megan y Miguel pasaron su primera Navidad como marido y mujer. Eran muy felices. Esos que después de casi siete años juntos no habían perdido las ganas ni la pasión ni el amor… Esos que nunca habían sentido dudas. Esos que cada día se querían más. La pareja perfecta. Yo les miraba y me enamoraba de ellos.

Ella era una hija más en la familia de Miguel y él un hijo más en la de Megan. No había un solo detalle que pudieran reprocharse. Bueno, sí. Una cosa: que ella quiso irse a Londres y que él no accedió a acompañarla. Eso. En siete años, eso.

Al recibir la noticia del embarazo de Luna, Miguel le propuso imitarles. La reina de las *Converse*, en cambio, antes necesitaba encontrar un trabajo que parecía no llegar nunca. En su anterior empleo le cerraron las puertas y solo obtenía ingresos de sus clientas privadas. Era buena maquilladora y el boca a boca se extendía, pero no era suficiente. Él, como profesor de instituto, cobraba bien, pero tampoco era un sueldo como para echar cohetes. Era un sueldo que no estaba mal, sin más. De ahí había que pagarlo todo, y claro, el dinero se gastaba con mucha facilidad y a gran velocidad.

—Cariño, yo creo que no es el momento. Yo me muero por ser la mamá de tus hijos, pero yo tendría que tener un trabajo. ¿Qué clase de vida les vamos a dar a nuestros renacuajos? —contestó ella ante la petición de Miguel.

—¿Crees que viviríamos en la indigencia? —cuestionó él con sorna.

—No, el niño no, nosotros sí viviríamos en la indigencia. —se rio ella para quitarle importancia a su negativa—. Nos acabamos de casar, amor, no tenemos prisa. Vamos paso a paso, saboreando cada uno de los que damos. Vamos a disfrutar de nuestro recién matrimonio, ¿te parece?

Ella, tan fina y tan educada, con solo abrir la boca te llevaba a su terreno. Te hacía ser un fiel adorador de lo que ella contaba. Te hacía cambiar de opinión.

—Si, bueno, en eso llevas razón. Es que te quiero tanto… —contestó Miguel convencido de que esperar sería lo mejor.

~

Para Teresa se acabaron los ensayos y el tiempo libre. A mediados de noviembre empezaron las funciones, las giras, los viajes… Pasaba poco tiempo en casa, llegaba tarde y cuando estaba, solo quería descansar. Con esto, Álex empezaba a reclamar. Y, principalmente para él, los mensajes anónimos que recibían cobraban más fuerza y generaban más desconfianza en la pareja. Se prometieron no volver a leerlos y no hablar de ello. Ninguno cumplió lo primero. No se comentaban nada, pero ambos leían todos los mensajes. Los últimos mensajes para él hablaban de un tal Godo. Una vez, ella subió una foto a Instagram con un chico que se llamaba así. Lo que hizo que los celos se adueñaran de Álex. Descubrió que Godo era un guapo actor de la compañía de Tere. Al parecer, era bastante conocido en el mundo de la interpretación porque tenía miles y miles de seguidores en Instagram y muchísimos vídeos de anuncios de publicidad: que si una crema hidratante, que si una famosa marca de ropa deportiva, que si barritas energéticas…A todo esto había que sumarle que Teresa no pudo pasar la Navidad en casa porque estaba de gira con un musical en Castellón.

El nombre de Teresa Valero cada vez aparecía en más carteles, cada vez era más popular. Los seguidores de Instagram se multiplicaban por segundos, aquello crecía como la pólvora. Ajena a todo el cacao de Álex, ella estaba pasando por su mejor momento: estaba cumpliendo su sueño profesional y tenía un novio al que adoraba. Tere echaba de menos a Álex. Lo sé. Me consta. Le dolía no poder estar con él y con su madre en Navidad, pero estaba disfrutando y saboreando su etapa en la gira.

—Patito, te echo mucho de menos, ¿cuándo vienes? —preguntó él en una conversación telefónica.

—Jooo, me parte el alma estar separada de ti en estas fechas. No sabes cuánto te extraño. Vuelvo el 30 de diciembre, pero el 3 de enero me vuelvo a ir. Han confirmado las actuaciones de Peñíscola. —contestó ella entre melancólica y feliz.

—Joder, Tere. No pasas tiempo en casa.

—No me lo reproches, patito, porfi. Sabes que esto es una temporada de funciones y luego es diferente cuando estoy de ensayos. ¿Sabes que el otro día firmé mis primeros autógrafos? No puedes imaginar la de veces que he soñado este momento… cuando me rompí la pierna pensé que esto ya se quedaría en sueños y se está cumpliendo. —manifestó con absoluta felicidad.

—Me hace muy feliz oírte hablar con esa alegría.

Y de verdad se alegraba, pero Álex sentía que se estaban alejando. Recibir mensajes anónimos no ayudaba. El coste de oportunidad, pensó. Conseguir unas cosas renunciando a otras.

~

Definitivamente, yo seguía siendo "la otra". Pero no para Santi. Yo era "la otra" para su madre. La que lio la señora Hortensia en la comida de Navidad fue minina. Verás, te cuento. La Nochebuena la pasamos con mi madre y mi hermano. El día de Navidad fuimos a comer con sus padres. Con mi padre y mi abuela Rosa comimos en Año Nuevo. Hasta ahí todo bien. Bueno, bien es un decir… Tengo que confesar que su padre era agradable. No se mojaba mucho en sus comentarios, pero siempre me hablaba con respeto y cortesía. Hortensia de los huevos, sin embargo, cada vez que podía me enviaba algún dardo envenenado. También le encantaba decir que yo era la amiguita de Santi. Yo me tenía que morder la lengua para no saltar con un comentario de los míos. Era una mujer complicada, cuanto menos. Pues bien. Comimos tomates rellenos de atún, ensaladilla con atún, canelones con atún y unos sacos de hojaldre con atún y bechamel. Solo rogaba a los santos que el postre no llevara atún. Odio el atún.

—Mamá, te dije que no le gustaba el atún y absolutamente todo lleva atún. —dijo Santi sorprendido.

—Ay, cariño, perdóname. Pensaba que me habías dicho que le encantaba el atún. Lo siento, Lucía. —se disculpó Hortensia mirándonos.

—No pasa nada. Está todo muy bueno. —mentí.

—Si no has comido nada, pequeña. —me dijo Santi. Yo le toqué el muslo por debajo de la mesa para que no continuara.

—¿A ella también la llamas "pequeña"? —cuestionó la madre con falsa sorpresa.

—Mamá, a Carola no la he llamado "pequeña" en mi vida.

—¿No? Yo creo recordar que sí. Bueno, claro, en diez años la has llamado de todo: cariño, cielo, bombón…

—Horten, vamos a la cocina a por el postre. —interrumpió el padre. Quien, en ese momento, me pareció un salvador.

Yo me quedé muda. Mi sonrisa se fue de un soplido. Santi intentaba decirme que disculpara a su madre, pero yo negaba con la cabeza y le enseñaba la palma de mi mano para que no siguiera hablando. Después, en casa, lo hablaríamos todo.

La madre, sonriente, trajo una bandeja con los cafés y el padre, en sus dos manos, sostenía el postre.

—¿Lleva atún, señora? —ahí lancé mi primera bomba *suegril*. (Sangre hirviendo: modo ON)

—No me digas señora, bonita, que me haces sentir mayor. —dijo antes de emitir una pequeña carcajada.

Sonó el timbre de la casa. La madre se fue a abrir a toda prisa y Santi y su padre se miraron. Vi cómo el padre no mantuvo la mirada a su hijo. Conté los cafés y había cinco. Nosotros éramos cuatro. Oí unos tacones acercarse al salón, atravesando el largo pasillo.

—Holaaaa suegritooo. Feliz Navidaaad. —dijo una voz femenina que me resultaba familiar.

La cara de Santi empezó a descuartizarse y cayeron al suelo todos los trocitos. La mía, imagino que daría la misma sensación cuando me giré y vi a Carola frente a mí.

—¿Lucía? —preguntó ella asombrada.

—¿Os conocéis? —cuestionó la madre muy extrañada.

—Hola, Carola. ¿Qué tal? —me levanté de la silla para darle dos besos.

—Santi, ¿qué es esto? Suegri, ¿por qué está ella aquí? ¿Ha pasado algo con la boda? —nos interrogó Carola mirándonos a todos, aún de pie.

—¿Es que tú ya sabes que se casan? —preguntó el padre.

—¿Quién se casa? ¿Santi y Lucía? Me voy a sentar, que me tiemblan las piernas. A ver, Lucía es la organizadora de nuestra boda. Bueno, era. —dijo Carola queriendo ordenar sus ideas.

—¿Pero no os conocisteis en el instituto? ¿qué está pasando aquí? —preguntó la lianta de la madre.

—Mamá, no me ha gustado nada esto, ¿por qué has invitado a Carola? —preguntó Santi.

—Bueno, es que ella quería felicitarnos las fiestas y le he dicho que viniera hoy a tomar café porque su padre trabajaba y no iban a hacer nada especial. Además, tengo un regalo para ella. —se justificó la madre—. Ay, para ti no, Lucía. —me miró con tristeza.

—Yo creo que mejor me voy. —intervine incómoda.

—No, de aquí no se va nadie hasta que expliquéis qué pasa. —exigió Carola—. ¿Por qué está comiendo Lucía aquí el 25 de diciembre?

—Mirad, estoy harto de vuestras preguntas. Me enamoré de ella hace muchos años, cuando tú y yo rompimos —mintió Santi *una poquita*. Fue algo antes jem jem —dejamos de tener contacto cuando murió tu hermana y nos volvimos a encontrar el día que visitamos el sitio de la boda. Desde ahí no hemos podido separarnos. Es mentira que vivo en Murcia. Vivo con ella y nos casamos en junio. Hale. Dicho. Ahora sí, Lucía, vámonos.

—Esto no se va a quedar así, Santi. Tienes muchas cosas que explicarme. Y a ella también. Dile lo que me dijiste ayer, díselo. —pidió Carola exaltada.

Nos marchamos de allí a toda prisa. En el coche, Santi se disculpó por la escena. Estaba muy enfadado. Y yo también. Vaya *mamarracha* tenía como madre. Vaya cuervo de suegra me había tocado.

—Gracias por ponerte de mi parte. Ha sido muy incómodo. —le dije mientras llegábamos a casa.

—Encima te lo has tenido que tragar con patatas… qué disgustado estoy con mi madre. No respeta una mierda.

—¿Qué es lo que quiere Carola que me digas?

—Pff. Nada, no le hagas ni caso, quiere confundirte y que desconfíes de mí. —contestó con rotundidad.

—¿Seguro? ¿No tienes nada que contarme?

—¿Dudas de mí con lo que acabas de ver?

—No cariño… claro que no. —contesté totalmente convencida y tranquila.

38. YA VIENEN LOS REYES

Me sentía tranquila y apaciguada. Santi había dejado de hablar con Carola, aunque ella no hubiera dejado de hablar con Santi. Él ya no quería mantener ningún tipo de contacto con ella. Solo deseaba que terminara de darle el dinero que le debía y fin de la historia. Ella me llamaba de forma incansable, pero yo no contestaba. No tenía absolutamente nada que hablar con la ex de mi novio. La tenía bloqueada de llamadas y, por si las moscas, también de WhatsApp.

Santi puso en su perfil una foto conmigo y eso me dio más confianza. Más seguridad. Más paz. Más tranquilidad. Puso una que nos hicimos en París, justo después de pedirme matrimonio. Con la Torre Eiffel iluminada de fondo. Por fin todo estaba calmándose y yo sabía que, al menos para él, no era "la otra". Fuimos con mi padre y mi abuela a comer el día de Reyes. Mi abuela preparó el cocido madrileño que sabía que a mi hermano y a mí tanto nos gustaba. Me encantaba ver a los tres hombres de mi vida tan bien juntos. Habían conectado. Me sentía en familia.

Sin lugar a dudas, Santi era con quien yo quería pasar el resto de mi vida. Cada día me demostraba que me quería. Cada día me conquistaba. Cada día hacía que volviera a enamorarme de él. Todo parecía encauzarse. Ya nada se tambaleaba.

Después de comer, él recibió la llamada de un amigo y se fue con prisas. No le dio tiempo ni a explicarme qué pasaba. Me quedé un rato más con mi familia y, a media tarde, mi hermano me llevó a casa. De camino, me dijo que había quedado con Elisa y, aunque yo supiera lo que había pasado entre ellos, porque ella me tenía informada, me hice la sorprendida. Me encantó cómo me detalló su versión. Pero esa sensación era agridulce porque por un lado, él se sentía feliz por ese beso que significó una declaración de deseo por parte de ambos. Por otro lado, ella tenía novio y no quería que volviera a suceder.

—¿Por qué no venís a cenar a casa? Tengo pizzas en el frigo. Podemos celebrar la noche de Reyes juntos.

—Se lo pregunto y te digo. —contestó él con ganas.

Cuando entré en casa, Santi ya estaba ahí. Vino a la puerta a recibirme y me tapó los ojos con el trapo de la cocina.

—Pero pollito, coge otra cosa, por dios. Qué asquete.

—Bueno, ya te lo he puesto. —dijo nervioso.

—¿Qué pasa? —pregunté desconcertada.

—Han venido los Reyes, pequeñaja. —manifestó ilusionado.

Me llevó al salón con los ojos tapados y me sentó en nuestro precioso sofá turquesa.

—En menos de seis meses nos casamos. Quiero que le demos la bienvenida al 2020 como se merece. Es nuestro año y quiero que se cumplan todos nuestros sueños. —dijo a media voz.

Me destapó los ojos y frente a mí vi una caja grande con un lazo, medio abierta por la parte de arriba. Me asomé y vi a un cachorrito de Golden Retriver que estaba dormido. Me llevé las manos a la cara y quise llorar. De hecho, se me escaparon un par de lágrimas de la emoción. Me sabía mal despertar a ese bebé, pero necesitaba cogerlo. Abracé a Santi muy, muy fuerte. Le llené la cara a besos y procedí a coger en brazos al cachorrito color canela. Tan suave, tan bonito, tan tierno… el mejor regalo. Me lloró un poquito y le volví a dejar en la caja.

—¿Cómo quieres llamarle? Es hembra. —me preguntó entusiasmado.

—No lo sé, me pillas en frío y muy nerviosa. Tenemos que pensarlo. Tenemos que comprarle la cunita, la comida, los cacharritos para comer y beber, tenemos que…

—Mi vida, ya lo he comprado todo. ¿Cómo voy a traer a esta criatura sin que tenga dónde dormir o qué comer?

—Pero cuéntame todo, ¿dónde, cuándo, cómo lo has hecho sin que yo me diera cuenta? —pedí algo exaltada.

Él llevaba tiempo con la idea, por lo que un mes atrás, buscó por internet y dio con un chico que había tenido una camada de Golden Retriever. Contactó con él y le dijo que aguantara al perrito hasta ese día porque era un regalo para mí. Santi se informó sobre el pienso que tenía que comprar y todo lo que necesitaba para que el cachorrito lo tuviera todo antes de su llegada. Él lo compró todo y lo dejó escondido en el trastero de mi hermano. Marcos fue su cómplice. Él le llamó sin que yo me diera cuenta y Santi fingió hablar con algún amigo para poder irse antes. Mi hermano me retuvo en casa de mi abuela hasta que Santi le avisó de que ya estaba en

casa para no cruzarnos con él. Y tras Santi contarme todo esto, yo le regalé un mísero reloj que quería que estrenara el día de la boda. Digo mísero porque al lado de su regalazo, todo regalo material se quedaba a la altura del betún.

Envié a mis divinas varias fotos de mi pequeña bolita de pelo, pero resultó que todas estaban al tanto y estaban deseando que llegara el día. Acto seguido, Elisa me llamó emocionadísima para decirme que aceptaban la invitación de la cena. Se moría por conocer a la bebita. Tanto llamarla así, empezó a gustarme.

—Peque, ¿te gusta el nombre Bebi? Viene de bebita. —dije con voz de niña pequeña.

—Claro que sí, mi reina, la bebita ya tiene nombre. Se llama Bebi. —me contestó emocionado con una sonrisa enorme.

A los quince minutos aparecieron Marcos y Elisa. Ella entró cual terremoto hacia el interior de mi casa. Me dio un rápido beso en la mejilla y se fue en busca de Bebi. La perrita estaba debajo de la mesa de centro, imaginamos que buscando sentirse protegida en un sitio desconocido para ella. Elisa la sacó de ahí y la cogió en brazos.

—Nena, huele fatal. —dijo Elisa riéndose—, pero es tan bonita. Tiene un color precioso. Lu, ¿te has fijado en que es pelirroja como tú? —todos nos reímos.

Mi hermano también manoseó un poco a Bebi. Pero poco, porque Elisa quería tenerla entre sus brazos todo el tiempo.

—Oye, esos dos están muy juntitos, ¿no? —me dijo Santi en la cocina cortando *fuet*, mientras ellos seguían en el salón.

—Ya sabes, amor, la amistad, cuando es pura y verdadera…

—Venga, va. La amistad, dice… —me interrumpió guasón.

—¿Ayudo, amor? —vino Eli saltarina y contenta.

—Pues mira, sí, coge esas uvas y ese queso y pon en cada palillo una uva y un trozo de queso. —le propuse.

—¿Qué invento es ese?

—Te va a encantar, ya verás. —le guiñé un ojo. —Uva y queso sabe a beso.

—Por cierto, ¿te ha contado Luna que el otro día sangró?

—No me digas… no sabía nada.

—No pasa nada, eh. Todo está bien. Pero le han pedido reposo absoluto, así que trabajará desde casa porque no puede ir a la oficina, ni tener estrés,

ni cargar peso…

—Uy, pues yo pensaba darle un buen disgusto. Creo que he descubierto una cosa muy fuerte, pero aún no estoy totalmente segura.

—¿Qué pasa, Lu? Cuéntamelo, por favor. —me rogó preocupada.

—Pues es que no quería deciros nada hasta saberlo con certeza, pero necesito apoyo logístico.

Le conté que creía que el padre de Carola y el padre de Luna eran la misma persona. Le detallé por qué lo sospechaba. Elisa se quedó totalmente impactada, casi sin habla. En eso entraron los chicos a preguntarnos si nos quedaba mucho tiempo para terminar nuestra tertulia y ella miró a Santi fijamente.

—Oye, Santi, tú no tendrás una foto en la que salga el padre de Carola, ¿no? —le preguntó Eli.

—Pues seguro que tengo alguna, ¿por qué? —él me miró y yo asentí, como para decirle que Elisa estaba al tanto de todo.

Él buscó en su móvil y un rato después consiguió una foto en la que salía él.

—Él no era de hacerse muchas fotos. Lo odiaba. Pero mira, aquí tengo una. —Santi nos enseñó la foto y Eli se echó las manos a la cabeza.

—Dios mío. Es Paco. No tengo dudas. Es el padre de Luna. —dijo ella lentamente.

Mientras cenábamos, pusimos al día a Marcos e intentábamos trazar un plan que nos llevara a desenmascarar a Paco. Aprovechamos la cena también para darles las invitaciones de nuestra boda, que, por supuesto, eran de *Una Boda Mágica*. Yo miraba a mi hermano y a Elisa y ahí había tensión de la buena. Tensión traducida en deseo. Tensión traducida en sentimientos. Miradas cómplices que no podían esconder. Pullitas directas al centro de la diana. Y mientras tanto, Bebi jugaba con una bolita de pienso. ¿No éramos una familia magnífica los cinco juntos? Sí… muy bonita. ¡Rodri a la hoguera ya! (risa maligna).

39. BBQ

Como cada enero, Miguel y Megan reunieron a sus amigos para celebrar sus cumpleaños. Veintiocho ella y treinta y cuatro él. Hacía justo un año que conocí a Luis. Justo en aquel lugar. Justo por el mismo motivo. A excepción de Elisa, la última vez que había visto a mis divinas aún era 2019 y estábamos felices por volvernos a ver. Además, Santi y yo habíamos llevado las invitaciones de nuestra boda para entregarlas y todo apuntaba a que ese sería un día especial.

—¿Os habéis enterado de lo que está pasando en China? —preguntó uno de los amigos de Miguel.

—Algo he oído. Hay un virus, ¿no? —le contestó Santi.

—Cosas de Asia… —dijo Luna con desdén.

—Están cayendo como monos. Al parecer es muy contagioso e incluso está causando muertes. —añadió Miguel.

—Bueno, ya será para menos. La prensa es muy sensacionalista. —replicó Álex.

En la comida, brindamos por un 2020 lleno de proyectos, a tope de objetivos y repletito de metas cargadas de ilusión. Motivación modo *ON*. Todo se me desmoronó cuando vi que llegaba Luis con Darío. Clavé mi mirada en Megan y Santi me la clavó a mí.

—Meguin, ¿me acompañas a por la mortadela? —le pregunté con seriedad.

—No hemos comprado mortadela, Lu. —me informó Vane.

—Sí, al final sí. —le contesté.

Megan se acercó a mí y entramos en la casa.

—Lucía, no me mires así. Luis es amigo de Miguel. Y no te había dicho nada porque confirmó anoche. Por eso no ha venido a comer. —confesó Megan.

—Joder, tía. Después de daros los regalos, Santi y yo os íbamos a dar las invitaciones. –bufé un poco.

—¿Te crees que no sabe que te casas? Él le pregunta por ti a Miguel de vez en cuando…

—Es que mira que lo sabía. —me quejé. —Sabía que iba a venir.

Salimos hacia la terraza de la casa de campo, donde estaban los demás invitados.

—¿Y la mortadela? —me preguntó Vane.

—Se ve que al final no hay mortadela, Vane. —respondí pensando en que me tocaba saludar a Luis.

—Hola, Lucía. —me saludó mirándome de arriba a abajo—. ¿Qué tal? ¿todo bien?

—Hola, sí, todo bien ¿y tú? —me avergonzaron mis nuevos kilos.

—Enhorabuena. —se hizo un silencio—. Miguel me ha contado que te casas y que eres la directora de los eventos del hotel. Me alegro mucho.

—Muchas gracias, Luis. Rebeca ha decidido quedarse en casa para estar con sus hijos y yo me he quedado definitivamente con su puesto. —quise desviar el tema de la boda.

—Me alegro, de verdad.

—Los regalos, los regalos. —nos interrumpió Tere gritando.

Les regalamos un pijama de invierno a conjunto que les hizo mucha gracia. También, para Miguel compramos unas deportivas que Megan nos había chivado que quería. Para ella decidimos comprarle las nuevas *Converse* de bota y el vestido que llevaría en mi boda. Las divinas, junto a Claudia, irían con el mismo vestido. Lo compramos en *Sedka Novias*. Nos hicieron descuento por comprar seis. El vestido era realmente precioso. Lentejuelas granates en la parte de arriba con la espalda descubierta y falda larga de tul granate. Mis damas irían radiantes. Totalmente divinas.

Con la inesperada asistencia de don Luis, se me quitaron las ganas de entregar las invitaciones de la boda. Me acerqué a Santi para consultarle si las dábamos en otro momento, pero Tere volvió a hacer uso de su voz y gritó: “las invitaciones, las invitaciones”. Mi gozo en un pozo. Eli trajo la bolsa donde estaban las invitaciones y al unísono, nos canturrearon que nos besáramos. Santi y yo nos besamos y pude ver la cara de panoli que se le quedó a Luis al ver que me casaba con mi cliente, al que nos encontramos aquella vez en el *Burger King*. Con ese mismo que Carola planeaba su boda en *Palm Golf Resort*. <*So good*.>

Dimos las invitaciones a nuestros amigos, las cuales, venían con una pajarita granate para ellos, a conjunto con el vestido de sus chicas. Para

ellas, la invitación venía con un precioso collar de plata con un nudo, el cual compré en *Bounik Jewels*.

—¿Os casáis en *Palm Golf*? —preguntó Luis patidifuso—. ¿Aprovecháis la fecha que era para ellos? —señaló a Santi.

—No, será en otra fecha. Una que es especial para nosotros. —contestó Santi la mar de seco.

—Vaya, vaya… —musitó Luis.

—Haya paz, chicos… —intentó calmar Megan la situación.

—¿Especial? ¿Desde cuándo algo se hace especial en unos pocos meses? —continuó Luis algo alterado.

—¿Algunos meses? Por si no lo sabes, lo nuestro viene de bastante atrás, viene de hace varios años. El nuevo aquí eres tú, no yo. —respondió Santi en el mismo tono.

—¿A ti qué te pasa, Luis? Vienes aquí a joderme el día y encima te permites el lujo de ponerte a opinar a voz en grito. ¿No te alegrabas de que me casara? Se nota *una montaná*. —me dirigí a Luis con enfado. —Santi, vámonos. —dije enfadada.

—No te preocupes, gordi. Me voy yo. Tú quédate aquí zampando y haciendo crecer ese culo, que no veas cómo te estás poniendo, guapa. —me contestó Luis con mucha ira—. Felicidades, chicos. —miró a Miguel y a Megan. Con las mismas, se fue.

Todo ese buen recuerdo que me quedaba de Luis se fue con él cuando atravesó la puerta. Si había en mí algún minúsculo remordimiento o sentimiento de culpa por cómo hice las cosas con él, se calcinaron cuando él me contestó con insultos. ¿Qué pasaba si había ganado peso? ¿En qué le podía perjudicar a él? ¿Por qué tenía que darme ese golpe tan sumamente bajo? A él también le había crecido la barriga y se percibían claridades en su cabeza, pero no hice referencia a ello porque no venía a cuento. ¿Él qué sabrá el motivo de mi aumento de peso? Sí, había cogido cuatro kilos y todos ellos se habían instalado en las caderas. Estar sentada en el despacho tantas horas y comer cada día el menú que me ponían en el hotel traía consecuencias. Intentaba que la carne no tocara la salsa, intentaba no tomarme el postre e intentaba que nada fuera frito. Pero no siempre lo conseguía.

—Es un gilipollas, no le hagas caso. —vino Tere a consolarme.

—No sé a qué narices ha venido este ataque tan gratuito. Es un usurero. —me susurró Megan.

Vi que Santi estaba recogiendo nuestras cosas. Le asentí cuando nos miramos. Queríamos irnos de allí. Él había dejado de estar a gusto y yo también.

—Bueno, chicos. Siento que hayáis tenido que presenciar esta escena. —me dirigí a todos—. Es tarde, mañana trabajamos y se nos ha esfumado el buen rollo, así que nos vamos a casa. Pasadlo bien. —lancé besos al aire y Santi se despidió con la mano.

Santi puso su brazo derecho sobre mi cintura, pegándome a él y dándome besitos en la sien.

—No estás gorda, monito. Eres preciosa y para mí, la mejor. Ni se te ocurra rayarte por esos comentarios tan mezquinos y tan llenos de crueldad. En sus palabras solo había rabia. —me dijo Santi con toda la ternura que pudo.

—No te preocupes, estoy bien. Sé que lo ha dicho con la intención de hacerme daño, lo he visto en su mirada y lo he notado en su tono de voz. —mentí cuando dije que estaba bien, pero le sonreí para que me creyera.

Nos fuimos a casa. Nos duchamos y nos quitamos el olor a brasas y a chistorra. Mientras yo jugaba con Bebi, le daba vueltas a las palabras de Luis. Era consciente de que albergaban mala intención, pero eran ciertas. Yo lo sabía. Lo notaba en los pantalones, incluso en los elásticos.

Hablé con Eli para que me hiciera una dieta que no llevara atún, a ser posible. A ella le encantaba y a todo le ponía atún, como mi "dulce" suegra. En pocos días debería ir a *Sedka Novias* para elegir el vestido de mi boda y quería verme radiante, sin fijarme en lorzas ni michelines. Tenía cinco meses de ahí a la boda para perder esos kilos que me sobraban.

Al final, los groseros comentarios de Luis fueron positivos. Él quiso destruirme y consiguió el efecto contrario. Esos comentarios solo me llenaron de fuerzas para coger el toro por los cuernos. Es verdad eso de que no hiere quien quiere, sino quien puede. Él no me pudo herir. Sin él saberlo, me fortaleció.

40. FANTASÍA VS REALIDAD

Mi madre y yo fuimos a recoger a mi abuela para ir a *Sedka Novias* a ver vestidos. Hacía mucho tiempo que ellas no se veían. Mi madre siempre hablaba maravillas de mi abuela. Se querían mucho cuando mis padres aún estaban juntos. Al principio, siguieron manteniendo el contacto, pero fue haciéndose inexistente con el paso del tiempo. Mi abuela era una señora entrañable y, para su edad, bastante moderna. Ella aceptaba que viviera con mi novio sin haberme casado, pero siempre me decía con gracia: "si tu abuelo estuviera en vida, otro gallo cantaría".

Yo tenía muy claro el tipo de vestido que quería. No podía estar más contenta. Las dos mujeres de mi vida subidas en mi coche de camino a Elda, donde se situaba el espacio nupcial más impresionante al que una novia podía asistir. Y así fue. Nos abrieron la puerta como a marquesas. Nos recibieron con champán y nos ofrecieron también café, agua, chocolates…Ahí empezaba mi propio cuento de hadas… Siempre haciendo que otras chicas lo tuvieran y por fin me tocaba a mí. Por fin iba a ser yo la princesa. Y es que justo así me sentí en *Sedka Novias*. Me hicieron pasar a un precioso probador que se dividía en dos mediante una cortina. Una mitad era para que esperaran mi abuela y mi madre. Muy cómodas ellas en el sofá, nada de una cutre silla. La otra mitad era para mí y mi asesora. Yo le dije todo lo que quería que llevara mi vestido y ella me sacó cada uno más bonito que el anterior. Captó a la perfección lo que yo necesitaba. Me asesoró sobre lo que mi cuerpo requería, para que yo me viera favorecida. Yo estaba subida en una redonda tarima y allí, mi asesora me ponía los vestidos con delicadeza. Con razón yo recomendaba siempre *Sedka Novias*… es un equipo maravilloso.

El primer vestido que me probé era rosa, con pedrería en la parte de arriba. Ajustado hasta la cintura y con falda de tul de princesa. Lo que sentí al verme vestida de novia fue… indescriptible. La asesora descorrió la cortina y mi abuela comenzó a llorar. Yo también me emocioné.

—Estás guapísima, Lucía. —dijo ella emocionada.

Mi madre tuvo que contener la emoción. Se levantó de aquel sofá y vino a mí para apretarme las manos. Le encantó. Lo vi en sus ojos y en su forma de sonreírme.

Me miré en el espejo y me gusté. Me gustó el reflejo que el espejo me devolvió. Vi a una princesa con un vestido rosa clarito y una larga cola. Con ese vestido sentí algo especial. Casi todas las novias decían que cuando llegaba el vestido, se sentía. Pensaba que no era cierto, pero lo sentí. Me probé más, pero ninguno como ese. Ese vestido superaba con creces lo que yo había soñado. Con él, no me llegué a ver ningún *michelín*, ningún kilo de más… me vi perfecta. Se ajustaba perfectamente a mi cuerpo, sacando mi mayor potencial.

No podía estar más feliz. Salí de *Sedka Novias* totalmente convencida de que ese era mi vestido. Pletórica de felicidad, respondí a mis chicas por el grupo "Tacones divinos". Había unos cincuenta mensajes y todos ellos hacían referencia a especulaciones sobre mi vestido. Megan, Tere y Eli estaban reunidas en *Mandala* y decidieron venir a verme a casa para que les contara cómo me había sentido. Obviamente, sabían que no iba a soltar prenda. No pensaba contar ningún detalle de mi vestido, pero podía relatar perfectamente mis sensaciones *princesiles*.

Serían las siete de la tarde cuando dejé a mi abuela y a mi madre en sus respectivas casas y me dirigí a la mía. Mis niñas se habían sentado en una terraza con estufas frente a mi portería.

—¿Y Vane? —les pregunté mientras me sentaba en una de las sillas.

—Se ha quedado en la biblioteca, dice que estaba muy concentrada y que mañana te llama. —contestó Megan rápidamente—. Pero déjate de rollos y cuéntanos. ¿Cómo es tu vestido? —me preguntó entusiasmada moviendo los hombros.

—Ahhh —puse cara de interesante y les enseñé las palmas de mis manos.

—Noooooo. Jopeee. Sabía que no nos contarías nada. —se quejó Tere haciendo pucheros.

—No os pienso contar cómo es de precioso mi vestido. —dije con falsa indignación.

—Bueno, cuéntanos al menos qué has sentido. —me pidió Eli con impaciencia.

—Buah, chicas, ha sido una experiencia brutal. Desde que he entrado a la tienda… ¿qué digo tienda?…mansión de ensueño.

—Joder, joder, yo quiero ir a *Sedka* aunque no me vaya a casar. ¿Qué os creéis? Aquí la princesa soy yo… —lloriqueó Tere.

—Oye, ¡ese es Santi! —exclamó Megan con cara de póker.

Me giré hacia donde miraban las chicas y vi salir a Santi de nuestra portería. Sonreí y me levanté para saludarle, pero Tere me cogió del brazo y me detuvo. Un árbol me había tapado a Carola, quien besaba la mejilla de mi prometido cuando me volví a girar.

—¡Esa es Carola! Les voy a decir cuatro cosas. —balbuceé.

—De eso nada, Lu. Tú te quedas aquí. Seguro que luego Santi te cuenta a qué ha venido esa tía. —me pidió Eli.

—¿Habéis pagado ya? —pregunté con la bombilla mental encendida.

—Si, ¿por? —contestó Megan.

—Levantaos, corred. Vamos a seguirles. No me pienso quedar aquí de brazos cruzados y poniéndome la cabeza como un bombo. —sentencié alterada.

—Nos van a ver, vámonos. —dijo Tere al ver que Santi y Carola cruzaban la calle acercándose a la terraza.

No daba crédito. No. No era posible. No podía ser que yo acabara de llegar tan feliz de comprar el vestido de novia y él hubiera quedado con Carola en la puerta de nuestra casa. Alucinante.

Las chicas y yo nos camuflamos tras una valla con enredadera artificial que separaba esa terraza de la terraza de la cafetería contigua. Santi y Carola se sentaron en una de las mesas. Nos movimos de tal manera que pudiéramos ver todo lo que allí acontecía. Fue una pena no poder escuchar nada. Santi se liaba un cigarro cuando ella le acarició la cara. Con esa caricia, mi corazón acabó en Marte. Ella le dio un sobre. Supusimos que era una carta con otra canción versionada de Cristian Castro.

—Hasta aquí, chicas. No voy a seguir mirando cómo tontean. Le voy a hacer las maletas y cuando llegue a casa va a encontrárselas en la puerta. —les dije llena de ira.

—Vamos a subir a tu casa y te tranquilizas. —me pidió Eli.

—No. No voy a seguir soportando estas cosas. Me tenéis que ayudar. —aseguré con decisión.

No había vuelta atrás. Eso era lo que necesitaba ver para, por fin, entender que no había ganado la guerra. Ya estaba harta de luchar contra el fantasma de Carola. Ya estaba harta de esa ruptura a medias. Ya estaba bien de entenderlo todo y de ser tan comprensiva. Santi no me daba el lugar que

yo le daba a él. Siempre él era mi todo, lo primero en mi lista de prioridades. Si él no podía hacer lo mismo conmigo, lo mejor era terminarlo en ese momento. No quería escuchar más mentiras y no quería más evasivas. Yo le había pedido a Santi en infinidad de ocasiones que no tuviera más relación con ella porque me hacía daño. Si a él le daba igual, quizá tendría que ser yo la que tuviera que tomar una decisión y darme el valor que yo merecía. Yo no quería ser la sombra de nadie. Ver aquello fue la gota que colmó el vaso. Mi vaso de espera, mi vaso de aguantar y aguantar, mi vaso de dar y no recibir… Hasta ahí ser tan idiota. Encima en la puerta de mi casa… pues sí, anda. En eso estaba yo pensando.

Cuando entramos en casa, fui derecha al altillo para coger una de sus maletas donde él trajo sus cosas. Saqué del almario su ropa e introduje en ella la que cupo. Cogí una bolsa y puse su ordenador, los cargadores y demás imprescindibles. Las chicas no me ayudaron. De hecho, sacaban de la maleta la ropa de Santi y me intentaban calmar. Pero yo estaba ida. Completamente fuera de mí. Yo me repetía una y otra vez que él estaba de cervezas con Carola y yo había ido a por el vestido de novia. Como una tonta.

A los veinte minutos él subió y se encontró en la entrada todas sus pertenencias. Le vimos entrar al salón con una de las bolsas en la mano.

—¿Qué significa esto, Lucía? —preguntó sin entender nada.

—Significa que ya no vives aquí. Significa que ahora tienes todo el tiempo del mundo para seguir teniendo citas con Carola. —contesté con rabia.

—Pero Lucía, yo te lo puedo explicar, ha venido solo un momento.

—Que no quiero saber nada. Ya no pienso consentirte ninguna más. Te lo he rogado de mil maneras y te la ha pelado. Vete de aquí, Santi. No te quiero volver a ver. —exigí.

Tere fue hacia Santi y se lo llevó a la entrada.

—Santi, Lu está muy alterada. Es que no te has cortado un pelo. ¿Cómo quedas con ella en la puerta de casa?

—Pero Teresa, es que lo puedo explicar. Si es que…

—No, a mí no me lo tienes que explicar. Déjale uno o dos días y la llamas. Tienes que tener en cuenta que viene de comprar el vestido de novia y el impacto ha sido fuerte.

—Joder macho. Yo no quiero irme. Yo quiero estar con Lucía el resto de mi vida. Te lo juro, Teresa.

—Has jugado con fuego, Santi. Ha aguantado mucho y tú no has sido claro. Tienes que ponerte en su lugar.

—No me lo puedo creer. —musitó, costándole trabajo tragar saliva.

—Porfi, déjanos a solas con ella. Llámala en un par de días.

Santi obedeció a Tere en contra de su voluntad. Las chicas se quedaron a dormir conmigo. Bueno, dormir es un decir. Las pobres soportaron mi monólogo hasta las tantas de la madrugada.

Me reproché cien veces haberme creído que lo nuestro podía funcionar. Me machaqué por crédula e ilusa. Armé en mi cabeza una película de miedo que era más real que todo lo que había vivido con él. Él podría haberlo hecho bien, pero yo no debí consentir ni la primera. Estaba claro, si él le había engañado conmigo… a mí me engañaba con ella.

Cenizas.

Vacío.

41. FUERA DE MÍ

Se acercaba San Valentín. A tenor de los comerciantes, el día de los enamorados. Para mí, el día de los que se echaban de menos. Cinco días sin él fueron mi tortura. Me dio tiempo a pensar en todo lo que nos falló. Todo lo que nos sobró. Todo lo que nos faltó. Recordé nuestras noches de frío con el pijama horrendo, algún que otro agujero y los calcetines por fuera. Recordé esos días remolones que pasábamos bajo las sábanas. Nuestros bailes tontos en la cocina mientras hacíamos la cena. Cada lágrima era un disparo al corazón, un puñal en el centro de mi alma que me destrozaba cada vez más.

Santi me llamaba y yo no podía contestar. Necesitaba más tiempo. No tenía nada que ver con querer darle un escarmiento. Esa no era mi intención. Mis emociones estaban revueltas y necesitaba sentir sosiego y tranquilidad para pensar con claridad. A veces, los bonitos recuerdos empequeñecían mi enfado y quería descolgar el teléfono para suplicarle su vuelta. Pero cuando venían a mí los momentos en los que me sentí en la sombra, me llenaba de ira y me rompía en pedazos.

—No me parece justo que no hables con él. —opinó Teresa una de las noches que durmió en mi casa.

—Es que no sé qué decirle. No quiero arrepentirme. Pienso en él y siento cosas muy contradictorias. —musité.

—Él dijo que había una explicación. Quizá sea verdad.

—Teresa… es que no es solo lo de la cafetería. No estoy así solo por eso. Es por todo. Desde el principio de nuestra historia estoy aguantando, estoy comprendiendo, entendiendo… Por él me he escondido, he mentido, he sido infiel a Luis… Me he pasado todo este tiempo en una segunda fila. Por fin he entendido que ella es la importante.

—Ya, si yo te entiendo. Pero, Lu, os vais a casar. Tenéis que hablar y sentar las bases de…

—No sé si nos vamos a casar. —le interrumpí —yo no sé si puedo seguir soportando esto, si es el tipo de relación que quiero para mí. No sé, incluso,

si puedo fiarme de él.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Desaparecer? —me preguntó.

—No… voy a llamar a Carola. En Navidad me dijo que Santi no me había contado la verdad. Que me la cuente ella. —Teresa negaba con la cabeza. No aprobaba mi idea y quise cambiar de tema—. Por cierto, ¿no deberías dormir en casa? Álex me va a coger manía. Se pensará que te tengo secuestrada. —me reí.

—Pff —Tere agachó la cabeza.

—¿Qué pasa? —pregunté asombrada por su reacción.

—Es que no sé lo que me pasa. Es como que no tengo ganas de estar en casa. Él es tan bueno y tan perfecto que no entiendo por qué no estoy loca por salir de trabajar y llegar a casa para estar con él. —confesó dudosa.

—¿Los mensajes tienen algo que ver?

—Pues sí, pero hay algo más. ¿Sabes qué? Estas navidades he cumplido mi sueño. He estado todas las fiestas fuera de casa actuando, firmando autógrafos, en sesiones de fotos, rodeada de famosos, conociendo el mundo de la interpretación desde dentro… y no echaba de menos tanto a Álex. Es como si yo estuviera en mi salsa y realmente no le necesitara. Se me partía el alma cuando él me decía que me extrañaba, que necesitaba abrazarme, que lo daría todo por que estuviera a su lado en el sofá. Y yo estaba feliz donde estaba. Él me reclamaba y yo no quería que esa etapa terminara.

—Dios… me has dejado de piedra. —musité.

—Uf. Y yo. Nunca lo había verbalizado. Me daba miedo por si lo hacía más real.

Así de bien de la cabeza estábamos Tere y yo. Con la tontería nos bebimos una botella entera de vino. De un buen vino blanco que me regaló mi madre para una ocasión especial. Acabamos borrachas y muertas de la risa de la situación que teníamos.

Catorce de febrero. Buena fecha para llamar a Carola para que me contara lo que ya anticipó el día de Navidad en casa de los padres de Santi.

< ¿Lucía?>

—Sí, soy yo. Carola, siento no haberte cogido el teléfono, pero no quería escuchar las verdades que tuvieras que decirme.

<¿Y eso que ahora sí las quieres escuchar?>

—Porque la curiosidad ha llamado a mi puerta. Sin rodeos, por favor, ¿cuál es esa verdad que Santi tenía que contarme?

<Me dijo que me seguía queriendo y que seguía siendo especial para él. De hecho, el otro día estuve en tu casa tomándome una caña con él. Bebi es preciosa, por cierto.>

Colgué. No necesitaba más detalles.

Me quedé sin habla. Eso era lo que me faltaba por saber. Carola en mi casa haciendo no sabía qué y jugando con Bebi. ¿Cuántas veces habría ido? ¿Habrían tenido sexo en mi cama? Mi mente era un terremoto que destruía cada uno de los pensamientos que por allí pasaban.

Yo: <Rescate urgente. Hay una divina en apuros. Decidme si podéis esta noche.>

Luna:<Ya sabéis que yo estoy de reposo.
Hoy Carlos llega tarde de trabajar,
¿pedimos pizza en mi casa?>

Yo: <Pues sí. Estaba cuidando la alimentación para la boda, pero ya no hace falta. A la mierda la dieta. Quiero cerdear.>

Megan: <A las 21 estoy allí, amores.
Pizzas guarras para todas.>
Tere: <Me apunto a la sesión de pizzas
guarras. ¿Llevo helado?>
Eli:<Allí estaré, mis divinas.>
Vane:<Y yo. Ya me rugen las tripas.>

Salí de trabajar y allí me estaban esperando todas. Lolo llegó más tarde. Nos pusimos de acuerdo con las pizzas que queríamos y mientras esperábamos, les conté los últimos detalles de mi telenovela interminable con Santiago Gómez, el velero. Ese que me había mareado todo lo que le había dado la gana y cuando yo más tranquila y estable me sentía, él me pegaba una puñalada tras otra. Ese. No sé cómo describirte ese sentimiento. Quizá es mejor si te digo que quería coger del cuello a Carola y a Santi como hace Homer Simpson con Bart.

A Luna se le notaba la barriguita de embarazada. Estaba de casi cuatro bonitos meses. Luna era feliz. Totalmente feliz. Solo deseaba que su pequeño Martín naciera sano y que Izan quisiera a su hermanito. Lo demás fluía como el agua. Quién la ha visto y quién la ve…

Tras contar mis hazañas *Santiaguiles* y desnudar mi alma frente a ellos, mis divinas y Lolo me miraban y me hacían gestos para que le contara a Luna mis sospechas de lo de su padre. Yo me hice la sueca porque

necesitaba que el embarazo de Luna no corriera riesgo. Me atormentaba pensar que pudiera sucederle algo a causa del disgusto de descubrir que su padre era bígamo y tenía dos familias.

—Chicas, tengo que deciros una cosa. —anunció Lolo, con esa manera tan suya de gesticular tanto al hablar. Uf, salvada por la campana. Por fin alguien dijo algo para hacer desaparecer las feroces miradas de mis amigas —. He conocido a alguien por *Grindr*. El otro día quedé con él y hemos conectado como por arte de magia… con buenos polvos. —se rio como un cosaco.

—Joder, qué alegría, perra. —dijo Luna con efusividad—. Yo era como tú… no sabes la envidia que me das.

—Lolo estás loquísima. —musité—, pero ¿solo magia sexual o has sentido magia en otro sentido?

—Es pronto aún, pero creo que aquí hay magia para vender y regalar. —siguió riéndose y nos contagió con facilidad—. Mirad, os voy a enseñar una foto.

Todas desdibujamos la sonrisa de nuestra cara para abrir los ojos como platos, ponernos la mano en la boca y dirigir nuestra mirada a Megan.

—¿Hola? ¿Qué mierda de reacción es esa? —Lolo preguntó sin entender nada.

—¿Cómo se llama ese chico? —preguntó Megan.

—Pedro, ¿por?

—Es el exnovio de Megan. El que le pedía que le metiera el juguete por el orificio anal y decía que era heterosexual. —comenzó a narrar Vane.

—Pero luego se descubrió que era gay. —concluyó Eli.

—Muy bien, Pedro para todos. Sí, señor. Este Pere…todo le gusta a mi niño —dijo Tere con la boca llena de pizza.

—Megan, ¿es un problema para ti? —preguntó Lolo con preocupación.

—No, cielo, para mí ninguno. Espero que tú tampoco lo tengas más adelante. A mí no me trató muy bien, pero supongo que sería porque escondía su condición sexual. No es mal chico. —contestó Megan con honestidad.

Qué bien me venían siempre las reuniones divinas. Me volví a casa con otra actitud, de mejor humor. Ellas siempre eran mi salvación. Abrí mi puerta y Bebi no vino a saludarme. Me adentré en la vivienda y vi a Santi sentado en el sofá con la perrita en su regazo.

—¿Qué haces aquí, Santi? —pregunté asombrada.

—Feliz San Valentín. Había traído sushi para cenar, pero a estas horas, me imagino que ya has cenado. —dijo resignado.

—Sí, también es San Valentín para mí y me tengo que amar. No vuelvas a entrar con tus llaves.

—Lu, ¿es definitivo? Yo te echo de menos. Necesito que hablemos. —expresó con visible tristeza.

—Santi, he conocido a alguien. —mentí y me arrepentí después de haberlo soltado, pero ya estaba hecho. Solo me quedaba continuar con la mentira.

—O sea, que me estabas haciendo sentir culpable a mí cuando eres tú quien ha conocido a alguien. ¿Desde cuándo? —vi cómo sus labios temblaban y sus ojos se achinaban. Mierda y mierda. Eso lo hacía cuando estaba muy enfadado.

—¿Qué haces subiendo a Carola a casa? ¿Por qué no eres sincero y me cuentas de una vez a qué juegas? Que sepas que ya me ha contado que en Navidad le decías que le seguías queriendo y que sigue siendo especial para ti… me parece que algo de culpa tienes, no vayas de inocente, Santurrión.

—¿Qué? Carola nunca ha subido a casa.

—¿Y por qué conoce a Bebi?

—No la conoce. La ha visto en fotos. Mi madre… —se calló y agachó la cabeza—. ¿De verdad ya estás con otra persona?

—No cambies de tema, ¿no decías que tenías una explicación? —me senté en el sofá y me quité las botas.

—Vino a darme el dinero que me debía, Lu. Solo eso. Mi madre le dio la dirección y me llamó desde abajo. Te juro que no subió, que fuimos a la cafetería. Lucía… —me cogió las manos —¿de verdad crees que iría a la cafetería de casa si te quiero engañar? Fui ahí porque quería que fuera breve. Me dio el dinero y le dije que no podía llamarme más y que limitara la relación con mi madre. Te prometo que le transmití que ese era nuestro final. —sus lágrimas recorrieron sus mejillas y soltó mis manos.

Qué mal me sentía. Carola no le había entregado una carta con canciones de Cristian Castro. Nada fue lo que yo imaginé.

—Eres muy impulsiva, Lucía. Para algunas cosas está muy bien, pero para otras no. Seguro que esa impulsividad te ha llevado a estar ahora con ese chico. —dijo antes de irse.

Y yo me quedé helada. Paralizada. De nuevo vacía. Intentando asimilar toda la información que había recibido en un minuto. Intentando atar cabos.

Intentando creer en sus palabras y al mismo tiempo, intentando desconfiar de ellas.

Terremoto mental de nuevo.

42. *GOOD VIBES*

Vane estudiaba cada día en la biblioteca. En casa siempre había mil motivos para levantarse de la silla. Además, el psiquiatra le dijo que tenía que arreglarse todos los días y no estudiar en casa con el pijama. En la biblioteca se concentraba mucho más y el tiempo cundía de un modo diferente. Allí conoció a personas muy interesantes y hacer descansos rodeada de gente era mucho más motivador que pasar hora tras hora sola en casa.

A Vane le gustaba sentarse en la mesa de la ventana. Desde ahí se veía el mar y decía que esas vistas le aportaban serenidad. Aquel día era sábado y la biblioteca estaba prácticamente vacía. Pudo sentarse en su mesa favorita y estudiar mejor que nunca. Después de más de dos horas sin parar, salió para tomarse la manzana que se había llevado. Ingrid estaba sentada en un poyete que casi nunca estaba libre. Ella estudiaba otra oposición que nada tenía que ver con la de Vanesa. La biblioteca era como un pueblo, se conocían entre los habituales. Ambas lo eran.

—Hola, guapa. ¿Cómo lo llevas? —preguntó Ingrid con una sonrisa cuando vio salir a Vane de la biblioteca.

—Hola, muy bien. Me encanta venir los sábados. Creo que es el día que mejor estudio. ¿Y tú? ¿Cómo vas?

—Ya ves, yo también. Se está totalmente en silencio, aunque también me gusta el movimiento. Me motiva porque no soy la única que se pasa el día sentada frente apuntes.

—¿Mañana vienes? Los domingos son aún mejores. —dijo Vane tras reírle la gracia a Ingrid.

—No pensaba venir, me gusta descansar un día a la semana. Pero si vienes, vengo. —aseguró Ingrid.

—Yo descanso los días que libra mi novio en el trabajo. Él es enfermero y no tiene día libre fijo. Mañana trabaja y yo estudio.

—Ah, claro, por eso hay días que no vienes.

—¡Qué observadora! —exclamó Vane.

Ingrid era muy agradable y era de estas personas que no son guapas, pero que llenan mucho espacio. Se notaba cuando Ingrid estaba en los corrillos de los descansos. Ella atraía a todo el mundo por el magnetismo de su personalidad y entonces, daba igual si era guapa o fea. El físico se hacía invisible porque con una personalidad tan deslumbrante y arrolladora, eclipsaba todo lo superficial.

El día siguiente, Álvaro tenía un turno de doce horas en la clínica, con lo que no iría a comer a casa y llegaría bien tarde. Vane le propuso ir a comer a su casa y luego relajarse viendo alguna película. Ella aceptó encantada.

El domingo, después de estudiar toda la mañana, hablaron de lo que les apetecía comer y ambas coincidieron en ir al supermercado para comprar tortas y mezcla congelada para hacer fajitas. Bueno, bonito y barato. Se les hacía la boca agua de solo pensarlo cuando estaban cerca de la casa de Vane.

Prepararon la comida entre las dos y se sentaron en la alfombra de leopardo, frente a la televisión, utilizando la mesita de centro. Un plan diferente. Vane se lo estaba pasando bien con su nueva amiga. Una que no conocía su pasado y que no sentía lástima. Una que no juzgaba. Una que solo conocía a la nueva Vanesa. Le gustó esa sensación.

—¿Llevas mucho con tu novio? —preguntó Ingrid.

—Llevamos dos años, pero hemos tenido nuestro *break*. —contestó Vane mientras se preparaba otra fajita.

—¿Qué pasó? —se interesó Ingrid.

—Una historia un poco larga, pero resumiendo, mi novio anterior me engañó y yo desconfiaba de todos los hombres. Dudé de mis sentimientos hacia Álvaro, pero bueno, al tiempo vi que sí le quería. —se sintió extraña al tener que contarle algo tan largo y tan profundo de una forma tan breve, pero no quiso entrar en detalles.

—Si ahora lo tienes claro y sois felices juntos es lo que importa. —sonrió Ingrid.

Ingrid era morena con los ojos azules. Tenía la cara redondita y el pelo rizado a la altura de los hombros. Se lo ató con un mochete hecho de cualquier manera mientras comían, igual que Vane. Ingrid tenía una sonrisa bonita y una mirada penetrante.

—Yo también he sufrido por amor. No eres la única engañada en este salón. —confesó Ingrid—. Mi pareja me juraba amor a mí y a varias como

yo. También te voy a decir que perdoné la primera infidelidad e hice que la segunda fuera mi culpa por haberlo consentido una vez.

—Es que hay cosas imperdonables.

Pusieron la película *Sin Compromiso* y se tumbaron en el sofá con una manta, también de leopardo, que Vane solía compartir con Álvaro. Se rieron a gusto de las escenas cómicas y disfrutaron de la compañía. Ingrid se fue antes de que llegara Álvaro, pero no sin antes quedar para ir juntas al día siguiente a la biblioteca.

Vane se sentía muy cómoda con Ingrid y eso fue un chute de motivación y alegría para el tedioso tiempo de estudio. Se hizo rutina sentarse juntas en la mesa favorita de Vane, cuando estaba libre, claro. Vane rendía más, estudiaba mejor y se sentía en paz. Había algo en Ingrid que adormecía las inseguridades de mi amiga. Era reconfortante para ella que Ingrid no supiera nada de su pasado.

43. UNA NORIA EN LUGAR DE UNA CABEZA

Yo seguía dándole vueltas a los asuntos *Santiaguiles*. Él había cesado sus llamadas y yo las echaba de menos. Sabía que él estaba enfadado por mi falso nuevo amor y por mi desconfianza. Pero era fácil desconfiar con la trayectoria que llevaba a mis espaldas.

Ese jueves de finales de febrero miré la dirección de Carola en los archivos de la que iba a ser su boda. Quería ir por sorpresa a su casa por varios motivos: para que me enseñara las conversaciones de WhatsApp que mantenía con Santi y para indagar sobre Paco, el que creía que era el padre de ambas.

Salí de trabajar a la hora de cenar y me fui derechita hacia la dirección que aparecía en el contrato. No estaba segura de estar haciéndolo bien, pero estaba muy segura de querer hacerlo así. De tal forma que allí me presenté. Busqué en los buzones para averiguar el timbre y vi que en el tercer piso había un Francisco Cruz. Vale. Luna de la Cruz y Carola Cruz. Ya no eran sospechas, era una realidad. La cuestión era cómo desenmascarar a ese señor. Él se creía que quitando "de la" me iba a despistar (ja-ja).

Llamé al timbre, pero directamente en la puerta de la entrada a la vivienda. Tuve suerte, Carola me abrió sin preguntar quién era. Su cara fue un poema. Imagino que la mía también lo sería. No me invitó a pasar.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Carola sorprendida.

—He venido a verte porque quería que dejáramos algunos puntos claros. —dije todo lo calmada que pude.

—¿Qué pasa? ¿No estáis tan bien y tan felizmente enamorados? —preguntó con una sonrisa malvada.

—Necesito ver tus conversaciones con Santi. En esas que te dice que sigues siendo especial y que te sigue queriendo.

—Lucía, aquí la dolida soy yo. La que necesita explicaciones soy yo. Santi ya me ha dejado claro que no quiere saber nada de mí. Le devolví el dinero que le debía y ya está. ¿Por qué no me dejas superarlo? —dijo con indignación.

—Lo sé y siento que te hayamos hecho daño, pero después de lo que me dijiste necesito pruebas.

—No conservo el chat. Lo borré en un momento de enfado y le pedí que él también lo hiciera. Cree a quien quieras, pero el que miente una vez… ya sabes cómo termina la frase.

—¿Es verdad que has subido a mi casa? —pregunté antes de que ella cerrara la puerta.

—No tengo nada más que hablar contigo. Adiós, Lucía. —cerró la puerta.

Me fui con la cabeza más liada y embotada de lo que había ido. No había sido muy buena idea ir a sorprender a Carola. No aclaró ninguna de mis dudas. Solo sabía que ella no iba de buenas y que Santi había sido honesto cuando dijo que se despidieron para siempre el día de la cafetería. ¿Y si habían acordado decirme eso y seguían juntos?

Mi cabeza daba más vueltas que una noria. Ya estaba en mi sofá abrazada a Bebi y embriagada en el tornado de mis pensamientos, centrifugados todos ellos, mareaditos de tanto rodeo, cuando llamaron a la puerta. Abrí deseando que fuera Santi, pero era Elisa, alterada hasta decir basta.

—Lu, Lu, Lu… dame una copa de vino. Tenemos que hablar.

—Pero chica, ¿qué pasa?

Acompañadas con una copa de vino y unas aceitunas, Elisa me lo contó todo. Con pelos y señales.

Elisa había tenido una fuerte discusión con Rodri esa tarde. Él seguía en sus trece de salir a la luz y tener una relación oficial y ella seguía obcecada en mantenerlo en secreto para su familia. Rodri, enfadado a rabiar, se fue a darse una vuelta y ella llamó a Marcos, quien la recibió con los brazos abiertos, como siempre. Lo de Marcos y Elisa era un secreto a voces.

Marcos y Eli estaban tendidos sobre el sofá, tapados con una manta. Ella le relataba todo lo que se habían dicho en la discusión, en ese intercambio de reproches que llegó a hacer relucir el pasado. Elisa cada vez estaba más convencida de no querer seguir con Rodri.

—¿Eres feliz con él? —le preguntó mi hermano con su mirada clavada en los ojos de Elisa.

—No, ya estoy harta de intentarlo, pero no, no lo soy. —musitó ella esquivando la mirada de Marcos.

—No quiero condicionarte ni influirte, pero no tiene sentido intentar ser feliz en lugar de serlo directamente.

—Soy una cobarde por no hacer lo que realmente quiero. Sigo haciendo lo que la gente espera de mí. —contestó ella aún con la cabeza gacha, pero él se la levantó suavemente con su mano.

—¿Quién espera que sigas con él? Solo Rodri. Yo espero otra cosa. —le miró con cara de corderito—. ¿Qué quieres tú?

—Rodri ya es como una mochila llena de piedras. Vivo intentando ser lo que fuimos, pero ya no lo somos. —ella suspiró al verbalizar lo que llevaba tiempo rumiando—. ¿Por qué vengo aquí como vía de escape? ¿Por qué me invento pretextos para verte? ¿Por qué me gusta tanto este sofá? —sonrió con tristeza.

—Tus preguntas son respuestas, pequeño topo. —dijo él para añadirle un poco de humor—. Escúchate con atención.

Ella se quedó en silencio, como pensativa. Él cogió su mano y se acariciaron con los pulgares. Sin decirse nada, mirándose, con las cabezas apoyadas sobre el respaldo del sofá, se lo decían todo. La mano de Marcos intensificaba la caricia, subiendo lentamente por el brazo derecho de mi amiga hasta llegar a su cuello y su oreja con suavidad. Ella cerró los ojos, sintiendo cómo su respiración se agitaba y cómo un hormigueo recorría todo su cuerpo. Él continuaba tocando su pelo y su espalda, acercando su cara a la de ella. Elisa puso su mano sobre el muslo de Marcos y comenzó a acariciarle con timidez. Seguían en silencio, potenciando así la sensación de sus caricias, escuchando sus leves suspiros. Marcos bajó la mano hacia el muslo interno de Eli, con mucha lentitud, con mucha delicadeza. La inhalación de ella se hacía profunda. La de él también. Subía el calor en aquel salón.

Él acercó sus labios con los de Elisa, solo rozándolos, sin llegar a juntarlos del todo. Se respiraban mutuamente. Respiraban el uno del otro. Por fin juntaron los labios y sin prisa, los movieron. Con mucha calma, mezclaron sus lenguas y se buscaron con las manos. Se necesitaban. Marcos le retiró el pelo, posando su mano sobre su nuca, con el pelo entrelazado entre sus dedos, aportando más presión en los besos, pero seguían siendo inmensamente tiernos y suaves.

—¡Qué bonita eres! —susurró Marcos sin despegar sus labios de los de Elisa, fascinado por estar entre sus brazos.

—Marcos. —ella se apartó al escuchar “bonita” en otra voz distinta a la de Rodri—, esto no lo puedo hacer. No puedo hacer algo que yo le reproché tanto a él. Lo tenemos que hacer bien. —continuó diciendo a media voz. Se tapó la cara con las manos y las lágrimas salieron como cascadas—. No puedo, Marcos. Lo siento. Me voy. —cogió su bolso y vino corriendo a mi casa.

Yo pensé lo mismo que tú: esos dos se estaban enamorando. ¿Se habrían dado cuenta ellos también?

44. A GRANDES PROBLEMAS, GRANDES SOLUCIONES

Otro mensaje para Tere: *"¿Estás segura de que vuestro amor es como lo mostráis en Instagram? Yo no lo creo. Ya no os queda nada. Os doy horas. Pronto descubrirás con quién te engaña. Tengo pruebas. Te creía más inteligente."*

Esos mensajes iban haciendo herida. Teresa ya estaba harta de recibirlos. Cuando nos lo pegó en nuestro grupo "Tacones Divinos", decidimos que había que ponerse en marcha seriamente para descubrir quién era el emisor. Íbamos totalmente perdidas, no sabíamos por dónde empezar. Como no coincidíamos esa semana en ningún momento para vernos todas, dividimos la tarea. Yo me encargaría de hablar con Santi. Siendo él policía, quizá podía averiguar algo. Tere iba a hablar con Claudia por si hubiera alguna persona en su empresa de informática que pudiera rastrear las cuentas de Instagram. Las demás crearon cuentas falsas para agregar a las cuentas desde donde mandaban los mensajes.

Me armé de valor y llamé a Santi, pero no me contestó. Llevaba días sin escribirme y sin llamarme. Era final de febrero y lo último que supe de él fue cuatro días atrás cuando me envió un WhatsApp con una noticia en la que se decía que el virus de China se estaba expandiendo y ya estaba infectando en Italia. Ni contesté. Yo también lo había visto en el telediario. No contesté porque ni me saludó ni me preguntó cómo estaba.

Seguí insistiendo un par de veces más y cuando ya me cansé, dejé el teléfono en la mesita de centro y me acurruqué con Bebi en el sofá. Tras veinte minutos, ya estaba en duermevela cuando mi teléfono comenzó a vibrar. Contesté sin mirar la pantalla.

—¿Mmm? —No pude articular palabra.

< Lu, ¿qué pasa? Tengo ocho llamadas tuyas.> Era la voz de Santi. Tal vez no insistí llamando solo un par de veces…

—¿Santi? —dije aún medio dormida—. Necesito que hablemos. Vente a casa, por favor.

< Estaba entrenando. ¿Estás bien? >

—No, no estoy nada bien. Ven, por favor. —exageré un poco para que viniera a mi encuentro.

< Bueno, voy a meterme a la ducha y voy. ¿Has cenado?>

—No y me muero de hambre. ¿Traes sushi? —dije con ñoñería. Suspiró y accedió.

Pasados treinta minutos, apareció en casa sin llamar y sin el sushi. Me asusté.

—¿Qué te pasa? —preguntó desde la puerta del salón, apoyado en el marco.

—Ven, por fi. Tenemos que hablar de muchas cosas. —Golpeé el sofá para que se sentara a mi lado—. No has traído el sushi… —dije a media voz.

—Lo he pedido. No tardarán en traerlo. —me alivió. Era como si necesitara retenerle a mi lado. Y si no traía la cena sabía que no tardaría en irse—. Dime —dijo acariciando a Bebi, que estaba saltando de la alegría.

—Qué contenta está de que esté aquí su papi.

—Dime, Lu. —me dijo con seriedad.

—Bueno, es que… fui a ver a Carola y…

—Por fin me lo cuentas. Me lo ha dicho mi madre. Que sepas que no me ha gustado nada. No es a ella a quien tienes que pedir explicaciones. Nuestras cosas son solo nuestras. —su tono era de enfado, sin duda.

—Hombre… creo que ella algo tiene que ver en esto. Hemos sido tres mucho tiempo. —intentó interrumpirme, pero no le dejé—. En la comida de Navidad me sembró la duda y tú no eres de contarme las cosas que tienes con Carola. —dije llena de razón.

—Yo nunca te oculté nada. No traté de mantener en secreto que seguía hablando con ella ni que le presté dinero ni que a ella le estaba costando asimilar nuestra ruptura. Pero en la comida de Navidad entendí que no era positivo para nosotros, antes yo no lo veía mal, pensaba que era cuestión de celos. Por eso, a raíz de ahí, corté todo trato con ella. No tengo la culpa de que viniera aquí para darme el dinero. Nunca te he engañado. Sin embargo, tú… tú ya estás con otra persona. Yo pensaba que esto era una discusión y tú has decidido que fuera una ruptura definitiva.

—Joder, Santi. No estoy con nadie, no he conocido a nadie. Me lo inventé porque pensaba que me estabas engañando.

—¿Era mentira y me lo dices ahora? Llevo dos semanas roto, Lucía. Dos putas semanas pensando que no me querías, que tú ya estabas rehaciendo tu vida sin importarte nuestros sueños, sin importarte nosotros.

—Lo siento. Lo siento mucho. Pero había muchas cosas que me llevaron a creer que me engañabas. Tu foto con ella en la cartera, veros en la cafetería, pensar que habíais estado aquí juntos, que le dijeras que le seguías queriendo y que ella seguía siendo especial para ti… No sabes lo mal que lo he pasado.

—Es que claro que la sigo queriendo, pero no como tú piensas. He estado con ella diez años y siempre se ha portado muy bien conmigo. Claro que es especial. No quiero que sufra. Si quieres te enseño nuestra conversación y ves cómo yo le hablo. Siempre sin faltarte el respeto, nunca siguiéndole el juego… ¿No te he demostrado que te quiero solo a ti?

Joder… Menos mal que el repartidor tocó al timbre. Necesitaba procesar todo lo que me estaba diciendo. Y de la nada y del todo volví a confiar en él. Echaba de menos nuestros besos, nuestras conversaciones, nuestras miradas, nuestras risas, nuestras tonterías… Echaba de menos nuestro mundo. Le echaba de menos a él. Me echaba de menos a mí misma con él a mi lado. Y es que yo lo habría hecho todo igual. Exactamente igual que lo hice. Porque nuestra historia era perfecta así, con sus fallos.

Santi volvió a entrar en el salón con el sushi y yo de nuevo me sentí en familia. Sentí que mi casa volvía a ser hogar. Porque solo era hogar si estaba él. Le abracé. Le abracé fuerte. Para que no cupiera ni un poquitito de aire entre los dos. Para que nada nos separara. Para sentirle de regreso en casa.

—Lu… —susurró apartándome suavemente de él. —He sufrido mucho estas dos semanas. Me pensaba que estabas con otro chico.

—Vuelve a casa, por favor. No tengo dudas. Ya no tengo preguntas. —volví a apretarme a él con fuerza.

—Es que no me ha gustado tu reacción, Lucía. —se separó completamente de mí—. Me fui a una cafetería pensando que las cosas entre tú y yo estaban perfectas y al volver, treinta minutos después, me encontré en la entrada todas mis cosas en una maleta y dos bolsas. No querías hablar conmigo. Me estaba volviendo loco. Pero es que hay más: has espiado en mi cartera, has ido a hablar con Carola a su casa sin avisar,

te has inventado que estabas con otra persona y me dices que es mentira dos semanas después, dejando que creyera que era cierto… no te ha importado que sufriera, joder.

—Entonces, ¿así termina todo? ¿No crees que yo tenía razones para hacer las cosas así?

—No. Si quieres dime que tenías razones para desconfiar, pero no para hacerlo así. ¿Qué te costaba sentarte a hablar conmigo? ¿Cómo crees que me siento?

—Vale, llevas razón. Vamos a cenar y hablamos con tranquilidad.

—Estoy enfadado. No me voy a quedar a cenar. Necesito que me dé el aire y pensar. Yo te llamo.

Se fue.

Se fue desgarrándome la piel. Se fue dejándome hecha trizas. Se fue y se desvaneció toda esperanza de que volviera junto a mí. Con él, se marchó el hogar. Sin él era todo gris, miedo y desolación. Me sentía derrotada, sin ganas, sin fuerza.

Entre lágrimas, abrazada a Bebi en el sofá, comí todo el sushi que pude, sin percatarme si quiera de qué estaba relleno cada uno. Todo me resultaba igual. El salmón sabía a nada. El aguacate sabía a nada. Incluso me fue indiferente uno que llevaba peta-zetas.

Después de lo que nos había costado estar juntos… Después de todos los obstáculos que habíamos saltado… Después de todo y de la nada nuestra historia terminaba así, a cuatro meses de nuestra boda…

Ni me acordé de decirle lo de Tere. Obviamente, no era el momento para pedirle que intentara rastrear la identidad de la persona que mandaba mensajes. Avisé por el grupo de las chicas para que esa opción la descartáramos por el momento. Necesitábamos confiar en Claudia. Yo dudaba en que pudiéramos obtener información agregando a las cuentas falsas con las que enviaban los mensajes, pero lo haría de todas formas. Tere nos dijo que algunas se repetían, así que imaginábamos que eran varias personas o una que habría creado varias cuentas y jugaba con ellas. De todas maneras, yo no tenía el ánimo ese día para pensar en los mensajes. Lo que yo debía hacer era informar a todos los invitados para que supieran que no habría boda. Tenía el alma rota, así que dejaría esa incómoda tarea para otro día.

45. Y CUANDO LLUEVE, NO SABE HABLAR

Los casos de coronavirus llegaban a España, pero todos pensábamos que sería como el ébola. En cuestión de un mes se arreglaría todo y se quedaría en cuatro casos contados. Nos parecía increíble que en Italia estuvieran confinando a las personas en su casa con vigilancia policial por las calles para que nadie saliera. Únicamente podían ir a farmacias o supermercados. Los comercios cerrados. Los colegios cerrados. Los bares y restaurantes cerrados. Los eventos prohibidos. Absolutamente confinados. Como en las películas, vaya. Los hospitales italianos se estaban desbordando, las urgencias hasta arriba, las UCI también… un auténtico caos. Pese a ver por las noticias cómo estaba afectando el coronavirus en Italia, en España nos creíamos invulnerables.

Estábamos comenzando el mes de marzo y apenas quedaban cuatro meses para la boda y yo seguía sin ánimo para informar de que ya no habría boda. Ese era uno de mis días libres y solo pude reunirme con Vane y Megan en casa de Luna. Tere y Eli estaban trabajando y no pudieron asistir a mi rescate. Lolo llegó más tarde, pero antes, Vane nos confesó que esa noche había tenido un sueño erótico con Ingrid.

—Madre mía, lo que hace la cabeza cuando duerme… —musitó Luna mientras trabajaba en el ordenador, sentada en la parte larga del *chaiselongue*.

—Pues hoy no he ido a la biblioteca por eso. Ha sido tan real… —admitió Vane tapándose la cara con sus manos.

—Pero ha sido solo un sueño. La pobre no tiene la culpa. Espero que cuando me toque el turno en uno de tus sueños eróticos, después no me destierres. —dije con guasa.

—Uno de tus sueños eróticos, dice. Ni que yo soñara con chicas desnudas a diario. —me dio Vane con un cojín en el brazo.

—Por lo menos dime que te has corrido. —intervino Luna.

—Ñiñiñiñiñi —se burló Vane.

—Oye, dejaos de obscenidades. —nos interrumpió Megan. —Si no podemos contar con Santi para lo de Tere ¿qué hacemos ahora?

—Hemos hablado con Claudia, pero básicamente se ha reído en nuestra cara —apunté—, dice que no va a ir a sus compañeros con este problema de patio de colegio.

—Joder… —dijo Megan a media voz—, a ver, es que si lo piensas bien…llevan *una montoná* de meses mandando mensajes, pero claro, una empresa seria lo ve una bobería.

—Pues nada, habrá que crear cuentas falsas y agregar a las que nos ha dicho Tere. —dijo Vane.

—Yo el otro día hice una, empecé a seguir a gente y puse fotos de internet. Tengo mucho tiempo libre, lo sé —contó Megan—, así no ven una triste cuenta con cero seguidores y cero publicaciones. Ya que lo hacemos, lo hacemos bien.

En ese momento llegó Lolo, le abrimos la puerta y nos saludó con la efusividad de siempre. Estaba feliz porque el día anterior había quedado con Pedro y decía que venía bien follado. Cada vez que contaba cosas relacionadas con Pedro, Megan se tapaba la cara y ponía los ojos en blanco. Se le hacía raro oír a su amigo hablar de sexo con su ex. Él llegó cual huracán al salón, dejó sus cosas encima de la mesa de centro y se abalanzó a la barriga de Luna, cada vez más gorda, por cierto. Martín crecía a pasos agigantados.

Lolo se fue derechito al frigorífico para cogerse una cerveza y un poco de limón que tenía que exprimir in situ. Menudo era. Me había salido delicadito el niño. Mientras tanto, Megan me estaba enseñando la cuenta falsa que había creado para la ocasión y decidimos agregar a una de las que Tere nos había dicho. Se iluminó la pantalla de Lolo y vimos que nuestra cuenta falsa solicitaba el seguimiento a una de las cuentas emisoras de mensajes. ¿Por qué aparecía en el móvil de Lolo tal notificación? Nosotras nos miramos muy extrañadas y Lolo seguía canturreando desde la cocina mientras exprimía zumo de limón. Megan solicitó el seguimiento a otra de las cuentas que Tere nos había facilitado y volvió a iluminarse la pantalla del móvil de Lolo. No podía ser. Sería un error. Volvimos a agregar a otra y de nuevo se iluminó su pantalla notificando nuestra petición. No eran casualidades. Llegó Lolo tan contento y nosotras tan serias.

—Bueno, Lolo y ¿ahora qué? —dije yo con seriedad, queriendo empezar el debate.

—¿Ahora qué de qué? —preguntó él sin saber a qué me refería.

—¿Vas ahora a *Mandala*? —intervino Megan con una sonrisa para desviar mi tono enfadado, poniendo su mano en mi muslo.

—Eso, que si trabajas ahora. —me retracté yo.

—Sí, en dos horitas empieza mi turno. Pero voy a comer allí, ¿lo decíais por si me quedaba a comer? —contestó él ajeno a que éramos conocedoras de lo que se llevaba entre manos.

Nosotras hicimos macarrones a la carbonara. Yo me iba a negar, pero desde que Santi no estaba en casa, me había abandonado un poco. Me daba igual el ejercicio, las dietas, los kilos, las grasas y las leches en vinagre. Solo quería que volviera.

No hicimos mención alguna a lo que acabábamos de descubrir hasta que se fue Lolo. No nos podíamos creer que una de nosotras hubiera hecho semejante crueldad. No entendíamos con qué fin había sido. Llamamos a Tere para que viniera a casa de Luna con carácter urgente. A media tarde se presentaron Eli y Tere allí. A Eli le habíamos adelantado algo, pero Tere no tenía ni idea. Llegó tan contenta y dicharachera como acostumbraba.

—¿Y esas caras? —preguntó Tere al no seguirle el rollo de la alegría—. ¿No estaba aquí Lolius?

—¿Lolius? —musité yo poniendo cara de asco y los ojos en blanco. —Lolius ha estado aquí, pero me da que es la última vez que vamos a verle.

—¿Por? —preguntó Tere extrañada.

—Ven, Tere, siéntate aquí. —pidió Luna desde el sofá. Tere fue despacio, escudriñando nuestras caras y analizando nuestra expresión mientras fruncía el ceño.

—Vamos a ir al grano, Tere. —avisó Eli.

—Sin anestesia, por favor. —dije yo.

—Vamos, chicas, arrancad, dios mío. —rogó Tere en un tono impaciente.

—Lolo es el autor de los mensajes. Él no sabe que lo sabemos, así que no sabemos por qué lo ha hecho. —soltó Megan rápidamente.

—Sí, anda… —Tere no nos creyó.

—Es verdad, eh. —apuntó Vane—. Nos hemos dado cuenta cuando ha estado aquí, pero no le hemos dicho nada hasta hablarlo contigo.

—La cosa es que hemos agregado a las cuentas que nos dijiste tú y han aparecido las notificaciones en su pantalla. —continuó Megan.

—Él no se ha enterado porque estaba en la cocina con el limoncito de los huevos. –espetó Luna.

—Manda cojones. —musitó Eli levantándose del sofá para dar vueltas sobre sí.

—Esto… ¿Esto es alguna inocentada? —dijo Tere dudosa—. Vais en serio, ¿no?

Todas estábamos igual, sin terminar de creernos que Lolo, nuestro Lolo, hubiera sido tan cínico y mala persona. Solo nos faltaba saber el motivo y hacerle saber que lo sabíamos.

Tere se fue directa a casa para hablar con Álex y contarle que, por fin, se había desenmascarado al autor de los mensajes. Intentaron responder a alguno de ellos, pero ambos estaban bloqueados de todas las cuentas. Decidieron servir la venganza en plato frío. Juntos, tal y como él no quería verles.

Unos días después, para que no sospechara mucho, crearon una cuenta que se llamaba: Sabemos Quién Eres. Mandaron fotos suyas besándose, bailando, cocinando juntos, en Madrid, sonriéndose, mirándose, abrazándose… una clara declaración y manifestación de su amor para que Lolo supiera que sus mensajes no les había separado. Tere miraba esas fotos y sentía nostalgia de ese tiempo que fue mejor, de esa princesa que finalmente había encontrado a su media naranja, a su pieza perfecta, a su príncipe azul. Ese con quien ella tanto había soñado. Era Álex. Si existía el hombre perfecto, era él. Y se sintió perdida porque no sabía los motivos de ese sin salida. No sabía las razones. No sabía ponerle nombre, pero sabía que no era lo de antes. Estaba deseando que hubiera una siguiente gira para poder salir de ahí. Ella solo quería bailar y ser su propia princesa. Sin nadie que le rescatara de su castillo en llamas. Sin nadie a quien ceder su larga melena para que trepara sobre ella. Sin mundos ideales. Sin coronas. Sin cuentos de hadas. Sin fantásticos mundos. Sin venenos letales. Sin absurdas cenicientas. Sin fragilidades. Sin sentirse perdida en un cuento real.

46. EN BLANCO

Aquel martes por la mañana fui al veterinario para ponerle a Bebi sus primeras vacunas y el chip de identificación. Me habría gustado que Santi hubiera venido conmigo. Me sentí sola. Muy sola. Tener a Bebi era un sueño de los dos. Ambos habíamos fantaseado con poder pasear a nuestro cachorro de Golden Retriever cogidos de la mano, llevarla a parques caninos y demás deseos tontos que tienen las parejas ilusionadas y enamoradas. Pasaba el tiempo y todavía no sabía nada de él. Yo me estaba volviendo majareta. Estaba empezando a asumir que todo se había acabado, pero seguía sintiéndome abatida.

El coronavirus nos acechaba, se expandía como la pólvora en España. El miedo crecía y empezábamos a creernos que a nosotros también nos podía afectar. Ya no nos sentíamos tan invulnerables. Comencé a ver a la gente paseando con mascarilla. Todo me parecía una película de ficción. Los clientes nos llamaban asustados por sus eventos. Teníamos una boda ese mismo sábado y estaba absolutamente todo preparado. No sabíamos si se podría celebrar. Nosotros no sabíamos responder porque no teníamos información. La gente especulaba, pero desconocíamos las medidas que tomaría el gobierno.

Después del veterinario, dejé en casa a Bebi y aproveché para ir al supermercado. Sin querer, puse en el carro las barritas energéticas de Santi, las latas de atún para Santi y… me di cuenta de que ya no tenía sentido. ¿Y si volvía? <No seas tonta, Lucía. Santi no va a volver.> No quería quedarme de brazos cruzados esperando a que regresara. Necesitaba dejar de sentirme ahogada y nadando sin rumbo, a la deriva. Yo era Jack Dawson en la película *Titanic*. No estaba segura de que me quedaran fuerzas, pero debía intentarlo. Era un imperativo para mí.

¿Por qué Santi no llamaba? Miraba mi teléfono cada cinco minutos por si no lo había oído sonar, por si había escrito o se había manifestado de alguna manera. Él me dijo que me llamaría y no quería que se agobiara, no quería mover ficha porque sus últimas palabras fueron claras: “yo te llamo”.

Ese mismo viernes nos confirmaron que los eventos debían cancelarse inmediatamente. Recibimos miles de llamadas cargadas de agobio y desilusión. Los campeonatos de golf, las bodas, las comuniones, las conferencias, los cumpleaños… Todo debía aplazarse porque nos iban a confinar. Mi compañera Clara y yo deberíamos trabajar desde casa hasta nuevo aviso, sin fecha de fin. En un principio sería para dos semanas, pero ya se iría viendo. Decretado el estado de alarma en toda España y declarada la pandemia del coronavirus, desde el catorce de marzo de 2020 deberían cerrar todos los comercios que no fueran de primera necesidad.

Tenía la cabeza embotada de tantas llamadas y correos electrónicos de toda esa gente que tenía que suspender sus eventos. Muchas preguntas que no sabíamos responder, muchas dudas, muchas lágrimas, muchos nervios… Estaba deseando llegar a casa y desconectar. Ese mismo viernes, cuando volví del trabajo, la cerradura no dio dos vueltas para abrirse. Eran las diez de la noche y la luz del salón estaba encendida. Cogí un paraguas de la entrada a modo de arma por si era un ladrón. Lo que me faltaba ese día. Con las prisas se me habría olvidado cerrar la puerta en condiciones. No sabía si adentrarme en la casa o no porque mi paraguas no me serviría de mucho si había alguien en mi casa.

—¿Hola? —oí una voz masculina desde el interior de la vivienda.

—¿Quién es? —balbuceé aún desde la puerta con el paraguas preparado. Sentí unos pasos acercarse a mí y de forma sigilosa me escondí en el armario de la entrada.

—¿Lu? ¿Dónde estás? —reconocí la voz de Santi y salí del armario paraguas en mano—. ¿Qué haces? —preguntó extrañado al verme salir de ahí con el paraguas.

—Joder, Santi, qué susto me has dado. —dije con la respiración agitada y el corazón a punto de marcharse de viaje.

—Jo, pequeña, no quería asustarte. —me abrazó. Me abrazó más oír "pequeña" de su boca que sus brazos. Yo le apreté fuerte contra mí, cerrando mis ojos y sintiendo un gran alivio interno al volverle a oler tan de cerca—. Necesitaba verte, necesitaba escuchar tu voz. Me estoy haciendo el fuerte, pero no sirve de nada. —le miré con una sonrisa que me salió desde lo más profundo de mi alma y me besó. Dios. Cómo echaba de menos esos labios—. Pero tenemos que hablar. —*Oh shit!*

—Déjame que me duche y me ponga cómoda, que he tenido un día horrible. —dije con desilusión.

—Me he tomado la libertad de pedir sushi para que hoy cenemos juntos. —sonrió con esos hoyuelos que me hacían babear. Joder. Ese chico me encantaba. Me volvía loca. Pero seguía sin saber si quería regresar o no.

Me duché con calma, me puse el pijama y salí a su encuentro con una toalla envolviendo mi pelo. El sushi ya estaba en la mesa y él también se había puesto un pijama. No podía creerlo.

—¿Te importa que hoy duerma aquí contigo? —me preguntó con carita de corderito degollado.

—Pues hombre, depende. Si te vas a quedar hoy y mañana no, prefiero que no te quedes. No quiero mareos, Santi. Es que tenemos la manía de salir corriendo. —dije con decepción.

—Espero que tengamos la costumbre de esperarnos, monito. —susurró acercándose a mí para abrazarme, pero le frené. No quería que creyera que me tenía en la palma de su mano para hacer y deshacer a su antojo.

—¿A qué has venido? —me senté en el sofá y él me imitó.

—Necesito que sepas por qué no te he llamado.

—Procede. Estoy deseosa. —dije con falsa indiferencia.

—Me enfadé mucho. Tú tienes una manera loca de gestionar tus problemas. Haces cosas que yo no haría jamás. Me pareció descabellado que fueras a casa de Carola para rendir cuentas antes de hablar conmigo. Pensé en tu desconfianza sin fundamento, en tu forma de dejar lo nuestro… Me pusiste las maletas en la puerta de casa sin explicaciones, me tuvo que echar Teresa de aquí. No sabes cómo me sentí. Después, el enfado pasó a la resignación porque vi que yo no te hacía feliz, que te hacía daño. Pero es que he entendido que llevabas razón y que te quiero así, con esa impulsividad que te caracteriza. Echo de menos tus locuras y hoy, para mí, tus defectos son tu gran virtud. He llegado a comprender que te dolía que mantuviera el contacto con Carola, pero no quería terminar mal con ella. Tengo claro que quiero que ella se quede en mi pasado porque te quiero a ti en mi presente y en mi futuro. Es contigo con quien yo siento la libertad.

Un nudo se instaló en mi garganta. Su mirada me reflejaba al Santi del que yo me enamoré, ese que me hacía simples las cosas más complejas, ese que calmaba mi locura y me ponía los pies en la tierra, pero que, a la vez, me hacía volar. El amor nunca había sido amor antes de él. El amor era como un puzle donde solo una pieza encajaba con otra pieza. ¿Quién no ha hecho apaños para poder juntar dos piezas? Todos hemos probado y hemos hecho intentos hasta dar con la pieza adecuada. Esa es la que se

complementa a la perfección, sin ningún tipo de apaño, sin ningún tipo de fuerza… Él era mi pieza. Lo sabía. Lo supe desde que entendí que los monosacáridos necesitaban estar bien enlazados para que no se rompiera la cadena glucosídica.

47. EL RESCATE DE ELISA

Nos confinaron durante tres meses. Estuvimos encerrados en casa. Mi box cerró y me mandaron al ERTE. A Rodri también. Fue una medida que puso el gobierno para estar en el paro de forma temporal a causa de la crisis sanitaria por el coronavirus. Fue un tremendo horror. Estábamos en casa veinticuatro horas durante siete días a la semana. Aburridos. Él entrenaba un poco por las tardes y yo perdí las ganas. Me limité a aplaudir por el balcón a las ocho de la tarde y a ir al supermercado con miedo al contagio. Entrené algún que otro día, pero el sofá cada vez me absorbía más, igual que mi mal humor. No tenía ganas de mantener relaciones sexuales con él, no tenía ganas de ducharme, no tenía ganas de nada. Todo, absolutamente todo lo que hiciera Rodri me molestaba. Yo creo que le cogí manía porque incluso lo que antes me encantaba de él, empecé a detestarlo. Odiaba cuando me llamaba "bonita". Me horrorizaba que me despertara con besitos. Me sobraban sus caricias. Fue mi culpa, lo sé. Todas esas discusiones fueron provocadas por mí. Me molestaba que se levantara de buen humor y también cuando no era así. Hasta feo le veía. Él lo intentó hasta la saciedad. Él ponía todo su empeño en que no discutiéramos, en que todo fuera como yo quería para hacer el confinamiento llevadero. Pero yo tampoco me contentaba con esa actitud pasiva y conformista. Lo que me pasaba es que no quería estar con él. Hasta un ciego lo podía ver. Y mi salvación estaba lejos. No podía acudir a mi vía de escape. No tenía la libertad de hablar con Marcos cuando y cuanto yo quisiera porque Rodri siempre pululaba por ahí. Hasta dejé de querer ir al supermercado para que fuera él y así poder hablar con Marcos libremente. Esa situación me causaba ansiedad y más le necesitaba porque solo él sabía darme la paz que yo necesitaba. Ahí lo vi claro. Ya no eran indicios o creencias. Ya no había dudas.

Las chicas me decían que hablara con él, pero eso también me daba pereza. Bueno, y cobardía. Pensaba que dejarle y tener que seguir confinada con él no era una buena combinación. Vi la luz en la desescalada. En mayo

nos permitieron dar paseos a las ocho de la tarde. Él siempre quería venir conmigo, pero yo necesitaba aire. Necesitaba ver a Marcos. Los primeros tres días, Rodri me acompañó porque no entendía que necesitaba despejarme de él. Pero el cuarto día, me inventé una discusión tonta a las siete de la tarde por la mostaza para que me dejara sola. Vestida de deporte, le dije a Rodri que me iba a correr, pero cogí el coche y aparecí en casa de Marcos. Estaba desesperada. A punto de un ataque de nervios.

—Pero chiquita, ¿qué haces aquí? No puedes —me dijo Marcos sorprendido. Me abracé a él y rompí en llanto.

—No le aguanto. No puedo más. No soporto un día más a su lado. Le odio, Marcos, le odio. —balbuceé sin saber si me estaba entendiendo. Lloré a moco tendido. Lloré todo lo que no había podido llorar durante el confinamiento absoluto.

—Joder, Elisa, no puedes seguir así. ¿Qué te amarra? Sigo sin entenderlo.

—¿Sabes qué me pasa? Que no sé qué decirle. Esta vez no tengo quejas de él, pero no quiero estar ahí más tiempo. —sin querer, del llanto pasé a la risa. Con él dejaban de existir los problemas. Él me miraba y mi mundo dejaba de ser gris. Él me tocaba y se esfumaba mi ansiedad. ¿Qué más señales quería?

—Eres una pava… ahora te ríes. —me sonrió. Me volvió a abrazar. Pero te juro que ese abrazo fue diferente. Me envolvió en papel de regalo y me puso un lazo. Me puso la luz. Volví a ver la paleta de colores. Me besó en la sien con fuerza. —Ven.

—Si ya estoy aquí.

—No. Ven. Ven de verdad. Ven para siempre.

Al día siguiente, cuando Rodri se fue al supermercado, empecé a empaquetar mi vida en blanco y negro para tirarla en cualquier contenedor. En el más cercano. Recogí mis cosas y las guardé en mi coche. No me cupo todo. Dejé allí mil cosas. Pero me llevé lo más importante: mi felicidad. Bueno, esa me esperaba en casa de Marcos a las ocho de la tarde. Cuando Rodri llegó, me sorprendió preparando el último viaje al maletero. Me pilló en la puerta del ascensor con un montón de bolsas llenas de zapatos.

—¿Qué haces? ¿Dónde llevas todo eso? —preguntó cargado con las bolsas de la compra.

—Ahora te cuento. Subo en cinco minutos. —dije sin saber qué responder.

De camino al coche organicé las ideas en mi cabeza, pero todas las frases que construía me parecían patéticas. No sabía cómo plantearle que me iba para siempre. Llamé a Marcos y me convenció de que debía decirle la verdad. Eso sería lo mejor para todos. "La verdad siempre lleva a un mejor camino. La verdad despeja la mente y alimenta a la buena conciencia". Esa fue la frase que me terminó de convencer. Mis pensamientos siempre eran mis peores enemigos y no quería que esa vez fuera así. Subí lentamente a casa y allí encontré a Rodri terminando de colocar la compra en los armarios de la cocina. Totalmente indefenso.

—¿Dónde has ido con tantísimo zapato, bonita? He comprado dorada para cenar, ¿te apetece? —comentó con buen humor y a mí me partió en dos.

—Hoy ya no ceno aquí. —dije cabizbaja apoyada en el marco de la puerta de la cocina.

—¿Cómo que no? —se rio—, estamos de confinamiento, no sé si te suena. —dijo juguetón sin mirarme mientras plegaba las bolsas y las ponía en el último cajón del armario. Él siempre plegaba las bolsas y a mí me daba rabia que no las cogiera de un puñado y las metiera de cualquier manera en el cajón. Pero ese día ni me percaté. Al mirarme vio que yo iba en serio—. Pero Elisa, ¿de qué hablas? Yo sé que no estamos en nuestro mejor momento, pero estamos encerrados en casa y es normal que nos sintamos así. Cuando podamos salir ya volveremos a tener una vida más activa y volveremos a…

—Rodri, que no… —le interrumpí con determinación—, que no quiero seguir contigo. Me duele mucho decirte esto, pero me he ilusionado con otra persona y quiero mirar por mi felicidad. —solté de golpe y suspiré por haber sido capaz de decirlo de carrerilla.

—¿Qué? —dijo con sorpresa—, ¿esto es una broma o te has enamorado por Tinder?

—Ni una cosa ni la otra. Es alguien que conozco desde hace tiempo y… bueno, no quiero entrar en detalles. Esta cuarentena me he dado cuenta de que lo nuestro no iba a ninguna parte. ¿No has visto el asco que he dado? De mal humor siempre.

—Pero es por la cuarentena, joder. Esta situación no es motivadora para nadie. —dijo insistente.

Seguimos debatiendo un rato más hasta que se encerró en la habitación. No quiso despedirse de mí cuando llegaron las ocho de la tarde para poder

salir de casa. No quiso mirarme. No quiso ver cómo me iba. Me fui. Me fui con el corazón encogido y una sensación agridulce. Esa etapa calcinó todo lo bueno que yo había tenido con Rodri. Yo tuve gran responsabilidad, pero esa vez pensaría en mí y en mi felicidad.

Llegué a casa de Marcos y él me recibió con un beso en los labios y una cena romántica en su salón. Nuestro salón. Después de cenar, nos tiramos en nuestro sofá, ese del que me encapriché tiempo atrás. Él me arropó con sus brazos y volví a sentirme en casa, de donde jamás debí irme. Lo sentí en ese mismo momento. Un hormigueo recorrió todo mi cuerpo cuando sus labios se fundieron con los míos. Los besos sabían a desesperación. Nos deshicimos de la ropa sin despegar nuestros labios. Navegar en aguas turbulentas y atravesar caminos inciertos me hicieron correr en la dirección opuesta a Rodri. Necesitaba sentir a Marcos todo lo dentro de mí que pudiera y lo sentí. Lo sentí en cada penetración. Sentí que era él en cada caricia, en cada susurro y en cada gemido de placer. Dejé de tener el control de mi cuerpo y se lo cedí a él para que hiciera conmigo lo que quisiera. Yo era suya. Cada beso me lo confirmaba.

Me costó desprenderme de mis taladros mentales, pero lo conseguí. No pude volver al box donde trabajaba porque no resistió a la crisis del coronavirus y perdí mi empleo. Un año después, Marcos abrió su propio despacho en unas oficinas que hizo su padre, mi suegro. Yo me formé en administración y actualmente administro nuestra empresa. Ahora soy feliz. Vivo con Marcos en Valencia desde hace dos años, que fue cuando abrimos aquí la consulta de psicología. Sigo haciendo *CrossFit* como pasatiempo y llevo la dieta de los pacientes de Marcos con trastornos alimenticios.

Ya no tengo apuros de ningún tipo. Soy completamente feliz. Estos han sido los mejores tres años de mi vida. Tengo que confesarte que me faltan mis divinas en mi día a día. Menos mal que de vez en cuando veo a Lu. Ahora es mi cuñada y hacemos lo posible para tener reuniones familiares los fines de semana que se pueden. El grupo “Tacones Divinos” sigue activo y dando guerra. No he podido tener mejores amigas. Cuento los días para verlas.

48. EL RESCATE DE LUNA

He cambiado mucho. La vida me ha cambiado a la fuerza. Un día apareció Carlos en mi vida y desmoronó todas mis ideas, todos mis esquemas mentales. Todo ese rechazo al amor se me esfumó por él.

El trabajo en *Turismo Costa Blanca* no ha sido fácil, pero he aprendido a amar lo que hago. Me ha enseñado a valorar esa sensación de utilidad y realización personal. Me alegra no desear ser mujer florero. Aunque sigue sin gustarme madrugar, el deber me llama, así como la satisfacción de saber que todo lo que tengo me lo he currado yo solita. He superado, con creces, mis expectativas ante la vida y he cumplido sueños que no me permitía tener. Me considero una mujer afortunada porque tengo un trabajo que, además de lo anterior, me aporta una estabilidad económica ansiada desde mi juventud. Pero ya no deseo que sea otra persona quien lo trabaje y lo gane para darme la calidad de vida que quiero, sino que yo, con mi esfuerzo, de forma autónoma, lo trabajo y lo gano para mi familia y para mí. No necesito a nadie que me mantenga. Me gusta ser independiente y no tener la necesidad de rendir cuentas ni sentir remordimientos por cada euro que gasto. Ahora disfruto como una enana de que nadie me esté regalando nada. Yo sola me basto. Y me encanta.

También tengo una casa preciosa frente al mar, que es una de mis grandes pasiones. La vida en Arenales del Sol es tranquila y relajada. Así combato las tensiones laborales, que no son pocas. Y las familiares, que a menudo, tampoco lo son. Tengo amor, mucho amor. Amor del bueno. Sigo sin verlo como aparece en los cuentos de princesas con tiaras, subidas en calesas junto a un príncipe con capa blanca… en eso no he cambiado. Carlos es mi complemento. No creo que seamos un solo corazón latiendo al mismo compás ni historias de esas. No soy tan cursi. Pero Carlos me suma y lo quiero a mi lado. Hace un par de años nos casamos, pero solo firmando un papel en el Registro Civil, nada de celebraciones inmensas y parafernalias. Y lo más importante; tengo a Martín con sus tres maravillosos añitos y estoy esperando a Sara. Aquí nos plantamos. También

está Izan, quien me acepta, a veces me respeta y casi nunca me quiere. Izan es un adolescente complicado y cada vez pasa menos tiempo con nosotros. Te prometo que durante estos años he intentado hacerme su amiga y lo sigo intentando, pero mis intenciones con él van disminuyendo con cada comentario, mirada o acto feo que recibo por su parte. Soy la adulta y tengo que mantener la compostura, principalmente porque amo con todo mi corazón a su padre, pero que lo lidie él. *I´m so sorry*.

No todo ha sido de color rosa en estos años. El año 2020 fue una puta mierda. Así, en mayúsculas. Al poco tiempo de nacer Martín, mi padre se contagió de COVID-19 y falleció en octubre. No lo pudo soportar. Estuvo intubado en la UCI casi un mes en la segunda ola del coronavirus. Lo pasamos muy mal porque no podíamos ir a verle mientras estuvo ingresado. Murió solo. Pero la cosa no termina ahí. Recuerdo perfectamente el día del funeral. Dejamos a Martín en casa de los padres de Carlos para que él no estuviera en riesgo de infectarse. Al tanatorio fui acompañada por mi madre, Carlos y mis divinas. Vi llegar a una señora sumida en una total desolación. Le acompañaba una chica joven que se acercó a Lucía.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó la chica visiblemente afectada.

—Ha fallecido el padre de mi amiga Luna. —contestó Lucía.

—El mío también. El puto coronavirus, que está arrasando con todo lo que ve por su paso. —apuntó la chica queriendo contener las lágrimas.

—El mío igual. —intervine yo al sentir empatía—. Estaba bien de salud, pero no ha podido con este virus. Un maldito mes en la UCI y sin poder ir a verle.

—Justo, un mes en la UCI ha estado mi padre. Y eso que él decía que esto del coronavirus era una milonga de la tele. —dijo ella.

—Mi padre también decía eso —me reí sin ganas.

—Familiares de Francisco de la Cruz, ya está todo preparado. —nos informó un empleado trajeado.

—Yo soy su hija, ¿dónde hay que ir? —dijo la chica con todo su papo.

—No, ha dicho Francisco de la Cruz, es mi padre. —aclaré.

—Vamos, Carola, ya podemos pasar. —le llamó la señora a la que acompañaba esta chica. Lucía me cogió del brazo y me frenó cuando quería ir como alma que llevaba el diablo a detener a esas personas.

—Luna, tu padre también es su padre. —soltó Tere mirándome a los ojos.

—¿Qué dices? —pude decir con dificultad e incredulidad.

—Luna, escúchame, lo descubrimos porque ella es Carola, la ex de Santi. —me explicó Lucía sin saber dónde meterse.

Sin contestar a las chicas, con furia, detuve a Carola y le pedí que me enseñara una foto de su padre. Necesitaba pruebas porque no podía creerme semejante cosa de mi padre. Él era un hombre bueno y honrado, joder. Ella me miró como si yo estuviera loca y busqué una foto con mi padre en mi móvil. Al verla, puso cara de desubicada y me mostró una imagen donde salía ella, la señora que estaba en el tanatorio, otra niña y mi padre.

—Esta era mi hermana, pero murió de leucemia. —recordé perfectamente cuando Santi dejó a Lucía por este asunto—. Ahora se acaba de morir también mi padre. Por favor, dime que es una broma de mal gusto que Lucía te manda hacerme.

—Ella es mi madre —la señalé mientras abrazaba a una tía mía, ambas rotas de dolor—. ¿Tú crees que esto es una broma? —me señalé los ojos rojos e hinchados de llorar—. ¿Crees de verdad que esto es una broma? —elevé el tono de voz.

—No sé ni cómo te llamas, no te he visto en mi vida. Si mi madre se entera de esto se hunde y no quiero. Déjame que entremos primero y me la llevo de aquí para que podáis entrar vosotros. —propuso.

Me pareció bien, dentro de que toda esa situación era surreal hasta su máximo exponente. Dos días después quedé con Carola para hablar de este tema. Éramos hermanas, pero nos prometimos mantener el secreto. Lo hicimos por ellas, por nuestras madres. Queríamos ahorrarles ese sufrimiento. Todo cuadraba. Sus padres no estaban casados, siempre faltaba en fechas importantes, por su trabajo de transportista podía inventarse viajes más largos de lo que eran realmente para poder cubrirse…

Es cierto eso de que el tiempo pone a cada uno en su lugar. Este hecho hizo que su muerte me doliera un poco menos, pero ver tan mal a mi madre me destrozaba. Menos mal que el pequeño Martín le daba vida y le ocupaba los días. Se lo endorsaba más de lo que ella quería para que supliera ese vacío que le había dejado mi padre. Le pedí que se viniera a vivir con nosotros alegando necesitar su ayuda con el pequeñajo. Estuvo seis meses en nuestra casa, hasta que encontró la fuerza para volver a la suya. No lo ha superado, pero al menos, ya sonríe. Espero que no se entere jamás de que mi padre tenía dos familias.

Pese a todas las adversidades, me gusta mi vida. Soy feliz. Mis divinas son parte fundamental de esa felicidad. El poder del tacón siempre me lleva

a ellas. Cada una lleva su ritmo, pero no hay distancia que nos separe. Soy afortunada. Ellas son un tesoro que me dio el destino. Son las tías de mi hijo y de la que está en camino.

49. EL RESCATE DE VANESA

Y digo yo, ¿qué problema tenía la vida conmigo? Necesitaba una tregua y eso era lo que sentía con Álvaro. Él me aportaba esa tranquilidad y estabilidad que siempre había anhelado. Él me calmaba. Él ordenaba mis aturullados y traviesos chacras. Él me trasmitía protección y cobijo. Pero había algo en mí que sabía que él no levantaba mis deseos más carnales, apasionados y aventureros. Me conformé y aprendí a quererle. Me gustaba esa sensación de seguridad. Aprendí a recibir sin que nadie me pidiera.

Durante el confinamiento tuve un pequeño gran bajón anímico. Las sesiones *online* con mi psiquiatra no eran lo mismo y me desestabilizó estar sola en casa encerrada, volviendo a sentir aquellos sentimientos conocidos de cuando me confiné motu proprio tiempo atrás. Álvaro trabajaba casi el día entero en la clínica porque estaban desbordados a causa del COVID-19. Él llegaba a casa y me encontraba llorando en la cama, sin asearme, llena de una ira que descargaba contra él y con la energía muy mal canalizada.

—Vane, ¿qué puedo hacer por ti? No me gusta dejarte aquí sola cada día, pero tengo que trabajar. —me dijo un día al verme así.

—Vete y déjame sola. No te necesito. —contesté fuera de mí.

—Se me ha ocurrido una cosa, mi vida. Levántate y te cuento. —me incorporé e intenté prestar atención—. ¿Por qué no le dices a Ingrid que venga a pasar la cuarentena a casa? Me iría a trabajar mucho más tranquilo y tú aprovecharías el tiempo estudiando y las dos estaríais acompañadas.

—Bueno… —vi una sonrisa en su cara que me tranquilizó. Me abrazó para darme sosiego. Estaba siendo consciente de estar adentrándome en una recaída y no quería, pero no hacía nada por evitarlo. No sabía qué me pasaba, pero algo externo a mí me abducía y me anulaba la voluntad, dejándome sin fuerzas—. Me parece bien, pero no quiero que ella sepa nada de lo que me pasa, por favor. —contesté por fin.

Aproveché esa conversación para contarle lo que me rogaban mis divinas y mi psiquiatra cada dos por tres. Le confesé uno de los motivos de mi intento de suicidio. Él me abrazó y me juró no emprender medidas

contra el Dr. Barroso. Me liberé. Me quité un peso de encima que me atormentaba. Esa misma noche, escribí a Ingrid para comentarle la idea que había tenido Álvaro. A ella le pareció genial. Armamos un plan entre los tres para que ella no fuera vista ni multada. Al día siguiente, antes de ir a trabajar, Álvaro fue a por ella y la llevó a casa. Ella se trajo una maleta consigo y un montón de positividad. Mejoré al instante. A los pocos días ya estaba bien de nuevo. Al principio me tocaba fingir un poco para ella, lo cual me ayudó. Mis consultas con el psiquiatra se acortaron en el tiempo y aprovechaba las duchas de Ingrid para hacer mis consultas sin que ella se enterara de nada.

Los días pasaban y creamos nuestra rutina de estudio y ejercicio diario. Unos días *pilates* y yoga, otros días zumba, otros días gap… También nos bebimos alguna que otra serie, hicimos varios bizcochos, sesiones de belleza… Estábamos encantadas. Le agradecía a Álvaro por haber tenido esa brillante idea. A todos nos vino genial para hacer ameno, llevadero y hasta divertido el confinamiento. Ingrid y él se llevaban genial. Congeniaron a la perfección. Hasta tenían un humor parecido.

Recuerdo aquel día de maravilla. Álvaro tenía turno de noche y nosotras cenamos fajitas. Después de cenar se nos ocurrió darnos unos masajes. Era viernes y el cuerpo lo sabía. Yo se lo di primero a ella. Empecé con timidez cubriendo su espalda de aceite corporal, masajeando su piel embadurnada. Mis dedos resbalaban. Me estaba gustando. Ella soltaba algún que otro gemidito y yo ponía más esmero y mimo en los movimientos de mis manos. Empecé a notarme extraña sentada en su trasero y entregada en el masaje. Cuando fue mi turno, ella se levantó del sofá, mostrándome sus pechos erguidos por el frío. Me costó tragar saliva. Clavé mis ojos en sus tetas y me obligué a mirarle a la cara. Me quité la camiseta con pudor y me tumbé en el sofá boca abajo. Ella desabrochó mi sujetador con suavidad, bajó un poco el pantalón del pijama y me aplicó aceite. Sentí frío, pero la temperatura de mi cuerpo lo calentó ipso facto. Ella restregaba el aceite lentamente con sus manos, acariciando mi espalda, mis brazos, mi nuca, mi costado… con un dedo rozó mi pecho izquierdo y un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Mierda. Se me estaba empapando la ropa interior. Ingrid, sentada en mi culo, acercó su cara a la mía para preguntarme si me gustaba así. Sentí sus pechos aplastarse contra mi espalda y suspiré profundo. ¿Qué narices me estaba pasando? Yo tenía muy clara mi orientación sexual y a mí nunca me había atraído una mujer. No entendía la reacción de mi cuerpo. Continuó

con el masaje, volviendo a rozar mis tetas con sus dedos, y otra vez, y otra vez. Jadeé sin querer. Ella empezó a realizar movimientos ligeros con sus caderas. Mi entrepierna palpitaba. Sus manos se introdujeron por debajo de mí, acariciando mis pezones. Yo mantenía los ojos cerrados, imaginando a Ingrid sobre mí. Me sopló por el cuello, poniéndome la piel de gallina y produciendo en mí otro suspiro que no pude contener. Bajó más mi pantalón y me acarició el vientre. Su mano descendía con lentitud. Nuestra respiración se agitaba. Yo arqueé un poco mi cuerpo para que su mano cupiera. Dios. Me estaba acariciando el clítoris mientras me lamía el cuello y la oreja. Yo sentía los latidos de su corazón. Me corrí. Mierda. Me corrí a mares. Se quitó el pantalón y me dio la vuelta. Me abrió las piernas y me lamió el clítoris hasta que me volví a correr. Nuestros cuerpos desnudos se unieron cuando ella se dejó caer encima de mí con delicadeza, devorándome con la mirada y mordiéndose su labio inferior. Nos besamos. Nos besamos con un ansia que yo desconocía. Me descubrí tocando su clítoris y deseando lamer sus pechos. Casi me los estaba poniendo en la cara y me moría de ganas. Lo hice. Ella elevó el tono de sus gemidos y más me excitaba. Se corrió. Dios mío. Me encantó.

Delante de Álvaro fingíamos, pero en cuanto se iba a trabajar, nosotras dábamos rienda suelta a la pasión. Hasta que un día llegó antes de tiempo y nos pilló con las manos en la masa. Allí lloró hasta el apuntador. Me estaba pasando algo muy raro y les pedí que no se marchara ninguno de los dos. Les propuse hacerlo los tres. No querían, pero accedieron. A Ingrid no le gustaban los chicos y a Álvaro no le gustaba Ingrid. Empezamos, pero no pudimos terminar. Salió fatal el experimento. Me daba celos que Álvaro tocara a Ingrid. Él se sintió excluido del trío y decidimos que él quedaría fuera de juego para siempre. Cogió sus cuchillos y se fue. Álvaro era un auténtico sol, pero el pobre no calentaba mi cuerpo como creíamos.

Dos años más tarde, enamoradas hasta las patas, ella aprobó la oposición y yo acababa de abandonar la mía. Le dieron la plaza en Castellón. Obviamente la seguí porque no nos imaginábamos la una sin la otra. Hace un año que vivimos aquí, en Castellón. Sin secretos. Se lo conté todo un día mientras hacíamos la mudanza. Ella me miró y me dijo que me veía estupenda. Me sonrió con complicidad. Me conocía completamente y sabía que no quería dilatar mucho la conversación.

Ahora trabajo en una clínica privada como auxiliar de enfermería. Somos felices juntas. Muy felices. Mis sesiones con el psiquiatra siguen

siendo online y ahora las tengo cada tres meses. Nada de una vez a la semana como antes.

Hoy por hoy, Ingrid es el amor de mi vida. No tengo dudas. Llena en mí cualquier vacío y consigue darme esa calma que necesito, igual que yo a ella. Ingrid ha conseguido que disfrute de la adrenalina y de las locuras. Ella me da vida. Ella me hace derrochar vitalidad. Lo es todo para mí, sin menospreciar a mis divinas. Todas y cada una de ellas han sido mi pilar esencial, mi viga, mi sostén… en los peores momentos de mi vida. A ellas les debo todo y están muy presentes en mí. Siento que los kilómetros nos separan físicamente, pero solo de esa manera. La unión que tenemos es eterna y ninguna otra amistad se puede asemejar a la amistad de las divinas.

50. EL RESCATE DE TERESA

Justo antes del confinamiento, el último fin de semana que tuvimos de libertad, me cité con Lolo en su casa. Acudí con mis divinas, ya que considerábamos que el engaño no había sido únicamente hacia mí. Yo me había llevado la peor parte, pero él se hizo pasar por amigo de todas. Estábamos indignadas y nos sentimos utilizadas. Necesitábamos explicaciones y yo la que más. Soy actriz y de las buenas, por lo que simulé que yo no sabía nada de su traición pese a haberle enviado fotos mías con Álex desde una cuenta falsa de Instagram.

—Hola Lolius, ¿cómo está la divina más loca? —saludé a Lolo con falsa efusividad cuando nos abrió la puerta. Él se relajó al ver que todo estaba normal, creyendo que desconocíamos su oscuro secreto.

—Mariconaaaas. Pasad, pasad. Tenemos que aprovechar hoy, que desde mañana ya nos confinan. Socorrooooo. —nos recibió él al vernos allí a todas.

—Aprovecha, aprovecha. —musitó Luna sin poder esconder su mala uva.

—Bueno, Lolo. Hemos venido a despedirnos de ti. —dijo Lucía con falsa inocencia—, te vamos a echar tanto de menos…

—Jope, Lu, si dicen que son solo dos semanas de confinamiento. —espetó él con guasa mientras nos preparaba café—. Espero que *Mandala* resista a esta mierda, es nuestro lugar, jooo.

—Qué suerte que te conocimos, Lolo. Somos realmente afortunadas de que empezaras a trabajar allí. Por cierto, ¿cómo fue? —inició Eli la guerra divina.

—Ya lo sabéis. Conozco al dueño. Yo no tenía trabajo y le pedí que me hiciera un hueco en *Mandala*. —respondió él atento a los cafés.

—Se nos había olvidado. Pero, qué casualidad, ¿no, chicas? —continué yo. Lolo empezaba a poner caras raras y a notar malas vibraciones.

—¿Qué os pasa? —nos preguntó él.

—Nos parece tan casual que te hicieras tan amigo nuestro… nos preguntamos si ya sabías de nuestra existencia… —dijo Megan.

—Lolo, siéntate, por favor. Me estás poniendo nerviosa. Déjate el café y vente, anda. —le pidió Vane mientras iba a ayudarle a traer los cafés.

—Joder, me estáis asustando. —dijo él sin entender nada.

—Lo sabemos todo, Lolius, *pariño*. —confesé con una sonrisa sarcástica —. Ha sido muy divertido para ti mandar tantos mensajes y para nosotras ha sido ridículo por tu parte. —endurecí mi tono de voz—. ¿Qué creías? ¿Qué jamás nos enteraríamos?

—¿De qué hablas? —intentó escurrir el bulto.

—Lolo, que te dejes de tonterías y nos cuentes por qué has hecho todo eso y por qué te acercaste a nosotras. —le pidió Lu empezando a perder la calma.

Al final no tuvo más remedio que soltar la sopa. Resultó ser Álex su compañero de clase al que le dio su primer beso en aquel campamento con el juego de la botella. Por sus palabras, las chicas y yo percibimos una gran obsesión con él. Nos acordamos de la conversación que mantuvimos en su casa tiempo atrás, en la que nos detallaba cuál fue el detonante para darse cuenta de que era homosexual. Para Lolo, Álex había sido ese amor platónico imposible de alcanzar. Alguien que con el paso del tiempo siempre seguía y perseguía, aumentando su obsesión y deseo hacia él. Le seguía en Instagram con cuentas falsas. De esa forma, vio que Álex empezaba a salir conmigo. Comenzó a seguirme a mí también por Instagram y ahí vio que las divinas y yo íbamos con cierta frecuencia a *Mandala*. El dueño de *Mandala* tenía muchos locales de copas y entre la gente de ese mundo, todos se conocen. Dio con él. Nada de que era su amigo. Lolo imploró el trabajo en *Mandala* hasta conseguirlo para así acercarse a mí. Se llenó de rabia e intentó separarnos. Pensó que la manera más sutil era hacerse nuestro amigo para conocer los detalles y, por detrás, usar la información para destrozar nuestra relación. En cuanto nos lo contó todo, salimos de su casa. Cuando la hostelería pudo reabrir sus puertas, en la desescalada del coronavirus, fuimos a hablar con el equipo de *Mandala* y Lolo fue despedido.

En el confinamiento me quise volver loca. También me quise comer todas las galletas de chocolate de este planeta. Álex seguía trabajando y yo echaba de menos la vida activa. Extrañaba las quedadas con “los mojitos”, ver a mis divinas, irme de cenita con Álex y trabajar. Me había durado poco

tiempo el sueño. Los espectáculos estuvieron más de un año parados y volví a mi trabajo del gimnasio cuando reabrieron. Mi jefe de la compañía me decía que seguía contando conmigo, pero no sabía cuándo volvería a haber actuaciones y giras. Tras un año, me llamó. Pero para volver por la puerta grande, a la compañía de Madrid. Dejé a Álex sin pensármelo dos veces. Me cegó la ambición. Lo dejé todo, incluso me dejé a mí. Bajé a la tierra mientras tocaba las estrellas. Mejor dicho, mientras me creía una estrella. Gané dinero a borbotones y la gente me reconocía por las calles de Madrid. Después de nueve meses sin visitar Alicante, lo hice y le vi. Se me removió el alma. Al volver a Madrid, ya no saboreaba el éxito igual. Mi instinto me decía que estaba caminando en la cuerda floja. De sopetón, mi alter ego perdió fuerza y dejó de dominarme, de apoderarse de mí. Esa chica que parecía una estrella, se estaba estrellando. Esa chica que creía estar comiéndose el mundo y por encima del vulgo, se estaba quedando sola. Esa chica que comenzaba a creerse la reina de la tarima, había sido la reina del corazón de un hombre bueno al que no sabía que extrañaba. Miré mi tatuaje del tacón en el costado. Saqué de una caja llena de polvo la pulsera que Álex me regaló. Leí mil veces la palabra "patito" inscrita en ella y lo vi claro. Hablé con el director de la compañía y le pedí volver a la de Elche. Me dio igual bajar el caché. Necesitaba recuperar mi vida mundana. Necesitaba recuperar mis sentimientos. Me creí en la cima del mundo y me olvidé del equilibrio. Me olvidé del amor.

Con las mismas, de igual manera en que me fui a Madrid, volví a Alicante. Me instalé en casa de mi madre y busqué a Álex. Él había sufrido mucho. Después se enfadó otro tanto. Más tarde desistió. Yo volvía a casa, pero no sabía si después de casi un año iba a encontrarle en el mismo estado en que lo dejé o encontraría pedazos de su alma tirados por el suelo de nuestro hogar. Cabía la posibilidad, incluso, de que otra persona los estuviera recomponiendo. Me sorprendió verle fuerte y seguro. Toqué a la que era nuestra casa y me abrió. Estaba calmado. Pero no quería saber nada de mí. Llegué tarde otra vez.

—No puedes marcharte de un día para otro sin importarte lo que rompes a tu paso y volver meses después esperando encontrarme con los brazos abiertos para recibirte. —me dijo.

Aquellas palabras se me clavaron en el alma. Casi dos meses me costó que cenara conmigo. Casi dos horas me costó que me volviera a sonreír. Casi dos miradas me costó para que me volviera a besar. Le doy gracias

cada día por haberme perdonado, por haberme dado la oportunidad de volver a sentir. Sí, él es mi príncipe, pero me da igual el color. Pero es ese con el que ni alcancé a soñar. Yo soñaba con lo superficial, pero él me enseñó a ver lo que no se puede ver con los ojos. Me enseñó a sentir con profundidad. Soy tan mala princesa de cuento que para nuestro nuevo primer aniversario le voy a pedir que se case conmigo. Tengo a las divinas y a "los mojitos" nerviosos perdidos. Y yo… yo también lo estoy. Ahora Álex y yo vivimos en Elche, en un coqueto piso de alquiler cerca de mi compañía. Me encantaría que mis divinas estuvieran más cerca, aunque realmente lo están. No estar juntas no significa no estar unidas. Nuestro grupo sigue echando chispas.

51. EL RESCATE DE MEGAN

Durante el confinamiento, Miguel trabajaba desde casa y yo miraba. A veces le ayudaba a corregir, a preparar deberes o exámenes. Pero no me bastaba. Eso ya lo sabía yo desde poco después de mi intento de fuga. El confinamiento aumentó mi ansiedad, esa que llevaba por dentro en una cápsula. Todos esos sentimientos de inutilidad y frustración los tenía condensados en una zona de mi alma que crecía a pasos agigantados. Estar encerrados en casa todo el santo día y un día y otro día… fue una auténtica tortura. Mis pensamientos viajaban por mi cabeza a su antojo, sin control, sin límites. Sin gel hidroalcohólico. Ya me costaba discernir de lo real o lo imaginario. Me era difícil diferenciar los pensamientos y sentimientos objetivos y reales de los causados por el aburrimiento y el agobio de una cuarentena que parecía no tener fin. Tres angustiosos meses. ¿Sería verdad que me arrepentía de no haberme ido o solo me aburría?

Me estaba convirtiendo en alguien a quien yo detestaba. No me caía bien. No me gustaba. Odiaba lo que reflejaba el espejo. No quería ser esa chica que con treinta años se queda de brazos cruzados viendo pasar sus trenes por un ratito más de comodidad. Comodidad que me estaba asfixiando. Y era yo, con mis propias manos, quien apretaba mi cuello. Mi propio cuello. Solo necesitaba aflojar. Necesitaba coger las riendas de mi vida. Ya dudaba hasta de estar tan enamorada de Miguel. Mi odio hacia mí y mis reproches por no haberme ido a Londres me hacían vaciar mi ansiedad contra él. Solo yo podía resolver mis problemas.

Killy me llamó un par de veces para ver cómo iba España respecto al coronavirus y cómo estábamos mi familia y yo de salud. En las dos llamadas me comentó que la persona que ocupaba mi lugar era buena, pero seguía prefiriéndome a mí.

—Cuando esto pase, Megan, llámame. El puesto sigue siendo tuyo. —me dijo antes de colgar la última vez.

Eso me lo puso aún más difícil. Miguel no quería ni oír hablar de Londres ni de Killy. Para él, Londres era como la palabra prohibida.

También empezó a serlo para mí. Se nos removía el cuerpo cada vez que oíamos "Londres". No nos lo decíamos porque ya lo sabíamos.

Lloré lo que no está escrito durante el confinamiento. Me propuse hacer ejercicio de forma regular, pero raro fue el día que cumplí mi promesa. ¿Cuál es el precio del amor? Tanto amor se me estaba atragantando. En una de las veces que Miguel estaba en una clase con sus alumnos, yo aproveché para hacer una reunión virtual con mis divinas. Y lo solté. Les dije que me estaba planteando de nuevo irme. Killy me mantenía la oferta y yo no aguantaba más. No me llenaba la vida al completo solo el amor. Necesitaba sentirme viva y no lo lograba. Para mí era muy frustrante.

—Meguin, vete. Cógete un vuelo cuando esta situación mejore y vete. De volver siempre tienes tiempo. Estar aquí para adorar a Miguel no es vida. —maldita Lucía. Decía las verdades del barquero a todo el que se le pusiera por delante. Todas las demás la secundaron.

Tras colgar, llamé a Killy y le dije que me iba, lo solté antes de que pensar en el amor a Miguel me hiciera recular. No le dije nada a él hasta que volar fue posible. Killy me lo arregló todo para que cuando llegara lo tuviera todo listo. Me buscó un pisito cerca del salón de belleza, me preparó los papeles del contrato, citas con el banco para abrirme una cuenta bancaria… hasta me compró una *Oyster Card* para el metro. En una reunión presencial con las chicas, cuando ya nos dejaban salir, vinieron a mi casa para darme un marco de fotos de las seis. Aún tenía mini dudas y grandes conflictos internos. Saqué el ordenador y les enseñé los vuelos que había visto. Lucía presionó el botón "comprar" en uno que salía tres días después. En ese momento quise acabar con su vida, pero hoy me la quiero comer a besos. En realidad, me comería a besos a cada una de las divinas. Son tan especiales…

Vivo en Londres desde hace casi tres años y no sé nada de Miguel. Bombazo. Pues así me gusta a mí. Sin anestesia. *Toma geroma pastillas de goma*. Se lo dije esa misma noche. Se enfadó mucho. Le decepcioné. Y yo me decepcioné a mí misma por no haberme ido antes. Cuánto me alegro de que Lu apretara el botón "comprar". Cuánto me alegro de haberme armado de valentía. Miguel y yo discutimos tanto esos tres días que ni se me pasó por la cabeza no subirme al avión. Fue mi mejor decisión.

Soy la gerente de un potente salón de belleza que se ha convertido en uno de los referentes del sector. Me encanta lo que hago, me encantan los amigos que he hecho aquí, me encanta mi estilo de vida, me encanta la

satisfacción que siento al desempeñar mi trabajo, me encanta ver el resultado de mi esfuerzo… me encanta mi vida aquí.

52. MI RESCATE

Menos mal que durante el confinamiento tuve mucho trabajo. No era lo mismo trabajar desde casa que ir al hotel, vestirme, tener vida social… está claro que igual no era. Me lo tomé como un descanso. Tuve días de hastío, principalmente los fines de semana. Cambiamos el horario de trabajo de lunes a viernes y los fines de semana, al no tener eventos, descansábamos. Y mucho. Demasiado, diría yo. Los sábados y domingos se me hacían bola. Menos mal que tenía a Bebi porque era mi salvoconducto para dar mis tres paseos diarios. Tener perro, en tiempos del confinamiento, era tener un tesoro. No se nos permitía ir muy lejos ni estar más de diez minutos en la calle, pero al menos, podía salir varias veces al día. Con mascarilla, eso sí. Para momentos de agobio también la utilicé. A veces era necesario un poco de aire y estirar las piernas.

Recuerdo perfectamente el primer día de aplauso sanitario en el balcón. Me emocioné como una boba. Llegué a derramar alguna que otra lágrima al ver a toda la gente en sus terrazas. Todos a una aplaudiendo para dar las gracias a todas esas personas que trabajaban para lidiar con el virus. Aplaudí cada día por todos ellos, pero especialmente por Santi. Él tuvo que quedarse en Murcia durante toda la cuarentena porque se infectó. Sin muchos síntomas. Únicamente perdió el olfato y el gusto, pero él se encontraba bien. Por miedo a contagiarme y por recomendación expresa del comisario, no le dejó volver a casa hasta la "nueva normalidad". Pasamos más de tres meses separados, justo cuando nos acabábamos de reconciliar. Hacíamos videollamadas diarias, pero eso no nos bastaba. No era suficiente. A veces bromeó con escapar, pero todo quedaba en bromas porque él es un buen policía. Cuando se incorporó al trabajo sufrí mucho, ya que no estaba claro que una persona que ya hubiera pasado el coronavirus no pudiera volver a contagiarse. Una mierda, vaya.

Nuestra boda se aplazó a agosto. Teníamos todo fechado con 20 de junio de 2020 y lloré como una *gilipichi* los primeros días. Entendía perfectamente a mis clientes que perdían la ilusión y la esperanza. Yo

misma lo padecí. Si queríamos casarnos en agosto tendríamos que limitar mucho nuestro aforo de invitados, tendríamos muchas medidas y restricciones. ¿Qué es una boda sin besos y abrazos, sin bailes…? Decidimos volver a posponer nuestro enlace para junio de 2021. Después del verano volvieron los rebrotes, pero nosotros seguíamos haciendo bodas en el hotel. Con todas las medidas de seguridad, claro, pero las hacíamos.

En octubre de 2020 el padre de Luna falleció. No te puedes imaginar lo que sentimos las chicas y yo cuando se enteró en el tanatorio de que su padre tenía dos familias y que Carola era su hermana. Te juro que yo no habría elegido ese momento para contárselo, pero nos vimos en la obligación porque al encontrarnos allí a Carola y a su madre deshechas del dolor, Luna y su madre se habrían enterado de una forma más dramática.

Me casé el 19 de junio de 2021. El día de mi boda me maquilló Lara Blázquez. Me dejó espectacular. Llevé mi radiante vestido rosa que compré en *Sedka Novias* aquel trágico día que ni quiero recordar. Decoré *Palm Golf Resort* con flores maravillosas de la floristería *La Trastienda* de Alicante. El resto de detalles era de *Una Boda Mágica*: confeti en forma de mariposa, una plantita y una velita con nuestras iniciales y la fecha grabada para los invitados, a nuestras madres les dimos un marco personalizado con flores preservadas a juego con mi ramo, a los padres una caja con un vino tinto dentro… todo personalizado. *Una Boda Mágica* hace magia en las bodas. Mis divinas y Claudia iban con el mismo vestido en granate. Fueron mis damas de honor. Cada una lo tuneó a su estilo. Lucieron realmente increíbles.

Y ahí estaba él. Guapo y más que guapo al final de la alfombra de pétalos blancos. Esperando a su pequeña. Sonaba la instrumental de *You Are The Reasson* de Calum Scott. Me temblaban hasta las pestañas mientras me acercaba a él. Santi conseguía tragar saliva a duras penas. Llevaba un traje azul de *Sedka Novios* tremendamente precioso. Al llegar a su altura, me cogió las manos y puso sus labios sobre ellas. Con la mirada brillante nos lo dijimos todo. Por fin. Por fin estábamos convirtiéndonos en marido y mujer. Bebi nos trajo las alianzas colgando de su cuello, esas que aún llevaban grabadas la fecha del año anterior. A Bebi le costó llegar a nosotros porque no se quería perder los mimos de ningún invitado. Tuvimos que enseñarle un trozo de pavo para que viniera cual flecha hacia nosotros. Todos nos reímos. Ese fue el día más importante de mi vida, el más bonito, el más especial… Sin duda, volvería a decirle que sí un millón de veces más.

Han pasado dos años de aquello y me considero la mujer más feliz del universo. Él es la pieza esencial del puzle de mi vida. Yo aloco su calma y él calma mi locura. Él es mi lotería. Nuestro sueño es envejecer juntos, llenos de arruguitas, hasta que nuestro corazón lata por última vez.

Tengo en mi vientre a un pequeño ser que crece dentro de mí. Justo ayer nos dieron la noticia. Por los poros de nuestra piel sale purpurina y brillantina. No podemos ser más felices. Llevaba un mes con muy mal cuerpo, todo me sentaba mal y fuimos al médico pensando que sería alguna intolerancia.

—¿Y si es niña? —le pregunté a Santi mientras volvíamos.

—Mi madre quiere que se llame como ella —dijo con determinación.

—¿Hortensia? —grité horrorizada sin darme cuenta.

—Es un nombre precioso. —se rio como un enano.

—Dios mío, pensaba que hablabas en serio.

—No, pequeña, para nada. Pero si es chico sí hay que ponerle Sinforoso, como mi padre. —volvió a reírse.

—Ni de coña. Me niego a ponerle alguno de esos nombres. —puse cara de falsa indignación—. A mí me gusta Daniela para una niña.

—A mí me gusta David para un niño.

Ese fue nuestro trato. Él elegía el nombre si era un niño y yo lo decidiría en caso de ser una niña.

La vida con Santi es fácil. Yo suelo atacarme cuando no consigo los resultados que planeo y las cosas no me salen como quiero, pero él me da una perspectiva diferente a la que mi impaciencia me impide llegar si no es al hablarlo con él. Me aturullo y lo quiero todo para ayer. Él me hace examen de conciencia y me hace pensar con calma antes de actuar de forma impulsiva y visceral. Obviamente, no siempre le hago caso. Mi esencia es mi esencia. Yo, sin embargo, le animo a tirarse a la piscina en las situaciones que él lo meditaría y analizaría todo tanto, hasta tal punto que cuando fuera a tomar una decisión carecería de sentido. Y así vamos, haciendo matemáticas en nuestra vida juntos. Operando las situaciones y siempre sumando. Apoyándonos en las frustraciones y sonriéndonos para que sea todo más bonito. Siempre más.

Las extraño tanto… me faltan ellas. Me faltan de forma física. Me faltan nuestras rondas, nuestras locuras, nuestros rescates urgentes si alguna divina está en apuros. Pero están aquí de otra manera. En el grupo “Tacones Divinos” cada vez hay un apuro nuevo y una divina a la que rescatar de

inmediato. Que la amistad verdadera no es cuestión de kilómetros, es el sentimiento de unión que no rompe ni la distancia más grande del mundo.

EPÍLOGO

Desde que cada una de nosotras tomó su rumbo, nos hicimos una promesa y llevamos tres años cumpliéndola.

Elisa se marchó a Valencia para vivir con mi hermano. Sin planes de boda, pero con muchos proyectos de futuro. Yo disfruto de mi cuñada todo lo que se puede. Nos vemos en los cumpleaños, en reuniones familiares, en Navidad y algún que otro fin de semana suelto sin necesidad de razones. Simplemente porque sí. Además, la cercanía de Valencia nos permite, con asiduidad, ir o que ellos vengan.

Luna vive en Arenales del Sol con Carlos, Martín y Sara en camino. Ya está de siete meses. Esta vez sin necesidad de reposo. Pese a estar a veinte minutos de mí, prácticamente, nuestros horarios nos impiden coincidir, pero alguna que otra vez sí que lo hemos arreglado todo para vernos. Martín es mi sobrino y, como la tía que soy, me gusta estar presente en su crecimiento.

Vane se fue con Ingrid a Castellón. Está pasando por su mejor momento. Nunca había visto a Vane tan entregada a la vida y al amor como con ella. Nunca la había visto tan relajada y estable. Con Álvaro acabó bien. Él era una maravilla de chico, pero no tenía la capacidad para enamorar a mi amiga. Ingrid sí. Ahora Vane no corre peligro.

Tere y Álex se mudaron a Elche. Están felizmente comprometidos. “Los mojitos” seguimos viéndonos a menudo, los seis formamos un grupo que es digno de toda envidia. Envidia de la buena, digo. Maks continúa diciéndome que tengo bigote y yo sigo tirándome pedos con las ventanillas subidas cuando nos vamos a algún viaje en la “mojifurgo”. Es rutina hacer un par de escapadas al año y cenar o comer juntos, como mínimo, dos veces al mes.

Megan está más que instalada en Londres. Totalmente soltera y satisfecha con ella misma. Se siente realizada y llena de vitalidad. Se divorció de Miguel a los meses se irse a Reino Unido. Por despecho, dolor

o vete tú a saber qué, él preparó los papeles y unos ocho meses después ya los estaban firmando.

Y yo sigo viviendo con Santi y Bebi en nuestra casa. No he vuelto a decir "mi" casa. Estamos esperando a la pequeña Daniela desde hace cuatro meses y parece que estoy embarazada de siete, como Luna. Los antojos se me están yendo de las manos. Pero me importa un comino, cuando dé a luz ya haré yo para que todo regrese a su ser.

Las divinas y yo prometimos seguir con las rondas, pero de una forma diferente. Cada verano, emplearíamos una semana de las vacaciones para pasarla juntas, con nuestras respectivas familias. Cada año, la reunión sería en una de nuestras ciudades. Este año ha tocado Castellón. Nos alquilamos un chalé con seis habitaciones y allí nos encontramos todos. Megan siempre lloraba al vernos, pero más lo hacía al irse. La pobre era la que más lejos estaba y a la que menos podíamos ver.

—Ingrid, pásame la botella, porfi. —le pedí en la cena.

—Sí, *pariño*. —contestó ella. Todos nos reímos.

—La tienes bien enseñadita, eh. —añadió Tere.

—Hombre, *una montoná*. —siguió Santi imitándonos con gestos femeninos.

—¿Sí? Pues daos *un gorreo*, Amalia y Benjamín —continuó Marcos mirándonos a Santi y a mí.

—Pero es que vosotros no tenéis mérito —apuntó Luna señalando a Marcos y a Santi—. Vosotros lleváis mucho tiempo entre nosotras.

—¿Y os habéis traído *la vestío* y *la bikini*? —intervino Carlos sin poder parar de reír. Estábamos todos en medio de un buen ataque de risa. También influyeron las cervezas y el vinito, todo hay que decirlo. Bueno, para Luna, para Vane y para mí influirían los zumitos de piña, porque no podíamos probar el alcohol.

—Sí, *una poquita*. —siguió Álex.

—¿¡Os estáis riendo de nosotras!? —exclamó Megan haciéndose la indignada.

—Yo diría que *una poquita*. —soltó Eli entre risas.

—Pues yo diría que *una montoná*. —continuó Vane.

Y así… todo así. Cada verano que nos juntábamos era más bonito que el anterior y cada vez éramos más. Se iban sumando miembros. Crecía nuestra familia divina.

Volver a casa era triste porque eso no se repetiría hasta un año después. Hasta el siguiente verano. Pero nos dejaba con las pilas cargadas para mucho tiempo. Ese era un buen chute de energía. Una buena inyección de amor del verdadero. Del que se da porque te da gana. Del que no busca condiciones ni razones. Del que es para toda la vida porque se sigue luchando para que perdure hasta el final de los días. Porque con ellas también quiero envejecer. Porque deseo que podamos seguir haciendo nuestras rondas cuando estemos repletas de arrugas y nos fallen las piernas. Porque ellas son la fuerza que una persona necesita para tener motivos para caminar.

Y aun así, en la distancia, no hay distancia. Si una divina está en apuros, no importa nada más, porque nos sobran las ganas para ir a su rescate.

AGRADECIMIENTOS

Con la acogida y el cobijo que recibió la primera parte de esta bilogía, *Divinas en Apuros*, solo puedo dar las gracias a los lectores por ese abrazo tan grande y con tanto sentimiento.

Me ha costado mucho despedirme de Elisa, Luna, Vanesa, Teresa, Megan y Lucía. Incluso de Lolo. No te puedo negar que se me ha caído alguna lágrima al escribir las últimas líneas. Las divinas me han hecho pasar por muchas fases: la risa, el llanto, la desesperación, el enfado, el agobio, la ilusión… y espero que tú hayas disfrutado leyéndolo tanto como yo al escribirlo. Los lectores sois la piedra angular de un libro. Nuevamente, gracias. Muchas gracias.

Gracias a Lara, Paula, Rocío y a las chicas de @elrinconderosmara por haber leído estos capítulos de forma crítica y detenida, analizando cada una de las líneas para aportarme diferentes perspectivas y nuevas ideas… Vuestro entusiasmo ha sido una gran motivación para seguir escribiendo. Especialmente tú, Titafer. Mil gracias.

Gracias a Sara Martí por haber sido una grandísima fuente de inspiración y ayudarme en mis blancos mentales. Tus ideas han sido luz para mí, como tu amistad.

Gracias a *Sedka Novias* por colaborar conmigo y permitirme la oportunidad de describir la realidad que yo sentí en vuestro increíble espacio nupcial. Me sentí una auténtica princesa desde el día que me probé el vestido de novia hasta que lo lucí el día más importante de mi vida: mi boda. Fue un honor llevar un vestido vuestro.

Gracias a *Una Boda Mágica* por haber participado en este proyecto que para mí ha sido un sueño hecho realidad. Gracias también porque con vuestros preciosos artículos personalizados y elegantes, he podido hacer magia en mi boda. Sois unas artistas.

Gracias a *Bounik Jewels* por haberme permitido utilizar vuestras joyas tanto dentro como fuera de estos capítulos. Tenéis joyas divinas.

Gracias a María Molines, una vez más, por haber plasmado a la perfección mis alborotadas ideas. Gracias por tu paciencia y dedicación. Tus ilustraciones siempre superan mis expectativas.

Gracias a *La Trastienda* de Alicante. Hacéis arreglos florales maravillosos. Con vosotros siempre es primavera.

Gracias a mi familia y amigos por estar ansiosos de leer la segunda parte y por apoyarme siempre. Vuestras sonrisas mueven mis dedos en el teclado.

Gracias a ti, Kiebi, como siempre. Por hacer tuya mi ilusión, por creer siempre en mí, por potenciar mis cualidades positivas y restarle importancia a las que no lo son tanto. Gracias por cogerme de la mano en todo momento, hasta cuando propongo tirarnos por un precipicio. Tú siempre saltas conmigo. Te amo. Si tú saltas, yo salto.

Gracias a ti, que te has leído este libro hasta el final. Lo escribí para ti. Para que desconectaras de tu vida durante tu tiempo de lectura. Para que rieras y soñaras con las historias de las divinas. Para que sonrieras. Y si has sentido alegría en un solo instante mientras leías este libro, me doy por satisfecha. Ese era el objetivo. Los lectores sois la tinta de los escritores.

Sigue a las divinas en Instagram @divinasenapuros